Atrevida

Jo Beverley

Serie Malloren 03

1

Londres, junio de 1762

— Voy a echarte de menos. — Lady Elfled Malloren se arrojó a los brazos de su hermano gemelo decidida a no echarse a llorar.
— No va a ser lo mismo — dijo él con voz áspera— Nos costará volver a acostumbrarnos después de este año juntos.
El capitán lord Cynric Malloren estaba preparado para partir en viaje oficial, luciendo todo el esplendor militar de la casaca roja y el pelo pulcramente empolvado y recogido hacia atrás con un lazo negro.
El cabello de Elf destellaba con su natural color arena dorada, debajo de un liviano tocado de encaje a juego con el blanco vestido salpicado de nomeolvides bordados. Incluso así, el parecido era inconfundible.
— Ojalá no te fueras tan lejos — protestó ella— . Nueva Escocia. Pasarán años...
Cyn silenció con sus dedos los labios temblorosos de su hermana.
— Calla. No es la primera vez que paso unos cuantos años fuera del país, pronto volverás a estar absorta en tu vida cotidiana.
Elf puso mala cara y se apartó de sus brazos.
— ¡No empieces a sermonearme acerca de las ventajas del estado conyugal!
El capitán echó una mirada sonriente a su esposa, que esperaba con discreción junto a la puerta del vestíbulo charlando con el mayor de los hermanos, el marqués de Rothgar:
— A mí el matrimonio me sienta bien, y tú y yo nos parecemos mucho
¿Tanto?, quiso preguntar Elf, pero ese no era exactamente el momento para plantear preguntas comprometedoras.
— Entonces volveré a considerar a los candidatos — dijo alegremente y añadió con una mueca burlona— ¡Por supuesto sería de ayuda que mis devotos hermanos no espantaran a los aspirantes más interesantes!
Él pestañeó:
— ¡No sé de dónde salen esos granujas! Mejor nos ponemos en marcha. — Pero no hizo amago de irse, pese a que un carruaje con seis inquietos caballos esperaba fuera.
— Vete. Odio las despedidas largas. — Le dio un rápido beso y luego le empujó hacia su esposa y hacia la puerta que le conducía a la aventura.
Besó a su cuñada Chastity en la mejilla.

— Escribe antes de zarpar. — Se cogieron por los hombros y se quedaron abrazadas por un momento, pues se habían hecho buenas amigas— . Cuida de él— susurró Elf luchando otra vez por contener las lágrimas.
— Por supuesto. — Chastity se apartó para sonarse la nariz— . Si le viera algún sentido te pediría que, a cambio, cuidaras de Fort. — Se refería a su hermano, ahora conde de Walgrave.
— Puedo imaginarme su reacción a tal sugerencia.
Las dos intercambiaron una mirada de complicidad, pues el hermano de Chastity odiaba a todos los Malloren.
Tras ellas, dos lacayos mantenían abiertas las grandes puertas dobles, permitiendo la entrada del sol estival y el canto de los pájaros. El marqués y Cyn salieron hasta los peldaños del exterior para esperar a las damas.
— Al menos vigílale un poco — dijo Chastity.
— Dios santo. ¿Con los sitios que frecuenta? ¡Perdería mi reputación al instante!
— Ahora ya no. — Chastity hizo una mueca— . Nunca pensé que algún día protestara de que mi hermano se reformara, pero cuando Fort era un sinvergüenza despreocupado era mucho más agradable que el actual lord Walgrave, el cínico moralista. — Se puso los guantes— . Me preocupa dejarle así. No es el mismo desde que murió nuestro padre.
Elf la cogió del brazo y la acompañó hasta la puerta.
— Entonces haré de ángel de la guarda. ¡Si me entero de que está en apuros, a punto de ser decapitado, por ejemplo, por su arrogancia malintencionada, ¡acudiré en su rescate como Juana de Arco! — Con sonrisa irónica, Elf añadió— : Principalmente para molestarle.
Chastity se rió entre dientes, pero añadió:
— No es para tanto, Elf. Sólo que...
— Sólo que piensa que todos los Malloren somos inferiores a gusanos, y me trata en consecuencia.
Chastity suspiró y abandonó la discusión para unirse a su marido y al marqués, quien viajaba con ellos hasta Portsmouth.
Todo estuvo a punto demasiado pronto. Elf se quedó observando en los escalones mientras los tres se acomodaban en el carruaje dorado. Al oír la señal, el cochero hizo restallar el látigo y los seis caballos tiraron del espléndido coche. El vehículo no tardó en girar

y alejarse de Marlborough Square, con Cyn y Chastity asomados a la ventanilla para lanzarle un último saludo.

Los transeúntes se habían detenido para contemplar la partida. Después, de forma automática, volvieron a ponerse en movimiento como muñecos de cuerda: los ociosos continuaron sus paseos, los criados reanudaron sus tareas y los niños volvieron a sus juegos.

Mientras el mundo llenaba el espacio en el que antes había estado Cyn, Elf, mordiéndose el labio, lamentó el hecho de haber elegido despedirse de ellos aquí en vez de en el barco. Pero detestaba prolongar las despedidas y finalmente habría resultado igual de doloroso.

Elf pensaba que lo peor ya había pasado hacía siete años, cuando Cyn prácticamente se escapó de casa para alistarse en el ejército. Durante un tiempo incluso le odió por abandonarla, aunque sabía que su hermano nunca se adaptaría a la vida que Rothgar había planeado para él. Leyes, por el amor de Dios. Una de las ideas menos perspicaces de su hermano mayor.

Cyn necesitaba acción y desafío.

En los últimos siete años había venido a casa en cuatro ocasiones, y ella se había creído que era suficiente tiempo para madurar y desvincularse lo bastante como para no echarle de menos. Pero el año anterior, cuando había vuelto a casa se puso terriblemente enfermo y, por primera vez, Elf tuvo que encarar la perspectiva de perderle de verdad. Su recuperación llevó meses. Luego, su boda y los preparativos para el nuevo destino como ayudante del gobernador de Nueva Escocia habían requerido más tiempo.

De nuevo, el vínculo había arraigado en lo más profundo de ella.

Ahora era como perder una parte de sí misma, perderle además de forma más absoluta a causa de su matrimonio. Quería muchísimo a Chastity y no envidiaba la felicidad que irradiaban, pero sí le entristecía que hubiera alguien más en la vida de su hermano, alguien, quizá, tan próximo a él como habían sido uno para otro.

Se percató de que se había quedado de pie con la mirada perdida y que los dos lacayos esperaban como estatuas para cerrar las puertas. Con un suspiro, se dio media vuelta y volvió a entrar en su casa.

Al hacerlo, permitió finalmente la entrada de pensamientos que habían rondado su mente durante algún tiempo.

Sí, envidiaba a su hermano.

Su vida, al lado de la de él, resultaba penosa.
En cierto modo, se alegraba de que Cyn se fuera lejos.
Mientras el lacayo cerraba la puerta tras ella, dejando fuera el sol y el canto de los pájaros, reconoció que su querido hermano había sido una presencia muy incómoda para ella durante el último año.
Mientras Elf escuchaba sus historias y se deleitaba con sus aventuras, había caído gradualmente en la cuenta de que ella no había hecho nada en los últimos siete años. Bueno, por supuesto había asistido a incontables bailes, fiestas, alguna velada musical, y también había organizado muchos de estos actos. Había viajado de Londres a Rothgar Abbey, en Berkshire, e incluso — ¡qué aventura tan desenfrenada ésta!— había ido a Bath y a Versalles.
Algunos pensarían que vivía una vida plena, ya que llevaba las casas de su hermano y tenía la suerte de gozar de muchas amistades. Pero al escuchar las historias de viajes a tierras extranjeras, de batallas ganadas y perdidas, de naufragios y mordeduras de serpiente, había llegado a comprender que no había hecho nada que pudiera calificarse siquiera como un poco emocionante.
Con un sobresalto, volvió a caer en la cuenta de que se había quedado de pie mirando al espacio, en esta ocasión en medio del vestíbulo revestido de paneles. Se recogió la delicada falda y ascendió por la majestuosa escalera, encaminándose a la intimidad de sus habitaciones.
El movimiento, sin embargo, no impidió que sus pensamientos surgieran desordenadamente de los rincones más oscuros de su mente, ganando claridad y tomando una forma espeluznante.
Cyn estaba recién casado y emprendía una nueva aventura. A sus veinticinco años, se le consideraba en la antesala de una vida prometedora y fructífera. Ella, sin embargo, a la misma edad, era vista como una solterona a la que iban pasando los años, destinada a malgastar su vida en un entorno aburrido. Se ocuparía de las mansiones de su hermano, querría a los hijos de sus hermanos, pero no tendría ni un hogar ni niños propios.
Y era virgen.
Aceleró el paso y entró apresuradamente en su bonito tocador para cerrar la puerta y apoyarse en ella como si la persiguieran.
¿ Por qué su virginidad se había convertido en el centro cristalino de su infelicidad ? Qué disparate.

Al fin y al cabo, Cyn nunca le había ocultado demasiadas cosas, y hacía años que sabía que en este aspecto no coincidían. Él había disfrutado de su primera mujer con diecisiete años: Cassie Wickworth, de la lechería de la abadía. Posteriormente había visitado algunos burdeles selectos e incluso había disfrutado de una breve y alegre relación con una dama casada de más edad, aunque a Elf no le había desvelado el nombre. Estaba segura de que en el ejército no había sido célibe.

Cuestiones de este tipo nunca antes le habían hecho sentir la carencia de algo. Estas cosas eran diferentes para hombres y mujeres, ella tendría que esperar al matrimonio para ver la luz.

Tras reconocer que no hacía falta vigilar la puerta, que el enemigo en realidad estaba dentro, fue a sentarse en su silla decorada de brocados color crema. Era el matrimonio de Cyn, decidió, lo que había conferido a su celibato matices tan hirientes.

Nunca antes había tenido que ver acudir a su hermano cada noche a una mujer mientras ella se retiraba a su estado solitario. Por supuesto, de nada había servido que se enterara de algunas de las aventuras que había compartido con Chastity antes del matrimonio. Eso, sumado a su amor y disfrute evidentes, a la forma en que se tocaban o simplemente se mi— raban uno a otro, había puesto en evidencia con toda crudeza el hecho de que Elf se estaba perdiendo una parte importante de la vida.

Y probablemente siempre sería así.

Al fin y al cabo, la virginidad de una dama era algo difícil de perder fuera del matrimonio, especialmente cuando la dama en cuestión tenía cuatro hermanos dispuestos a matar a cualquier hombre que a ella la atrajera.

Se levantó para estudiarse de cuerpo entero en el espejo. Con su recatado peinado coronado por el tocado de encaje blanco, era la misma imagen de una dama solterona. Por supuesto, su vestido blanco adornado de nomeolvides le otorgaba también la mismísima imagen de la virginidad.

Una virgen juvenil.

Parecía absurdo, aunque no podía imaginarse cómo se suponía que debía vestir una soltera virginal de veinticinco años. Puesto que todo el mundo estaba conforme en que ella carecía de gusto para estas cosas, lo dejaba todo en manos de su doncella.

Se dio media vuelta y empezó a recorrer la habitación pensando en la solución sencilla para todas sus aflicciones.
El matrimonio.
Este era el remedio para Cyn, pero él había encontrado a su compañera del alma y ella no. Disfrutaba en compañía de los hombres y no le faltaban pretendientes, pero nunca había conocido alguno que lograra crear la magia en ella, que la obligara a perder el frío control de su mente y la impulsara a hacer algo alocado.
Algo escandaloso.
¿ Era ridículo esperarlo ?
Cyn lo había encontrado. Su voluntad de arriesgar cualquier cosa por Chastity, la entrega del uno al otro fuera del matrimonio, era una prueba del poder del amor.
Otro de sus hermanos, Bryght, había caído en la marmita de la pocima mágica con Portia St Claire, y su mente lógica y brillante no había sido capaz de hacer otra cosa que trabajar para ganarla.
Su amiga Amanda estaba loca por su marido y se sentía desgraciada cada vez que él tenía que marcharse unos días por asuntos gubernamentales.
Otro de sus hermanos, Bryght, había caído en la marmita de la pocima mágica con Portia St Claire, y su mente lógica y brillante no había sido capaz de hacer otra cosa que trabajar para ganarla.
Su amiga Amanda estaba loca por su marido y se sentía desgraciada cada vez que él tenía que marcharse unos días por asuntos gubernamentales.
Elf nunca había experimentado nada parecido a ese tipo de locura. Si el destino se lo tenía reservado, sin duda tendría que haber sucedido para entonces.
¿A menos que su vida fuera demasiado insubstancial como para exponerse a la flecha mágica de Cupido... ?
Volviéndose otra vez al espejo, se quitó el serio tocado y lo tiró a un lado, llevándose también las horquillas, de tal manera que sus rizos color arena rebotaron sobre sus hombros.
Pero entonces suspiró. Ella no era la fantasía secreta de ningún hombre.
¡Qué injusto que Cyn fuera más guapo que ella! Había heredado el asombroso oro verdoso de los ojos de su madre, las pestañas espesas así como su cabello dorado rojizo. Los ojos de Elf eran una versión vulgar de ese color y sus pestañas tenían el mismo color

arena que su cabello. Ambos lucían la barbilla firme de su padre, que en un oficial del ejército quedaba bien, pero menos en una dama.
Con impaciencia, negó importancia a estos pensamientos disparatados. Las barbillas y los ojos no podían cambiarse y no iba a empezar a teñirse el pelo a estas alturas. ¿Tal vez un poco de maquillaje...?
— jAh, milady! ¿ Vous etes prete ?
Elf se volvió a su doncella con un sobresalto. Por supuesto, iba a pasar unos días con Amanda. Su silla de mano estaba sin duda esperando.
— Bien sur, Chantal.
Como siempre que estaban a solas, doncella y señora hablaban en francés. Chantal era francesa de nacimiento y la madre de Elf era francesa, por lo cual había educado a sus hijos para que fueran perfectos bilingües.
Elf continuó hablando en ese idioma:
— ¿Ya han sido enviadas mis cosas?
— Por supuesto, milady. Y su silla espera. Pero ¿ qué le ha pasado a la gorra, milady?
Elf sabía que se había sonrojado.
— Oh, parecía un poco arrugada
Chantal hizo un gesto de desaprobación y guió a Elf hasta el tocador de mesa para que el peinado y la hechura de encaje recuperaran su disposición perfecta.
Elf excluyó aquellos pensamientos inquietantes. No eran más que una nube pasajera provocada por la despedida. Unos pocos días con Amanda alejarían la melancolía.

A la mañana siguiente, Elf entró en el tocador de Amanda y se encontró a su amiga de la infancia sentada ante una pequeña mesa de desayuno, aunque miraba por la ventana con aire taciturno.
— ¿Pasa algo?
Amanda se sobresaltó.
— ¡Oh, Elf! Bien, es una bendición que estés aquí o estaría verdaderamente desolada.

Amanda Lessington era una atractiva morena, de altura similar a la de Elf, pero mucho más rolliza. La agraciaban unos impresionantes ojos azules y gruesos labios que Elf siempre había envidiado.
Elf se sentó frente a su amiga.
— ¿Qué ha sucedido?
— Stephen se ha ido. Ha surgido algo terriblemente importante en Bristol. ¡Bristol, por favor! — Con un ademán de su mano, Amanda despreció uno de los principales puertos de Inglaterra.
Elf sabía que el problema que tenía Amanda con Bristol simplemente consistía en que detestaba los frecuentes viajes de su marido.
— Sin duda será sólo para unos pocos días.
— Una semana. Toda una semana. i y no sabes lo que esto implica! El muy miserable nos ha dejado sin compañía formal. A menos — añadió con mirada penetrante— , que podamos arrastrar a tu hermano para que cumpla con su deber. Le estaría bien a Stephen que yo pasara la noche del brazo de Rothgar.
Elf contuvo una sonrisa.
— ¿ Es esa tu fantasía secreta? Ojalá pudiera hacerla realidad, querida, pero está de viaje camino de Portsmouth con Cyn.
— ¿ Bryght ? — preguntó Amanda esperanzada.
Elf sacudió la cabeza
— Está en Candleford. y de forma bastante permanente ahora que Portia está a punto de dar a luz.
— ¿Brandt?
— Se ha ido al norte por asuntos de negocios. En parte, este es el motivo de mi presencia aquí. No les gustaba la idea de dejarme sola.
— jQué lástima! — dijo Amanda con un suspiro malhumorado— . De modo que las dos hemos sido cruelmente abandonadas.
Elf se sirvió una loncha de jamón y un brioche.
— No exactamente...
Sus pensamientos descontentos aún no se habían disipado. No le habían permitido dormir durante media noche y esta nueva situación parecía alimentarlos como leños secos arrojados al fuego. Mientras se servía un poco de chocolate de la tetera de porcelana, consideró ideas excitantes, aterradoras.
— No abandonadas, Amanda — dijo al fin— . Sin protectores.
.¿No es eso lo mismo?

— A mi entender, no. — Elf cortó un trozo de jamón, luego se deleitó con su suculento sabor a la vez que con las suculentas ideas que danzaban en su cabeza— . Siempre me ha asustado la idea de implicar en un duelo a uno de mis protectores hermanos buscapleitos, de modo que no tendré que comportarme con toda propiedad. Tal vez finalmente pueda tener una aventura.
— ¿Aventura? — preguntó Amanda con cautela— . ¿Qué tipo de aventura?
— Oh, algo escandaloso, por supuesto. — Elf sonrió burlonamente al ver la expresión de su amiga— . No tanto. Pero vayamos a Vauxhall.
— ¿ Vauxhall? Eso no es exactamente una aventura escandalosa. Las dos hemos estado allí un montón de veces.
— Sin acompañante. Esta noche. Al baile de disfraces del solsticio de verano.
Amanda se quedó boquiabierta.
— ¡No hablas en serio!
— Mucha gente de sociedad asiste a fiestas de máscaras de este tipo.
— Muchos hombres, quieres decir.
Consciente de que se rendía a un impulso desenfrenado, Elf preguntó:
— ¿ Y por qué van a divertirse sólo ellos?
— No estoy segura de que eso sea divertirse.
Un antojo inicialmente, la idea ahora se había vuelto insistente. Elf sentía que se volvería loca si no hacía algo, algo diferente. Se inclinó hacia delante:
— Vayamos, Amanda. Prometo no ser una loca imprudente. Iremos vestidas con dominós. Nadie nos conocerá. — Tomó la mano de Amanda— . Sólo quiero saber qué se siente al ser otra persona por una noche.
— ¿Quién? — protestó Amanda.
— No lo sé, pero no lady Elfled Malloren, hermana del poderoso marqués de Rothgar: ¡cuidado aquel que se inmiscuya! Simplemente una mujer normal...
Al cabo de un momento, Amanda le apretó la mano.
— Elf, no te he visto así desde que éramos niñas. Siempre pensé que Cyn era el cabecilla en todas nuestras travesuras.
— Tal vez Cyn y yo nos parezcamos mucho.
— Tal vez sí, mucho.
— Amanda, necesito hacer esto.

— Ya lo veo... — Pero Amanda frunció el ceño con inquietud— . Soy responsable de ti en cierto sentido.
— ¡Soy dos meses mayor que tú!
— Pero yo soy la mujer casada. — Amanda observó a su amiga con expresión seria en sus ojos marrones— . ¿ Prometes que permaneceremos juntas?
— Por supuesto. ¿Dónde está tu espíritu aventurero? De niña nunca eras tan tímida.
— Porque éramos niñas. No creo que vaya a ser divertido. Creo que el baile estará abarrotado, y hará demasiado ruido y calor. — Estudió a Elf por un momento y luego sonrió— . Pero si quieres una aventura, querida mía, eso es lo que tendrás.

Diez horas más tarde, Elf se sostuvo las faldas bien arriba para bajar de la embarcación y acceder a la piedra de las escalinatas de Vauxhall. La excitación borbotaba en ella de una forma que no experimentaba desde que Cyn y ella eran jovencitos que hacían travesuras juntos.

El dominó de Amanda era de un azul plateado, el de Elf, escarlata intenso. De hecho, se lo habían intercambiado para esta noche.
Elf sospechaba que tal vez esta fuera su única ocasión de vivir una aventura desenfrenada y estaba decidida a aprovecharla al máximo. Chantal, una tirana respaldada por todo a quien Elf conocía, insistía en que los rojos fuertes eran imposibles con una piel clara y cabellos de tonos anaranjados. Aunque Elf comprara ropa roja, siempre desaparecía.
No obstante, esta noche, con el pelo empolvado y de incógnito, Elf había convencido a Amanda para que intercambiaran los dominós. Luego había insistido en que Chantal encontrara cierto vestido escarlata a rayas con enaguas rojo coquelicot. Por supuesto, Chantal, la muy miserable, había argumentado que estaba sucio sin posibilidad de arreglo.
— ¿ Y cómo es posible — Elf exigió explicaciones— que esté sucio si no se ha estrenado?
Chantal, pese a su gusto poco emprendedor, era de una honestidad impecable. Finalmente había encontrado el vestido y las enaguas

en una caja en el desván de la mansión Malloren. Cuando se le ordenó, incluso encontró unas medias de rayas rojas y blancas y cierto peto de satén negro y rojo ribeteado con encaje dorado. Pero tenía lágrimas en los ojos mientras des empaquetaba el último:

— jCon el coquelicot no, milady! jPor favor!

Elf había sido contundente, aunque incluso la tolerante Amanda ha— bía parpadeado ante aquel conjunto y sugerido que el tal peto pudiera ser de trop.

Elf, de todos modos, se lo puso todo. Quizá nunca tendría otra opor— tunidad de vestirse como le apetecía. Quizá nunca tendría otra oportunidad de vivir una aventura. Su intención era divertirse esta noche hasta el límite.

Esta noche no era Elfled Malloren, la dama de buena educación, sino una criatura nueva por completo.

Lisette era el nombre con el que había bautizado a la dama de escarlata que veía en el espejo. Lisette Belhardi, que se traducía más o menos por audaz y bella. Mademoiselle Lisette, de visita en Londres, llegada de París, y muchísimo más atrevida que lo que Elfled Malloren podría llegar a ser.

De modo que Elf se sentía en estos momentos a las mil maravillas, como una persona recién nacida en una tierra misteriosa. Incluso las escalinatas de Vauxhall eran diferentes. Farolillos colgantes destellaban reflejos de arco iris en la oscuridad de las aguas del Támesis. Por encima de las voces que charlaban en las cercanías y las llamadas impacientes de los barqueros alineados en el río por detrás de ellos, alcanzó a oír la orquesta en la arboleda.

— jBien venidas a Vauxhall, damas! — gritó el joven sonriente que ayudó a Elf ya Amanda a subir las escaleras y que recibió un penique de cada una por el favor. Con un guiño añadió— : Estoy seguro de que dos encantos tan adorables pronto encontrarán acompañantes atentos en una noche como esta.

Amanda estiró aún más la capucha azul sobre su cara:

— Elf — susurró— , ¿estás segura de que esto es sensato?

— Ne craignez rien, Aimée — dijo Elf, tranquilizando a su amiga, pero recordándole de paso que habían acordado hablar en francés para evitar en todo lo posible que las reconocieran.

Tiró de Amanda hacia delante y continuó en francés:

— Y, de todos modos, no podemos irnos. Hay tantas embarcaciones esperando para desembarcar a sus pasajeros que

las posibilidades de que uno se marche serán escasas durante un rato. Ven conmigo.
Elf guió a Amanda hasta mezclarse con la multitud de visitantes que se encaminaban hacia la oscura Vauxhall Lane. Había acudido a estos jardines en muchas ocasiones y sabía que la callejuela era un peligro ficticio, demasiado corta y atestada de gente como para representar algún riesgo. Su verdadero propósito era que el esplendor deslumbrante de los jardines iluminados impresionara de forma más impactante a la vista.
Incluso así, el corazón le latía un poco más acelerado de lo normal cuando se introdujeron en las sombras; era toda una aventura ya que iban sin protección. Amanda había insistido en llevar un cuchillo muy práctico en su bolsillo y obligó a Elf a llevar una daga de corpiño, pero no había ningún hombre con ellas que espantara a otros hombres.
Esta situación novedosa no ponía nada nerviosa a Elf. De hecho, la estaba saboreando como un buen vino. En secreto, esperaba tener ocasión esta noche de conocer a algún pícaro excitante, por una vez que sus hermanos no estaban en las cercanías para espantar a hombres así.
A pesar de todo, tenía que haber hombres excitantes en algún lugar del mundo.
En cuestión de momentos, Amanda y ella habían salido del oscuro callejón a la luz de un millar de farolillos. Lámparas de colores adorna— ban altos árboles, formaban guirnaldas sobre elevados arcos y serpenteaban en torno a templos griegos y antiguas grutas. En las proximidades se había creado un claro imaginario, con actores caracterizados que posaban como personajes del Sueño de una noche de verano, incluido un Bottom con cabeza de asno.
— «Conozco una orilla en la que el tomillo silvestre flota en el aire...» — — citó Amanda, atrapada finalmente por la excitación. No se opuso a ser arrastrada por la muchedumbre de juerguistas disfrazados que charlaban y reían— . Oh, tenías razón, Elf. jEs muy divertido!
— Lisette — le recordó Elf.
— Pues bien, Lisette.
— Y tú eres Aimée.
— Lo sé. Lo sé. Aunque creo que usar nombres inventados es pasarse de la raya. — Sin embargo, Amanda expresó su queja con

poca seriedad, pues estaba mucho más interesada por todo lo que la rodeaba— . Quiero dejar constancia de que preferiría llevar un disfraz en vez de un dominó. ¡Mira esa Titania!

La dama en cuestión tenía problemas para dominar sus alas enormes, colgantes, pero su vestido era sumamente bonito. Elf admiró la imaginación, pero sin lamentar su elección. No había renunciado a la cautela por completo, y sabía que incluso el atuendo más inventivo proporcionaba menos disfraz que el dominó veneciano.

Al fin y al cabo, decían que el dominó estaba diseñado para que un hombre pudiera bailar con su esposa sin enterarse de ello. Y viceversa. Esta noche había muchos hombres aquí ataviados con dominós.

Mientras se dejaban llevar por la ruidosa multitud, Elf se preguntó cuántos miembros de la buena sociedad se encontraban aquí, cuántos caballeros corrían el peligro de seducir a sus propias esposas, o viceversa.

Intrigada, se preguntó en qué momento estos amantes se reconocían unos a otros, y si les complacía o más bien se sentían decepcionados. ¿Podía una compañía cautivadora volverse poco grata una vez se quitaba la máscara?

¿ Qué era entonces lo que creaba el encantamiento ?

Tal vez simplemente la aventura, lo escandaloso.

Algo escandaloso, había dicho a Amanda. Por supuesto, no tenía intención de hacer nada de verdad escandaloso. Simplemente quería algo diferente.

Se dio cuenta de que Amanda le tiraba de la capa.

— Elf...Lisette. La arboleda está por allá.

En la arboleda, el corazón de Vauxhall, era donde tocaba la orquesta y se podían comprar refrescos. Incluía barracas y pabellones en donde los invitados se sentaban a comer y observar a los demás. Rothgar tenía un pabellón privado en la arboleda y en anteriores visitas Elf había pasa— do la mayor parte del tiempo allí. Podía usarlo esta noche si quería.

Seguridad.

Aburrimiento.

Oh, no. Esta noche sería diferente. Elf cogió por la cintura a su amiga para guiarla con firmeza por la amplia alameda Meridional y lejos de la seguridad.

— ¿ Cómo podemos tener una aventura en un lugar así? — preguntó y, para tomarle el pelo, añadió— : ¿Tal vez deberíamos husmear por el ca— mino del Druida?
De las avenidas principales bien iluminadas partían senderos sinuosos con poca luz, conocidos como refugio de todo tipo de maldades.
Al comprobar el estremecimiento de Amanda, Elf rió:
— Puedes estar tranquila, querida, creo que no es mi intención ser tan imprudente.
— Elf...
— — Lisette — le recordó Elf— . ¡No seas tan pusilánime, Aimée! — Tienes que admitir que prepararnos para esta escapada y librarnos de tus sirvientes ha sido seguramente la actividad más divertida de que has disfrutado en años.
— Claro que sí, ha sido divertido — admitió Amanda, que volvió a echarse hacia delante la capucha— . Pero, ¿ el Camino del Druida. ..?
— Estaba bromeando, querida. — Elf tiró hacia atrás la capucha de su amiga— . Te vas a dar de narices contra un árbol si sigues así. iAmanda, en este momento ni tu propia madre te reconocería! Tú eres la mujer casada de las dos. Deberías tener más valor.
— Tú eres la Malloren. Siempre pensé que eras diferente a tus hermanos, pero ahora lo pongo en duda.
Elf apartó a su amiga a un lado de la avenida, a un lugar tranquilo detrás de una frondosa haya.
— ¿De verdad quieres volver a casa? Lo haremos si es preciso.
Al cabo de un momento, Amanda sacudió la cabeza:
Por supuesto que no. A veces yo también ansío tener aventuras. — Sus gruesos labios formaron un puchero— . Y quiero vengarme de Stephen por desatenderme.
— No deberías haberte casado con un político, querida. Pero, al menos, está completamente entregado a ti.
— Lo sé, pero... Lo que pasa es que. ..le echo de menos. Incluso cuando está en casa, está tan ocupado... — Entonces sacudió la cabeza y se retiró por completo la capucha dejando al descubierto su pelo empolvado— . ¡Hacia la aventura, entonces! Pero tengamos un poco de cautela, Lisette. ¡Ves, me he acordado! He visto que unos cuantos hombres nos miran.
— Bien, eso espero. — Elf retomó la marcha entre la multitud— . Creo que todavía no he dejado de merecerme miradas amorosas.

¡Vaya, mira allá! ¿No es ese lord Bucklethorpe? Debe de tener sesenta como mínimo y parece creerse un tipo aún muy gallardo.
El conde de avanzada edad iba vestido de Carlos II.
— ¿Crees que alquiló a las verduleras con el traje? — preguntó, observando la cantidad de escote al descubierto que exhibían las dos vendedoras de naranjas que se colgaban de los brazos del conde.
— Creo que les pagará unos honorarios por la noche de una forma u otra — musitó Amanda— . Seamos cautas.
Elf lanzó a su amiga una mirada tranquilizadora.
— Prometo no colgarme del brazo de ningún hombre por dinero, querida. De hecho — manifestó— , juro que no me colgaré de ningún hombre aquí a menos que encuentre al héroe de mis sueños.
Amanda miró con ironía a la estruendosa multitud.
— Entonces estamos seguras. Por favor, dime, mi querida Lisette, ¿ qué tipo de héroe ronda tus sueños ?
Mientras continuaban caminando, Elf sopesó la pregunta:
— ¿ Un caballero con una armadura reluciente? ¿O tal vez un jinete intrépido con un sombrero de larga pluma? — Estudió un dragón chino iluminado— . Tal vez un matador de dragones...
— ¡Qué disparate! — Amanda levantó sus impertinentes, totalmente ornamentales, y estudió a la multitud— . Ciertamente nunca encontrarás un hombre así aquí esta noche.
— Ni lo esperaba — mintió Elf, pues sabía que Amanda tenía razón. Cualquiera podía asistir a Vauxhall sólo con pagar la entrada, y estaba claro que este baile público de disfraces atraía a un grupo especialmente alocado. Miró a los alegres caballeretes, aventureros de ciudad y soldados de permiso.
Ni un solo matador de dragones a la vista.
— No creo que una dama pueda conocer a matadores de dragones — dijo Elf— , a menos que ella encuentre primero un dragón.
— ¿ Y quién querría algo así? — inquirió Amanda.
Una dama que quisiera encontrar un hombre como sus hermanos, pensó Elf, pero se lo guardó para sus adentros.
Su cuñada Chastity, desesperada por poner a salvo a su hermana Verity, había hecho de salteadora de caminos y había detenido en una ocasión el carruaje de Cyn. Luego los tres se habían lanzado campo a través, evitando a enemigos e incluso al ejército.
Portia, la novia de Bryght, había sido subastada en un burdel para pagar las deudas de juego de su hermano, y fue rescatada por un

astuto Bryght. Luego, sus familiares la retuvieron contra su voluntad y tuvo que escapar por la ventana.
Elf sabía que las dos damas se habían encontrado en una situación de verdadero peligro, muy asustadas en algunos momentos. Desde luego que a ella no le gustaría que la persiguiera el ejército ni que la vendieran en un burdel...
Pero quería algo, y quería un matador de dragones.
Sin embargo, no había dragones en Vauxhall, a excepción de llamativos dragones chinos, y los héroes, los supuestos héroes disfrazados, eran igual de ornamentales.
Pese a su decepción, Elf no tenía intención de echarse atrás en su aventura. El simple hecho de ser alguien anónimo entre una multitud como aquella significaba diversión, y no había ningún peligro real. Incluso se podía pasar por alto a esos cuatro imberbes que pretendían ser licenciosos y les hacían invitaciones sugestivas a Amanda ya ella.
Advirtió que el grupo de galanteadores borrachos, con ojillos chispeantes, se encaminaban hacia donde se encontraban ellas, e instintivamente les lanzó una glacial mirada Malloren, la mirada que hubiera dirigido a cualquier intruso indeseable. Incluso a través de la máscara, la mirada tenía su efecto, ya que se detuvieron, se rieron con disimulo y se largaron en busca de presas más voluntariosas.
Elf se rió para sus adentros. ¿ Cómo iba a tener una aventura una dama que espantaba a cualquier hombre que mostrara interés ?
Un militar muy alto, de ancho pecho, se acercó para bloquearle el camino:
— Hola, mi guapa amapola. ¿ Puedo invitarle a un poco de vino ?
Elf, movida por sus pensamientos, dejó su mirada feroz y, rebajando conscientemente sus canones, sonrió:
— No tengo sed, señor, pero...
Amanda se interpuso entre los dos, hablando precipitadamente en francés:
— Vamos, prima, llegaremos tarde a nuestra cita. — Cogió a Elf del brazo y la arrastró hacia
delante.
Elf lo permitió pero protestó:
— ¿Cómo voy a divertirme si ni siquiera me dejas hablar con un caballero ?

— Ese caballero quería algo más que hablar, ¡Puedes creerme! — Aimée, es posible que no esté casada, pero no soy estúpida. Sé qué quiere. También sé que no puede forzarme mientras me encuentre en las avenidas principales. De hecho, quedarnos en las avenidas principales promete ser bastante aburrido...

Amanda se enfrentó a ella.

— Elf...Lisette...oh, lo que sea! ¡No se me dan bien estos engaños! Pero ahí pongo el límite. No vamos a ir a las calzadas laterales. ¿No has oído las historias que cuentan sobre esos lugares ? Los excesos más atroces: robos, pillaje...

— Exageraciones, estoy segura — — Contestó Elf con aspereza, quería sonar depravada a posta— . Al fin y al cabo, aquí ningún lugar queda lejos de la mirada pública. Puede oírse si alguien grita.

— ¿Pero acudiría alguien a asistirle?

Elf dirigió una mirada de aprobación a su amiga. Amanda no era tonta. A Elf no se le había ocurrido que la gente, de forma deliberada, podía no hacer caso de los gritos de ayuda, pero entre esta multitud tan frívola, entre tal relumbrón, podía creerlo.

— De modo que — dijo Amanda, insistiendo— permanezcamos en los paseos principales o volvamos a casa.

Elf suspiró malhumorada.

— No eres mejor que mis hermanos.

— Pese a las apariencias externas, eres la misma chica salvaje que solía liarla cuando éramos niñas.

— Por supuesto — dijo Elf— . Sólo estoy disfrazada de dama. — Adelantaron a una pareja borracha que cambiaba Constantemente de dirección— . Pero ya no soy una niña. Sería agradable descubrir quién soy de verdad.

— Se... señorita...

Elf estudió al joven que intentaba presentarse. Tenía poca barbilla, probablemente sería un dependiente de algún comerciante. Le dirigió la mirada Malloren y él se largó cabizbajo.

— Te lo he dicho otras veces, Elf. Necesitas casarte. No será por falta de ofertas.

— Lo has dicho demasiadas veces. Solo me casaré con el hombre perfecto.

Elf se percató de que volvían a hablar en inglés pero no protestó. Amanda se sentía claramente incómoda con la lengua extranjera y toda aquella iniciativa empezaba a parecer estúpida.

— jQué disparate! — manifestó Amanda— . Si esperas encontrar un hombre como tus hermanos, te vas a quedar para vestir santos. Y, créeme, un hombre vulgar y corriente siempre será mucho mejor que eso.

Elf se detuvo para encararse a su amiga:

— ¿ Estás diciendo que les pasa algo malo a mis hermanos ?

Amanda alzó las manos.

— jMe rindo! Por supuesto que no. Yo misma he concebido algunas fantasías con ellos, pero son duros de roer, Elf. En lo que a la realidad se refiere, hay mucho que decir a favor de un hombre tranquilo al lado del fuego. Por supuesto — añadió mientras continuaban caminando— , me he preguntado en ocasiones cómo sería tener un Malloren en mi cama... — Luego se tapó la boca alarmada.

Elf se rió entre dientes.

— No te preocupes. Nunca se lo diré a Stephen.

Vio una barraca en la que vendían limonada y se dirigió hacia ella. Cuando tuvieron un vaso cada una de ellas, preguntó:

— ¿ Con qué te quedarías, Amanda: con una pareja excitante en la cama, que el resto del tiempo fuera un aburrimiento, o con un hombre formal, tranquilo, que en la cama sólo fuera formal y tranquilo?

— Si quieres dar a entender que Stephen...

— No quiero dar a entender nada. y bien... — preguntó malévolamente— . ¿ Qué eliges ?

Amanda se la quedó mirando, pero sus labios se movían nerviosos.

— Stephen es completamente maravilloso. El problema con este hombre es que rara vez está en casa y, con demasiada frecuencia, está cansado después de tantas horas en Whitehall. Es entonces cuando mi mente empieza a vagar hacia frutos prohibidos. Como Rothgar.

Sólo oír mencionar con tal melancolía el nombre de su hermano mayor, las cejas de Elf se levantaron.

— No es exactamente guapo — meditó distraídamente Amanda— , pero tiene algo...

— Tal vez el hecho de que no tenga intención de casarse — dijo Elf de forma práctica— . La noción de que algo es inalcanzable constituye un atractivo poderoso.

Amanda se rió entre dientes:

— ¡Sí que es cierto! Pero, ya que te he contado mi secreto más inconfesable, tú también deberías decirme alguno.
— ¿Secreto inconfesable? — Elf acabó la limonada, que estaba demasiado aguada y excesivamente dulce. ¿ Conocía siquiera sus secretos más inconfesables ? Consciente de los problemas que acechaban en los rincones más profundos de su mente, los mantuvo alejados a propósito.
— Te he hablado de mi inquietud — dijo— — . De mis sueños acerca de un matador de dragones.
— ¿ Y qué es eso exactamente?
— ¿Un matador de dragones? Oh, es san Jorge, supongo... No, no es santo en absoluto. Es un hombre sombrío, peligroso. Un hombre que mataría para defenderme, pero que, por supuesto, no supone peligro para mí. Excepto para mi corazón.
Amanda profirió un sonido de aprobación parecido a un ronroneo.
— jDe verdad, Amanda! Para ser una matrona sensata, puedes llegar a ser extremadamente alocada.
— Como matrona sensata, se me permite ser un poco alocada. Son las damas que no están casadas las que deben ser impecables. Sigo pensando que aún no he oído tu secreto más inconfesable. ¿No hay ningún hombre en concreto en quien centres tus pensamientos más perversos?
— Docenas, empezando por el chico del molino cuando éramos jóvenes.
— ¡Oh, sí! jQué músculos! Solíamos ocultarnos junto a la esclusa y luego fingir que nos
topábamos con él.

Elf esperaba haber distraído la atención de su amiga, pero Amanda insistió:
— ¿Y bien?
— Walgrave — dijo Elf para zanjar el asunto— — . Tengo extraños pensamientos eróticos sobre el conde de Walgrave.

CAPITULO 2

— ¿Lord Walgrave? — Amanda miró a Elf con moderada sorpresa— . Tiene nuestra edad, es guapo, un buen partido y soltero. No veo nada perverso en eso.

— También es insufrible y un enemigo implacable de mi familia. — Elf bajó el vaso— . Sigue andando. Estar apoyada en un árbol es una completa pérdida de tiempo y oportunidades. — Volvió a arrastrar a Amanda hasta la multitud de juerguistas— . Si seguimos por este camino al menos encontraremos un buen sitio para ver los fuegos de artificio.

Amanda se apresuró a andar a su lado.

— ¿ Pero no es el conde hermano de Chastity ? Eso le convierte en tu cuñado en cierta forma.

Elf tendría que haber sabido que el mero movimiento no iba a despistar a Amanda.

— Eso no ha engendrado amor fraternal, te lo aseguro. Somos todos muy educados, más o menos, en consideración a Cyn y a Chastity.

— ¡Dios santo! ¡Es como Romeo y Julieta!

Elf se quedó paralizada, lo cual provocó que un grupo que venía por detrás chocara con ellas. Cuando todo el mundo se desenredó, dijo:

— ¡Romeo y Julieta! Estás trastornada. Me desprecia. Le gustan las mujeres dóciles y complacientes. y yo le desprecio. Es un sinvergüenza que tiene el valor de darme clases de corrección.

Amanda indicó a Elf un banco del que se levantaba una pareja en ese justo instante; se marchaban para adentrarse por uno de los senderos perversos, advirtió Elf. Permitió que su amiga la obligara a sentarse, a sabiendas de que iba a ser interrogada.

Deseó haberse quedado callada. Pensaba que Walgrave era un tema seguro. Al fin y al cabo, era cierto. Le despreciaba, pese a tener fríos ojos azules y un aura de energía que ella se temía era por completo sexual. Él le ponía los nervios de punta, de modo que a veces Elf lo atormentaba desde la seguridad de la protección de sus hermanos.

No obstante, pensaba demasiado en él, e incluso soñaba con él a veces. Por qué, no tenía ni idea. Últimamente él no sonreía nunca, excepto de forma cínica, y le poseía un temperamento violento.

Elf estaba loca.

— ¿ Clases de corrección ? — preguntó Amanda como un excelente perro de caza pegado al rastro— . Tal vez sencillamente tenga problemas para adaptarse a su papel. Solía ser un joven

inconsciente, una especie de libertino, tienes razón, pero no depravado; luego de repente pasó a ser el conde. No puede ser fácil ocupar el puesto del hombre al que llamaban el Incorruptible.
— Lo intenta, no obstante. Intenta ser un ostentoso insufrible como su padre.
Amanda le echó una mirada:
— Y supongo que no lo consigue. No me parece que tengas fantasías con la ostentación — pensó por un momento— . ¿No murió el viejo conde en Rothgar Abbey ?
— Sí. Un ataque.
No era cierto, pero probablemente era el cuento que contaba todo el mundo. El conde de hecho había caído en un ataque de locura e intentó matar a la madre del rey. Alguien le mató a tiempo. Probablemente Rothgar. El actual lord Walgrave parecía ciertamente culpar a Rothgar de la muerte de su padre e intentaba por todos los medios perjudicar a los Malloren.
Esto se había silenciado, por supuesto. Al fin y al cabo, tratar de matar a un miembro de la familia real era traición, y eso habría significado una ruina absoluta para toda la familia Walgrave. El título y las posesiones del antiguo conde habrían quedado confiscadas y sus dos hijos y dos hijas habrían sido expulsados de la sociedad decente.
Amanda se llevó sus impertinentes a los labios.
— Debes de haber tenido unas cuantas ocasiones para coincidir con el nuevo conde. La boda. Y sin duda otros asuntos.
— Pocos, pero demasiados, te lo aseguro. Amanda, si encima intentas hacer de casamentera, desiste. Sería difícil encontrar dos personas más diferentes.
Amanda no daba muestras de desánimo.
— Walgrave parece estar haciéndose cargo de sus responsabilidades de la forma apropiada. Stephen dice que le sorprende la cantidad de atención que dedica el conde a los asuntos de Estado y la sensatez con la que toma posiciones en el Parlamento.
Elf fingió un bostezo.
— Me agrada que así sea, pero hablemos de algo más interesante.
— ¡Elf! Has admitido tener fantasías con él. Tiene un atractivo exquisito. Casi tan guapo como Bryght. — Perdió la mirada en la distancia y soltó un suspiro teatral.
Elf aprovechó la ocasión para cambiar de tema:

— Primero Rothgar. Ahora Bryght. ¡A continuación me dirás que has tenido sueños acalorados con Cyn!

— No — dijo Amanda con una risa— . Por algún motivo, haber pasado con él los veranos pescando peces espinosos en el barro le pone más en la categoría de hermano. — Rodeó con el brazo a Elf— . Tal vez porque tú eres más como una hermana, y él es tu gemelo.

Elf le devolvió el abrazo, esperando que aquella confidencia poco sensata acabara por olvidarse.

Pero Amanda no olvidaba esas cosas.

— Entonces — insistió— ¿por qué no convertir la fantasía en realidad? Si tu hermano se puede casar con la hermana de Walgrave sin que el cielo se desplome, tú puedes casarte con él.

Elf se apartó.

— Eres de ideas persistentes. Ya te lo he dicho. Nos desagradamos sumamente el uno al otro, y él parece decidido a encontrar una manera de destruir a Rothgar. No habría tranquilidad al lado del fuego en un matrimonio así.

Amanda hizo una mueca.

— ¡Pero piensa en la cama!

Elf se puso en pie de un salto.

— Eres una mujer pervertida. Pero no, tampoco imagino ninguna tranquilidad en la cama en medio de un odio así.

Amanda suspiró al levantarse para unirse a su amiga.

— Sin duda tienes razón. No obstante, es una lástima. Es el tipo adecuado para ti.

— ¿ Una locura? — Elf se colocó bien las faldas— . Oh, regresemos a las barcas. Si vamos a estar toda la noche compartiendo secretos de amigas podríamos hacerlo en casa con más comodidad.

Amanda no protestó.

— ¿Te he estropeado la noche, Elf?

— No. — Elf cogió del brazo a su amiga— . No ha sido más que una estupidez. Tendré que pensar una forma más sensata de cambiar de vida.

Mientras desandaban lo andado iban contracorriente, ya que la mayoría de la multitud avanzaba hacia el lugar donde pronto iban a lanzarse los fuegos artificiales. Al principio, Elf pensó que el obstáculo consistía en la presión de la gente, pero luego un brazo se deslizó alrededor de su cintura y la atrajo contra un gastado

uniforme de lana. Elf alzó la mirada y reconoció al capitán con tantos galones.
— ¡Monsieur!
— Aún a solas, ¿bonita amapola?
— le ne comprends pas.
Él pasó a un francés torpe, pero suficiente.
— Si su grupo la ha perdido, me encantaría acompañarla a su casa.
— Me temo que sus planes consisten más en quedarse que en ser un acompañante. — Se resistió a su abrazo, pero no tuvo ningún efecto contra aquella masa y fuerza.
Él se rió y la estrujó, la apretó con fuerza ligeramente excesiva ya ella le preocupó que pudiera dañarle las costillas. Pero luego la insinuación de peligro se precipitó por todo su espíritu como las primeras luces destellantes de los fuegos artificiales.
Optó por sonreírle.
— ¡E1... Lisette! — siseó Amanda, tirando de la capa de Elf.
— Calla, prima. ¿No ves que el caballero y yo estamos hablando?
El capitán esbozó una sonrisa mostrando grandes dientes que parecían sanos, pese a que sus labios eran un poco gruesos y rojos.
— Qué lástima no haber traído ningún amigo, mademoiselle Lisette. Entonces su amiga no estaría tan apurada, mucho mejor para mí.
Elf decidió representar su papel y se hizo la tonta.
— Sin duda tiene razón, capitán. Pero, como ve, está conmigo a todos los efectos.
El capitán se volvió y cogió también a Amanda con su otro brazo. — Soy un hombre grande — manifestó con su risa profunda y resonante— — . Puedo con las dos, ¡no temáis!
— Estoy segura de que así es, señor — susurró Elf, disfrutando bastante de la interpretación.
Le acarició la velluda mano— — . Ya mí me gustan los hombres grandes.
Los ojos oscuros de Amanda enviaban mensajes urgentes desde de— trás de la máscara, pero Elf se limitaba a sonreír. Las dos iban armadas. Si hiciera falta, podrían hacerse cargo incluso de un hombre tan grande como este. También esto era una aventura en cierto sentido.
No quería volver a casa sin haber vivido la más mínima aventura.
El capitán las guió a través de la multitud, abriéndose camino con habilidad y protegiéndolas de la gente. Rodeaba a las dos con sus

brazos, pero la mayor parte de su atención iba dedicada a Elf. A ella no le parecía una situación insoportable, ya que él les daba conversación y hablaba con cierto gusto sobre los jardines, el tiempo y su reciente destino en Holanda.
Luego, sin previo aviso, apretó más a Elf y la besó.
Aunque ella se torció hacia atrás y apartó la cabeza, los labios de él alcanzaron su objetivo. Un fuerte aliento a cebolla la inundó y forcejeó con enojo para librarse de él.
Sin ningún efecto, para su alarma.
Nunca antes se había encontrado en poder de un hombre fuerte y descubrió que no le gustaba en absoluto.
Sus forcejeos habían hecho que el capitán soltara a Amanda. Elf vio, para horror suyo, que su amiga sacaba la daga. Sin dejar de resistirse, intentó advertir al hombre de aquel ataque fatal, pero aquellos húmedos labios sellaban su boca. De hecho, él se afanaba con empeño en abrir la boca de Elf a la fuerza para poder meter la lengua.
Por increíble que pareciera, Amanda iba a acabar en la Roundhouse por asesinato y el escándalo sería espantoso.
Con un bramido, el capitán retrocedió de forma brusca, liberando la boca de Elf. Estaba claro que Amanda había atacado.
— ¡Aimée, non! — gritó Elf al ver que su amiga volvía a alzar la mano. La gente en las proximidades se había detenido para observar al furioso capitán y las dos mujeres. Antes de que alguien se decidiera intervenir, Elf se arrojó de nuevo a los brazos de él, diciendo apresuradamente:
— ¡Aimée, arret!
Amanda retiró el cuchillo con gesto de exasperación, aunque tam— bién estaba conmocionada por su propia acción.
— Sólo está celosa, monsieur — dijo Elf tranquilizadora, pasando a un inglés con fuerte acento y tocando el corte en la manga de la chaqueta del capitán— . ¿ Le ha herido terriblemente ?
El capitán se hizo el valiente.
— Una mera picadura de pulga. jPero podía llamar a los guardias por haberme rajado la casaca!
Sacó un pañuelo y Elf le ayudó a enrollárselo en el brazo para detener la sangre. Elf no pudo evitar admirar su desdén por una herida que como mínimo habría penetrado una pulgada.
— Sea compasivo. Se excita con suma facilidad, ya ve.

Esbozó una sonrisa y volvió a atraer a Amanda hacia sí.
— Bueno, parece prometedor, y tal vez la perdone, zorra encantadora. — Se volvió a Elf— : ¿ y tú qué, pequeña amapola? ¿También te excitas con facilidad?
Elf comprendió que ahora tenía que seguirle el juego hasta que la multitud más cercana perdiera el interés y pudieran escapar. Conteniendo un suspiro, se arrimó a él.
— No sé, monsieur. No tengo mucha experiencia en estas cosas.
Una risita poderosa sacudió el enorme cuerpo.
— Soy precisamente el hombre que puede ampliar tu experiencia, mi preciosidad. Oh, sí que la ampliaré, lo prometo.
Amanda pellizcó a Elf y susurró:
— Ten cuidado.
Elf no le hizo caso y sonrió al hombre.
— Parece que tendremos que ampliar la experiencia de las dos, capi— taine .
Los grandes y oscuros ojos de él estaban encendidos mientras se relamía los húmedos labios.
— Podría ocuparme de una docena y aún necesitaría más, encanto.
— ¡Eh... Lisette! — susurró— . iNos conduce hacia el camino del Druida!
Elf deseó que Amanda mostrara más fe en su sentido común. Por supuesto, sabía que el capitán las llevaba hacia uno de los caminos mal iluminados. Pero ¿cómo iban a librarse de él en medio de la multitud? En cuanto se encontraran en un lugar tranquilo y sombrío, aturdiría a aquel idiota lascivo para poder escapar.
Mientras seguía haciéndoles bromas indecentes, Elf permitió que les alejara cada vez más de las luces brillantes, adentrándose en el reino de las sombras y los secretos. Finalmente, cuando un recodo les ocultaba por completo de la alameda Meridional, se soltó de forma despreocupada del oficial fingiendo estudiarle con admiración.
— Mon dieu, capitaine, sí que tiene buen tipo — — canturreó— . Debe de ser el hombre más alto de su regimiento.
Él la soltó por completo y flexionó sus músculos.
— Uno de ellos, sí, y el más fuerte. y — añadió, dándose un golpecito en la abultada entrepierna— todo está desarrollado en proporción.
— Se movió para recuperar a Elf entre sus brazos, pero ella le evitó y pasó a inspeccionarle por detrás.

— Qué hombros tan amplios. ¡Un verdadero Hércules de carne y hueso! Bien sur, puede llevar un cañón con una sola mano.
— Casi, casi — se volvió para mirarla de cara, pero ella se movía de tal manera que permanecía siempre detrás, obligándole a girar en círculo— . Eh, preciosidad, estáte quieta para que yo pueda admirarte a ti también.
— Habrá tiempo para eso. Mucho tiempo. Maintenant, quiero admirar su físico tan fantástico... — Le obligó a seguir dando vueltas durante unos instantes más, entonces, tras valorar la situación, dijo— : Debería besar a mi prima, capitaine, o volverá a sentirse celosa.
Había conseguido marearle, de modo que cuando se giró otra vez hacia Amanda, dio un traspiés. Elf lo empujo con todas sus fuerzas y luego cogió a Amanda por la mano para correr juntas de regreso a las luces.
Pero él era mucho más corpulento de lo que había pensado y sólo se tambaleó un poco con su empujón. Amanda titubeó un segundo antes de reaccionar y fue alcanzada por el capitán, arrebatándola de las manos de su amiga.
Elf se detuvo, decidida a volver para rescatarla, pero Amanda consiguió librarse y acabó al otro lado del capitán, más cerca de la alameda Meridional abarrotada de gente.
— ¡Corre! — gritó y se lanzó hacia la zona bien iluminada.
Con una risa de pura excitación, Elf se recogió las faldas y voló por el desierto camino del Druida, oyendo los bramidos del capitán tras ellas.
Los faroles escaseaban de forma deliberada en este área y los caminos se desviaban y dividían. Elf pasó junto a una pareja que se encontraba entrelazada en un banco y corrió junto a algunos arbustos que se sacudían, pero que no se paró a observar.
Hizo un alto después de unos momentos de carrera, respiraba trabajosamente. ¡Diablos, tantos años comportándose como una dama perfecta habían mermado sus fuerzas!
Entonces oyó unos pasos que avanzaban pesadamente. No le había despistado aún.
Se lanzó entre oscuros arbustos, adentrándose en la maleza que bordeaba los senderos y abriéndose camino con el menor ruido posible. Oyó la seda que se desgarraba y temió por el precioso dominó de Aman— da. Al menos no tenía que preocuparse por

Amanda, a no ser que su amiga se aventurara a volver por los senderos para acudir en su ayuda.
La densa vegetación y las sombras profundas formaban otro mundo sobrecogedor, pero de forma esporádica cruzaba por algún claro. Si eran naturales o eran obra del hombre, los espacios abiertos tenían un propósito. Estuvo a punto de tropezar con un pareja a la que descubrió en delito flagrante.
Su disculpa instintiva fue contestada con una maldición distraída del esforzado caballero. Elf contuvo con dificultad un ataque de risas y se apresuró a seguir.
Una vez dejó atrás aquel encontronazo, fuera del alcance del oído, se detuvo a escuchar.
En la distancia, los fuegos de artificio estallaban y tronaban. Más cerca, el pretendiente rechazado continuaba aullando su nombre. Pero ahora había otras voces que se hacían oír al unísono para decirle que se callara y se largara. ¡Costaba creer, pero la maleza estaba repleta de amantes en plena actividad!
El capitán, no obstante, había perdido el rastro a Elf. Su plan había funcionado.
O tal vez permanecía en silencio y Elf empezó a preocuparse otra vez. Le había puesto en ridículo y no parecía ser el tipo de hombre que pasara por alto esa clase de cosas. Tampoco parecía ningún tonto. Sospechó que estaría quieto escuchando también, esperando, como el buen cazador, a que algún sonido extraño delatara su posición.
Empezó a alejarse poco a poco del punto donde le había oído por última vez, intentando hacer el menor ruido posible, alerta para no tropezar con más amantes clandestinos. En algunos lugares podía pasar entre arbustos o deslizarse entre troncos de árboles, pero en otros la densa vegetación le obligaba a dar un rodeo. No tardó en encontrarse desorientada sin remedio.
Se detuvo en la oscuridad total que proporcionaba un denso grupo de tejos para considerar la situación. Los fuegos artificiales habían cesado y ningún sonido la guiaba.
Amanda estaría a salvo, pensó, siempre que no se lanzara de nuevo por los caminos a la búsqueda de Elf. Y, para ser prácticos, Elf no podía hacer nada por su amiga aparte de volver a la alameda Meridional lo an— tes posible.

Para conseguirlo de forma segura, temía que tendría que evitar los senderos. Eso significaba avanzar entre la maleza con la esperanza de alcanzar a oír a la orquesta y orientarse. Le preocupaba no escucharla en estos momento ya que eso quería decir que debía de estar bastante lejos de los jardines centrales.

Por más que lo intentara, no conseguía oír siquiera a amantes retozando. Se sintió igual que si se encontrara sola en medio del campo.

El campo oscuro, silencioso, amenazador...

Comprendió entonces que ya no había motivo para permanecer apartada de los caminos. Mientras se mantuviera alerta, podía regresar por los senderos, preparada de todos modos para lanzarse de nuevo a los arbustos si detectaba al capitán.

Oh, pobre capa. j Vaya pinta tendría cuando finalmente saliera a la luz.

Entonces tuvo una idea. Intentando no hacer mucho ruido, se soltó la voluminosa prenda y se la quitó. Luego le dio la vuelta y se la volvió a poner con el forro oscuro hacia fuera. No sólo aguantaría mejor los desperfectos, sino que sería menos visible que el reluciente rojo. Y, cuando finalmente volviera a la zona concurrida, se la podría poner otra vez, relativamente sin jirones.

Una vez hecho esto, tenía que volver a ponerse en marcha. Pero en cuanto empezó a abrirse camino para abandonar los tejos, se oyó el crujido de pisadas en el camino próximo.

— Aquí servirá. — Una voz de hombre hablaba en voz baja y grave. Vaya, ¿tendría que oír una
sórdida escena de seducción?

— Está lo bastante tranquilo. — Otra voz masculina apagada— . y bien, ¿ qué quería ?

Pese a su vida de dama respetable, Elf estaba familiarizada con las cosas del mundo y por un momento temió que iba a ser testigo de un encuentro sodomita. Pero las siguientes palabras disiparon esa idea.

— Su compromiso con la causa ha sido cuestionado, milord. La inquietud es considerable.

— ¿Por parte de quién?

Elf detectó un leve asomo de reconocimiento en aquella voz educada, con su enunciación levemente lenta. Pero podía ser cualquiera. Conocía a casi todos los lores de Inglaterra.

— De aquellos que tienen más que perder que usted.
— Dudo que alguno de ustedes tenga más que perder que yo.
— Sí, pero tal vez sea este precisamente el motivo de preocupación — la voz de quien hablaba empezó a revelar un ritmo escocés y, de manera evidente, se hizo menos respetuosa— . ¿ Qué gana con nuestro triunfo, milord ?
— Que prevalezca la justicia — dijo el «lord», quien desdeñaba de modo audible cualquier intimidación— . La restauración de los Estuardo al trono que les corresponde.
Al oír estas palabras, Elf se sintió como si alguien le vertiera un jarro de agua fría por la espalda.
Traición.
¡Estaban tramando una traición!
Por supuesto que la causa jacobita había sido aplastada hacía diecisiete años por el grupo de Cuarenta y Cinco. Las cabezas de los últimos lores que apoyaron la causa aún se pudrían en Temple Bar.
Elf había permanecido como una estatua desde el principio, pero ahora intentaba incluso rebajar al mínimo la respiración. Los capitanes con pretensiones amorosas eran un riesgo menor comparados con traidores intrigantes. Si estos hombres la descubrían ahí, le cortarían el cuello.
Centímetro a centímetro, y estremeciéndose ante el menor frufrú de sus ropas, sacó la daga de su peto. Aunque era pequeña, con una hoja menor en longitud que su mano, seguía siendo un arma yeso era mejor que nada.
— Dudo que le muevan los ideales, milord — dijo el escocés— . Tal vez piense alcanzar alguna posición de poder bajo el nuevo régimen. Pero debe saber que otros muchos tienen derecho a ello, una reivindicacion que se remonta a generaciones.
— Mi familia también tiene una reivindicación.
¿Sería un lord escocés? Eran pocos los ingleses que alguna vez hubieran apoyado a los Estuardo, y algunos lores escoceses carecían de acento.
El lord volvió a hablar, con desdén reconocible.
— Si no quieren mi ayuda, díganlo. No se la impondré a la fuerza. Pero no puedo imaginarme cómo van a acercarse al rey sin mí.
— Sabe demasiado para que le permitamos retirarse, milord.

Se percibió una nueva amenaza en el aire y el corazón de Elf latió con fuerza. ¿Asesinato? ¿Podría de verdad quedarse ahí quieta y no hacer nada ante un asesinato, incluso de un traidor?
Sin embargo, el lord desestimó con arrogancia el peligro.
— No me amenace, Murray. He dejado descripciones detalladas de este plan en caso de que se produzca mi muerte prematura. y sé cuidar de mí mismo a la perfección. — Elf oyó el siseo letal de una espada que se desenvainaba.
El prolongado silencio habría podido convencer a Elf de que se había quedado a solas, de no ser porque no podían haberse marchado sin hacer ruido.
— Envaine, milord — dijo por fin el escocés, con un deje de nerviosismo en la voz— . No hay necesidad de espadas. No hay necesidad de de todo esto. Lo único que sucede es que a medida que se aproxima la fecha los nervios afloran. Al fin y al cabo, podría ser un hombre del gobierno. Un agente provocador.
El lord se rió.
— Absurdo. Es más probable que lo sea usted. Con toda seguridad, un hombre desempeñaría ese papel por dinero y lo que a mí no me falta precisamente es dinero. ¿Hemos acabado ya?
El lord obviamente había recuperado el control de la situación, ya que la voz del escocés se arrastraba cuando dijo:
— Sí, milord.
— Entonces no solicite ningún encuentro más de este tipo. Falta muy poco tiempo e incidentes como este son peligrosos ya la vez inconvenientes.
— Sí, sin duda tiene razón, milord.
Luego, por fin, las pisadas sobre la grava comunicaron a Elf que se marchaban.
Aspiró profundamente y se puso a temblar como reacción. Santo cielo, ¿ qué podía hacer ? Alguien estaba planeando algo terrible contra el rey, sin duda con intención de poner en marcha una invasión armada.
Tenía que impedirlo.
Mientras su corazón recuperaba el ritmo, Elf pensó que una verdadera aventurera habría encontrado una manera de asomarse e identificar a aquel lord inglés. Ella, como un conejo aterrorizado, había permanecido paralizada. Ahora, con la impresión aún fresca

en su mente, intentó asignar un nombre o una cara a la voz. Aunque la familiaridad la obsesionaba, nada le vino a la cabeza.
Había hablado en voz muy baja, pero algo en el tono le resultó familiar. Un hombre joven, casi podía ver una postura orgullosa, una mirada altiva...
No, no salía nada.
Tal vez se le ocurriera cuando dejara de pretenderlo, o la siguiente vez que se encontrara con él. Por el momento, tenía que escapar de esta situación, encontrar a Amanda y llegar las dos a casa sanas y salvas.
Iría directamente a la mansión Malloren para contarle a Rothgar... Entonces cayó en la cuenta de que no estaba. Ninguno de sus hermanos estaba cerca. La libertad de sus protectores ahora se convertía en un problema significativo.
Mientras calculaba cuánto podía tardar en llegarles un mensaje a cualquiera de ellos, se abrió camino cautelosamente entre los setos para salir al sendero próximo. No obstante, justo cuando consiguió dejar atrás los setos, descubrió a un hombre en las sombras cercanas, enfrascado en sus pensamientos. Era rechoncho, vestido con ropas vulgares, con cabello claro debajo de un tricornio.
Se quedó helada, luego empezó a retroceder poco a poco para ocultarse. Pero era demasiado tarde. El hombre alzó la vista y la vio.
En el último momento, con un alivio que casi le corta la respiración, le reconoció pese a la estrecha máscara negra.
— ¡Gracias a Dios! — dijo con voz entrecortada.
Se lanzó a los brazos de su cuñado, el conde de Walgrave.
Estaba a salvo.
Estaba a salvo...
Desfallecida sobre su fuerte pecho, jadeó intentando recuperar el aliento.
— Lo ha oído todo — dijo con dificultad la voz escocesa tras ella— . Debe morir.

CAPITULO 3

E1 horror paralizó a Elf, quien al reconocer finalmente aquella voz obsesivamente familiar.
Se había arrojado a los brazos de su cuñado, lord Walgrave, pero resultaba que era un traidor.
No tenía sentido.
El menor sentido.
¿ Qué necesidad tenía de Estuardos y rebeldes uno de los hombres más poderosos y ricos del reino? Pero luego recordó que su padre había mostrado inclinaciones jacobitas durante la invasión de 1745. Aquella estupidez había permitido a Rothgar dominar al conde anterior, algo que al final volvió loco al pobre hombre.
El cerebro famélico de aire de Elf se esforzaba por encontrar una nueva estrategia. Dudaba que Walgrave la reconociera. ¿ Sería capaz de desentenderse y de presenciar cómo alguien asesinaba a una mujer desconocida?
¿Serviría de algo que Elf se identificara?
Walgrave odiaba a los Malloren.
Elf agarró su daga, aunque no tenía fe en el efecto que pudiera tener contra estos dos fuertes hombres.
Por fin Walgrave habló:
— ¿Morir? — dijo restando importancia al asunto, a la vez que la retenía con más firmeza entre sus brazos— . Por Dios, hombre, este encanto no tiene el seso suficiente para comprender cualquier cosa más seria que el ribete de su gorra. A no ser — añadió de forma intencionada— que insista en atraer su atención al tema.
— ¿La conoce, milord?
Elf se aventuró a atisbar un poco y vio que el escocés aún no había guardado la larga y amenazadora daga que tenía en la mano.
Walgrave suspiró como si aguantara una pesada carga.

— Es mi actual querida y tan celosa que resulta un fastidio. — Elf descubrió que una mano le obligaba a alzar la barbilla sin la más mínima delicadeza— . Tendré que castigarte por esto, gatita. La verdad, no puedo permitir que me sigas e interfieras en mis asuntos.

Un temblor recorrió el cuerpo de Elf, pues en los ojos de él centelleaba una furia genuina. De todos modos, por lo visto, no era una furia asesina y creyó conveniente seguirle el juego.

— le suis desolée, monseigneur— dijo entre sollozos, sin necesidad de fingir nerviosismo con la voz. Continuó en francés— : Estaba segura de que vendría aquí con ella.

Con fluidez, Walgrave replicó en el mismo idioma.

— Aunque eligiera ir con otras mujeres, no tienes derecho a espiar o a poner objeciones, ¿ no es así? — Para recalcar las palabras la estrujó provocando auténtico dolor, lo cual le hizo soltar un gritito.

— ¡No, milord!

— ¿Lo ve? — dijo al otro hombre en inglés — no representa ningún problema.

El cuchillo del escocés relumbró.

— Con el debido respeto, milord, podría perjudicarnos fuera sin querer.

— Su inglés no es lo bastante bueno, pero de cualquier modo, mi intención es mantenerla cerca. No se preocupe, no hablará con nadie sobre nada hasta que sea demasiado tarde para que tenga importancia.

Con aquello, y sin hacer caso de la amenazadora hoja, el conde dirigió a Elf con firmeza hacia la iluminada alameda Meridional.

Aunque los latidos de Elf se iban regularizando, sus piernas aún temblaban. Con toda facilidad se pegó a Walgrave y le susurró:

— ¡Merci, monseigneur!

— No me dé las gracias antes de tiempo.

Una vez más, él hablaba en francés. Su dominio del idioma, aunque sin un acento perfecto, era excelente.

— Mi amigo escocés sin duda nos sigue, y yo hablaba en serio. Es mi prisionera.

— ¿Prisionera? ¡No puede hacer eso!

— ¿ Qué va a detenerme ? Sea quien sea, picaruela, ha esquivado a sus acompañantes y se ha enredado en una aventura alocada. Lo cual significa que puedo hacerla desaparecer con suma facilidad.

Guarde ese juguete — añadió al detectar la daga— . No le va a servir de ayuda.
Elf la introdujo de nuevo en su corpiño, pero refunfuñó:
— Me salvó de ese hombre.
Sus nervios empezaban a calmarse, sus extremidades recuperaban relativamente las fuerzas y podía pensar.
Walgrave no la había reconocido.
N o era ninguna sorpresa a causa de la máscara. El principal peligro era su voz, ya que se habían visto suficientes veces. Aun así, si seguían hablando en francés, tal vez eso la ocultaría.
Mientras se mezclaban una vez más con la muchedumbre festiva, rogó porque así fuera. Los sentimientos de él hacia los Malloren eran tan feroces que si descubría su identidad, podría entregarla al instante al escocés asesino. Es más, cuando lograra escapar, él nunca debería saber a quién había salvado, especialmente si estaba implicado en una traición.
¡Traición!
Qué absurdo, no tenía sentido. Elf le había considerado un sinvergüenza, un hermano insensible y un enemigo malévolo. Nunca había pensado que estuviera tan trastornado.
Intentaría resolver aquel enigma más tarde. Primero, debía continuar engañándole hasta tener la oportunidad de escapar. Esperaba que aún fuera lo suficientemente libertino como para que una frívola francesa le intrigara lo bastante.
— Por favor, déjeme marchar, milord. ¡No sea cruel!
— ¿Cruel? Créeme, pequeña, estoy siendo un perfecto caballero, de lo más amable. Y eso va en contra de mi naturaleza, de modo que no cuestiones tanta suerte.
— ¡Oh, no lo hago, milord! ¡Gracias, milord! Creo que es maravilloso — Cuanto más tonta sonara menos cauteloso sería él. Se acordó de Amanda y buscó entre la multitud. Esta iniciativa había sido idea de ella, y tenía que asegurarse de que su amiga volvía a casa a salvo. Pero por más que se esforzara, no conseguía detectar ningún dominó azul plateado.
Walgrave se habría camino hacia la salida como Moisés separando las aguas del mar Rojo. Pese al incógnito ya ir vestido con prendas oscuras normales, algo en sus maneras hacía que los mortales inferiores se escabulleran a su paso.
¿Dónde estaba Amanda?

Tenía que asegurarse de la integridad de su amiga y asegurarse de que asustada no empezara a protestar ya gritar. Al amanecer Elf esperaba volver a casa sana y salva, sin que nadie se hubiera percatado de su locura, pero si Amanda corría a casa y daba la alarma, entonces tendrían problemas.

Elf empezaba a sentir desesperación, pero a medida que se acercaban al río, incluso Walgrave tuvo que ralentizar su avance imperioso. Ella tuvo ocasión de inspeccionar con más atención y finalmente detectó a una dama con un dominó azul de pie sobre un banco detrás de un árbol, escudriñando con desaliento la multitud. Amanda incluso se había qui— tado la máscara y parecía fuera de sí. Elf se concentró en ella, como si pudiera atraer su atención a través del aire. En dos ocasiones, los ojos de su amiga se aproximaron. Luego Elf se percató de que Amanda estaría buscando el color rojo intenso y ella aún llevaba la capa vuelta del revés. A toda prisa se echó hacia atrás la capucha, para mostrar la seda roja.

Los ojos de Amanda pasaron sobre ella, retrocedieron bruscamente y se fijaron.

Con una gran sonrisa de alivio, Amanda le hizo señas y bajó del banco de un salto. Elf siseó fastidiada. Amanda podía estar lanzándose de lleno al peligro, sobre todo ahora que Walgrave podía reconocerla sin dificultad.

Durante un momento se preguntó si podría ser una ocasión para liberarse. Con toda seguridad él intentaría apresar a las dos. Pero luego recordó al escocés asesino. ¡No podía permitir que Amanda, claramente identificada, cayera en el círculo de peligro!

Walgrave, con la mirada centrada en la muchedumbre ante él, guiaba a Elf hacia delante, pero ella tenía los ojos fijos en la dirección por la que debía llegar Amanda. En cuanto su amiga se abrió paso entre la multitud, Elf levantó una mano para ordenarle que se detuviera. Amanda se paró con una mirada interrogadora en el rostro. Con un ademán, Elf le indicó que se apartara, con la esperanza de que Amanda lo entendiera como «vete a casa».

Una vez más, en la entrada misma de Vauxhall Lane, Walgrave tuvo que detenerse. Soltó un maldición entre dientes con la atención puesta en las personas que bloqueaban el túnel por delante de ellos.

Elf volvió la cabeza y formó con los labios las palabras, Vete a casa. Estoy a salvo.

Amanda frunció el ceño y echó un vistazo al acompañante de Elf. Entonces sus labios se separaron con gesto de sorpresa. Al cabo de un momento sus ojos se abrieron con expresión escandalizada de deleite.

Esa expresión se quedó con Elf cuando Walgrave encontró el camino entre la multitud y la arrastró hacia Vauxhall Lane. ¡Por el amor de Dios! Amanda pensaba que partía voluntariamente hacia una noche de placer con el conde de sus sueños.

Mientras salían de la callejuela y se dirigían a las escalinatas de Vauxhall, Elf vio el lado bueno de la ridícula situación. Amanda no lo aprobaría, pero no daría la alarma ni se arriesgaría a arruinar para siempre la reputación de Elf.

Y Amanda estaría a salvo. Simplemente era cuestión de alquilar una barca que la llevara de vuelta hasta las escaleras próximas a Warwick Street. Habían dado instrucciones a un lacayo para que permaneciera allí toda la noche, dispuesto a acompañar a las damas hasta casa. Por supuesto, sólo habría una dama, pero desde luego que Amanda podría inventar alguna explicación al respecto.

Por el momento, Elf tenía que concentrarse en su propia seguridad y este extraño asunto de la traición.

Necesitaba a sus hermanos, pero lo cierto era que podían pasar días antes de que uno de ellos regresara. No tenía ni idea de cuándo se suponía que iba a tener lugar la intriga. Walgrave había dado a entender que sería su prisionera sólo algunos días. El escocés había dicho que se aproximaba la fecha.

Estaba claro que no podía sentarse a esperar a sus hermanos. Tendría que hacer algo por sí sola. Por debajo de la inquietud y el miedo, reconoció sentir un hormigueo de pura excitación.

Estaba a punto de vivir por fin un desafío y su alma de Malloren disfrutaba. Finalmente entendía por qué su hermano se había visto impulsado a buscar una forma de vida difícil y peligrosa.

Probablemente era una inquietud que llevaban en la sangre. Así pues, ¿ qué debía hacer ?

Mientras permitía que Walgrave la guiara hacia las barcas, repasó rápidamente las opciones. Mandaría buscar a sus hermanos pero, entretanto, debía actuar.

Elf esbozó una lista mental de cosas que tenía que hacer, igual que si preparara una gran acto social.

En primer lugar, escapar de Walgrave sin que supiera quién había te— nido en su poder.
Segundo, descubrir todo lo posible acerca de aquella intriga.
Se preguntó si debía invertir el orden de estos puntos. Si permanecía con Walgrave tal vez pudiera descubrir más cosas del plan. Pero no. Sospechaba que el conde ya había hecho planes para el tiempo que pasaran juntos, los cuales no incluirían ningún tipo de discusión sobre inclinaciones políticas.
¿Tercero? Burlar a los traidores y presentarlos ante la justicia, supuso. Sin que Walgrave acabara en el grupo.
Recordó que apenas ayer había prometido a Chastity que evitaría un desastre de este tipo, y una risa histérica amenazó con escapársele.
La pena por traición era ser colgado, arrastrado y descuartizado, igual que habían decapitado al grupo de nobles jacobitas. Echó un vistazo al hombre que estaba a su lado: rasgos bien definidos, arrogantes, cabello marrón ondulado disciplinado por un lazo negro. ¿Tenía que ser cortada por un hacha esta bella cabeza para que se pudriera sobre una estaca en una vía pública?
No pudo soportar la idea.
Además, él no sería el único que sufriría. Los traidores quedaban proscritos de forma automática, lo cual significaba que su título era anulado y sus herederos quedaban privados de todos sus privilegios.
Chastity se vería envuelta en una nube de vergüenza, igual que Cyn. Un cuñado traidor echaría a perder su carrera militar.
Los peligros de las amplias implicaciones de la situación disolvieron la fe de Elf en su capacidad para hacerle frente. No tenía ni idea de qué hacer. Deseó de todo corazón que Rothgar estuviera cerca. Con frustración, dejaría todo esto en sus capaces manos y volvería a planear grandes actos sociales.
Pero era la única que en estos momentos podía hacer lo que había que hacer, por lo tanto, era su deber. Lo primero de todo era escapar.
Sintió que el brazo del conde se relajaba. Aprovechando la ocasión, se liberó de su asimiento. Sin embargo, él reaccionó al instante, aplastándola contra él con tal rudeza que ella temió por sus costillas.
— Si me das problemas — dijo— te haré mucho más daño.

Temblorosa, Elf comprendió que hablaba en serio. Aunque estaba dispuesto a rescatar a una jovencita alocada, si hiciera falta recurriría al dolor para controlarla.

Deseó conocerlo mejor y poder anticiparse a sus movimientos. Sin embargo, antes de que Cyn se relacionara con Chastity, los Ware y los Malloren se veían en raras ocasiones. Lord Thornhill — Walgrave por aquel entonces— ciertamente no frecuentaba los mismos sitios que una dama. De hecho, los informes decían que era poco más que un gandul licencioso.

No había mejorado, según contaban, después de que se conocieran. Elf opinaba que tenía mal carácter y era arrogante y desconsiderado con la gente que se cruzaba en su camino. Puesto que ella venía de una familia muy unida, se había escandalizado al conocer que se despreocupaba tanto del bienestar de sus hermanas. En una ocasión, Rothgar le había obligado a admitir que ambos eran víctimas de las ambiciones crueles de su padre, pero Walgrave no se había mostrado especialmente agradecido.

Tras la muerte de su padre, parecía haber reformado su principios morales, pero se había vuelto más frío y mostraba una voluntad maligna, contenida, contra los asuntos Malloren.

Dios sabe por qué.

Con toda seguridad, no podía argumentar que el motivo fuera el amor por su padre ambicioso de poder, y aunque lo hiciera, ¿por qué culpar a Rothgar de la muerte del cuarto conde? Aunque Rothgar hubiese apretado el gatillo, se vio obligado a ello.

Fuera cual fuera la verdad, parecía que Walgrave intentaba ponerse en el lugar de su padre en todos los sentidos, incluida la enemistad con los Malloren.

Como había explicado a Amanda, era bastante esquizofrénico sentir una reacción física hacia este hombre. Incluso en estos momentos, literalmente prisionera en sus brazos poco amables, podía sentir cierta energía erótica en sus terminaciones nerviosas y más interiormente, donde una parte lasciva de ella palpitaba con esperanza.

Oh, criatura insensata, se dijo a sí misma, idéjalo ya!

Mientras Elf era empujada hacia las escalinatas, echó una ojeada atrás, preguntándose si Amanda estaría siguiéndoles. Lo que vio en cambio fueron tres figuras siniestras que les seguían de cerca.

Todos llevaban ropas oscuras, tricornios y máscaras. A pesar de las máscaras, su aspecto no era en absoluto festivo.
Parecían asesinos.
— Sí — dijo Walgrave, hablando todavía en francés— , en verdad estás más segura conmigo. Te cortarán tu bonito cuello sin alterarse lo más mínimo.
¿ Y estos eran sus conspiradores ? ¿ Cómo podía ser tan necio ?
— De todos modos, no tengas miedo — añadió sin afecto— . Si haces lo que yo te diga, nadie te hará daño.
Las barcazas aún seguían dejando juerguistas en tierra, pero para entonces también había numerosas embarcaciones que esperaban para llevar a algunos de los jaraneros a casa. Elf empezó a considerar maneras de aprovechar a los barqueros con objeto de escapar. No obstante, nada más aproximarse Walgrave, un corpulento lacayo se apartó de un grupo de criados que esperaban e hizo sonar un silbato de plata. De inmediato, una barca particular se delizó hacia ellos impulsada por la fuerza de seis rollizos remeros.
Elf observó con consternación. Eran los hombres del propio conde en su embarcación privada. Debería haber esperado algo así. Rothgar generalmente se desplazaba por el río de esta guisa.
El centro de la embarcación incluía una zona resguardada con cortinas de terciopelo verde adornadas con su propio blasón, iluminada por lámparas que colgaban de la estructura del techo. El conde la empujó para que entrara, ocupó a continuación un lugar alIado de ella y corrió las cortinas, mientras la embarcación se disponía a situarse rápidamente en el centro del ancho río.
La zona cubierta podía acoger a unas ocho personas, de modo que dos no la llenaban, especialmente si se tenía en cuenta que Elf se sentaba en un lado mientras el conde se acomodaba en el otro. Se sintió atrapada también entonces, cuando se había quedado a solas con él. No se hacía ilusiones sobre la posibilidad de batirlo. Él tenía dos veces su tamaño y ella sabía que le gustaban todos los deportes habituales de hombres, incluida la nueva disciplina del pugilismo.
— ¿Qué va a hacer conmigo, milord? — preguntó, sin que le resultara difícil parecer nerviosa.
— Una pregunta interesante. — Se quitó la máscara y la dejó caer sobre un cojín. No era más que una tira de seda negra, pero sin ella

parecía un poco menos amenazador. Lo cual, de todos modos, no quería decir que Elf menospreciara el peligro.
— Quítate la máscara — dijo él estudiándola del modo más desconcertante. ¿Podría reconocerla?
Elf alzó la mano como si fuera a coger su máscara, pero en realidad se tapó la boca y la barbilla.
— jOh, no, rnilord!
— ¿ Por qué no ?
— Estoy azorada, milord. De veras, soy una buena chica. No fue más que una tonta aventura...
— ¿Te vas a dejar puesta la máscara toda un semana? — un vestigio de diversión arrugó sus ojos, lo cual hizo que a Elf le pareciera ciertamente un desconocido...
Luego las palabras hicieron mella en ella.
— ¡Una semana!
— No puedo permitir perderte de vista hasta que ciertos asuntos estén concluidos.
Traición, recordó. ¿ Cómo podía estar él tan desquiciado ?
— Y — añadió él— si estás pensando en intentar escaparte, ten cuidado porque esos otros hombres te buscarán hasta atraparte y te matarán. Aunque parezca una idea extraña, estás muchísimo más segura conmigo. Elf apartó la mirada que entonces era de preocupación mucho más que de miedo. Amanda tal vez no diera la alarma aquella noche, ¡pero si Elf no volvía a casa mañana, llamaría a los soldados!
Por lo tanto, tenía que escapar de Walgrave esa misma noche. Apartó las cortinas para atisbar las aguas oscuras y los farolillos oscilantes de los otros barcos, las luces distantes de los muelles y edificios a ambas orillas del río. Allí no había escapatoria, y los asesinos podrían estar siguiéndoles.
— Estoy seguro que están ahí — dijo él perezosamente— . y bien, ¿la máscara?
Elf se volvió.
— Permítame dejarla un poco más, milord. Por favor, estoy tan asustada.
Él sacudió la cabeza.
— Eres una criatura insensata. ¿ Cuántos años tienes ?
— Veinte — mintió.

— Suficiente para ser más lista, entonces. Dime un nombre. Estoy seguro de que será falso, pero tengo que llamarte de algún modo.
— Lisette. Y es auténtico.
Poco convencido, él respondió:
— Al menos servirá. — El conde le ofreció su mano.
Elf respondió instintivamente como haría con cualquier caballero. Apoyó su mano en la de él. Sin embargo, en vez de besarla, él la cogió y, de un tirón, atrajo a Elf sobre su regazo.
Con un grito de alarma, ella apuntaló sus brazos contra el pecho de él para mantener la distancia, pero con un rápido movimiento, el conde los apartó hacia arriba, quedando ella atrapada contra su cuerpo.
— Nos queda por delante todo un viaje, Lisette, y necesito distraccíón.
¡Miserable! Como lady Elfled Malloren quería abofetearle, pero tenía que representar el papel de la tonta Lisette. Aún más, estaba tan cerca que el peligro de que la reconociera era mayor.
Ella apartó la cara a un lado.
— ¿ A dónde me lleva, milord ?
— A mi casa.
Que estaba al lado del río y podía tener perfectamente sus propias escaleras de acceso. Elf empezó a preocuparse porque, al fin y al cabo, tal vez cabía la posibilidad de que la retuviera como prisionera. No podía escapar de la embarcación sin ahogarse en el Támesis. En su embarcadero particular, con sus sirvientes esperando y seis fuertes remeros en las cercanías, no podía imaginarse una huida. U na vez en su casa, tal vez estuviera enjaulada.
Pensó en alguna manera de mejorar sus posibilidades. Si él creía que se sentía alagada por las atenciones de un noble seductor, y si conseguía embriagarlo de deseo, tal vez entonces pudiera burlar su vigilancia.
¿ Podría hacerlo ?
Tras la fría reflexión de un momento, Elf decidió que sí podía. Daba la impresión de que la seguridad de la nación estaba en sus manos.
Se volvió y se relajó contra el pecho de él.
— Nunca antes he estado en la casa de un lord.
Mantuvo la cabeza baja para representar estar cohibida, mientras iba manoseando los botones de azabache tallado de la chaqueta de

él. La chaqueta también era negra, ya que por entonces vestía siempre de luto riguroso; una sencilla levita negra y pantalones por debajo de la rodilla.
Los dedos de ella rozaron la lana, que de todos modos era de la mejor calidad. Incluso para la traición, lord Walgrave no se vestía de cualquier forma.
— ¿Nunca has estado en la casa de un lord? — Ya sonaba menos vigilante. Mantenía un brazo firme en torno a ella, pero deslizó el otro para acariciarle el cuello— . Entonces será toda una aventura, querida. — Aquel gesto incitante hizo que ella sintiera escalofríos por toda la co— lumna— . Podrás dar órdenes a los sirvientes, bañarte en leche y desayunar en vajilla de oro. Si me complaces, por supuesto.
Eso estaba llevando las cosas a un punto decisivo en sumo grado. Pero Elf supuso que las mujeres se rendirían sólo con que un aristócrata joven y apuesto como aquél chasqueara un dedo. O con que las tocara con un dedo. El movimiento de la mano de él se desplazó hasta un punto justo debajo de su oreja, lo cual le provocó una sensación tan extraordinaria que la hizo estremecerse.
— Oh, milord, soy una buena chica. — Volvió a protestar, sin demasiadas esperanzas de convencerle. Ya una «buena chica», ¿aquella caricia no le parecería repulsiva?
Tal vez no.
— ¿ Virgen? — preguntó él sin tapujos.
Ella afirmó con la cabeza y en ese momento sí que se sintió azorada de verdad.
— Tendré cuidado, entonces. No te resultará demasiado desagradable y, después de la primera vez, será mejor. Y bien — dijo él, dejando su caricia cruel y levantádole la barbilla— , dime con sinceridad, ¿ tienes una familia que te armaría un lío si se enterara de esto ?
¡Si lo supiera bien! Elf confió en no mostrarle los ojos.
— ¿ Y si se enteraran de mi desaparición, milord? Estoy de visita de Francia, hospedándome en casa de mi prima inglesa. Una dama casada. — Aprovechó la oportunidad para bajar de nuevo la cabeza— . No creo que dé la alarma, por el momento...
— Toda una atención por su parte. — Su voz tenía un matiz cínico, malicioso— . ¿ y qué sucederá cuando no regreses después de un día o dos?

Ella seguía con los dedos el galón trenzado de la parte delantera de la levita de él.
— Si estuviera con un buen lord...
— No se molestarían indebidamente. Bien. — Sus dedos se deslizaron de nuevo hasta el pelo de Elf, pero esta vez para volverle el rostro hacia él— . Me desagradan las escenas, Lisette. Seamos claros, no tengo intención de casarme contigo. Si acabas con un niño, pagaré su manutención, pero no voy a casarme contigo. Ni siquiera me interesa una querida per— manente. Cuando me canse de ti, habrá un generoso regalo de despedida, pero espero que te tomes tu destitución sin escenas.
Elf cerró los ojos. Confió en que él se tomara esto como turbación por su parte, pero lo cierto era que necesitaba esconder su furia. ¡Qué arrogancia la de este hombre! y qué miserable que muchas mujeres aceptaran condiciones así cada día.
— ¿Bien? — interrogó él.
En realidad, a él le daba igual, lo cual era otro motivo de furia. «Lisette» podía ser una entre cientos de jóvenes. Simplemente era la que tenía a mano.
Elf se dijo a sí misma que el hecho de que Lisette fuera lady Elfled Malloren no tenía nada que ver con ello. Pero lady Elf decididamente no estaba acostumbrada a que la trataran como alguien que se encontraba oportunamente a mano.
Concentrada en mostrarse abrumada y aturdida, abrió los ojos:
— Por supuesto nunca se casará conmigo, milord. ¡Jarnás esperaría algo así! Pero es dar un paso terrible, renunciar a mi pureza...
— Vender — corrigió él— . Quinientas guineas cuando nos despidamos. Dinero suficiente para que un futuro marido pase por alto esos pequeños detalles.
Elf había pasado su vida entre personas de riqueza y posición y temió ser igual de arrogante a su manera. Sus hermanos sin duda eran capaces de esta fría permuta de la carne.
No obstante, visto desde el otro lado, aquello la horrorizaba. — ¿Bien? — preguntó el conde otra vez— . No te violaré, pero si tengo que vigilarte de cerca durante una semana, algunos experimentos sensuales ayudarían a pasar el rato.
Se recordó a sí misma que aprovecharía esto para escapar y se acurrucó un poco más.
— Si me promete ser amable, milord — susurró.

— Buena chica. — Le frotó el cuello con la mano, esta vez con una caricia reconfortante, como una persona podría acariciar un gato— . N o te creerás lo amable que puedo llegar a ser, Lisette. y ahora, veamos un poco más de ti.

Soltó los lazos que mantenían cerrado su dominó y echó este hacia atrás. Entonces parpadeó ante el atuendo de Elf.

— ¡Mi querida Lisette! Necesitas unas lecciones de gusto.

Elf se apartó—

— ¿ Cómo se atreve ?

— ¿Te he ofendido por fin, no? — exclamó él con una risa— . Querida mía, es el conjunto mas horrendo que he visto jamás.

Entonces Elf quiso pegarle, pero temió que se desvaneciera su estilo ingenuo.

— Son mis ropas favoritas — le hizo saber mostrándose malhumorada.

— Entonces, gracias a Dios que no tengo intención de presentaros ante la Corte — tocó los labios enfurruñados de ella— . Vístete con los colores del arco iris por lo que a mí respecta, pequeña amapola. Si quieres, incluso te los compraré. Pero, sobre todo, te quiero desnuda...

Entonces le echó la cabeza hacia atrás y le rozó la boca con los labios. Pese al atrevimiento, llegados a este punto, ella en realidad no podía oponerse y, por consiguiente, le permitió que le sacara de su enfado con bromas.

Conocía los trucos, desde luego, este lord Walgrave y, como había dicho, sabía ser considerado. No forzó ningún beso, sino que jugueteó con los labios de ella mientras le acariciaba el cuerpo, hasta que Elf se relajó y respondió de forma inconsciente.

A Elf la habían besado en una o dos ocasiones, aunque como lady EIfled Malloren, nunca con tal sutileza confiada. Incluso sus pretendientes más atrevidos habían mantenido todo los sentidos alertas por si aparecía Rothgar.

Walgrave no sabía que tenía que estar alerta al peligro. De hecho, en este momento, ninguno le acechaba, se encontraba sumamente cómodo.

Una vez superada la inicial postura reacia de ella, la abrazó más estrechamente y puso en acción su lengua. Elf forcejeó por un momento, pero luego se relajó. Le estaba dando un beso en toda

regla un maestro del aquel arte y tal vez incluso pudiera disfrutar con ello.
Tomando nota de las prácticas que seguía el conde, Elf apoyó sus manos en los hombros de él y le acarició el pelo mientras Walgrave jugueteaba con su boca. No sabía qué le parecería esto a él, pero tocarle la piel era casi tan placentero como que la tocaran.
La textura que percibía bajo la punta de los dedos se mezclaba con el sabor de él en la boca, y con la sensación de tener aquel cuerpo cerca del suyo. El placer fue en aumento más deprisa de lo que hubiera imaginado...
Luego se percató de que él había deslizado una mano para acariciarle el pecho. Incluso a través de las capas de peto y blusa, la presión la atormentaba. Él le desabrochó la parte delantera del vestido abierto, de modo que éste se separó dejando sólo su peto de volantes y sus enaguas de satén escarlata para protegerla.
Elf liberó su boca con la intención de protestar, pero él le colocó los dedos sobre los labios y dijo:
— Shhhhh...
Para desconcierto suyo, le hizo caso.
Aquellos ojos eran los culpables, aquellos intensos ojos azules, casi de un azul martín pescador, ojos que le sonreían a ella. Siempre había sabido que eran peligrosos, pero nunca antes los había visto sonreír.
Tendría que sonreír con más frecuencia.
Y ahora aquel aura les envolvía a ambos, aquel aura de energía erótica de la que siempre había sido consciente. Había sido intenso incluso en los contactos fortuitos. Ahora la abrumaba, la mareaba como si fuera una fiebre.
¿ Se trataba de un olor ?
No. Un leve aroma le envolvía: un perfume a almizcle y un sutil olor personal. Pero aquel aura sólo podía detectarse con la parte especial de una mujer concebida para responder a un hombre.
Él había deslizado las manos hasta la espalda de Elf y le tocó las costillas y la columna provocándole escalofríos. Con unos tirones expertosa sus lazadas, aflojó el peto para poder bajarlo liberando sus senos y tocarle plenamente un pezón.
Definitivamente, Elf había viajado a territorio inexplorado.
Sabía que tendría que protestar, forcejear, pero ¡le parecía tan absolutamente maravilloso!

¿ Y sucedería siempre esto a partir de ahora? Había escapado a Elfled Malloren, a quien había que tratar con respeto en todo momento. Aquí no era más que una mujer a la que un hombre daba placer. Y vaya hombre...
Se relajó apoyada en el brazo de él y sonrió.
Él le devolvió la sonrisa, con un talante tan diferente al de su taciturno y crítico cuñado que podrían convencerla de que alguien lo había suplantado.
Suplantado por el hombre de sus sueños.
— ¿Te gusta esto, verdad, gatita? Otras delicias aún están por venir. — Descubrió el pezón por encima del rígido peto y entonces bajó la cabeza.
Con el primer movimiento rápido de su lengua, Elf soltó un resuello. Cuando sus dientes la tocaron, soltó un gritito y le agarró el pelo, pensando en detenerle.
Luego él la lamió y ella susurró.
— j] uste ciel! — y le acercó aún más.
— Ah — murmuró suavemente él contra su carne— . Reconoces el paraíso, pequeña. — Pasó a atormentarle el otro pecho.
Elf comprendió que estaba agarrando aquel sedoso cabello con tal fuerza que estaba a punto de desprender el lazo. Relajó los tensos dedos, pero luego tomó conciencia de un hormigueo palpitante entre sus piernas que comprendió demasiado bien.
Nunca antes había experimentado un deseo tan impetuoso como ese. Quería, necesitaba a un hombre de una manera que nunca había imaginado posible.
¡Ciertamente, se había perdido muchas cosas!
Un ronroneo la sorprendió, especialmente cuando se percató de que provenía de su propia garganta. Aquella conmoción la devolvió a la realidad. Corría el peligro de caer en la trampa que había concebido para él. Pronto estaría tan perdida que olvidaría por completo que planeaba escaparse.
Escapar, recordó a su cerebro ofuscado.
Eso significaba que era ella la que debía aturdirlo.
Cómo, no tenía la más leve idea. Una parte lasciva de su cuerpo le susurraba que podía permitir que él la embriagara por completo y ver qué sucedía a continuación.
Mientras aún le lamía un pecho, le tocó con dedos delicados el otro que había quedado expuesto. Oh, sí, pensó Elf, ronroneando otra

vez, podía dejar que aquel hombre la instruyera. Al fin y al cabo, esto era lo que quería experimentar, y se veía claramente que Walgrave poseía destrezas útiles.

Luego se le aclararon las ideas. Nunca podría hacer el amor y continuar con la máscara, no obstante, revelar su identidad sería desastroso. Aparte del escándalo y los sentimientos que él albergaba hacia los Malloren, no quería que un traidor supiera que Elfled Malloren estaba enterada de sus secretos.

Traidor.

Traición.

¡Piensa, Elf!

De modo que Elf hizo todo lo posible para no prestar atención a sus sensuales atenciones, recuperó la concentración y buscó la manera de vencerle con sus propias armas.

Como dama bien educada protegida por cuatro hermanos le faltaba experiencia, pero habiendo crecido con cuatro hermanos — uno de ellos un gemelo que le hablaba sin tapujos— , no era totalmente ignorante. Tenía ciertas nociones teóricas sobre cómo seguir. ¿Tendría el valor?

Por supuesto, sí.

Era una Malloren.

Levantándose ligeramente, le apretó el pecho con la mano. Luego, mientras él continuaba volviéndola loca con sus diestros dedos, recorrió el torso de él con la mano hasta que encontró la forma sólida que buscaba.

Una forma sólida, por lo que ella sabía, significaba que como mínimo estaba medio aturdido.

¡Cielos! Debía de estar aturdido de verdad.

Él alzó la cabeza y la miró, con expresión afable y divertida en los ojos.

— Pensé que eras un pajarillo inocente.

— ¡Oh, lo soy, milord! Pero no del todo inocente.

No tenía ni idea de qué hacer a continuación, de modo que hizo cosquillas con la uña del dedo.

Él se rió:

— Vuestro encierro y educación prometen ser un verdadero deleite, Lisette. — Pero le retiró la mano y la sentó— . No obstante, tenemos que posponerlo. Lo dejamos aquí.

Con la eficacia serena de una doncella bien entrenada, el conde volvió a taparle los senos tras el peto y apretó las lazadas. Luego le abrochó el vestido, le arregló la capa y la puso en pie.

Elf le permitió manejarla como una muñeca, soprendida al percatarse de que la embarcación había alcanzado el embarcadero y había sido amarrada sin que ella notara nada.

¡Verdaderamente aturdida!

Se estremeció, sus terminaciones nerviosas erizadas de excitación y miedo. Tendría que tener muchísimo más cuidado si quería llegar a reconocer una ocasión de escapar.

Él subió al embarcadero y se volvió para tenderle la mano para salir a las escalinatas bien iluminadas que llevaban a la residencia Walgrave. Elf echó una ojeada hacia atrás, buscando al enemigo, y sólo vio el oscuro río salpicado de las luces oscilantes de otras embarcaciones. No había manera de saber si los asesinos permanecían aún en las cercanías.

Miró alrededor, esperando inútilmente divisar alguna escapatoria. Por el contrario, los elevados muros de los jardines de la mansión la rodeaban y por delante se cernía la masa sólida de la propia casa. Algunas ventanas relucían con luz de bienvenida, pero a ella le parecía una verdadera prisión.

No seas tonta, se regañó a sí misma, mientras caminaba por el sendero detrás de Walgrave, con portadores de antorchas delante y detrás. Chastity había escapado de una prisión más eficaz, y la Portia de Bryght había huido por una ventana de un piso superior. Siempre había alguna manera.

Si la dejaran a solas.

Echó un rápido vistazo a su captor. Él le dirigió una sonrisa que sugería que no tenía intención de dejarla a solas.

Oh, qué calamidad. Tal vez el mejor plan fuera simplemente dar la alarma.

Pero para entonces ya estaban en el interior de la casa y dudó que los sirvientes del conde acudieran corriendo en su ayuda.

Afuera, en el río, Michael Murray se acariciaba su mano vendada y miraba a Walgrave ya aquella mujerzuela mientras se dirigían hacia la gran mansión. Cuando se perdieron de vista, ordenó a los remeros que llevaran a su grupo a las escalinatas de Whitehall. Sus tres acompañantes se relajaron, pues sabían que en las próximas horas no haría falta ninguna acción violenta.

Murray no se acordaba de lo que era estar relajado y en esos momentos la tensión se aferraba a sus hombros y cuello como un torno. El conde había cumplido su palabra por el momento, tenía a la fulana a buen recaudo. De todos modos, aquel asunto no le daba buena espina. No le daba buena espina en absoluto.

Una furcia francesa. El mismo Murray hablaba un francés excelente, y siempre había franceses en Londres, pero le parecía sospechoso.
Y no había actuado como una puta normal, ni siquiera como una querida habitual. Una mujer se desenvolvía de una manera especial cuando estaba con su amante.
Se frotó la herida, recordando que no había dudado en atacarle. Difícilmente era la actitud de la fulana coquetuela que el conde había afirmado que era.
Su sexto sentido le decía que algo no cuadraba y, tan cerca de la fecha planeada como estaban, era algo que no podía soportar. Estaría más tranquilo si la mujer estuviera muerta debajo de unos arbustos en Vauxhall. Mucho más tranquilo. Le gustaría ver al conde muerto a su lado, pero lo cierto era que necesitaba su ayuda.
Y un conde muerto o incluso desaparecido podía crear problemas. Murray empezó a sopesar la utilidad del conde frente al peligro que representaba. Para cuando su embarcación alcanzó el embarcadero de Whitehall, había decidido a su pesar que las ventajas superaban los riesgos.
Por el momento.
— Kenny — dijo— tú y Mack id a vigilar la casa del conde. Quiero saber si le permite a esa mujerzuela de escarlata irse por la mañana.
— ¿Entonces por qué no podemos ir por la mañana? — refunfuñó Mack con un bostezo— — . Estoy rendido.
— Porque todo este asunto de esta'noche bien podría haber sido una treta, en cuyo caso la enviará a su casa en cuanto piense que nos hemos marchado.
— ¿A esa? — se rió entre dientes Mack— . Tiene unos tobillos prometedores, claro que sí, y todos sabemos que el conde de Walgrave es muy capaz de seguir los tobillos hacia arriba. Ella no irá a ningún lado esta noche.

— No podemos correr el riesgo de equivocarnos. — Murray intentaba que no se le notara la aversión en la voz. Sus hombres recurrían a putas. Incluso su estimado líder, el príncipe Carlos Eduardo Estuardo, era un inmoral. Michael Murray no se manchaba de esa manera, pero sabía que los otros se reirían de él por su gazmoñería, lo cual socavaría su autoridad.
Mack le miró ceñudo pero aceptó las órdenes.
— Entonces, ¿qué hacemos si la manda a casa? ¿La seguimos?
— Por supuesto que no. La matáis.

CAPITULO 4

EIf no había estado con anterioridad en Walgrave House. Hasta la imprevista relación entre Cyn y Chastity, el trato que mantenían los Malloren y los Ware decididamente no incluía el intercambio de visitas.
Elfled Malloren no tenía costumbre de quedarse mirando las cosas como una boba, pero como la tonta Lisette Belhardi se sentía totalmente libre de mirar todo lo que quisiera.
Tenebroso, decidió, al contemplar el gran vestíbulo cuadrado. Incluso grave. Paredes y techo estaban cubiertos por paneles, según un estilo al menos con cuarenta años de antigüedad, y los únicos ornamentos eran cuatro grandes estatuas de mármol. Aquí no había desnudos clásicos de los que estaban tan en boga. En su lugar, cuatro eminentes hombres romanos que se mostraban amenazadores, rígidos y con rostros severos, vestidos con togas y coronas de laurel.
Detectó en todo ello la mano del viejo conde, el Incorruptible. Sin duda era la visión que tenía de sí mismo.
Pero ¿cómo se veía el nuevo conde a sí mismo?

No tuvo demasiada ocasión de mirar y evaluar, Walgrave la dirigió hasta el inicio de la curva de la monumental escalera de roble, claramente sin ganas de esperar.
Descartada la mayoría de sus vagos planes de escapatoria, Elf recurrió al truco de Portia.
— Oh, milord. No me atrevo a molestarle, pero necesito evacuar.
— Sin duda. Ven conmigo.
Continuó escaleras arriba y la llevó hasta una habitación.
Un dormitorio.
¡Nunca antes había estado a solas con un desconocido en un dormi torio! Luego se obligó a sí misma a relajarse. Esto formaba parte de su plan. Él la dejaría a solas y ella escaparía.
El conde la ayudó con su dominó, luego le indicó la bacinilla que había detrás del biombo.
— Ahí tienes. Volveré dentro un momento.
La habitación tenía dos puertas: la que habían usado para entrar y otra que daba a una habitación anexa. Él cerró esta última y se guardó la llave en el bolsillo, luego salió por la primera. Ella oyó girar la llave también en aquella cerradura.
La ventana. Portia había escapado por una ventana.
Sin duda él hablaba en serio al decir que no pensaba dejarla sola ni un momento, de modo que Elf corrió a la ventana y la abrió de par en par. Una sola ojeada acabó con todas sus esperanzas. Un muro perpendicular de ladrillo descendía hasta el suelo.
Portia había empleado los encordelados de la cama para hacer una cuerda, pero esta habitación no ofrecía esas posibilidades y, además, Elf sabía que no tenía tiempo. Al oír pasos, cerró la ventana y se metió detrás del biombo, alcanzándolo justo cuando la cerradura se abría.
— ¿Aún en ello? — preguntó él, con una gran falta de delicadeza— .Espero que no tengas problemas de estreñimiento.
Elf se dio cuenta de que necesitaba usar el evacuatorio. En parte para tapar el ruido embarazoso de su acción, dijo en voz alta:
— En absoluto, milord. Simplemente me estaba atando las lazadas.
— Una pérdida de tiempo singular. — Su comentario le recordó que se enfrentaba a un destino peor que la muerte sin indicios de escapatoria. Empezó a sentir temblores nerviosos en sus tripas.
Nunca hubiera pensado que llegaría a esto.

Estaba muy bien pensar en experimentar con el sexo, pero ahora que era algo inminente y real, no le atraía lo más mínimo la idea. No quería relaciones íntimas con un hombre al que apenas conocía, especialmente cuando lo que conocía de él no le gustaba.
Es más, él no estaba mostrando ningún afecto o fervor especial. Se estremeció al pensar en una invasión tan indiferente de su cuerpo.
¿ Y qué decir de la posibilidad de quedarse embarazada? La mera idea de tener que decir a Rothgar que estaba preñada del bastardo del conde de Walgrave era suficiente como para que le diera un acceso de hipocondría.
Aun así, tenía que fingir que estaba dispuesta pese a su timidez y rogar para encontrar la posibilidad de escapar.

Se ató apresuradamente las lazadas. Luego, asegurándose de que tenía la máscara firmemente en su sitio, salió.
— Siento haceros esperar, milord.
— No importa. Tenemos mucho tiempo. — Estaba relajado y sonriente, pero a ella le pareció más cuestión de buenos modales que de simpatía. Supuso que sería grosero poner mala cara a la compañera de cama de una noche.
El conde abrió la cerradura de la puerta contigua e hizo un gesto para indicarle que debía pasar. Obedeció y se encontró en otra habitación, iluminada por dos brazos de velas. Sin duda era su propio dormitorio, pues había ciertos objetos personales esparcidos: su estuche de afeitar en el lavamanos, una peluca empolvada sobre una cabeza de maniquí, una hilera de libros entre sujetalibros dorados.
Elf se volvió y observó al conde mientras se dirigía hasta una mesa auxiliar de nogal que sostenía una jarra y copas de cristal. Sirvió un vino de color ámbar intenso en unas bonitas copas.
— Ven, Lisette — dijo ofreciéndole una— . Te deleitará tanto como mis lamidas.
Sintiendo que las mejillas se le encendían tras la máscara, cogió el vino y lo admiró haciendo tiempo.
— Oh, milord. ¡Qué copa tan bonita!
¿ Podría emborracharle ? Lo dudaba. Seguro que su capacidad igualaba la de sus hermanos, y ellos podían beber cantidades notables de clarete y oporto sin que se les notara poco más que cierta euforia.

Dio un sorbo. Como esperaba, saboreó un oporto excelente, pero fingió sorpresa.
— jOh, milord! jQué vino tan bueno! ¿Qué es?
— Oporto. Uno de los pocos buenos vinos que no vienen de tu patria. Tal vez pueda educar tu paladar además de otras partes de tu cuerpo.
— Oh, milord... — Elf sonrió con afectación, sorbiendo lentamente y buscando desesperadamente una salida a su apuro. Algo en la actitud de Walgrave sugería que él sólo tenía un objetivo y que no se despistaría. ¿Podría usar la daga con él?
Elf tomó otro sorbo pequeño y le sonrió.
Él vació la copa, la bajó y se acercó a ella.
¿Empieza a gustarte? — Le retiró la copa de la mano y la arrojó despreocupadamente, dejando que rodara y vertiera su contenido sobre la alfombra— . Esto es un buen augurio.
Elf miró consternada la copa, aliviada de que no se hubiera hecho añicos, pero preocupada por las manchas de vino en la alfombra...

Luego él la cogió entre sus brazos.
— jMilord!
La abrazaba con fuerza y sellaba su boca con sus labios.
Elf consiguió librarse.
— jPare! iMilord, tenga piedad!
— ¿Por qué? — Su expresión no mostraba ninguna indecisión. — Estoy... estoy asustada.
— No dolerá demasiado.
— jNo es eso, milord! Es que es un paso importante, perder mi virginidad. jQuiero pensar en ello!
— No seas tonta — dijo él y la besó de nuevo.
Elf perdió los nervios y le dio una patada en la pantorrilla con toda su fuerza. Puesto que, a diferencia del capitán de Vauxhall, él no llevaba botas, soltó una maldición y retrocedió hacia atrás.
Pero continuaba sujetándola del brazo.
Elf cerró el puño y arremetió contra el bulto en sus pantalones.
Él se torció a tiempo y lo recibió en su cadera, magullando la mano de ella. Lo siguiente que supo es que estaba boca abajo en la cama, con las muñecas sujetas a su espalda y una pesada rodilla sobre la cintura.
— ¿Qué demonios te pasa? — gruñó él.

— ¡No quiero hacerlo! — gimió ella, volviendo apresuradamente a su personaje— . Estoy asustada. — Pero ahora decía la verdad. Se sentía indefensa.
— Eres una maldita zorra. Muy bien, Lisette, como tú prefieras. Pero ¡lo habrías encontrado mucho más placentero que lo que vas a aguantar ahora!
Le soltó las manos, pero con todo aquel peso inmovilizándola sobre la cama, apenas podía respirar, qué decir forcejear. Le levantó las faldas.
Entonces ella quiso resistirse, pateando y retorciédose, pero él le quitó primero un liguero y luego el otro. Después volvió a cogerle las manos y se las ató.
Cuando Elf comprendió que no iba a pegarla o a hacerle algo peor, dejó de luchar. Walgrave le bajó las medias y las usó para atarle los tobillos. Luego la levantó y la llevó a la habitación de alIado. Allí la colocó, con bastante cuidado, de costado en medio de la cama. Incluso retiró la colcha de debajo de ella para que se quedara sobre la sábana.
Elf se puso tensa cuando volvió a meterle las manos debajo de las faldas, pero él se limitó a soltar los lazos del aro para poder quitarle el armazón de caña.
— Ya está — exclamó arrojándolo a un lado y luego se echó hacia atrás su pelo revuelto— . Es lo mejor que puedo hacer, tonta criatura. — Le echó las colchas por encima con un rápido ademán— . Estaré durmiendo en la habitación contigua con la puerta abierta. Si cambias de idea, lo dices.
Elf le observó marchar, pensando que desde luego tenía que haber sido capaz de manejar mucho mejor todo este asunto.
Elf no sabía lo placentero que habría sido acostarse con él, pero difícilmente podría haber sido peor que su apurada situación actual. Los brazos maniatados empezaban a abrasarle y la invadía una necesidad loca de estirar las piernas. Retorciéndose bruscamente, consiguió darse la vuelta y quedarse boca abajo, lo cual empeoró las cosas. Ahora estaba hundida contra el colchón de plumas y tenía que estirar el cuello para poder respirar.
Sintió la tentación de llamarle un centenar de veces, pero al final 1ogró aguantarse.
En vez de ello, intentó considerar las opciones con que contaba.

Si se convertía en la amante del conde, tal vez dispusiera de alguna ocasión para escapar. Pero no se imaginaba convertirse en su amante sin que la reconociera.
Si revelaba su identidad, él propablemente no intentaría seducirla. Siempre había dado muestras de desaprobar la lengua descarada de Elf y su irreverencia hacia los representantes de su sexo. Desde luego no dejaría escapar a Elfled Malloren para contarle a Rothgar lo de la intriga.
Elf culebreó un poco y consiguió poner la cabeza en una posición ligeramente más cómoda. La verdad, era una situación de lo más ridícula. ¿ Había alguna esperanza de que consiguiera contarles a sus hermanos la intriga traidora sin revelarles toda esta serie de locuras ? Apesadumbrada, llegó a la conclusión de que no.
Gracias a Dios Cyn estaba bien lejos. Se enfadaría con ella.
Tras mucho pensar, llegó a la conclusión de que tendría que conti— nuar siendo Lisette, la reacia querida francesa. De esa manera podría evitar ser reconocida y escapar por la mañana. Si al menos consiguiera persuadirle para que la desatara.
Luego cayó en la cuenta de que tenía la daga del corpiño.
¿ Cómo usarla, de todos modos ?
Dudaba mucho que pudiera apuñalar a Walgrave con ella, pero le serviría para cortar las ligaduras. Si fuera capaz de emplear sus manos.
O tener las manos delante de su cuerpo.
Era un riesgo, pero lo aceptó.
— ¿ Monseigneur ? — llamó, acordándose de usar el francés. Tras un momento, volvió a llamar, más fuerte— . jMonseigneur!
El conde había dejado la puerta abierta y Elf pudo escuchar movimientos en la habitación contigua. Luego una luz fulguró. Al cabo de unos instantes él apareció con un candelabro de velas encendidas en una mano.
Los planes de Elf se desbarataron momentáneamente al verle.
Debe de dormir desnudo.
Claramente acababa de echarse por encima una larga bata de seda negra y se había atado el cinto holgadamente alrededor de la cintura. Elf se percató de que estaba mirando fijamente aquel magnífico pecho y se apresuró a alzar la vista. La visión la dejó igual de aturdida. El cabello marrón le caía suelto en rizos sobre los hombros, despeinado a causa del sueño de un modo encantador.

Algo de su presencia le hizo pensar en ángeles, en ángeles guerreros como Miguel. Cuando se aproximó, la fina bata se adhirió a su cuerpo e incluso se separó mostrando las piernas de guerrero.
Elf se quedó mirando, asombrada por el deseo alarmante de besar varias partes de su magnífica anatomía.
— ¿ Has reflexionado, Lisette ?
Con un esfuerzo, Elf obligó a su mente a volver a concentrarse en su objetivo. .
— Oh, milord. Estoy tan incómoda. ¿Me desatará, por favor?
— Por supuesto que no. ¿ Para eso me has despertado ?
— No puedo descansar en absoluto — lloriqueó ella— . ¿No podría al menos atarme las manos por delante ? Me he dado la vuelta hasta quedarme en esta postura y ahora no puedo volver a ponerme boca arriba.
La expresión de él se relajó con una sonrisa llena de ironía. Después de dejar el candelabro sobre la mesa, se sentó al borde de la cama para frotar la espalda de ella con una delicadeza desconcertante.
— Pobre Lisette. Supongo que debes estar completamente asustada. Y, como dices, incómoda. Ya ves lo que pasa por lanzarse a la loca aventura en Vauxhall.
— Ya lo veo, milord. Nunca volveré a ser tan estúpida. — Y era cierto. Después de aquella noche Elf no querría más aventuras.
— Pero no puedo arriesgarme a que te escapes, ya sabes, no estoy seguro de que no vayas contando cosas sobre las que hay que guardar silencio. Y hay posibilidades de que esos hombres estén vigilando la casa. No puede recaer sobre mi conciencia la responsabilidad de una vida inocente.
Para su sorpresa, sonaba sincero. Era una faceta de Walgrave que desconocía por completo.
— Comprendo, milord. Pero si al menos me atarais las manos por delante...
Él continuó frotándole la espalda unos momentos más y cuando paró Elf casi protestó.
— Muy bien — exclamó él, y le desató las muñecas. La colocó boca arriba e incluso le concedió un momento para estirarse y quitarse algunas de sus horquillas y agujas antes de cogerle las muñecas y volver a atárselas hacia delante.
Pese a la incomodidad, pese al peligro, Elf no pudo evitar apreciar su belleza, tan cerca en estos instantes, a la luz de la vela. Los

músculos de su pecho y cuello, envueltos por la seda color negro azabache, quedaban claramente definidos. Nunca había pensado que los cuellos de los hombres tuvieran un interés particular.
Deseaba muchísimo verle todo el cuerpo, ver si la promesa de las partes visibles concordaba con...
— ¿ Cambias de idea, preciosa? — Su voz perezosa sacó a Elf de aquellos pensamientos lascivos. Azorada, alzó la mirada hacia él— . Por la expresión de tu cara, parece que quieras comerme.
iLa había vuelto a atar casi sin darse cuenta! E incluso con la máscara, había leído sus pensamientos perversos. Tal vez se había relamido los labios sin darse cuenta.
— ¿Bien? — preguntó él, acariciándole la barbilla— . Todavía no es la una. Queda mucha noche por delante. — Con el pulgar, ligero como una pluma, le rozó los labios— . Estás a punto y lo sabes. Sabes que puedo complacerte...
¿ Podía alguien dominar la mente de otra persona empleando una voz suave, persuasiva, y dar forma a sus pensamientos a su voluntad ?
¿ O expresaba él meramente la verdad de los deseos de Elf?
Sin conseguir del todo que pareciera una negativa, sacudió la cabeza. A su pesar. Muy a su pesar. No podía creer cuánto deseaba aceptar su oferta, tan poco después de haberle rechazado.
Nunca hubiera previsto el poder que tenía la amabilidad inesperada para un cuerpo excitado.
Los cuerpos podían ser muy depravados.
Él se encogió de hombros y se puso en pie. Luego, con un encantador destello travieso, desató el cinturón de su bata y dejó que se abriera por completo.
Elf miró.
Le miró a la cara y luego otra vez abajo, con la boca cada vez más seca y el corazón latiendo con un estruendo.
Él dejó que la seda negra resbalara por sus brazos, luego la cogió con una mano.
Le recordó a una estatua, pero no la de un severo senador romano, sino la de un atleta griego desnudo. Los músculos lustrosos y sólidos estaban perfectamente dispuestos en torno a los fuertes y largos huesos.
— ¿Estás del todo segura, Lisette? — Ella alzó la mirada y descubrió un afable gesto burlón que amenazaba con fundir su razón— . Como

mi amante, se te permitiría hacer todas las cosas perversas que estás imaginando y algunas más en las que aún no has pensado.
Oh, sí. Oh, por favor...
Pero luego las poderosas razones que lo convertían en una locura lograron hacerse oír. Pese a tener ganas de echarse a llorar, volvió a sacudir la cabeza.
El conde se encogió de hombros, cogió las velas y regresó a su habitación, con su hermoso cuerpo desnudo de espaldas: una tentación constante para cambiar de idea. Elf casi se imaginaba el tacto de sus nalgas firmes y redondas bajo sus manos...
.Por cierto — dijo, presumiblemente desde la cama— . Si vuelves a llamarme, lo tomaré como una petición para que satisfaga tu apetito tan obvio, da igual que sacudas la cabeza como si no.
Las velas se apagaron y se hizo el silencio.
Elf estaba tumbada de espaldas, temblorosa de deseo y consumida por la vergüenza.
Los vagos anhelos basados en besos y cuerpos vestidos de hombres habían tomado ahora una forma concreta. Sus deseos ya no eran sueños. Eran firmes, urgentes y se centraban en Fortitude Harleigh Ware, conde de Walgrave, el hombre que menos probabilidades ofrecía de satisfacerlos si descubría la identidad de ella.
Bien, intentó decirse a sí misma, esta inquietud, esta falta de satisfacción, no era nada nuevo para ella. Un mero accidente la había llevado al encuentro de esta noche con su cuñado. Sus sentimientos con toda seguridad habrían sido los mismos hacia cualquier hombre atractivo que la rescatara de la muerte.
No estaba segura de creérselo,. La tentación de tomarle la palabra y llamarle otra vez la asombraba. Ella despojaría de sus ropas hasta dejarla igual de desnuda. Luego se echaría a su lado y la tocaría como la había tocado en la barca, pero más... Lamería su cuerpo nuevamente, y la acariciaría.
Y ella sería capaz de tocarle, de disfrutar de la rudeza y la suavidad de él, lo duro y lo blando.
El sabor.
El olor...
¡No!
Elf exhaló pausadamente y se concentró en permanecer quieta, en escuchar los relojes de la casa cuando daban la una, y luego los cuartos, después la media.

Luego puso en marcha su escapada antes de que hiciera alguna perversión imposible.
Primero se estiró para sacar su daga. Fue entonces cuando comprendió que el astuto hombre le había atado las manos dorso con dorso para que no pudiera emplear los dedos de ambas manos a la vez.
Empleó sólo la mano derecha, agradecida de que la daga se encontrara en el compartimento exterior de madera de la parte delantera del peto. Al menos no podía clavársela en el corazón. Cuando la sacó de su funda se le escapó y se cayó sobre la cama. Al darse la vuelta torpemente, se pinchó la mano y silbó de dolor. ¡No se había percatado de lo afilada que estaba!
Pero por fin la tenía.
Luego descubrió que si la cogía con la mano derecha no podía alcanzar las ligas que maniataban sus muñecas. ¡Era astuto el muy condenado! De todos modos podía llegar a sus tobillos, y pronto liberó sus piernas.
Se sentó en el extremo de la cama casi en la más completa oscuridad, intentando encontrar la manera de cortar las ligas que maniataban sus muñecas. Lo único que conseguía era perforar su piel una y otra vez hasta el punto de que la sangre le corría por los brazos. Necesitaba colocar la hoja entre las manos para cortar ahí.
Era imposible.
Luego tuvo una inspiración. Sujetando el mango de la pequeña daga entre los dientes, llevó sus muñecas atadas hasta la boca para moverlas contra la cuchilla.
La dificultad era sorprendente, tenía ganas de gritar de frustración. Sus dientes no lograban sostener la daga con firmeza, por lo tanto no podía apretar demasiado. Se le hacía saliva y tenía que sacarse el cuchillo para tragar. Era difícil encontrar el ángulo adecuado y se pinchaba una y otra vez.
A pesar de la gran cantidad de cortes abrasadores, no iba a rendirse, no podía.
La seda se partió tan de repente que Elf soltó un resuello y el cuchillo cayó al suelo. Se quedó helada, escuchando atentamente algún ruido proveniente de la otra habitación.
Sólo el tictac de los relojes rompía el silencio.
Con una profunda respiración de estremecimiento flexionó las manos, apretando los cortes doloridos contra la sábana. A oscuras

no podía ver el daño ocasionado, pero pensó que no era serio. Sólo dolía.

Volvió a envainar la daga y salió poco a poco de la cama. Consideró dejar atrás los aros de la falda, pero sin su soporte, la ropa quedaba peligrosamente larga, de modo que se tomó la molestia de volver a sujetárse— los. Luego se echó encima el manto, con el lado oscuro por fuera, levantándose la capucha por encima del cabello empolvado de blanco.

Sus medias y ligas no tenían remedio, pero tuvo en cuenta la posibilidad de que la identificaran. No se imaginaba cómo. Estaba nerviosísima y al final cogió los zapatos y se enfrentó al desafío. Tenía que salir de esta habitación y escapar de la casa, luego cruzar Londres en medio de la noche, probablemente con asesinos acechándole desde las sombras.

Estuvo tentada de pasar a la habitación contigua, a la de Walgrave, donde podría encontrar una pistola. No obstante, no podía correr un riesgo así, aunque de todos modos le habría encantado disponer de un arma.

Encogiéndose de hombros, se recordó que era una Malloren.

Como decía a menudo su hermano: con un Malloren, cualquier cosa era posible.

Cruzó sigilosamente la habitación e hizo la prueba con la puerta que daba al pasillo. La manilla giró sin romper el silencio y, sin ningún ruido, la puerta se abrió a la casi total oscuridad.

Tanteando el camino hacia las escaleras, intentó convencerse a sí misma de que nadie dejaría un obstáculo en medio del pasillo. De todos modos, no podía ver lo suficiente como para estar segura, y se arrastró con las manos extendidas y dando pequeños pasos. Lo último que quería era chocar contra algo.

Para cuando llegó a lo alto de las escaleras, el corazón le latía con violencia y tenía los nervios a punto de saltar. Vaya aventurera estaba resultando ser. ¡Si hubiera una manera de llamar a sus hermanos para que vinieran y la protegieran, la utilizaría al momento!

Respiró a fondo unas cuantas veces para recuperarse y se asomó a la baranda de la escalera. Algunas casas grandes mantenían algún lacayo de noche en el vestíbulo, por seguridad y por si se presentaban visitas inesperadas. No obstante, un lacayo de este tipo tendría una lámpara, el vestíbulo de la mansión Walgrave estaba

completamente a oscuras debajo de ella, aparte de un pálido rayo de luz de luna que entraba por el abanico de encima de la puerta.
Elf se deslizó lentamente escaleras abajo, tanteando cada escalón para que no crujiera antes de apoyar todo su peso en él.
Todos eran sólidos como rocas. Apenas le sorprendió. Hasta hacía seis meses, esta casa había pertenecido al viejo conde: el Incorruptible. Había sido un viejo tirano estirado que no hubiera permitido que ningún peldaño chirriara, igual que no permitió a su hija casarse contra su voluntad.
Aún así, suspiró con alivió cuando pisó las frías baldosas del suelo del vestíbulo. Ahora podía pensar con claridad.
En el exterior podrían estar esperándola los asesinos. Antes de abandonar la casa, tenía que encontrar un arma.
Con la ayuda de la débil luz de la luna, registró metódicamente varias habitaciones hasta que encontró la que quería: el estudio de Walgrave, donde tendría más posibilidades de encontrar pistolas.
Las cortinas estaban corridas, de modo que tuvo que correr el riesgo de abrirlas, con el consiguiente traqueteo ruidoso. Le facilitó suficiente luz como para inspeccionar la habitación. En algunos cajones debajo de una librería encontró un estuche de pistola que contenía dos hermosas piezas para duelos.
****
Desde su puesto entre sombras, en el callejón situado entre la mansión Walgrave y su vecino Kenny, advirtió que se corrían las cortinas en una habitación. Por desgracia, su cabeza quedaba varios pies por debajo del alféizar de la ventana y por lo tanto no alcanzaba a ver el interior de la habitación. De todos modos era extraño. Hacía tiempo que los criados se habían ido a la cama, de modo que debía de ser el conde.
Raro, muy raro.
Si Kenny tuviera a aquella fulana con tacones en su poder esa noche, el conde no estaría dando vueltas por la casa perdiendo el tiempo con cortinas.
Kenny compartía las sospechas de su jefe en torno al altanero conde, y este asunto no le parecía bien. Deseó tener algo para trepar y mirar en el interior de la habitación.
Sin embargo, no tenía nada, así que se encogió de hombros y volvió a hurgarse los dientes mientras vigilaba aún con más atención.

En el estudio, Elf dio gracias al cielo por tener un hermano al que le gustaba enseñarle todo lo que sabía. Tras coger una de las pistolas, metió la cantidad adecuada de pólvora, dejó caer la carga preparada en la boca del arma y la introdujo bien hasta el fondo. Luego llenó la cazoleta con la fina pólvora de preparación. Cuando estuvo lista, la colocó con cui— dado en su bolsillo derecho y se preparó para enfrentarse al mundo extenor.

Al atisbar a través de la ventana, vio que daba al estrecho callejón entre ambas casas, una prometedora zona completamente oscura. El antepecho quedaba a unos dos metros y medio del suelo, pero tendría que ser capaz de dejarse caer desde esta altura sin lastimarse.

Lo único que le hizo vacilar fue el portero de noche que sin duda estaría sentado fuera, en la entrada principal. No confiaba demasiado en sus posibilidades de conseguir saltar y aterrizar de modo tan silencioso que no la oyera. Además tenía que pensar en la pistola. En teoría, no podía dispararse hasta que se amartillaba, pero la pólvora era un material arriesgado.

No, tendría que olvidarse de la tentadora callejuela y aventurarse por los alojamientos de los sirvientes.

Mack estaba apoyado con postura desgarbada contra un muro en el callejón que llevaba a las caballerizas. Fuera de los cercanos establos relumbraban faroles y en el interior los pajares estaban llenos de mozos y cocheros durmiendo, pero el callejón de las caballerizas permanecía oscuro y silencioso.

Mack se recostó contra el muro, observando los jardines de la residencia Walgrave, pero le costaba permanecer despierto. Había pasado toda la noche anterior en vela, jugando a los dados y luego tirándose a un par de furcias por lo que hubiera preferido estar en la cama durmiendo. De todas formas era una pérdida de tiempo. Si el conde no quisiera estar con aquella mujerzuela, la habría mandado a algún otro sitio. No iba a cambiar de idea una hora después y echarla a la calle.

En opinión de Mack, Michael Murray se preocupaba demasiado.

Todo sea dicho, Mack no estaba muy motivado por este asunto. Su corazón y alma estaban con los Estuardo, que por derecho divino debe— rían ser reyes de Escocia e Inglaterra. Había heredado esto de su padre y de su abuelo, quienes lucharon ambos por la causa.

Pero deseaba haber nacido en otros tiempos, cuando se demostraba lo hombre que era uno con la espada y con sangre. En vez de ello, allí estaba, andando a hurtadillas por Londres, espiando y rateando, y bostezando contra un áspero muro a altas horas de la noche.

Elf abrió suavemente una puerta con paneles de roble situada en la parte trasera del vestíbulo y se encontró, como esperaba, en los alojamientos mucho más sencillos de los criados. Se obligó a esperar y escuchar, pero al no oír señales de movimiento, pasó y cerró la puerta con cuidado tras ella.
Mientras la puerta estuvo abierta pudo ver un pasillo. Una vez cerrada, se encontró en la más completa oscuridad. De nuevo, avanzó con cautela, intentando emplear otros sentidos que la guiaran. La oscuridad era opresiva, empezó a imaginarse los muros que se juntaban y la comprimían.
Se detuvo y tomó aliento respirando a fondo, obligándose a recupe rar el control antes de seguir.
¡Atención! jEI tictac de un reloj! Tenía que ser la cocina. Avanzó a tientas hacia el sonido, palpando la pared hasta encontrar una puerta. Tendría que haberse parado. Tendría que haber tenido cuidado, pero su necesidad de escapar de la sofocante oscuridad la impulsó. Giró la manilla y entró.
Luz.
Sólo era el destello del fuego del horno, pero parecía la luminosa luz del sol después de tanta negrura. Luchó por respirar, intentando hacerlo en silencio, pues ya había visto las formas amontonadas de tres criados como mínimo tumbados sobre colchones en el suelo.
Una forma se agitó.
Su corazón se estaba calmando, pero volvió a acelerarse. Un gato maulló.
Se acercó y se metió entre sus tobillos, amenazando con hacerla tropezar. Lo cogió del suelo y lo acarició, emitiendo sonidos tranquilizadores.
Parecía que ninguno de los sirvientes se había despertado. Trabajando de la mañana a la noche, no se despertarían tan fácilmente de su descanso. Sólo tenía que tener cuidado de no dar

un golpe a algo, lo cual no era tan fácil aquí. Desde luego contaba con la ayuda de la luz del fuego, pero la estancia estaba llena de muebles y utensilios.

No se atrevió a bajar el gato, que se había acomodado confortablemente en sus brazos y, por consiguiente, no podía recogerse las amplias faldas y el manto.

Oh, bueno, podía ver una pequeña ventana y una puerta alIado. Era más que probable que la puerta condujera al exterior. Si despertaba a alguien, echaría a correr hacia ella.

Empezó a desplazarse entre cuerpos y muebles, obligándose a ir muy despacio. Cuando hubo recorrido tres cuartas partes del camino hasta la puerta, un sirviente se dio media vuelta hablando entre dientes.

Se quedó paralizada.

El hombre se dispuso a dormir otra vez, aún murmurando.

Elf se arriesgó a dejar el gato en el suelo, luego no hizo caso al calor que le rozaba los tobillos mientras recorría los últimos pocos pasos y giraba la manilla.

¡La puerta no se movía!

Necesitó unos pocos momentos para que el sentido común dominara al pánico. Por supuesto, la casa estaba cerrada con llave.

Tras agarrar la pesada llave de hierro, intentó girarla con suavidad, pero la cerradura estaba demasiado rígida. Al final tuvo que aplicar toda su fuerza y el chasquido de la cerradura resonó por la habitación.

Se congeló una vez más, conteniendo el aliento inútilmente.

U n sirviente se incorporó, murmurando.

— ¿Que...?

Elf se quedó quieta como una estatua, aunque tenía la impresión de que su atronador corazón era audible en toda la cocina.

Al cabo de un momento, el hombre volvió a acomodarse, pero ella no estaba segura de que se hubiera vuelto a dormir. Se obligó a contar lentamente hasta doscientos antes de arriesgarse a girar la manilla otra vez y abrir suavemente la puerta.

Por fortuna, la puerta no chirrió, sino que se abrió en silencio; daba a un pequeño patio. Salió, volvió a cerrarla sin sobresaltos y luego se apoyó contra el alto muro de piedra, temblando.

Oh, cómo deseaba que una varita mágica la sacara flotando de aquella situación.

Quería encontrarse a salvo en su lujoso dormitorio, con criados que atendieran todos sus deseos. Quería ver a sus hermanos, sentir su sólida protección alrededor. En vez de ello, se encontraba escapando de la casa en que estaba encarcelada y se hallaba sola en medio de la noche, con asesinos que merodeaban casi con toda probabilidad en las cercanías.

Los dientes le castañeaban, seguro que lo suficientemente fuerte como para que lo oyera alguien que estuviera cerca.

Pero pronto logró controlar su pánico. No tenía otra opción, y como decía el proverbio, «¡Lo que no puedas cambiar, aguántalo lo mejor que puedas!».

Y era una Malloren.

Con un Malloren, cualquier cosa era posible.

Había llegado a pensar que eso era la causa de que su vida fuera una ruina: ser una Malloren. Significaba que todos sus actos tenían interés para la sociedad. Significaba tener cuatro hermanos decididos a protegerla de cualquier daño, y muy capaces de hacerlo. Significaba que avanzaba con prudencia por la vida porque no quería que ningún hombre sa— liera al amanecer a batirse con otro. Aquella lección la había aprendido con dieciocho años en una ocasión en que un ostentoso sinvergüenza de poca edad se había sentido animado neciamente por ella y luego menospreciado en sus intenciones. Cuando se resistió a su seducción, intentó forzarla. El joven tuvo suerte, la espada de Rothgar sólo le incapacitó el brazo derecho.

De forma permanente.

Aunque Scottdale se había merecido aquel castigo, Elf aprendió la lección. N o pondría a más hombres en peligro, especialmente a sus hermanos. Al fin y al cabo, en el mundo debía de haber algún espadachín más diestro que los Malloren.

Había visto a Walgrave esgrimir y sabía que era bueno, aunque quizá no tan bueno como sus hermanos. De todos modos, por lo visto había estado entrenando duro desde que Cyn le derrotó. Casi consiguió forzar a su hermano Bryght a batirse en duelo el año pasado. Presumiblemente le habría gustado batirse con Brand o a Rothgar con el espadín, por ella.

Elf no tenía intención de ser la causa de más muertes o más mutilaciones, de modo que tenía que salir de este embrollo ella sola.

Respirando profundamente, hizo que su corazón se calmara un poco más. Por el momento, estaba haciendo honor al nombre Malloren. saldría airosa de la primera etapa de su escapada.
Parecía claro que nadie acechaba en este pequeño patio, que por el olor alojaba sólo el retrete y cubos con agua sucia. No oyó ningún sonido de movimiento en las cercanías, lo cual quería decir que nadie venía a investigar los ruidos que había oído.
Pero ¿podía esperar encontrarse con vigilantes? ¿ Uno en la parte delantera y otro en la trasera ? ¿ Que dirección debería escoger ella ?
— ¡Oh, qué diantres! — dijo entre dientes, tomando el lenguaje de su hermano gemelo y esperando ganar su seguridad, también.
Sacó la pistola de su bolsillo y la amartilló. Luego salió con sigilo al pequeño jardín, intentando diferenciar bajo la débil luz de la luna el camino y la maleza. Un roce en su tobillo casi le hace gritar, pero luego vio los brillantes ojos del gato y oyó su ronroneo amistoso.
— ¡Shhhhh! — siseó, pero el gato se quedó mirándola fijamente con devoción, enredándose entre sus tobillos.
Refunfuñando una queja contra el destino, Elf se sacó al gato de la cabeza y se encaminó hacia las caballerizas. Con la capa oscura, se sentía tranquila, pues no la verían a menos que se diera de narices contra alguien.
Junto a la verja de hierro fundido, se detuvo para echar una ojeada a la callejuela que quedaba detrás.
Allí descubrió al enemigo.
El hombre de fuerte complexión con un sombrero gacho se apoyaba contra un muro. Tal vez estuviera dormido, por lo tirado que parecía, pero dudaba de que la apertura de la verja le pasara desapercibida.
Elf se recogió de nuevo en las sombras más profundas y se llevó la mano izquierda a su agitado pecho.
¡Ese hombre quería matarla!
Al cabo de un momento, la rabia aniquiló el miedo. El miserable estaba dispuesto a asesinar a una joven inocente simplemente porque podía representar un inconveniente. ¡Si no fuera por el ruido que iba a hacer, le descerrajaría un tiro ahí mismo!
Sin embargo, lo que tenía que hacer era encontrar una manera de dejarlo atrás. Cuando el persistente gato le volvió a rozar los tobillos, lo cogió y lo colocó en lo alto del muro de casi dos metros.

Se quedó ahí sentado, pestañeando y ronroneando ante ella. Esperando inútilmente, le hizo gestos para ahuyentarle. El minino se meneó, pero su intención era saltar de nuevo hasta ella.

— Lo siento — murmuró y le empujó del muro.

Soltó un maullido de protesta al aterrizar y el hombre se enderezó de golpe. Posiblemente estaba dormido, pero ya no lo estaba. Inspeccionando el área, sacó una pistola del bolsillo.

Elf oyó el chasquido cuando la amartilló. ¿ y ahora qué?

El gato se frotó contra la verja. ¡Con toda seguridad el hombre se daría cuenta de que allí había alguien! Pero entonces, gracias a Dios, el gato mostró ser promiscuo en sus amistades y se decidió a cortejar a este nuevo humano, ronroneando sonoramente.

— ¡Lárgate! — gruñó el hombre, apartando al gato con el pie.

Elf podía haberle dicho que el gatito no era tan fácil de disuadir. Sin embargo, el gato había acaparado toda la atención del hombre y algunas nubes pasaron rápidamente ante la luna. Elf aprovechó la ocasión. Echándose la capucha oscura sobre la cabeza, bajó el picaporte cuidadosamente. En un momento, había atravesado la verja y la había cerrado tras ella.

Luego se escabulló hasta una profunda sombra cercana y se quedó quieta.

Como si los dioses le sonrieran, las nubes se espesaron, sumiendo la zona casi en completa oscuridad. Conteniendo el aliento, y rogando para que el gato no se acordara de ella y la importunara, siguió cautelosamente el muro.

Cuando pasó de largo por la entrada de la otra casa, oyó un chillido y temió que el hombre hubiera soltado una patada al gato. Luego oyó una maldición y esperó que el gato le hubiera arañado. Sucediera lo que sucediera, había pasado lo peor.

Con cuidado de dónde ponía los pies, esperando una persecución en cualquier momento, Elf se abrió camino por el callejón hasta que pudo salir a una calle y finalmente perderse de vista.

Con una oración de agradecimiento, se apoyó contra una baranda delante de una alta casa, haciendo acopio de todo su maltratado coraje para la siguiente prueba.

Ni siquiera sabía dónde estaba. Qué estupidez que siempre la llevaran de un lado a otro en carruaje o en una silla de mano y no conociera la geografía de su entorno. Pero la mansión Walgrave

estaba en Abingdon Street, lo cual significaba que tal vez esta fuera Morpeth Street. Quizá si tuviera alguna idea de cómo llegar a casa de Amanda desde aquí.

La elegante calle estaba desierta, pero delante de muchas de las casas ardían antorchas para iluminar a los transeúntes. Elf se apresuró calle abajo, aunque sus zapatos de tacón resonaban demasiado fuerte sobre las losas; todos sus sentidos estaban alertas a cualquier salteador acechante u otros villanos.

Al mismo tiempo, no podía evitar una sonrisa de éxito. Lo había conseguido. ¡Había superado la primera parte de su escapada! Ahora sólo tenía que avanzar a través de Londres en medio de la noche sin que la robaran, la violaran o la asesinaran.

Eso la templó otra vez. Nunca había andado sola de día, para qué hablar de la peligrosa noche.

Se detuvo y volvió la vista atrás, a la mansión Walgrave: sus experiencias allí ya parecían de ensueño.

¿ Qué debería hacer acerca de todo esto ? Lo apropiado sería contar a alguien con autoridad lo de la participación de Walgrave en la traición y dejar que el gobierno se ocupara de ello. Si el hombre era lo bastante necio como para mezclarse en tales asuntos, debería atenerse a las consecuencias.

Y, no obstante, no obstante... sería algo terrible verle colgado, para acabar quizás arrastrado y descuartizado. En Francia, no hacía mucho, un hombre que había intentado asesinar al rey había sido despedazado por cuatro caballos.

Elf se estremeció, intentando imaginarse el cuerpo magnífico de Walgrave de cualquiera de estas maneras. Con toda seguridad encontraría alguna manera de salvarle y cumplir patrióticamente también con su deber.

Mientras continuaba su camino hacia la casa de Amanda, consideró el problema. No se le ocurrió ninguna solución brillante, pero al menos no experimentó demasiados problemas por el camino.

Había gente en las proximidades, pero sólo una persona la molestó. Un hombre al que le faltaba una pierna se arrastró desde unos escalones donde sin duda dormía, para pedir quejumbroso unas monedas.

Tal vez fuera un mendigo inocente, pero Elf no corrió riesgos. Le enseñó la pistola y le dijo «Déjalo, con acento rudo, esperando que pensara que era un espécimen duro de pelar.

Funcionó. Se escabulló a toda prisa de vuelta a su agujero escondido, y ella continuó apresuradamente su camino pensando que las calles de noche no eran tan peligrosas como le habían enseñado.

Por supuesto, probablemente pocas mujeres salían bien armadas.

Lo cual planteaba la cuestión interesante de por qué no. Los hombres siempre pensaban que las mujeres necesitaban protección. ¿No sería racional, por lo tanto, asegurarse de que las mujeres fueran capaces de protegerse a sí mismas ?

Contra los hombres, pensó con una sonrisa irónica. Sin duda, ahí estaba la trampa.

Era probable que las mujeres tuvieran que ocuparse ellas mismas de su defensa.

Este pensamiento le intrigó tanto que llegó a Warwick Street casi sin darse cuenta. La moderna y elegante casa con terrazas de Amanda era la única con ventanas iluminadas, lo cual quería decir que aún estaba en pie. Elf supuso que lo extraño sería que se hubiera ido a la cama, pero al menos la casa no tenía aspecto de estar en estado de alarma.

Subió a toda prisa las escaleras y dio a la aldaba con suavidad, rogando para que Amanda estuviera dispuesta a abrirla.

Lo hizo.

De todos modos la abrió con cautela, ya que iba vestida con su bata de noche, luego agarró a Elf y la llevó adentro.

— ¡Gracias al cielo! Llevo horas recorriendo la casa. ¿Cómo pudiste...?

Con un torrente de quejas susurradas, arrastró a Elf hasta su dormitorio. Cuando Amanda cerró la puerta y se apoyó en ella, pareció quedarse sin aliento.

Elf la abrazó:

— ¡Lo siento! Prometo no volver a ir a la aventura nunca más. Amanda recuperó el aliento.

— ¡Desde luego no me vas a convencer para hacerlo otra vez! Nunca me he sentido tan aterrorizada... y cuando te fuiste corriendo por el camino del Druida con ese hombre detrás... ¿Qué sucedió entonces? ¿Te atrapó el capitán?

— ¡Por supuesto que no! — Elf se percató de que finalmente podía quitarse la máscara, y así lo hizo— . Qué alivio — dijo, frotándose la cara— . He pasado tanto calor e incomodidad.

Pero Amanda se adelantó y le cogió una de las muñecas.
— ¡Estás sangrando! ¿Qué diablos ha sucedido?
Vaya lío. Elf prefería guardarse en secreto la mayoría de detalles, al menos hasta que tuviera tiempo para considerar las opciones que tenía— . Me han atado y he tenido que escapar.
— ¡Atada! — Amanda se quedó observándola— . Pero pensé... ¿No era Walgrave quien estaba contigo cuando te fuiste?
Más lío.
— ¿Lo era? — preguntó inocentemente Elf.
— ¡Estaba convencida! De hecho — dijo con mirada severa— estoy convencida de ello. ¡Prácticamente no iba disfrazado! Pensé que...
Elf alzó las cejas.
— ¿Qué había decidido hacer realidad mis fantasías ? Qué insensatez. Simplemente me rescató. Es parte de la familia, al fin y al cabo.
— ¿Oh, de veras? — Amanda cogió la toalla y la mojó en el cuenco de agua para el aseo— . Y yá que habías encontrado un defensor seguro, ¿ no fue un poco desconsiderado dejarme para que me las apañara yo sola? — se acercó a mojar con cuidado la muñeca de Elf— . Y, de todos modos, no explica tu cautiverio y tus heridas.
Elf ideó una historia rápidamente.
— Walgrave no sabía quién era yo, ¿sabes? Él estaba rescatando a una desconocida, y le apetecía un poco de seducción.
— ¡Sí, eso está claro! La verdad, Elf...
— Cuando me negué, me ató.
— ¡El muy miserable! — Amanda limpió la sangre seca de la otra muñeca, luego alzó la mirada, con aire sombrío— . ¿ Y?
— ¿ Y qué?
— Después de que te atara, ¿qué hizo?
Elf se estudió las muñecas. Los cortes eran superficiales, pero tendría costra aún durante unos días. Qué suerte que estuvieran fuera sus hermanos con ojos de lince.
— Se fue a la cama.
Amanda cogió a Elf de las manos.
— Querida mía, no tienes que mentirme. Si has cometido alguna imprudencia, yo te ayudaré.
— ¿Imprudencia? Lo que desde luego fue imprudente fue ir a Vauxhall.
— ¡Elf! — Amanda casi chilló— . ¿Qué hizo ese hombre?

Elf se soltó.
— No creo que sea adecuado pedir esos detalles, Amanda. Yo no te pregunto qué hacéis tú y Stephen.
— ¡Ah! O sea que hizo algo.
— Bien, por supuesto que hizo algo. Estaba intentando seducirme. y — añadió Elf reflexiva— era sorprendentemente agradable. Besa bastante bien.
— Besa bien — Amanda se derrumbó sobre una silla— . ¿ Estás diciendo que lord Walgrave te ató y luego no hizo nada aparte de besarte? ,
— No me besó después de atarme. Habría sido bastante vil, ¿no crees?
Amanda hundió la cabeza entre las manos.
— No me atrevo a frustrar tu inocencia, pero incluso los caballeros son capaces de ser viles, ya lo sabes.
Era algo que Elf ya suponía. Con la distancia y un poco de calma, reconocía que el conde se había comportado bastante bien. Una vez en su poder, podía haberla ultrajado de innumerables maneras. Lo único que había hecho, en realidad, era salvar la vida de una inocente mujer anónima y no presionar para obtener sus atenciones cuando ella se negó.
A Elf le resultaba duro pensar con tal benevolencia en su cuñado.
— Y ni siquiera sabe quién eres — dijo Amanda, sacudiendo perpleja la cabeza— . Parece que te hayas escapado sin castigo.
Elf recordó entonces a los problemáticos escoceses y una cuestión sin importancia acerca de una traición. Señor, vaya enredo. Necesitaba tiempo para pensarlo todo antes de contar nada a nadie.
— Santo cielo, estoy rendida — dijo, desabrochándose su llamativo disfraz y desprendiéndose de él. Se volvió de espaldas— . Ahórrame llamar a Chantal, Amanda, y ayúdame con los lazos. Agradeceré meterme en la cama.
Amanda se acercó, pero entonces dijo:
— ¿ Vas a decirme que normalmente llevas el corsé tan suelto?
¡Líos y más líos!
— Él 1o soltó.
— Eso pensé — Amanda tiró del lazo— . Los hombres no vuelven a apretarlos lo suficiente.
— De todos modos no me gusta apretado.

— Tienes la suerte de gozar de una figura estilizada por naturaleza.
Amanda aflojó las lazadas para que Elf pudiera salir del corsé de algodón con ballenas.
— Ah, esto está mejor. Pero tú tienes una figura redonda que los hombres admiran.
— Y tú tienes un delicadeza admirada por los hombres, esas criaturas inconstantes. ¿ y bien ? — preguntó Amanda, claramente intrigada— . ¿Qué piensas ahora de lord Walgrave?
Elf estaba contenta de poder reír un poco.
— Que puede ser agradable, lo admito. Pero sólo porque pensó que era una tonta ingenua llamada Lisette. Si tuviera la más mínima idea de mi verdadera identidad, me habría estrangulado — con delicadeza, dirigió a su amiga hacia la puerta— . Ve a la cama, Amanda. Ahora estoy a salvo, y tú debes de estar agotada. Te contaré toda la historia por la mañana.
Una vez a solas, Elf soltó los lazos que sostenían sus dos bolsillos alrededor de la cintura. Había sido consciente de la pistola que tenía en el derecho y rogado para que Amanda no advirtiera el bulto. No tenía necesidad de explicar más peculiaridades.
Entonces sacó con un golpecito la pólvora de la cazoleta, deseando que hubiera una manera segura de devolver el arma. Walgrave podía permitirse reemplazarla, por supuesto, pero ella sabía que los hombres guardaban como tesoros estas armas. Pasó su mano por el diseño de oro y nácar del mango. El arma sin duda estaba hecha por encargo para ajustarse exactamente a su mano con equilibrio preciso, y ella, en efecto, la había robado.
Al cuerno esos escrúpulos idiotas. Colocó la pistola en el fondo del cajón. La devolvería si tenía ocasión, pero el hombre era un traidor infame, y no se merecía ninguna consideración.
Aun así, pensó mientras se soltaba las enaguas de seda y las dejaba caer al suelo, había sido bastante amable en cierto sentido.
Y era muy apuesto.
Sus hermanos eran apuestos a su manera. Nunca había sido consciente de buscar la belleza en un marido, pero ahora pensó que tal vez fuera importante para ella. Parecía algo trivial, pero era algo a lo que ella reaccionaba, desde luego que sí. La imagen del cuerpo de su cuñado, exhibido tan lascivamente ante ella, importunaba su mente.

Mientras se lavaba cara y manos, la imagen seguía atosigándola, y así continuó mientras se soltaba los rizos para quitarse parte del polvo con el cepillo. Tendría que lavarse el pelo al día siguiente para librarse de todo.

De todos los hombres que podían provocar su interés, ¿por qué el conde de Walgrave ?

Fort. Así le llamaban sus íntimos. Así le llamaba Chastity.

Se detuvo, fijándose en su reflejo en el espejo con mirada desenfocada, imaginando que murmuraba su nombre en la oscuridad mientras él le lamía la piel. Nunca antes había pensado cosas así acerca de un hombre.

Tal vez fuera diferente a partir de ahora. Tal vez simplemente necesitaba despertar estos deseos ya partir de ahora se sentiría atraída por otros hombres. Hombres más convenientes. Al fin y al cabo, Fort en deshabillé había sido toda una revelación para ella. Presumiblemente, si se casaba, su marido se aproximaría a ella en paños menores, con el pelo suelto, y ella sentiría los mismos deseos desenfrenados...

Elf se levantó para quitarse la camisa y ponerse el camisón de algodón, y se pasó las manos por su cuerpo excitado. La honestidad le obligó a recordar que también había sentido interés por Fort con toda la vestimenta blindada de un caballero. La había estimulado más que cualquier otro hombre entre sus conocidos.

Pero era del todo imposible. No sólo era enemigo de su familia, sino también un traidor. Estúpido, hombre estúpido.

Se metió en la cama con intención de realizar un análisis lógico de la amenaza a la Corona. No obstante, de inmediato recordó que había estado tumbada en casa de Walgrave, escuchando.

Recordó que sintió la tentación de llamarle otra vez... ¿ Habría descubierto ya que se había marchado ?

No, pensó que no volvería a comprobar qué hacía ella hasta la mañana.

¿ Se encogería de hombros, sin más, dando por supuesto que la tonta Lisette había regresado a su casa? ¿O se preocuparía por su seguridad?

¿Le preocuparía que ella le hubiera dejado?

No, probablemente sólo estaría preocupado por lo que ella supiera. Eso significaba que intentaría volver a encontrarla, recapturarla para que no divulgara sus asuntos. Su corazón se aceleró lleno de

nerviosismo. Con toda seguridad no podría encontrarla. Él no había dado muestras de reconocerla, y ella no había dejado ninguna pista. Esperó que eso fuera verdad, pues si Walgrave podía encontrarla, era posible que esos escoceses con navajas también.
Se tapó la cabeza con la colcha, sus deseos lascivos se enfriaron a causa del miedo. Si al menos no hubiera pasado nada de todo aquello. Si al menos nunca hubiera ido a Vauxhall.
Algo perverso, por supuesto..
Algo completamente estúpido. y ahora tenía que hacer frente a las consecuencias. Sabía cosas que no podían pasarse por alto, y podían costarle la vida.

CAPITULO 5

Fort se despertó cuando alguien descorrió ruidosamente las cortinas de la ventana de su dormitorio. Con los ojos entornados a causa de la luz del sol, descubrió que el transgresor no era un criado atrevido a quien pudiera despedir en el acto.
— Demonios, Jack. ¿Qué crees que estás haciendo?
— Despertarte — dijo alegremente el enérgico joven— . ¿Te acostaste tarde ayer, Fort?
Tenía un rostro delgado, simpático, y la cabellera marrón pardusca, recogida atrás de modo informal. Su ropa era también informal: casaca y pantalones sencillos, apropiados para montar.
— No especialmente — Fort se estiró perezosamente y enseguida se puso tenso al recordar la noche anterior.
Una rápida ojeada le permitió ver que la puerta que comunicaba con la habitación contigua aún estaba entreabierta. ¿Estaría despierta la chica? Aunque Jack Traver no era ningún problema, prefería que su amigo no supiera que había una damisela atada en

la cama del cuarto de alIado. Se vería forzado a discurrir una explicación creíble.
Salió de la cama desnudo y llamó a su ayuda de cámara.
— ¿Por qué no bajas y pides el desayuno, Jack? Me reuniré contigo en cuanto esté preparado — se volvió a su amigo frunciendo el ceño— — . ¿ Qué demonios estás haciendo aquí a esta hora tan inverosímil ?
— Pettigrew. Ham. Tickle— me— quick.
Esta críptica sucesión de palabras refrescó las ideas de Fort, quien echó una ojeada por la ventana para comprobar el tiempo que hacía. Otro día estupendo. No había posibilidades de librarse de su compromiso de cabalgar hasta Ham esta mañana con Travers y Pettigrew para observar las evolucIones de Ttckle— me— quick, un prometedor corredor en Ascott.
¿Qué diantres iba a hacer con la problemática Lisette? No quería dejar a la pobre chica todo el día atada.
Se volvió para repetir a Jack su sugerencia de que bajara a desayunar justo cuando su amigo acababa de abrir del todo la puerta que daba a la habitación de al lado. La verdad, no sabía estarse quieto este insensato. J ack se detuvo, pero finalmente entró.
Fort esperó, pensando que oiría voces o tal vez algún grito.
Silencio.
Luego Jack volvió a salir, enseñando unas medias a rayas rojas y blancas y ligas de encaje moteadas con manchas oscuras.
— ¿ A qué te has estado dedicando, amigo mío ?
Fort le arrebató las ligas y comprobó que las manchas eran de sangre. Empujó a un lado a su sonriente amigo y vio lo que ya se temía: la palomita se había escapado.
Inspeccionó las sábanas. Más sangre. Por un momento se preguntó si Murray y sus amigos habrían logrado de algún modo invadir su casa y asesinar a la fulana. Tardó sólo un minuto en descartar aquello. Sólo eran unas gotas de sangre. Murray habría dejado un cadáver.
¿Qué demonios se había hecho a sí misma la tonta chiquilla?
— La daga del corpiño — murmuró, y luego recordó que tenía audiencia.
De todos modos se maldijo a sí mismo en silencio por haber olvidado el arma de Lisette.

Al pensar de nuevo en ello, se daba cuenta de que se había interesado demasiado por aquella recién llegada, se había excitado demasiado con ella, se había frustrado demasiado cuando ella entró en pánico de forma tan repentina. Normalmente era algo que ocultaba, no mostraba a nadie ese tipo de necesidad. Pero le había ofuscado las ideas.

En estos momentos no podía permitirse ideas ofuscadas.

Echó un vistazo a Jack, claramente intrigado, pero antes de que su amigo expresara su curiosidad, el ayuda de cámara de Fort arañó la puerta y entró como si intentara ser invisible.

Dingwall era un hombre delgado, gazmoño y sin humor, designado por el padre de Fort hacía muchos años. Deslizándose sobre la alfombra en silencio, dejó agua caliente sobre el lavamanos y luego se colocó a un lado, tan paciente como una estatua y casi igual de inanimado.

Jack observaba a Dingwall fascinado. Había visto muchas veces antes al ayuda de cámara pero, como cualquiera, tendía a quedarse mirándolo fijamente. Asimismo, todo el mundo se preguntaba por qué Fort no se deshacía de aquel hombre extraño ahora que su padre había muerto.

Había motivos, aunque no justificados. Incluso él sabía eso. Tomar el pelo a Dingwall, ahora que el padre ya no estaba aquí, no tenía sentido. Era estúpido mantener aquí al instrumento del Incorruptible, simple— mente porque a Fort le perseguían recuerdos y sentimientos de culpa. Al fin y al cabo, el ayuda de cámara ya no podía enviar informes a su padre, a menos que tuviera algún sistema para comunicarse con el infierno.

Fort se fue hasta el lavamanos, dispuesto de todos modos a provocar a Dingwall, fuera una mezquindad o no. Si al menos los sentimientos del ayuda de cámara resultaran más obvios. Si lo fueran, mostraría su aversión ante la contemplación de cuerpos desnudos, pero ni un indicio de emoción alteró sus rasgos impasibles y pálidos.

Fort, el muy condenado, había dejado que en una o dos ocasiones el hombre le encontrara con alguna puta en la cama. Dingwall ni siquiera se había crispado. En una ocasión fueron dos putas, recordó entonces.

Cabría pensar que el ayuda de cámara era indiferente, si Fort no hubiera descubierto los años de informes trasmitidos a su padre

sobre cada uno de sus actos. Dingwall había contado todos las pecados, descrito cada falta al detalle. Siempre imploraba al padre de Fort para que corrigiera sus maldades.
Fort sabía el tipo de corrección que Dingwall tenía en mente, ya que el hombre había sido contratado antes de que Fort tuviera edad para que le golpearan.
A continuación, Fort agitó las tiras de tela manchada ante los ojos de su ayuda de cámara.
— Deshágase de esto.
Ah, por una vez Fort vio un vestigio revelador de vacilación antes de que el ayuda de cámara cogiera las ligas y las medias.
— ¿De inmediato, milord?
— De inmediato.
Dingwall se deslizó en silencio fuera de la habitación. — De verdad, tendrías que...
— ...despedirlo — — concluyó Fort— . Tal vez sea que me divierte.
— Pues hay que tener un sentido del humor la mar de extraño. Hace que me sienta como si alguien caminara sobre mi tumba — Jack se dejó caer perezosamente en una silla— . y bien, cuenta. ¿ A quién tenías atada ? Y, lo que es más importante, ¿a qué se debían sus ansias de escapar? iDebes de estar perdiendo tus dotes, amigo mío!
Fort enjabonó un paño y empezó a lavarse.
— Una virgen que se echó atrás, eso es todo. A mí no es que me importara volver a salir y llevarla a casa, pero mi temor era que se escapara en cuanto tuviera ocasión. La muy tonta nunca habría sobrevivido de noche en las calles. — Enjuagó el paño y volvió a enjabonarlo, con el ceño fruncido No pensé que estuviera tan desesperada como para liberarse de este modo de las ataduras. Espero que esté a salvo.
Jack se levantó de la silla para encararse a su amigo.
— No, no. vas a dedicar esta mañana a comprobar si está bien; tienes un compromiso.
Fort le miró por un momento, luego se encogió de hombros:
— No sabría por dónde empezar de todos modos. — Dingwall apareció de nuevo con sigilo en la habitación, de modo que Fort añadió— : Baja a desayunar, Jack. No voy a escaparme corriendo.
Una hora después cabalgaba por Whitehall, sintiendo la extraña tentación de abandonar a Jack y buscar a Lisette pese a saber que era inútil. Estaba molesto, pero por otro lado le tranquilizaba saber

que había escapado con una de sus pistolas. Ciertamente no quería que cayera en las garras de Murray y sus compinches.
No obstante, todo aquello le hacía ver el asunto desde otro ángulo. Las damas jóvenes e inocentes — francesas o inglesas— no salían de noche por ahí con un cuchillo escondido en el corsé, ni husmeaban por los oscuros caminos de Vauxhall.
Tampoco era muy habitual que inocentes damiselas se cortaran a sí mismas para liberarse, a costa de dejarse parte de la piel. Aún menos probable era que se armaran con una pistola de duelo y se pusieran en marcha de noche por las calles de Londres.
Por consiguiente, pese a las apariencias, Lisette no era una damita joven e inocente.
Lo cual planteaba dos cuestiones importantes.
¿Para quién trabajaba?
¿Y por qué no se había convertido en su querida cuando tuvo la ocasión?
La luz del día obligó a Kenny ya Mack a alejarse un poco más de la residencia Walgrave, pero no impidió que Kenny viera salir al conde a caballo con un amigo.
Fue a buscar a su compañero.
— ¿Nada de nada?
Mack se frotó sus ojos aún vigilantes.
— Ni un mal bicho sarnoso. Necesito dormir.
— Sí, yo también — Kenny bostezó— . Qué asunto más raro, ¿no? Se ha marchado. ¿ Y, entonces, qué ha hecho con ella ?
— Si de verdad es su furcia favorita, seguramente ahora estará entre sábanas de seda, sorbiendo chocolate de una buena porcelana.
Poco a poco, Kenny acabó por sonreír.
— Entonces tal vez salga más tarde, de compras o algo así, y podamos agarrarla por el cuello. Me voy a intercambiar unas palabritas con Murray. Mandaré a Jamie a relevarte. Decididamente merece la pena mantener controlado este sitio.
Elf no se hallaba entre sábanas de seda, pero sí que estaba tomándose un chocolate servido en una delicada porcelana. Se encontraba en el tocador de Amanda, preguntándose cómo podría evadir la curiosidad persistente de su amiga. Aún tenía el pelo mojado, de modo que todo rastro externo de su aventura había desaparecido. A excepción de algunas marcas en sus muñecas, por supuesto.

Esas marcas eran las señales externas del tumulto interior y de una noche de desasosiego.
— ¿Bien? — preguntó Amanda, poniendo mantequilla a un bollo— . ¿Te has decidido a contarlo todo?
Elf centró su atención en la seria labor de remover el chocolate. — ¿Por qué piensas que no te he contado todo?
— Para empezar no me has dicho nada de cómo escapaste de aquel capitan.
Elf alzó la vista, aliviada al tener una pregunta a la que podía responder.
— ¡Oh, eso! Sencillamente me metí entre los arbustos, Amanda. — Luego añadió, inclinándose para aproximarse— : La maleza estaba repleta de amantes en plena actividad.
Consiguió distraer por un momento a su amiga con una discusión sobre la naturaleza escandalosa de Vauxhall y la posible identidad de algunas de las personas que había allí.
— ¿Y entonces cómo acabaste con lord Walgrave? ¡Casi parecía que te hubiera tomado prisionera! Si no llegas a indicarme lo contrario, habría buscado ayuda al instante.
— ¡Vaya escándalo habría provocado eso! — Elf decidió que la mejor manera de disipar la curiosidad de Amanda era mostrarse honesta. Una infancia traviesa le había enseñado que cualquier cuento debía aproximarse a la verdad el máximo posible.
— Lord Walgrave me salvó del capitán — dijo— y luego quería llevarme de regreso con mi grupo. Tuve que admitir que no había venido con nadie, así que él llegó a la conclusión no tan disparatada de que yo era una mujerzuela y ofreció comprar mis servicios para esa noche.
— ¡Elf! — — entonces Amanda bajó el bollo y susurró— : ¡No fuiste capaz!
— ¡Por supuesto que no! — Elf sabía que se había puesto como un tomate. Esperaba que Amanda se lo tomara convenientemente como señal de azoramiento y no como culpabilidad por decir mentiras— . Pero el capitán continuaba al acecho, así que acepté la oferta de Walgrave con objeto de alejarme del lugar. Siento haberte abandonado, Amanda, pero pensé que te arreglarías sin problemas.
— Por supuesto que me las arreglé. No fue nada complicado volver a casa. Pero, entonces, ¿cómo es que acabaste atada?
Elf entornó los ojos.

— Mi cuñado no es ningún tonto. Cuando llegamos a su casa, yo dije que había cambiado de idea, con la esperanza de que él me echara a la calle. No obstante, respondió que él no iba a dejar a una pobre insensata en la calle de noche, pero tampoco estaba dispuesto a que una jovenzuela como yo vagara por su casa y se llevara la platería. De modo que me ató. Conseguí al menos que me permitiera seguir con la máscara puesta, pero no estaba tan segura de que por la mañana pudiera conservarla, y tampoco era mi intención que me trajeran a casa en su carruaje, asi que me escapé.

Amanda había estado escuchando con la boca abierta y, cuando Elf concluyó, se llevó la mano al pecho con gesto dramático.

— ¡Elfled Malloren, debes de tener un ángel de la guarda cuidando de ti! — Pero entonces dejó su histrionismo y una chispa pareció encender su mirada— . En resumidas cuentas, suena como si lord Walgrave se hubiera comportado muy bien con una joven criatura.

— Sí, supongo que es cierto. — Este era uno de los pensamientos que habían turbado a Elf a lo largo de la noche. Era desconcertante que su opinión de una persona se trastocara de tal manera.

— ¿Y eso no te inclina a considerarlo un posible marido?

La imagen intermitente de un cuerpo perfecto, unos ojos llenos de pasión incitadora, hicieron que las mejillas de Elf volvieran a encenderse.

— ¡Amanda, él odia a todos los Malloren!

— Odia a tus hermanos, pero dudo mucho que te odie a ti — Amanda se relamió el chocolate de los labios, perdiendo la mirada en la distancia con una tonta sonrisa— . Tenía razón. Es como Romeo y Julieta.

— Espero que no — contestó Elf con aspereza— . Acabaron muertos. Bien, tengo que hacer una visita a la residencia Malloren.

A Elf le representó cierto esfuerzo visitar su hogar de Londres sin que Amanda viniera con ella, ya que su amiga estaba aburrida y tenía ganas de divertirse. Pero tras alegar que tenía asuntos familiares que resolver, consiguió que no la acompañara. Supo que Amanda desconfiaba cuando ordenó que uno de sus lacayos escoltara la silla de mano de Elf hasta Marlborough Square.

Amanda no sospecharía problemas serios como un plan de traición contra el rey, y lo más probable es que pensara que Elf había planeado al— guna cita con su peligroso conde. La astuta intuición

de su amiga para estos asuntos se había activado, pero en esta ocasión señalaba en la dirección equivocada.
Pese al atractivo físico y la cortesía que mostraba Walgrave hacia mujeres que se encontraba fortuitamente, el conde seguía siendo un arrogante, un egoísta y un enemigo. No quería tener nada más que ver con él, ni siquiera tontas fantasías.
De todos modos, haría todo lo posible para salvarle de su locura. Al fin y al cabo, había prometido a Chastity que no permitiría que su hermano acabara en el cadalso.
El criado sentado en la caseta situada ante las grandes puertas dobles de la mansión Malloren se levantó de un salto para abrir la puerta a su señora. Elf entró en el gran vestíbulo de suelo de mármol con una sensación agradable de regreso al hogar.
Luego le vino a la cabeza. En realidad no era su casa. Su destino era casarse y crear un hogar en otra casa. Pese a que Rothgar había manifestado su intención de no casarse, algún día tal vez trajera aquí a otra mujer que llevara las riendas.
Mientras dejaba su sombrero, guantes y pelerina al cuidado de un criado, se preguntó por qué esta idea la inquietaba precisamente en ese momento. Tal vez porque no tenía costumbre de alojarse en ningún otro sitio mientras se encontraba en Londres. Venir de visita desde casa de Amanda le hizo sentirse como si no perteneciera del todo a este lugar.
Desdeñó aquellas ideas, pues sonaban ciertamente estúpidas. Probablemente el motivo de su inquietud fuera que ninguno de sus hermanos se encontrara aquí justo entonces para convertir esta casa en un hogar, un lugar en el que pudiera encontrar la ayuda que necesitaba.
En vez de ello, tenía que ocuparse ella sola de sus problemas, y no podía negar sentir cierta excitación. Al fin y al cabo, ninguno de sus hermanos se inmutaría lo más mínimo ante la idea de que Cyn se encargara de asuntos de este tipo. ¿ Por qué pensar entonces que no entraba en sus competencias ?
Elf despidió con un ademán al lacayo y se dirigió por un pasillo que llevaba a la parte posterior de la casa. Al llegar allí abrió una puerta y entró en la oficina principal, donde se llevaban a cabo las operaciones financieras del marquesado.
La mayoría de gente se habría asombrado al enterarse de lo prácticos que eran los Malloren. La sociedad daba por supuesto que

el poder y la riqueza en aumento de la familia provenían de una especie de suerte o protección gubernamental. En realidad, era resultado del duro trabajo de todos los miembros de la familia.

Bueno, de casi todos los miembros. Ese era otro aspecto que había empezado a amargar a Elf. Tenía como responsabilidad llevar las cuestiones domésticas de las casas de su hermano mayor, pero eso era lo que se esperaba de cualquier hermana soltera. Nunca le habían ofrecido un papel en los asuntos importantes de la familia. ¿No era capaz ella de ocuparse de propiedades, estudiar inversiones o estar al tanto de nuevas legislaciones?

Dejó estos resentimientos a un lado por el momento y sonrió alos cuatro hombres que trabajaban en escritorios cubiertos de papeles. Tres de los administrativos hicieron un gesto de reconocimiento con la cabeza y regresaron a sus tareas. El cuarto se puso en pie dispuesto a ayudarla.

Elf le indicó con un ademán que volviera a su asiento y continuó hasta la siguiente sala, donde dos contables y dos auxiliares de cuentas sudaban tinta sobre los libros mayores. Uno de los contables le hizo una pregunta silenciosa y de nuevo ella indicó que no le necesitaba. Abrió la puerta de la siguiente habitación, el despacho ocupado por Joseph Grainger, el joven y extremadamente competente hombre de leyes de la familia.

Después de este despacho quedaba otro más, pero era territorio reservado de sus hermanos y, por lo tanto, en estos momentos se encontraba vacío. Grainger era el nivel más alto de ayuda disponible en la casa, pero no dejaba de ser un sirviente y, por lo tanto, Elf debería tener cuidado.

— Lady Elfled — dijo el joven nervudo, de pelo moreno, mientras se levantaba— , ¿en qué puedo ayudarla? — Iba vestido como siempre, con un pulcro traje de discreta tela oscura, con un encaje sumamente come— dido en cuello y puños.

Elf se sentó en la silla.

— En muchos sentidos, señor Grainger, necesito enviar mensajes a mis hermanos.

— ¿A todos ellos? — El hombre alzó las cejas, pero de inmediato comentó— : Por supuesto, me ocuparé de ello.

— Gracias. A Cyn no, por supuesto, pues estará a punto de embarcar. Pero espero que el marqués lo reciba antes de cruzar el canal de la Mancha.

— Tal vez eso no sea posible, mi señora. ¿ Ha surgido algún problema?
— Uno de cariz menor — contestó Elf, aunque sabía que él no la creería ni por un momento— — . Bryght está en Candleford, supongo.
— Me temo que no, mi señora. Acabo de recibir noticias de que ha viajado a Worcestershire. Algo relacionado con un Ticiano que tal vez estuviera en venta.
— Vaya fastidio — Elf contaba con que al menos uno de sus hermanos se encontrara a tan sólo un día de distancia— . ¿ Sabemos a dónde ha ido ?
— A ver a sir Harry Parker, pero en su comunicación explicaba que podría viajar por esa zona.
— Y Brand está recorriendo el norte del país. Muy poco considerado por parte de los dos, eso seguro.
— Tal vez yo pueda ayudarla, señora.
La sugerencia la tentó, pues era un hombre muy inteligente, pero Elf sabía que no serviría.
— Por el momento, no, gracias — y con una sonrisa cohibida, añadió— : Es una cuestión personal. — Eso debería dispersar su interés— . Por favor, envíeles mensajes pidiéndoles que regresen con la máxima celeridad, señor Grainger.
— Por supuesto, mi señora.
Sin embargo, su sonrisa era condescendiente, era evidente que pensaba que Elf se comportaba con poca seriedad. Se sintió fuertemente tentada a dedicarle un rapapolvos Malloren de los buenos, pero se contuvo.
— ¿ Puedo hacer alguna otra cosa por usted, señora?
— Sí. — Elf había llegado al punto más delicado. El marquesado mantenía un número excesivo de sirvientes. La gente lo atribuía a la obstinación de Rotbgar por disponer de un servicio excelente en todo momento. Por supuesto él lo exigía así, pero la abundancia de personal también se debía a los talentos especiales que poseían algunos de ellos.
— Quiero que pongan a algunas personas a vigilar a lord Walgrave.
— Desde luego, señora — levantó las cejas con gesto interrogante— .¿ Y qué tendrán que vigilar ?
— Cualquier cosa que se salga de lo normal.

El rostro de Grainger se contrajo para contener cualquier posible gesto de mofa.
— Me ocuparé de ello, por supuesto. ¿Quiere ver los informes cuando lleguen?
Apretando los dientes, Elf le lanzó una mirada Malloren, aunque de las suaves.
— Sólo me informarán a mí, señor Grainger. No es en absoluto necesario que se involucre en esto.
— Milady...
— ¿ Cuestionaría alguna de las órdenes de mis hermanos ?
Las mejillas de él adquirieron cierto color, probablemente de rabia.
— Sus hermanos esperan que me ocupe de usted...
Elf se levantó, con la espalda muy recta.
— No necesito que cuiden de mí. Asumo la plena responsabilidad de esto, señor Grainger, y lo discutiré con mis hermanos cuando regresen. ¿Seguirá mis órdenes o tendré que discutir también eso con ellos?
El señor Grainger también se levantó, con los labios cerrados y gesto de intensa desaprobación.
— Solicito que ponga por escrito estas órdenes, señora.
Elf respiró a fondo.
— ¿ Qué piensa, que voy a mentir y decir que usted ha sugerido todo esto?
Estaba claro que eso era precisamente lo que él pensaba.
— Burocracia — respondió él escuetamente.
Le tendió los documentos con cautela. Tal vez por fin veía la Malloren que había en ella. Ya era hora, por otro lado. Elf se sentó y garabateó apresuradamente un apunte de sus instrucciones, firmó y puso fecha.
— Ahí tiene, señor Grainger. Envíeme la gente apropiada al despacho interior para que reciban las instrucciones.
— Sí, milady. — Elf ya había alcanzado la puerta cuando él dijo— : Señora...
Se volvió, preparada para otra batalla.
— ¿Sí?
— Tenemos dos personas en Walgrave House.
El enojo de Elf se aquietó un poco.
— Qué negligente por parte del conde.

— Ya estaban allí en época del viejo conde. ¿Quiere que me ponga en contacto con ellos ?

Por un momento sintió pánico, temió que ya estuvieran informados de que había pasado por allí, pero luego recordó que sólo estarían al tanto de la visita de Lisette.

— Pídales que se presenten ante mí en casa de lady Lessington. Me gustaría hablar con ellas. — Puesto que él había hecho una concesión, tambien ella hizo una— . Gracias por su ayuda, señor Grainger.

En el despacho interior, territorio casi exclusivo de Rothgar y Bryght, se paseó junto al vistoso escritorio y en torno a los grandes y cómodos sillones, templando la irritación que le había provocado Joseph Grainger y ella misma.

En realidad no tenía ningún derecho a estar enfadada. Ella nunca le había dado motivo para pensar que tenía otros intereses aparte del mobiliaro, la comida y los clientes.

Mientras se tranquilizaba, consideró las cosas desde otra perspectiva. El pobre Grainger sin duda estaba aterrorizado. Si Rothgar regresaba y se encontraba con que su hermana había sufrido algún mal, el menor de los problemas a que se enfrentaría sería perder su puesto.

Elf no podía indignarse por algo así. Rothgar sería igual de implacable si algún desastre acaeciera a cualquiera de sus hermanos. Era así de feroz a la hora de protegerlos.

Miró el cuadro colgado sobre la repisa de la chimenea y sonrió. Era un boceto a carboncillo elaborado por el artista del gran retrato de su hermano que colgaba en el vestíbulo. Siempre decía que el primero había captado sus peores rasgos y, por ello, el artista le había favorecido en el producto final.

Aunque Elf no subscribía esto, lo cierto era que el boceto representaba a Rothgar en su faceta más fría. Con semblante delgado y sombrío, parecía contemplar el mundo como si fuera un ser que todo lo ha visto y todo lo sabe. Las escasas líneas trazadas con el carboncillo no lograban captar su alma y por lo tanto parecía frío, casi diabólico.

Pero, qué diablo, tan apuesto como había comentado Cyn la primera vez que lo vio.

Rothgar a veces sí parecía haberlo visto todo y saberlo todo, incluso para sus familiares, pero todos le profesaban una devoción

apasionada que iba más allá del poder del hermano mayor. Si se había vuelto tan precavido y poderoso, había sido para protegerles a ellos.

En familias más nobles, los hermanos pequeños tenían que abrirse camino en la vida. Sin embargo, Rothgar, al heredar el marquesado a los diecinueve años, se había dispuesto a acumular poder y riqueza para sustentarlos a todos ellos de forma extraordinaria.

Sin duda, debido a la tragedia de su madre.

Elf se volvió hacia una pared lateral para estudiar el retrato de una mujer, el único retrato de la primera esposa de su padre.

De ojos y cabellos oscuros, mantenía un gran parecido con su hijo a excepción de una expresión de intensidad turbada. Tal vez fuera el primer indicio de la locura que se apoderó de ella tras el nacimiento del segundo hijo. Nueva o antigua, esa locura le había llevado a matar a la criatura pese a los intentos de su joven hijo por impedirlo.

Elf se alejó. Aquel momento había configurado el carácter de Rothgar. Posiblemente era motivo del desgobierno que marcó sus primeros años. Con toda certeza había ocasionado el exceso de protección hacia sus medio hermanos, especialmente Elf y Hilda. Ninguno de ellos sufriría ningún daño si él podía impedirlo. Casi pierde la razón cuando Cyn decidió unirse al ejército.

Por consiguiente, ¿qué sucedería si Elf sufría algún percance como resultado de este asunto?

Nada bueno, de modo que debía tener cuidado. Pero no podía dejar las cosas como estaban a la espera de que Rothgar regresara. El rey estaba en peligro, y no podía pasarse por alto la implicación de Walgrave.

Alguien llamó a la puerta y Elf se volvió mientras siete personas en— traban en fila: un lacayo empolvado, dos doncellas y cuatro hombres que o bien eran jardineros o mozos. Su comportamiento era el adecuado, pero, aun así, no estaban en absoluto nerviosos por haber sido convocados en esta habitación. Además también parecían personas capaces de actuar por cuenta propia. No lo ponía en duda. Su hermano escogía a sus sirvientes con gran esmero.

— Buenos días — dijo— — . Tengo cierto trabajo para vosotros. Quiero que vigiléis de cerca al conde de Walgrave. Quiero saber a dónde va, con quién se reúne, qué hace. De todas maneras, no quiero que detecte que está siendo observado. ¿Podréis hacerlo?

Todos asintieron como si fuera la petición más normal del mundo.
— Debo advertiros que es posible que otras personas estén vigilando también al conde. Estoy especialmente interesada en ellas. Una de estas personas es un escocés llamado Murray. Tiene treinta y pico años, pelo rubio pardusco y constitución mediana, robusta. Es probable que los otros también sean escoceses. Si descubrís que alguien vigila al conde, averiguad sus nombres y lugares de residencia, todo sin levantar sospechas.
No tenía ni idea de si esto era posible o no, pero la ausencia de alarma en ellos era prometedora.
— ¿Mi señora? — preguntó uno de los hombres.
— ¿ Sí?
— ¿Debemos estar preparados para algún peligro?
Elf no había pensado en eso.
— Del conde, probablemente no. De los otros, sí — y al cabo de un momento añadió— : Matadles si hace falta, pero procurad que no nos lo atribuyan. Preferiría que nadie se percatara de la implicación Malloren hasta que el marqués u otro de mis hermanos regrese. ¿Alguna otra pregunta?
Una de las doncellas preguntó:
¿ En quién está más interesada, señora, en el conde o en los otros ?
Una vez más, Elf tuvo que pensárselo. Sus preocupaciones se centraban en Walgrave, pero, en realidad, los escoceses planteaban el verdadero peligro.
Los otros — dijo— . Necesito saber cómo encontrarles. ¿Más preguntas?
Tras un silencio, añadió:
— Tenéis que informarme a mí, a nadie más, en casa de lady Lessington, en Warwick Street. Manteneos alejados de esta casa. Si os descubren, prefiero que sigan vuestra pista hasta la casa de lady Lessington y no hasta aquí. Lord Lessington está fuera en estos momentos, y nadie se toma en serio a una mujer. — Acompañó esto último de una sonrisita y vio que los labios de las doncellas formaban una mueca.
Con un guiño, una de ellas dijo:
— Aveces resulta útil, mi señora.
Uno de los mozos le miró ceñudo y dijo:
— Vigila esa lengua, Sally.
Pero Elf le sonrió con complicidad.

— Sí que resulta útil. Podéis iros, entonces. Si necesitáis fondos, el señor Grainger os los facilitará, pero no tenéis que comentar detalles de este asunto, ni siquiera con él.
Cuando se encontró de nuevo a solas, Elf se tomó un momento para reflexionar sobre la puesta en marcha de esta máquina. No podía estar segura de qué sucedería, qué problemas podía ocasionar. No obstante, había que hacerlo así. Murray había dicho que la fecha de la traición estaba próxima. Walgrave había mencionado una semana.
¡Nada más que una semana!
Cuando Rothgar regresara, irían escasos de tiempo. De esta manera, era posible que Elf dispusiera de cierta información que transmitirle. y si la intriga empezaba a animarse antes de su vuelta, tomaría buena nota y sabría si actuar por su cuenta.
Se frotó las manos con nerviosismo, esperando que no hiciera falta llegar a esto.
Y todavía se inquietaba por Walgrave. ¡Tenía que mantenerlo fuera de esto!
Simplemente por consideración a Cyn y Chastity, por supuesto
Elf regresó a Warwick Street y baIló a Amanda revisando invitaciones — Intento decidir qué hacer esta noche
— ¿Y no hay ninguna posibilidad que te atraiga?
Amanda hizo una mueca
— Planeaba asistir al salón de lady Tollmouth, pero después de Vauxhall parece demasiado aburrido
— Pienso que después de Vauxhall nos apetece algo aburrido, ¿No crees?
— Pero, para tu información, la T de Tollmouth hace referencia al Tedio más Tedioso Escritores de mediana edad leyendo obras sobre moral y reforma Para añadir animación a la velada, sin duda se hará algún análisis de documentos antiguos
— ¡Dios! ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza asistir?
— Es la tia de Stephen
— Oh.
Amanda consideró la invitación durante un momento, luego la partió por la mitad
— Basta ya de lady T — Le pasó la pila de tarjetas a Elf— . Mira tú.

Elf ojeó las tarjetas rápidamente, con práctica en detectar cuáles eran las poco interesantes, las pretenciosas y las estrafalarias Luego se detuvo y se quedó mirando a Amanda llena de asombro.
— ¿Safo?
La mujer que se llamaba a sí misma Safo era una poetisa y librepensadora que se movía al margen de la sociedad al estilo de alguien que no tiene especial interés en implicarse más. y hahía otras cosas..
Amanda parecía estar a punto de arrebatarle la tarjeta. Incluso se sonrojó
— La conocí recientemente. No sé por qué me ha enviado la tarjeta. No es probable que asista.
Elf estudió la invitación.
— ¿Por qué no? Es una dirección respetable
— ¡Está excluida de la buena sociedad!
— ¿Ah, sí? Me da la impresión de que sigue sus propias normas. ¿Dónde la conociste?
— En casa de la señora Quentin. Fui a recoger dinero para las mujeres abandonadas, pero resultó ser una reunión que más bien tenía que ver con los derechos de las mujeres.
— Tal vez las mujeres tengan derecho a no ser abandonadas... Qué fascinante, de todos modos. — Elf leyó la tarjeta— . Lecturas de poesía también aquí. Pero apostaría cualquier cosa a que son mucho mas interesantes que las de lady Tollmouth. Vayamos.
— jElf! — Amanda se inclinó hacia Elf, aunque no había nadie más en la habitación que pudiera oírlas— . Dicen que... prefiere a las mujeres que a los hombres.
— También yo en muchas ocasiones.
— ¡En la cama!
Elf miró la tarjeta y luego a su amiga.
— No creo. Por lo que yo sé es la amante de Rothgar.
Amanda se derrumbó en el sillón, con los ojos abiertos.
— ¿ Qué?
— No es un chisme que pueda divulgarse por ahí, Amanda.
— jComo si fuera a hacerlo!
— Sólo quería dejarlo claro. Digamos que Rothgar pasa bastante más tiempo con Safo que con otras mujeres, ya veces incluso la noche. Siempre he querido conocerla.
— No es que sea exactamente lo más apropiado.

— ¿Por qué no? He dudado antes porque no tenía invitación. y porque detestaría crear alguna situación comprometida al presentarme en su casa y encontrarme a mi hermano en déshabillé .
Amanda se abanicó con la mano.
— jSólo la idea de ver a Rothgar en déshabillé es suficiente para que me desmaye!
— Conténte — dijo Elf con una risita— . Pero piensa qué situación tan ideal: tengo una invitación o, más bien, ella no puede negarse a admitirme si voy contigo, y tengo la seguridad de que Rothgar está fuera de la ciudad. Es la ocasión perfecta.
— Es motivo de problemas — dijo Amanda con pesimismo— . Puedo percibirlo.
A última hora de la tarde, en la posada Peahen Inn, que usaba para tales encuentros, Murray, conocido en esos ambientes como el reverendo Archibald Campbell, de la Iglesia de Escocia, había citado a Kenny ya Mack. Tenía habitaciones allí y siempre se vestía con las ropas negras y la peluca empolvada típica de la iglesia nacional escocesa.
Kenny, Mack y Jamie conocían su verdadera identidad, por supuesto, pero los peones menores que participaban en el juego no estaban al corriente. Si la intriga iba por mal camino, las autoridades no le relacionarían con Michael Murray, relación lejana del poderoso conde de Bute, con alojamiento en la mansión del conde.
— La fulana se escapó en algún momento de la noche — soltó bruscamente.
Kenny se enderezó, Mack frunció el ceño, y ambos exclamaron al unísono:
— jNo puede ser!
— Lo hizo. Acabo de reunirme con mi buen amigo el señor Dingwall y hemos estado atando cabos. Pese a todos sus aires de beato, le gusta chismorrear con alguien a quien considere tan digno como él. Esta mañana, el conde le ha pedido que se deshiciera de un par de medias y dos ligas. Medias a rayas rojas como las que llevaba aquella zorra. Me las ha traído para que las viera.
Kenny y Mack intercambiaron una mirada.
— ¿ Y qué? — aventuró Kenny— . Se quitó las medias y las ligas.
— Había manchas de sangre en las ligas y las sábanas.
— Eso no es que sorprenda mucho, ¿ o sí? — preguntó Mack.

— ¡Estúpido! El conde dijo que era su querida. Si fuera cierto, es difícil que fuera virgen, ¿no creéis? Volviendo al caso, no está en la mansión, y Dingwall supone que el conde la retuvo contra su voluntad y escapó. — Se quedó mirando a ambos hombres— . ¿ Cómo escapó ?

— Por la parte de delante no lo hizo — manifestó Kenny con gesto ceñudo— — . Vigilé con atención toda la noche.

— ¿Mack?

— ¿Estás diciendo que yo no...? Pues lo hice. y nada se movió a excepción del maldito gato. — Sacó la mano para mostrar los rasguños hin— chados— . A menos que se convirtiera en un gato, no salió por la parte de atrás.

Murray apretó los puños.

— Esto no me gusta. No me gusta lo más mínimo. Me da mala espina. No podemos permitir que nada salga mal a estas alturas. Id a buscar a Jamie y organizar una vigilancia extrema en casa del conde. A todas horas. Quiero enterarme de cada persona que entra y sale. Cada persona. y cada movimiento de Walgrave, por insignificante que sea.

— No es posible que lo hagamos sólo nosotros tres — protestó Kenny— . No con todas las demás cosas que nos llevamos entre manos. La piedra y el juguete...

— Podéis turnaros. y yo he reclutado a una pandilla de golfillos de la calle. Viven como ratas en el jardín de una casa abandonada en Abingdon Street, pero son lo bastante espabilados. No saben nada de lo que tenemos en mente, por supuesto, pero se encargarán de la vigilancia por una moneda de seis peniques de vez en cuando, y me informarán si sucede algo especialmente inusual. Tal vez cosas que a vosotros se os escapen.

Luego, al darse cuenta de que tanta preocupación hacía que resultara severo, Murray se obligó a relajarse:

— Sólo unos días más, amigos míos, y nuestra gran empresa estará a punto de materializarse. No podemos permitir que un pequeño detalle lo estropee ahora, ¿verdad que no?

CAPITULO 6

Problemas, era lo que había pronosticado Amanda.
Incluso en el carruaje, ya por la noche, continuaba prediciendo un desastre, pero cuando llegaron a casa de Safo, no podía ser más normal. Su casa resultó ser una residencia adosada en una calle elegante, y aquella noche todas las ventanas estaban llenas de luz para recibir a sus invitados.
Como era de esperar, grupos desperdigados de curiosos rondaban por los alrededores para poder contemplar a la gente que llegaba en carruaje, en silla o a pie. Los invitados eran recibidos por atentos sirvientes.
Amanda y Elf intercambiaron una mirada de complicidad y descendieron para entrar.
En el elegante vestíbulo enyesado de blanco, una doncella y un lacayo esperaban para recoger sus capas y guiarla hasta las escaleras. Elf advirtió que aunque el vestíbulo era convencional, los cuadros y ornamentos no. Estudió una máscara con una mueca que parecía estar elaborada en oro batido y se preguntó de dónde provendría.
No obstante, podía entender que a su hermano este lugar le intrigara quizá y le resultara simpático.
En lo alto de las escaleras, otro criado les acompañó hasta al salón, desde donde les llegaba la charla de un gentío alegre, pero que mantenía la compostura. De pie en la puerta, Safo recibía a sus invitados. Elf necesitó toda su autodisciplina para no quedarse mirándola.
Era alta. Tal vez un metro ochenta. Y aunque no tenía la piel morena, su complexión no era inglesa. Mejillas amplias y ojos oscuros levemente rasgados hicieron pensar a Elf en un conde ruso que había conocido que afirmaba tener sangre tártara.
Su abundante cabellera, espesa y de color castaño, le llegaba hasta las rodillas, sujeta únicamente por peinetas adornadas con piedras preciosas, y su atuendo parecía casi medieval. O tal vez bizantino.

Llevaba un vestido color bronce debajo de una túnica dorada y joyas incrustadas, y una cantidad inusual de anillos.
Lo peculiar era que Elf, vestida correctamente con corsé, aros, enaguas y elegante vestido, de repente se sintió ridícula.
Safo se volvió y sonrió a Amanda.
— Lady Lessington, estoy tan contenta de que haya podido venir. — Si estaba sorprendida, lo ocultó— . Creo que encontrará aquí a personas que conoce. — Se volvió a Elf, y Amanda hizo las presentaciones.
Los ojos oscuros de Safo se detuvieron por un momento.
— Lady Elfled, un placer inesperado. Confío en que disfrute de la velada. Por favor, háganme saber, cualquiera de las dos, si puedo hacer algo para que se sientan más cómodas.
Luego se volvió al siguiente invitado y Amanda y Elf pasaron a la estancia.
No era una casa grande, de modo que el salón y las antesalas tenían una agradable concurrencia con sólo unas treinta personas. Pronto estarían un poco atestadas, pero eso era señal de que la reunión era popular.
Aquí la decoración era más normal, con mobiliario similar al de la mayoría de casas elegantes. La compañía también parecía bastante normal a excepción de algunas mujeres que compartían el gusto de su anfitriona por las prendas holgadas.
— Si buscábamos algo escandaloso — murmuró Elf a Amanda— , difícilmente lo encontraremos aquí. De todos modos, podías haberme avisado sobre su estilo de ropa.
— ¿Por qué? Es alta y extranjera. En casa de la señora Quentin iba vestida normal. Su atuendo de esta noche le queda mejor. No me sorprende que Rothgar...
— Calla. — Elf se volvió a un conocido.
Mientras se paseaban por las salas, se percató de que las personas que conocía aquí era algunas de sus relaciones más interesantes. Por otro lado, los desconocidos presentes parecían ser personas que a Elf le gustaría conocer.
M uy intrigante.
Se preguntó, sin embargo, por qué Rothgar no había invitado nunca a Safo a la residencia Malloren.
Por supuesto, no había coincidido con Safo en ninguno de los lugares más normales. O bien no recibía invitaciones o prefería no

asistir. Ninguna de las personas aquí presentes eran los miembros más puritanos de la sociedad. Tal vez rechazaban con desdén a Safo. Al fin y al cabo, quizá fuera verdad que le gustaban las amantes femeninas. ¿ Por qué si no tomar el nombre de Safo, la poetisa griega asesinada por tener esa tendencia amorosa?

Un trío de intérpretes femeninas tocaba sus instrumentos en una esquina. Pronto Safo dio unas palmadas y reclamó atención para la música. Las tres tocaban bien de verdad y pronto se les unieron dos vocalistas que cantaban como los ángeles.

La música dio a Elf la oportunidad de observar a la concurrencia, identificando a otras personas.

El conde de Walgrave apareció ante sus ojos de pronto.

Entre los colores pavo real tan en boga, su vestimenta negra le hacía destacar entre la concurrencia. Era excéntrico, de verdad, seguir llevando luto riguroso siete meses después de la muerte de su padre. Por supuesto, era un luto de magnífica clase.

Esta noche, su casaca y pantalones negros eran de brocado, bordados en abundante plata, como su chaleco gris oscuro. Los botones y hebillas también de plata relumbraban con lo que sin duda eran diamantes.

Aquella magnificencia sombría le sentaba bien y hacía aún más sobrecogedores aquellos ojos azules. El recuerdo que tenía Elf de él con aquella bata negra, el cabello suelto y despeinado, dio a su elegancia un extraño poder renovado.

Dejó a un lado sus tonterías. ¿Qué diantres estaba haciendo él aquí? Le vinieron cientos de recelos a la mente, pero tuvo que descartarlos.No podía saber que Elf planeaba estar aquí. Prácticamente ni ella misma lo sabía. Y, de cualquier modo, era más probable que evitara a Elfled Malloren que la buscara.

Con toda seguridad no sospechaba cuál era la identidad de Lisette.

Por consiguiente, ¿era posible que estuviera planeando asestar un golpe a Rothgar a través de Safo ?

Intentando actuar con sutilidad, Elf mantuvo a Walgrave bajo observación. Parecía el mismo ser glacial de siempre mientras escuchaba una frívola pieza musical como si fuera un canto funerario. Pero cuando la pieza concluyó, una joven que estaba a su lado se volvió para decir algo al grupo que tenía más cerca. Todo el mundo se río y Walgrave... bien, tal vez esbozó una sonrisa antes de disimularla. La frivolidad persistió ciertamente unos instantes.

Le observó mientras charlaba con las personas que le rodeaban y, aunque su actitud no podía llamarse afable, estaba muy lejos del desdén lleno de desprecio al que ella estaba acostumbrada. Las reacciones de los demás — en un momento les hizo reír— demostraban que no estaba siendo desagradable.

De hecho, le recordó demasiado al hombre que la retuvo prisionera aquella noche. Una extraña presión en el pecho casi le produce un mareo. Tal vez Chantalle había apretado demasiado los lazos.

— ¡Cielos! — dijo Amanda desde detrás de su abanico— . ¿No es ese Walgrave?

Elf se apresuró a apartar la mirada. Amanda ya tenía bastantes ideas tontas en la cabeza.

— No puedo imaginar qué le trae por aquí.

— Tal vez la excelente música. Lo confieso, de haberlo sabido, habría suplicado antes una invitación. Es un hombre de buena figura — añadió estudiando aún a Walgrave desde el borde de su abanico.

— Nunca lo he negado.

— Una pierna muy bien proporcionada. Aunque es posible, supongo, que lleve un realzador de pantorrillas.

Elf miró aquella pierna bien definida, con sus medias negras de seda y pantalones bien ajustados, y la recordó desnuda.

— No seas tonta.

— ¡Ah! Sabes de buena tinta que esa forma es propia.

— Con esas medias, todo el mundo tiene que saberlo. Creo que los hombres deberían llevar faldas.

Amanda soltó una risita, pero antes de que pudiera reanudar la conversación empezó la poesía.

Al cabo de un rato, Elf se percató de que todas las lectoras eran femeninas. Echó una ojeada alrededor para ver si algún hombre mostraba extrañeza, pero nadie daba señales de estar sorprendido. En cuanto a Elf, la obra poética le parecía muy buena.

No obstante, a lo largo de toda la lectura, la atención de Elf permaneció principalmente sobre Walgrave. Descubrir aquí a su cuñado era como descubrir al párroco en un burdel e, igualmente, decía mucho sobre el carácter de alguien, pero en este caso a su favor.

Era otra indicación de que tal vez el conde escondía más de lo que ella pensaba.

Recordó oír a Chastity protestar que su hermano era una persona bastante agradable, antes de los sucesos en torno a la muerte de su padre. Y Portia, quien le había conocido de joven, afirmaba que era un buen amigo, un amigo en quien confiaba. Aun así, Portia temía que el odio de Walgrave a los Malloren se hubiera convertido en una enfermedad que pudiera destruir todo lo bueno en él.

Pero ¿ se trataba sólo de odio contra los Malloren? Eso no le parecía justo. Su padre había sido el responsable de todos los problemas y Rothgar los había resuelto para que la hermana de Walgrave pudiera casarse con Cyn. Aunque, había que admitirlo, el viejo conde había acabado muerto...

Sus pensamientos habían provocado que Elf se quedara con la mirada fija. Tal vez él presintiera algo, ya que miró en dirección a ella. De inmediato, cualquier rastro de alegría se evaporó de él.

Alzó las cejas y le lanzó la mirada a la que ella estaba tan acostumbrada. La que la veía como una enemiga, y también como alguien poco atractivo. jDesde luego no reconoció a Lisette!

Elf se quedó un poco decepcionada. Qué estúpida era. ¿ Había esperado en serio que él suspirara por su fulana perdida y que detectaría al instante su presencia?

Sí, así era.

Cuántas cosas estaba aprendiendo sobre sí misma.

Quería un héroe, un matador de dragones. Quería que tuviera una belleza decadente. Le quería loco de deseo.

Por ella.

Por lady Elfled Malloren, quien, aunque no carente de encantos, nunca había vuelto loco de deseo a ningún hombre.

Walgrave apartó la mirada y sonrió otra vez a quienes le rodeaban, pero Elf percibió entonces un esfuerzo. Portia tenía razón. Los sentimientos del conde hacia los Malloren eran como una enfermedad, que estaba infectando todo su mundo.

Empezó a preguntarse si podría curarse, ya que no iba con la naturaleza de Elf pasar por alto a una criatura que sufría.

Cuando sirvieron los refrigerios, Elf buscó a su anfitriona y comentó, esperando sonar despreocupada:

— Qué sorpresa ver aquí a lord Walgrave. ¿ Viene con regularidad?

— En cierto modo, milady. ¿ La ofende ?

— No, no — declaró Elf— . Pero siempre he pensado que sus inclinaciones iban más hacia el juego y los deportes que la poesía y la música.
— Tal vez sea una persona más equilibrada de lo que se imagina. O tal vez, simplemente, cuando su padre aún vivía, le resultaba divertido relacionarse con personas que desagradaran especialmente al Incorruptible.
— No se relacionaba con mi hermano.
Safo sonrió, reconociendo tal vez las muchas implicaciones de esa frase.
— Fort siempre me pregunta, antes de venir aquí, si hay probabilidades de que su hermano esté presente.
Elf tuvo que reprimir un acceso de indignación al oír a aquella mujer usar su nombre de pila con tal ligereza.
— Lord Walgrave parece haber heredado las antipatías de su padre junto con el título — comentó Elf.
— En absoluto. A mí no me tiene antipatía. — Safo detuvo a una doncella que pasaba y cogió dos copas de la bandeja, tendiendo una a Elf— . Los hombres llegan a ser muy disparatados, señora mía. Una mujer inteligente se mantiene alejada de sus asuntos.
Elf dio un sorbo a un excelente ponche de leche.
— ¿De veras? ¿Y qué sucede si una mujer siente afecto por un hombre?
Los labios de Safo se elevaron levemente.
— Una mujer inteligente no siente afecto por ningún hombre.
— ¿ Está diciendo que no le interesan los hombres ?
— ¿ Alguna vez he dicho que yo sea inteligente ? Pero los hombres tienen algunos códigos diseñados de forma bastante conveniente para arreglar sus divergencias. Puede ser peligroso interferir.
— Los hombres a veces se matan unos a otros a causa de esas divergencias, con códigos o sin ellos.
— Cierto. — Esa idea no pareció molestarla— . ¿ A quién quiere proteger? ¿A sus hermanos o a lord Walgrave?
— A mis hermanos, por supuesto.
— Nunca se sabe.
¿Qué diantres veía esta mujer? Con una mano, Elf abrió de un golpe el abanico y lo meneó con gesto protector.

— Tampoco tengo ningún deseo de que Walgrave sufra ningún mal. Su hermana está casada con mi hermano, al fin y al cabo. Pero, puestos a elegir, eligiría a mis hermanos.

— Tal vez. — Con esto Safo reanudó su paseo y Elf, impulsada por alguna fuerza demente, se fue a buscar a su peligroso conde, con Amanda a su lado.

Elf tenía que admitir que estar en la misma habitación que Walgrave y no hablar con él le resultaba casi imposible. Era así desde su primer encuentro. La compulsión sólo había dado como resultado una serie de encuentros mordaces, a menos que se tuviera en cuenta la ocasión en que estuvo con Lisette.

¿ Qué sucedería esta vez ?

El conde se encontraba en un grupo desperdigado de gente y a Elf le resultó fácil situarse a su lado.

— Qué sorprendente encontrarle aquí, Walgrave.

Él se sobresaltó como si en realidad le hubieran acuchillado con un arma incisiva, luego se volvió para mirarla de frente como si se encarara a un enemigo.

— Mas sorprendente aún verla aquí a usted, lady Elfled.

— Es mi primera visita. — Pese al tono de él, Elf estaba decidida a mantener la calma y la cortesía. Con toda seguridad tenía que ser posible— . ¿ Una reunión agradable, no es cierto?

— Muchísimo. Pero me pregunto si Rothgar permitiría ciertas visitas a esta casa.

— Rothgar no controla mis movimientos. — Ya estaban disputando.

— Rothgar controla todo lo que pilla.

— Entonces la cuestión tal vez sea que yo no puedo ser controlada. Sus labios se comprimieron con gesto de mofa.

— Dudo que sea verdad. Tal vez simplemente cumple una función: como cruz con la que él debe cargar.

A Elf le costó resistirse a la necesidad de entrar en una discusión en toda regla. Dio un sorbo a su ponche reforzado con brandy para serenarse y volvió a intentarlo.

— ¿Por qué se acalora de esta manera, milord? En verdad, no creo que jamás le haya ocasionado daño alguno.

Él también recuperó la calma.

— Muy cierto. Y en esta compañía, reprender a la hermana por los pecados de los hermanos sería temerario.

Hizo una inclinación y se habría apartado de no ser porque Elf apoyó una mano en su brazo. A ella le sorprendió tanto como a él y tuvo que buscar con dificultad un motivo.
— Me preguntaba si ya ha tenido noticias de Chastity y Cyn.
Él alzó las cejas.
— Pensaba que era más probable que su hermano le escribiera a usted que mi hermana lo hiciera a mí.
— Las mujeres normalmente son mejores corresponsales que los hombres y, de cualquier modo, Rothgar está fuera de la ciudad, de modo que estoy alojada en casa de lady Lessington. Si han llegado cartas a la residencia Malloren, tal vez no me hayan informado aún. Preguntaros ha sido sólo un impulso, y bastante estúpido. He debido parecerle una idiota balbuceante.
Él retiró con delicadeza la mano de su manga, más bien como si fuera un piojo o algún otro intruso mal acogido.
— Me temo que es demasiado dada a los impulsos.
— ¡Y usted es demasiado dado a criticar!
Como era normal cuando tenían estas disputas, él la miró como si quisiera estrangularla.
— No — dijo con tirantez— , no he recibido ninguna carta. Al fin y al cabo sólo hace tres días que partieron hacia Portsmouth, pero creo que planeaban embarcarse más o menos ahora. Sin duda enviarán cartas justo antes de zarpar. Como sabe, las partidas en ocasiones se pueden retrasar. Le informaré en cuanto tenga noticias.
Con aquello, se dio media vuelta y echó a andar. De hecho, se fue a hablar con Safo, y luego se marchó. Safo echó un vistazo a Elf con interés sutilmente divertido.
Los sentimientos de Elf no tenían nada de sutiles. Su mano sentía un pellizco donde él la había tocado, aunque sólo fuera para apartarla.
— Me equivocaba — murmuró Amanda— . No es Romeo y Julieta. Es Benedick y Beatrice. ¡Si alguna vez se entera de que te ha besado, se lavará la boca!
— Oh, deja de decir locuras — soltó Elf con brusquedad— . Quiero marcharme.
No obstante, en el carruaje de regreso a casa, Elf no pudo evitar pensar en cómo había visto a lord Walgrave en la reunión, relajado y en buena compañía. Otra faceta inesperada de él.
— Si yo no hubiera venido, Amanda, te habría parecido agradable la compañía de lord Walgrave.

— Es posible — admitió Amanda— . Es lo bastante guapo, y tiene mucho estilo. Se mueve bien...
— jNo te he preguntado si querías acostarte con él!
Amanda hizo una mueca.
— Es el tipo de pensamientos que surgen cuando se habla de un hombre guapo. Pero sí, cuando no estaba hablando contigo, parecía suficientemente agradable. De hecho, una persona bastante diferente. No obstante, en general era difícil de apreciar, a causa del ruido y del humo de la guerra abierta. Al menos no ha reconocido a Lisette.
— Eso es cierto.
Y tal vez ahí residiera la raíz de su descontento, pensó Elf. En lo más profundo de su corazón, sentía que él debería haber intuido algo. Al menos debería haber sentido la vibración, la excitación que la invadía siempre que estaba en su presencia.
Sin duda, no podía ser del todo unilateral.
Amanda se recostó hacia atrás en su asiento, abanicándose perezosamente.
— Debo decir que me equivoqué en mis recelos. Tu incursión en el territorio de la perversión está resultando sumamente entretenida. Dejaré que a partir de ahora elijas tú todas nuestras actividades.
Elf deseó poder explicar a su amiga que no se trataba de ningún juego y que cualquier reacción tonta que pudiera demostrar ante lord Walgrave era completamente irrelevante. iPor supuesto, sería de ayuda poder convencerse a sí misma de aquello!
Los escoceses, se recordó a sí misma con severidad.
Traición.
Una posible amenaza al rey.
Eso era lo importante, no la manera en que lord Walgrave hacía que su piel se erizara, ¡O la preciosa forma de sus piernas!
Fingió un bostezo.
— Tengo que disentir. Es demasiado agotador buscar siempre lo inusual. Seamos estrictamente convencionales en el futuro, querida mía.
Fort se censuraba a sí mismo por haber salido de casa de Safo de forma tan abrupta. Por muy irritante que fuera Elf Malloren, nunca antes le había hecho salir corriendo. Debía de tener los nervios de punta a causa del asunto con Murray, maldito fuera aquel hombre.

O tal vez a causa de Lisette. Aún le intranquilizaba el destino de aquella tonta, aunque en absoluto era culpa suya. Había hecho todo lo que había podido.

Lisette también le inquietaba en otro sentido. No estaba convencido de que fuera una inocente, y parecía haber vuelto a despertar su interés por las mujeres, últimamente aletargado. ¡Se había sentido intrigado sexualmente incluso por milady Elf, qué diantres! Elf era exactamente el tipo de parlanchina descarada que detestaba. Le gustaba que sus mujeres fueran exquisitas, silenciosas, y muy experimentadas.

O al menos así era antes de que abandonara el sexo por completo.

Maldita sea, no había pensado tanto en una mujer en seis meses y ahora tenía dos especímenes horribles en su cabeza. Si al menos pudiera tranquilizarse en lo referente a Lisette, las otras ideas inquietantes desaparecerían con toda seguridad.

De modo que, a la noche siguiente, cuando asistía a una cena en casa de sir John Fielding, en Bow Street, se dispuso a ocuparse del asunto. Mientras los diez caballeros esperaban a que sirvieran la cena, pidió a sir John, primer magistrado de Londres, que le concediera un momento para hablar brevemente.

— ¿ Problemas ? — preguntó el canoso hombre, que llevaba un pañuelo de seda alrededor de sus ojos ciegos.

— De naturaleza menor.

Sir John rió entre dientes.

— Eso dice todo el mundo. O dicen que es un amigo quien está en un aprieto. ¿ En qué puedo ayudarle ?

Fort sonrió, pues sabía que sir John podía captar cualquier matiz de tono y la sonrisa se haría notar en su voz.

— Mi amigo — dijo— estaba en compañía de una mujer hace dos noches. Ella se marchó sola de forma precipitada y él está preocupado por su seguridad. Me pregunto si ha aparecido algún cadáver de mujer.

— Ninguno del que yo tenga noticias, Walgrave, aunque siempre es posible en estos casos desgraciados que sean recogidos en el Támesis cierto tiempo después de su muerte. ¿Nombre?

— No tengo la menor idea. Bien nacida, de todos modos.

Sir John ladeó la cabeza volviéndose a Fort como si pudiera estudiarle:

— Entonces su familia habrá dado la alarma.

— ¿ Se ha dado alguna alarma de ese tipo ?
— No.
— Es extranjera, francesa, y está aquí visitando a unos familiares. Afirmó que era posible que no se dieran mucha prisa en comunicar su desaparición.
— Tonta muchacha — refunfuñó sir John, comprendiendo la implicación de que la mujer había buscado convertirse en querida de un hombre rico— . Y qué vergüenza por su parte, milord, por intentar aprovecharse.
— Mi amigo — dijo Fort— se comportó con propiedad considerable, teniendo en cuenta las circunstancias. Estaría completamente a salvo si no hubira escapado.
— Hmmm.., Como he dicho, no he tenido noticias de ninguna muerte sospechosa de ninguna joven. Déme la descripción, de todos modos, y haré que lo comprueben.
— Gracias. Altura y constitución medianas. Buena estructura ósea, pero redonda en los sitios convenientes. Llevaba una máscara, pero su barbilla era un poco cuadrada, aunque sus labios tenían una forma delicada. Podría ser guapa... — Fort cayó en la cuenta del tono soñador de su voz, ya que estaba recordando a Lisette tumbada en la cama, devorándole con los ojos— . La última vez que fue vista — añadió con brusquedad— , llevaba un llamativo vestido a rayas escarlatas sobre enaguas escarlatas, todo cubierto por un dominó rojo amapola, puesto del revés.
Sir John sacudió la cabeza:
— No hace falta todo esto, Walgrave. Si hubiera sufrido una desgracia, la habrían dejado en cuero vivo. Ropas como esas valen dinero — y tras una pausa, el magistrado añadió— : aunque para los pobres cualquier ropa vale dinero. Si su asesino no la desnudó, la carroña barriobajera lo haría. ¿ Color de pelo ?
Walgrave descubrió que le alteraba profundamente la idea de Lisette inconsciente y desnuda en una acequia. Al fin y al cabo, sería culpa suya, por permitirle marcharse.
— No sé. Lo llevaba empolvado.
— Bueno, un cadáver empolvado causaría cierta agitación, ¡Se lo aseguro! Le informaré si me entero de algo, pero si no la han encerrado en algún burdel, estará a salvo con sus familiares. Y roguemos para que haya aprendido algo del percance.

Un burdel. ¿Por qué no se le había ocurrido a Fort aquella posibilidad ? Aunque en Londres abundaban las mujeres ansiosas por vender sus cuerpos a cambio de una moneda, las vírgenes estaban en boga. Esto significaba que muchos burdeles buscaban muchachas indefensas y desamparadas siempre que conservaran su virtud.

Mientras Walgrave pasaba a hablar con los demás invitados, se censuró por haber desestimado esta posibilidad.

Cuando anunciaron la cena, sir John llamó de nuevo a Fort para que se acercara.

— Puedo alquilarle un agente, Walgrave. Mis hombres son notablemente sagaces a la hora de encontrar a gente.

La oferta le tentó, pero era demasiado peligroso. Una parte de Fort se preocupaba por la alocada Lisette, pero la otra sospechaba que había mucho más de lo que parecía a simple vista. Si la chica trabajaba para Murray, no podía permitir que Fielding se acercara ni un pelo a husmear.

Fort ofreció el brazo al anciano para entrar en el comedor.

— Gracias, sir John. Lo tendré en cuenta.

Tras la cena, mientras los satisfechos hombres estaban sentados disfrutando del brandy y el tabaco, Fort encontró la oportunidad de charlar un momento con George Grenville, el poderoso secretario de Estado. No fue difícil, porque Grenville estaba igual de ansioso de hablar con él.

— ¿Y bien, Walgrave? — preguntó Grenville en un rincón tranquilo— . ¿Alguna idea de cuándo estos villanos escoceses planean hacerlo?

— Grenville, un hombre pulcro, Con vestimentas sobrias e impecable peluca gris, tomó su brandy a sorbos abstemios, como si se tratara de una amarga medicina.

— Será pronto, pero no puedo decirle más. Murray me mantiene desinformado. — Fort ofreció su caja de rapé, de plata y obsididana, pero el hombre mayor la rechazó Con un ademán. Fort cogió un pellizco para sí— . Por lo que he podido enterarme, mantiene el secreto con todo el mundo respecto a todo el plan.

— ¿Pero usará el juguete, esa pagoda?

— Eso dice, y he conseguido sacarla de Rothgar Abbey para él. Está vigilada en mi casa. Una verdadera lástima. Es una pieza exquisita, de elaboración perfecta. Al darle cuerda, todas las figuritas que la

rodean y las situadas en los balcones se ponen en movimiento y ejecutan sus tareas. Fue la pieza central en una baile de máscaras que organizó Rothgar el año pasado.
Un baile que Fort nunca olvidará. El baile en que murió su padre.
— ¿Y bien? — dijo Grenville— . Es un juguete.
— No por ello es menos peligroso.
— Me ofende tener un juguete en el centro de asuntos tan serios. Y mucho.
Fort no había contado a Grenville que lo de la pagoda había sido idea suya. El motivo principal de que Murray se hubiera arriesgado a contactar con extraños era porque no sabía cómo conseguir que un objeto letal pudiera situarse en las proximidades del rey. Fort, interpretando su papel de conspirador voluntarioso, había indicado que debería ser un regalo deseado por el rey y que él sabía de qué podía tratarse.
El rey no había estado presente en el calamitoso baile en Rothgar Abbey, pero había visitado a la familia unos días después para bendecir el matrimonio de Chastity con Cyn. Había Visto el artilugio autómata y expresado un deseo velado de poseer aquel ingenio. Claramente era cuestión de tiempo que Rothgar se lo ofreciera como regalo.
De modo que cuando Murray preguntó por algún objeto que se pudiera enviar al rey, a Fort le vino la pagoda a la mente. Era perfecto, sobre todo porque Rothgar acabaría enredado en una intriga jacobita. El plan presentaba una pulcritud incitante. Aquel juguete que había tintineado mientras su padre moría traería la venganza que Fort ansiaba.
Cuando Murray avisó a Fort, éste aprovechó su conocimiento de Rothgar Abbey para robar el juguete. Ahora estaba escondido en su bodega esperando que llegara el momento en que el escocés lo hiciera letal.
Tendría que estar disfrutando de los siguientes pasos de la trama, pero para su extrañeza, se encontraba cada vez más inquieto.
— No confío en Murray — le dijo a Grenville— — . Ciertamente no confío en que me cuente la verdad sobre sus planes. Es obvio que recela — le ofreció una versión resumida de los sucesos de Vauxhall.
El hombre sacudió la cabeza.
— No habrá sido agradable para usted, Walgrave. Le agradezco que desempeñe este papel.

— Estoy contento de cumplir con mi deber. — Fort ponderó la situación un momento más, reacio a renunciar al arma de que disponía contra Rothgar. Pero no era posible. Los riesgos eran excesivos.
— Mi opinión es — dijo— — que habría que alertar al rey sobre la pagoda.
— No, no. — Grenville se inclinó hacia delante, cierto color iluminaba sus mejillas.
— ¿Por qué no?
— Porque el rey aprecia demasiado a Bute.
Fort sabía que Grenville odiaba a lord Bute, confidente del rey y ahora primer ministro de Inglaterra, pero él no compartía sus simpatías.
— Seguro que podría advertirse a su majestad de que no se lo dijera a nadie.
Grenville respondió con un bufido:
— Su majestad informa a Bute incluso de cada vez que evacúa sus tripas. También le contaría esto, créame. Bute además es un bocazas. Iría a casa y se lo explicaría a todo el mundo, incluido su primo, Michael Murray.
Tanto Fort como Grenville se habían sorprendido considerablemente al descubrir que Michael Murray, el traidor, vivía en Londres a sus anchas en casa del primer ministro escocés de Gran Bretaña.
Fort había esperado que Grenville ordenara el arresto de Murray. De todos modos, el secretario de Estado tenía otras ideas. Quería atrapar a Murray en plena acción. Aunque simulaba querer cogerle con las manos en la masa para que la trama quedara invalidada para siempre, Fort sabía que además quería arruinar a Bute.
Grenville y Bute eran rivales en la lucha por el poder en el reino. Todo aquello era un lío diabólico.
— ¿ Sabe qué sucedería si avisáramos al rey ? — Grenville continuó de modo persuasivo— . Bute hablaría. Murray pondría pies en polvorosa. Pero volvería otra vez sin que nosotros estuviéramos en la intriga. — Grenvillie se inclinó hacia delante— — . Fue una suerte increíble que el hombre le abordara, Walgrave, y que usted tuviera la astucia de no rechazarlo al instante.
Fort deseaba con frecuencia haber enviado al cuerno a Murray y no haber acabado en este enredo.

— No se preocupe por el rey — continuó Grenville— . Está a salvo. Hemos dicho a su gente que estén especialmente alertas a los regalos inesperados. y con usted implicado, estamos vigilantes y preparados. No pueden actuar hasta que tengan en su poder ese juguete.
Fort deseó compartir la seguridad de Grenville.
— ¿Por qué no embaucamos a Murray y le obligamos a contar todos los detalles ?
— Es difícil sacar algo a estos fanáticos, y los días del potro de tormento y las tenazas se han acabado. Sin pruebas, son demasiados los que gritan «injusticia» y «habeas corpus». ¿Ha oído la última de Wilkes?
— ¿El fanfarrón? ¿De qué se trata ahora?
El rostro de Grenville se arrugó con expresión de disgusto.
— Está poniendo en marcha un nuevo boletín informativo llamado North Briton sólo para crear problemas a la administración y al rey. Le encantaría empezar con un historia sobre un escocés honesto torturado simplemente por una vaga sospecha de traición. No, milord. Necesita— mos coger a los villanos en flagrante delito.
— Es enormemente arriesgado.
— Tenemos gente vigilando a Murray.
— Si al menos pudiéramos descubrir qué hay detrás de todo esto — dijo Fort— . ¿Qué sentido tiene matar al rey si tiene dos hermanos y un hijo en camino ? Parece un acto de despecho.
— Tal vez lo sea.
— No me da la impresión de que Murray sea un demente lleno de rencores. Más bien parece un fanático de una causa. En una o dos ocasiones ha mencionado una piedra. La Piedra del Destino. ¿ Tiene alguna idea de qué podría tratarse?
— ¿Tal vez un amuleto? — Pero Grenville desestimó sus palabras con un ademán— . Si cree que va a protegerle le será de poca utilidad cuando lo atrapemos con las manos en la masa. Maldición, señor, le descuartizaremos con cuatro caballos como hicieron los franceses por intento de regicidio.
— Esperemos que no sea por un regicidio consumado — dijo Fort con sequedad— . Su majestad no se merece una muerte prematura. Pero me temo que mi contribución está a punto de concluir. Tengo la pagoda. Cuando vengan por ella, le avisaré. El resto queda en sus manos.

Fort se fue entonces a converasr con otros caballeros. A una hora discreta, las diez, salió de casa de sir John con intención de dirigirse a la suya y comprobar una vez más qué pasaba con la maldita pagoda. Aunque había dejado dos hombres armados para vigilar la puerta, turno tras turno, le seguía preocupando que intentaran llevársela sin su conocimiento.
Se sentía como si estuviera viviendo encima de un polvorín rodeado de fuego.
Fort sospechaba que Rothgar tenia intención de regalar el autómata a Jorge por el nacimiento de su primer hijo, esperado en algún momento de agosto. Pero podía imaginarse el entusiasmo con que el rey recibiría este regalo en cualquier otro momento. Probablemente experimentaría una prisa poco regia por dar cuerda al ingenio y ponerlo en marcha.
En ese instante, los explosivos con los que Murray intentaba cargarlo lanzarían proyectiles y metralla contra los cuerpos de los que se encontraran cerca.
Fort quería estar del todo seguro de que los ayudantes de su majestad nunca permitirían que ningún objeto pudiera estar cerca del rey sin pasar una cuidadosa inspección. Pero no lo estaba. A Jorge le gustaba hacer las cosas a su manera.
Si al menos Murray abriera su condenada boca y simplemente explicara toda la intriga.
Fort había intentado implicarlo en su grupo social, con la esperanza de crear un momento de esparcimiento embriagado en el que el escocés lo contara todo. No obstante, Murray bebía como una monja, y no quería saber nada de juego. No le interesaban las mujeres. Dios sabe a qué dedicaba su tiempo. ¿A leer la Biblia?
¿ Como podía la lectura de la Biblia ir asociada al duro asesinato ?
¿ Y qué significaba la apatía de Murray hacia las mujeres en relación a Lisette?
Fort habría apostado toda su fortuna a que se trataba de verdad de una inocente que sintió pánico ante la perspectiva de una relación sexual. Si así fuese, habría pocas probabilidades de que trabajara como títere de Murray. Pero entonces, ¿quién era ella, esta inocente descarada que robaba la pistola a un caballero ?
Con un suspiro, comprendió que se había vuelto a sumir en un estado de inquietud por aquella maldita mujer. Dio un golpecito

con el bastón en el techo del carruaje y ordenó un cambio de dirección.

Iba a hacer algo para aquietar uno de sus temores.

Pronto entró en el bonito establecimiento de Mirabelle, la propietaria del principal prostíbulo de Londres. Unos pesados candelabros iluminaban su gran salón, donde los hombres jugaban y bebían, a menudo con una mujer sobre su regazo. Sobre los muchos estrados elevados que circundaban la habitación, bellezas ligeras de ropa adoptaban poses su— gerentes para estimular los apetitos hastiados.

Fort indicó que quería hablar con la propietaria en privado y fue conducido a su elegante tocador. Pronto, la atractiva mujer de dura expresión se unió a él. Llevaba el cabello oscuro peinado con elegancia y su vestido de seda rojo rubí no habría deslucido en una duquesa. Ni tampoco sus joyas, aunque siempre llevaba demasiadas a la vez.

La madame se quedó evidentemente decepcionada al descubrir que uno de sus clientes más ricos no había venido en busca de placer, pero también estaba dispuesta a vender información. Sabía lo útil que era tener amigos en puestos elevados.

— Ya sabe que no me dedico a los esclavos, milord.

— Pero sabe quién lo hace. ¿Se habría enterado si una nueva chica hubiera sido obligada a prestar sus servicios ?

— No me interesan esas cosas. — Tocó distraídamente un collar de diamantes extendido sobre su pecho empolvado de blanco— . Podría enterarme.

Walgrave le dedicó una sonrisa que llevaba la promesa de pago.

— Hágalo. Estaré agradecido.

Ella le devolvió la sonrisa.

— Cuente con ello. — Cuando él se volvía para marcharse, ella le dijo— : ¿Está seguro de que no podemos seducirle, milord? Como sabe, tenemos cualquier cosa que una persona pueda desear.

Por la manera en que recalcó cualquier cosa, sospechó que le estaba ofreciendo con delicadeza un chico guapo. Su reciente falta de asistencia debía de tenerla desconcertada.

— Gracias, Mirabelle, pero no.

No dio más explicaciones, pero mientras se paseaba por el concurrido salón de camino hacia la salida, reflexionó momentáneamente sobre su extraño celibato.

Antes de la muerte de su padre, su actitud hacia las mujeres había sido entusiasta y por suerte carente de complicaciones. Mientras alguna fulana estuviera dispuesta y no pareciera tener alguna enfermedad, disfrutaba con ella y hacía todo lo posible para proporcionarle placer a su vez. Siempre había apreciado un cuerpo inquieto más que uno pasivo. De hecho, su ideal era tomar a una mujer que necesitara culminar el orgasmo con ardor, tomar sus caderas contorsionantes...

Con cierta sorpresa, se percató de que la imagen no estaba teniendo el más mínimo efecto sobre él.

Tardó cierto tiempo en salir del local de Mirabelle, pues amigos y conocidos le llamaban constantemente. Se detuvo con un grupo de caballeros para observar a una mujer que sobre uno de los estrados daba una excelente representación de un orgasmo con un amante invisible. Sus compañeros observaban con mirada febril, la boca entreabierta, algunos incluso frotándose la entrepierna.

Nada.

No sentía nada.

Hacía meses que había puesto trabas a su interés por las mujeres, pero no se había dado cuenta de lo rotundo que había sido. Tal vez nunca volvería a desear a una mujer.

Pero había deseado a Lisette.

Esa idea le inquietó un poco. ¿ Había llegado al estado en que necesitaba una inocente asustada para estimular su paladar hastiado ? Si así era, su paladar podía permanecer hastiado. Las vírgenes temblorosas traían demasiados problemas.

Se escabulló en silencio del grupo que rodeaba la demostración, y salió del local de Mirabelle preguntándose cuándo había muerto su interés por el sexo. Podía recordar una época, no hacía tanto, cuando su interés había sido fuerte, incluso excesivo.

Tras la muerte de su padre, había descubierto que, de pronto, su atractivo sexual había aumentado. Un número sorprendente de matronas de la buena sociedad sentían una curiosidad incitante por el más joven y apuesto de los condes. Durante un tiempo, él las complació.

Si prefería una puta, su monedero no tenía fondo, y en Londres se podía comprar todo, absolutamente todo. Durante un tiempo pensó que podría encontrar evasión en el sexo agotador e inventivo, o tal vez pensaba neciamente encontrar algo más.

Buscara lo que buscara, lo único que encontró fue un infierno.
Una vez las sacudidas del placer dejaban de hacer volar su mente, pasaba a las sacudidas de dolor. Damas o putas, nunca se quejaban, algunas incluso parecían disfrutar con su rudeza. Pero un día, al ver las magulladuras que había dejado en el cuerpo exuberante de una condesa, odió a la persona en que se había convertido.
Mientras su carruaje se detenía ante la entrada para que él subiera, confió en que su rostro no reflejara ninguno de estos pensamientos. El coche se puso en marcha para regresar a la mansión Walgrave, y de repente recordó a Portia. Aquí en este carruaje había amenazado con violar a su amiga de la infancia simplemente porque sería un golpe contra Bryght Malloren, su marido.
Al recordarlo se llevó las manos a las sienes para aplicarles un masaje. Había sido un instinto primitivo del hombre atacar a su enemigo a través de sus mujeres.
Pero Portia.
Dios, Portia.
Por supuesto no lo hubiera hecho, no hubiera sido capaz.
De todas formas la obligó a besarle. El tipo de beso que no tenía nada que ver con la ternura ni tan siquiera con el deseo. Un ataque de rabia y poder.
Ahí acabó el asunto, gracias a Dios. Pero, a veces, mientras permanecía echado en la oscuridad sin poder dormir, no estaba seguro de que la violación hubiera sido imposible. Podría de hecho haberse olvidado de quién era ella, de que Portia era una persona. Podría haberle hecho daño, deshonrarla.
Asustado consigo mismo, después de aquello había estado con muy pocas mujeres y pronto dejó de hacerlo del todo. Sabía que sus amigos estaban preocupados por que estuviera convirtiéndose en un simulacro de su remilgado padre, movido por el orgullo.
Tal vez fuera cierto, en ese aspecto. Su interés saludable por las mujeres parecía haberse extinguido, sólo había dejado gustos pervertidos que no quería alimentar.
Pero entonces había aparecido Lisette...
Irritado, apartó los pensamientos de aquella insistente chiquilla...
A veces tenía la impresión de que cada una de las partes saludables de él se habían podrido, dejando sólo una cosa deformada y pervertida que no debía sobrevivir, culpable del pecado más atroz...

¡AI infierno todo aquello!
Lo tenía todo. Debería ser capaz de hacer algo. Algo que mereciera la pena.
Pero ¿el qué?
No quería ser una copia de su padre. El Incorruptible, aunque admirado por muchos, no se había preocupado ni una pizca por su esposa, hijos o hijas. Le había movido el orgullo y sus propios planes grandilocuentes. Al final, incluso había resultado ser corruptible en la consecu— ción del orgullo y los planes.
Fort tenía su propio orgullo y también sus propios planes, ideas nobles sobre cómo usar la riqueza y el poder con buenos propósitos, reparar el mal que su padre había hecho.
Por debajo, no obstante, acechaba otro plan — no, una necesidad— de destruir al altivo marqués de Rothgar igual que el marqués le había destruido a él.
Sabía que ambos planes estaban en conflicto, pero estaba ferozmente decidido a realizarlos.
Era consciente de que estas obsesiones podían volverle tan loco como su padre había estado al final. Podían sacarle de quicio igual que a su padre: como hizo Rothgar, que jugaba con la gente como con las figuras indefensas de su maldita pagoda china.
La hermana de Rothgar, Elf, le vino de pronto a la mente, recordó su animado rostro mientras intercambiaba palabras con él en casa de Safo. Qué típico de Rothgar permitir que su hermana andara por ahí sin control, intercambiando dardos verbales con cualquiera que no le cayera bien. En una o dos ocasiones había pensado en utilizarla en algún plan de destrucción.
Eso significaría su propia muerte, lo sabía. Pero morir por una causa incluso podía tener su beneplácito. Su vida difícilmente merecía la pena. Y tenía un hermano.
Inmediatamente después de la muerte de su padre, Fort había enviado a su hermano de diecisiete años a Italia. Pasara lo que pasara, lo superaría de alguna manera para hacerse cargo de las responsabilidades del condado. Esto dejaba a Fort libre para perseguir su venganza.
¿A través de Elf Malloren?
Fort enfocó la vista y vio su propio reflejo en la ventana del carruaje, vio su propia sonrisa irónica. N o había sido capaz de usar a Portia en su guerra, y dudaba de que pudiera usar a Elf.

Era una criatura fastidiosa, pero había algo en ella que dificultaba la posibilidad de hacerle daño, tal vez el hecho de que tuviera buen corazón. A veces, cuando ella le tomaba el pelo, más que insultarle, resultaba sumamente difícil no derretirse y olvidar que era una Malloren.

Soltó una maldición entre dientes.

Estaba pensando con benevolencia en Elfled Malloren. Un interés excesivo por aquella tonta Lisette.

Tal vez Mirabelle tenía razón al preocuparse por él. Probablemente una noche de sexo agotador, inusual, con algunas de sus putas más hábiles sería la cura para todos sus males. Al fin y al cabo, ¿pensaría tanto en Lisette si no hubiera sido la primera mujer en meses que de verdad despertaba su apetito sexual ?

Yeso la hacía el doble, el triple de peligrosa.

Tomó la resolución instantánea de sacársela de la cabeza. En vez de regresar a casa, donde probablemente volvería a pensar en aquella mujerzuela, lo que necesitaba era compañía.

¿ De vuelta al local de Mirabelle ? N o, ese tipo de sexo no le atraía.

¿ U no de sus clubes ? Allí la principal actividad sería el juego, y no estaba de humor.

¿ Un café ? Los clientes que frecuentaban a última hora esos lugares siempre estaban sumidos en profundas diatribas filosóficas y políticas. Lo último que quería era pensar.

Necesitaba distracción y lamentaba que los teatros estuvieran ya cerrados. Una farsa alegre, disparatada, le iría de perlas.

Entonces, más adelante, en Picaccadilly, vio las luces resplandecientes de la residencia Devonshire y recordó haber recibido una tarjeta para el baile de la duquesa.

Bailar le proporcionaría una distracción trivial durante una hora o dos. Con suerte, para entonces, este extraño estado de ánimo ya se le habría pasado.

CAPITULO 7

E lf avistó a Walgrave en el momento en que este hizo aparición en la entrada del abarrotado salón de baile de la duquesa.
Por supuesto, entre una compañía tan deslumbrante, cualquiera que fuera vestido de negro fúnebre destacaría. No se trataba de un sexto sentido que alertaba a Elf de su presencia. Por supuesto que no.
Sin embargo, no podía negar sentir una extraña agitación en su estómago y también advirtió el repentino brillo provocado por el sudor en sus manos, que sostenían el abanico.
Oh, cielos. Esto empezaba a ser ridículo.
Se obligó a centrar la atención en el joven lord Northrop y aceptó sonriente su petición de concederle el siguiente baile. Mientras él la guiaba hacia la pista, Elf no se permitió mirar al conde.
La agitación que notaba en el estómago venía provocada en parte por los nervios. No estaba acostumbrada a ir topándose con Walgrave por toda la ciudad. ¿ Qué pasaría si reconocía a Lisette ?
Cuando la música empezó a sonar y ella hizo una reverencia, se tranquilizó a sí misma asegurándose que era casi imposible que él la identificara.
Esta noche, arreglada casi a la perfección por Chantal, era por completo lady Elf. Sus rizos color arena estaban empolvados y salpicados de diminutas flores azules que hacían juego con su vestido azul claro de muaré. En este caso no había ninguna llamativa cenefa negra y oro, sino una, confección, fina como una tela de araña, en blanco y plata, ribeteada por aljófares. Como joyas, había escogido un aderezo de perla y zafiro que Lisette no podría permitirse aunque ahorrara mil años.
Aunque esta vestimenta era exactamente el tipo de atuendo que encontraba aburrido, sabía que en sociedad se consideraba elegante y perfecto. También sabía que era una compañía agradable deseada por casi todo el mundo. Aunque Fort, quien había sido amable y en momentos casi encantador con la tonta y ordinaria Lisette, normalmente se limitaba a mostrar su desdén a lady Elfled Malloren, como si fuera un monstruo del pantano.

Pese a todas sus buenas intenciones, la mirada de Elf iba rápidamente de un lado a otro en su busca.
Estaba hablando con Minette de Courtances. No, no hablando, ¡coqueteando! Minette era una joven encantadora, pero era injusto que coqueteara con ella y que a Elf sólo le lanzara miradas feroces.
— ¿Sucede algo, lady Elf?
Las palabras de Northrop le hicieron comprender que su gesto se había tomado ceñudo. Suavizó apresuradamente la expresión con una sonrisa.
— Nada, de momento, milord. Sólo una de esas preocupaciones pasajeras.
Él levantó los brazos para que Elf pudiera pasar por debajo y girar.
— ¿Hay algo en lo que la pueda ayudar?
Elf sonrió.
— Gracias, milord, pero no. Y bien, dígame, ¿qué sabe de Nueva Escocia ? Mi hermano está destinado allí, ¿ sabe ?
Esto llevó la conversación hacia otro tema más cómodo.
Northrop era uno de los hombres dispuestos a hacerle una proposición de matrimonio sólo con que ella le diera el más mínimo aliciente. Mientras charlaban y ejecutaban los movimientos del baile, Elf se preguntó por qué no daba ese paso. Él era joven, de buena posición, inteligente, cortés...
No obstante, su piel no sentía escalofríos allí donde la tocaba, jamás le había hecho pensar en sexo. En realidad, pensó, bastante escandalizada consigo misma, por más que lo intentara no podía imaginarse desnuda en la cama con él, una visualización que le resultaba demasiado fácil — ¡Y demasiado estimulante!— en el caso de Fort.
¿Cuándo había empezado a pensar en Fort?
La pieza acabó y Elf pidió a lord Northrop que la llevara a sentarse junto a su tía Kate. Si no, se vería obligada a estar en su compañía hasta que apareciera una nueva pareja. Una vez liberada de estas dos posibilidades, charló con su tía Kate mientras mantenía su vista de cazador centrada en Fort.
Sentía ganas de estar con él, no pretendía engañarse al respecto. Pero además tenía un objetivo altruista. Esta enemistad irracional entre Malloren y Ware era peligrosa y se proponía ponerle fin.
Esta misma noche.

Otro caballero acaparó la atención de Minette y Fort se quedó solo, su grave negrura le apartaba de toda compañía. No podía ser agradable estar tan solo, pensó Elf preocupada de forma repentina. En absoluto agradable.

Por otro lado, la decisión de continuar tanto tiempo de luto después del funeral era cosa de él. Se preguntó por primera vez por qué prefería vestir así. Un problema más que había que resolver.

Tras dar una excusa a su tía, se levantó, cobró valor y se encaminó hacia él. A mitad de camino, sin embargo, fue interceptada por lord Bute, magnífico, de satén rojo, cabellera empolvada de blanco y el galón azul de una Orden ostentosa. Se preguntó si lucía de modo consciente estos colores patrióticos. El apuesto lord escocés era primer ministro de Inglaterra, pero todo el mundo sabía que había obtenido el puesto simplemente porque el joven rey le tenía afecto. O tal vez porque la madre del rey le tenía aún más afecto.

— Lady Elfled, qué encantadora está esta noche.

Aunque Elf le sonrió e hizo una reverencia, sabía que la sonrisa de él era falsa. Lord Bute no sentía ningún aprecio por los Malloren, pues Rothgar era uno de sus rivales a la hora de acaparar las simpatías del joven rey.

La cogió de la mano y, por lo tanto, fue imposible no caminar con él durante un rato. Dirigió una mirada en dirección a Fort y le vio charlando con algunos caballeros amigos.

— Y bien — dijo Bute— , dígame qué tal le va a su familia, mi querida señora. No he tenido el placer de ver al marqués durante cierto tiempo.

— ¿No será más de una semana, más o menos, milord? — dijo Elf, resignándose y esbozando una sonrisa— . Acudió a la Corte hace bien poco. Pero después de esto ha viajado hasta la costa con lord Cynric, quien parte para Nueva Escocia. Acto seguido, Rothgar planeaba continuar hasta Versalles.

— Y otros lugares, supongo.

— Oh, lo dudo. Tenemos propiedades en Francia, ¿sabe? — Mientras continuaba charlando sobre los viñedos que poseía la familia cerca de Burdeos, Elf se devanó los sesos intentando descifrar el tono utilizado por él. Era casi malicioso. No, no malicioso, parecía insinuar algo. Y con ese aire de suficiencia.

Cuando se quedó callada, él continuó:

— La prosperidad de los Malloren es asombrosa, lady Elf. Cuando el marqués regrese, el rey debe pedirle consejo sobre asuntos financieros, pienso yo.

Con aquello, le besó la mano y se fue, dejando a Elf claramente inquieta. Aunque Rothgar nunca perdía la cortesía, él y Bute eran rivales, de modo que ¿por qué iba a sugerir el primer ministro que Rothgar se aproximara aún más al rey ?

Mientras se abanicaba con afán, Elf recordó que Rothgar había comentado que a Bute le gustaría perjudicarle si pudiera. Pero, por más que lo intentara, no encontraba nada en las conversaciones recientes que permitiera sospechar algún peligro. Excepto ese aura insinuante de suficiencia.

Oh, basta ya. ¡No necesitaba aún más incógnitas en su cabeza!

Sin embargo, mientras reemprendía el camino hacia Walgrave, Elf no pudo librarse de aquel desasosiego. ¿Otros lugares en Francia? ¿Qué otros lugares? ¿Prosperidad asombrosa?

¡Santo cielo! ¿Acaso sospechaba Bute de la fuente de riqueza de los Malloren ?

¡Qué forma tan descarada de criticar a los demás de sus propias faltas! El dinero de Bute provenía casi por completo de las arcas públicas. Rothgar no rechazaba algún regalo ocasional de la Corona, pero la mayor parte del dinero de la familia provenía de tierras bien gestionadas, comercio y prudentes inversiones.

El hecho de que Rothgar no intentara sacar dinero de las arcas del joven rey era sin duda uno de los motivos de que Jorge encontrara su compañía tan agradable.

Los acompañantes de Fort se habían apartado y Elf se colocó discretamente al lado de su cuñado antes de que lo hiciera alguien más.

— Lord Walgrave, ¿querrá caminar conmigo? — Era una petición atrevida, pero no irracional, pues eran muchas las parejas que se paseaban por la estancia esperando a que empezara el siguiente baile.

Se volvió lentamente para mirarla, considerando claramente la posibilidad de negarse; no obstante, eso llevaría las cosas entre ambos a una rudeza directa, algo que, generalmente, intentaban evitar. Tras una pausa que casi llega al insulto, extendió su mano.

Elf se quedó mirándola, sin estar segura de por qué le causaba tal impresión. Más tarde comprendió que había esperado, por el estilo

austero de él, que fuera una mano como la de su hermano mayor, como la de Rothgar, de delicada osamenta y piel pálida. Por el contrario, tenía uñas cuadradas, eran unas manos morenas y de rasgos fuertes. Era evidente que menospreciaba los guantes cuando salía a montar.

Qué extraño que no se hubiera fijado antes en sus manos. Pero, claro, durante su encuentro más reciente era él al completo lo que había distraído su atención.

No era una mano elegante, pero sí asombrosamente agradable, especialmente si pensaba en que estaba en contacto con su piel...

Walgrave levantó una ceja, lo que ella entendió como recelo, con la misma claridad que si lo hubiera expresado a viva voz. ¡ÉI pensaba que estaba tramando alguna cosa para desairarle!

Elf se apresuró a colocar la mano sobre la de él e iniciaron un recorrido por la sala de baile. Aunque, de repente, se sentía nerviosa, había logrado dar el primer paso de su plan. Mientras se pasearan así, nadie intentaría unirse a ellos.

De modo que, si conseguía que el contacto de la carne de él con la suya no le desconcentrara demasiado, tendría una ocasión de fundir el hielo.

— ¿Tiene planeado sorprendernos a todos nosotros, milord? — preguntó con tono juguetón?

— ¿ Sorpresa, lady Elf? — Sí, fundir era la palabra adecuada. Su voz podría helar alguna de las plantas del cercano invernáculo.

— Son tan raras las ocasiones en que le vemos en estos actos sociales normales. — Plegó el abanico con delicadeza y se permitió mirar su frío rostro. Tal vez debería animarlo con bromas— . Si fuera una mujer vana, podría pensar que me está persiguiendo, Walgrave.

— ¿Porque he llegado hoy aquí después de usted? — Se volvió a ella con las cejas alzadas— . Pero entonces, mi querida cuñada, usted debió perseguirme hasta casa de Safo, ¿ no cree ? , puesto que llegó en segundo lugar. — Se la quedó mirando como si le hubiera asaltado una revelación— . ¡Lo hizo! No tiene por qué cohibirse, querida dama. Si me desea, no tiene más que decirlo y me ocuparé directamente de ello.

Cogida por sorpresa, Elf soltó con brusquedad:

— Dudo que tuvie ra valor para eso, milord.

Se rió, pero su risa no era agradable.

— Sométame a prueba. Oh, sométame a prueba, Vespa. Aquí, en la pista de baile, si quiere.
Elf buscó refugio en una pregunta simple:
— ¿Vespa?
— Significa avispa—
— Entonces me gustaría que no fuera tan grosero, Walgrave.
— Le va bien. Le gusta aguijonear.
El conde detuvo su marcha junto a un gran plinto coronado de flores y se volvió para mirarla a la cara. Para total desconcierto de ella, le cogió la mano para depositar un beso juguetón.
— ¿Bien? — preguntó sonriente, aunque sus ojos azules carecían por completo de afecto— . A muchas damas les gusta perseguir y atormentar el objeto de su adoración. ¿ Me adora, Elf?
Parecía casi que se hubiera colocado allí para conseguir aquel efecto, con una ramita de capullos blancos rozándole el hombro negro y el fuerte perfume a rosas por doquier.
Elf no se dejó influir y adoptó una sonrisa igual de falsa.
— Le adoro en la misma medida que usted me adora a mí, queridísimo Fort, ya que me atormenta exactamente igual que yo a usted.
— ¿Yo atormentarla? ¿Cuándo he ido yo alguna vez en su busca? Mientras que usted, por el contrario, parece atraída a mí como una avispa al dulce.
— ¿ Dulce ? Caramba, milord, pero si es tan dulce como la medicina favorita de mi doctor.
Elf, abanicándose frenéticamente las ardientes mejillas, tuvo que aceptar que había cierta verdad en su comentario. Su historial incluía varias ocasiones en las que había acudido en su búsqueda. Se habría largado de no ser porque sospechaba que era precisamente lo que él quería, lo cual significaría una victoria para el conde.
Había llegado la hora de una petición de paz. No sólo era el momento adecuado, también le permitiría salvar las apariencias. Antes de que a él se le ocurriera algún otro dardo que arrojarle, ella le colocó la mano en el brazo y le obligó a reanudar el paseo.
— Confunde las cosas, milord. — Se abanicó deliberadamente a un ritmo lento y tranquilizador, sonriendo a los amigos en las proximidades como si se tratara de una discusión sin importancia— . Soy una pacificadora, eso es todo. Su hermana está casada con mi

hermano y, por consiguiente, en cierto sentido, forma parte de mi familia. No soporto las enemistades dentro de la familia.
Se cuidó mucho de no mirarle.
— Pacificadora. ¿Entonces por qué siempre estamos en guerra?
— No me considero responsable de ello.
— ¿No? Las pocas ocasiones en que no hemos tenido otro remedio que coincidir, no ha dudado en provocarme.
— ¿Yo? — Elf hizo una inclinación con la cabeza a la duquesa— . No puedo recordar ninguna.
— Piense en la primera vez que nos conocimos. Me acusó de inmediato de ser un hermano sin corazón.
A Elf le sorprendió tanto que él recordara eso que tuvo que mirarle.
— Porque no había sido capaz en absoluto de respaldar a Chastity cuando le necesitaba...
— El mundo entero la consideraba una libertina completamente ingobernable. ¡Fue encontrada con un hombre en la cama! De hecho, yo la vi con un hombre en su cama.
— ¡Mis hermanos no me abandonarían en una situación así!
— Pues roguemos para que su fe nunca tenga que ponerse a prueba. Y, finalmente — añadió— , tuve que batirme en duelo con el canalla de su seductor.
— ¡Se batió en duelo con Cyn, miserable, en vez de con ese horrible Vernham!
¿Por qué, por qué, siempre se peleaban?
Dejé fuera de combate a Vernham. Su condenado hermano me impidió matarle. No encajaba en su intrincado plan.
— El plan de Rothgar funcionó — observó ella— . Permitió el matrimonio de Cyn y Chastity.
— Y sin embargo acabó con la muerte de mi padre.
De este modo, de repente, habían pasado de una riña a la sombría realidad.
— No se pudo evitar — dijo ella con calma— . Se volvió loco, intentó matar a la madre del rey.
— Arrastrado a la locura por su hermano.
— No. Tal vez le sacó de quicio, pero ya estaba loco. Chastity me habló de su encierro en Maidenhead, de la forma en que su padre intentó pegarla y que usted le detuvo.
Walgrave apartó la mirada.
— No es una locura que un padre quiera pegar a una hija rebelde.

— Entonces, ¿estaba cuerdo en aquella época?
Elf pudo percibir la tensión en él, como si forcejeara contra ligaduras invisibles. ¿Forcejeaba por marcharse o por quedarse? ¿O simplemente se enfrentaba a recuerdos ?
— No, no, no estaba cuerdo. Disfrutaba haciéndole daño. Hubiera disfrutado matándola, creo. Pero...
— Pero usted no quería que él muriera, porque era su padre. Lo entiendo.
El conde volvió a mirarla entonces, incluso con una sonrisa, pero irónica.
— No entiende nada, Elf, y no tengo ánimo de afligirla. — Se detuvo de nuevo pero esta vez junto a una ventana, lejos de los capullos y los perfumes— . Abandone esta pacificación. Acabará decepcionada. Mi padre era un hombre con problemas y su hermano Rothgar nos utilizó a él ya mí como si fuéramos sus títeres. En medio de todo esto, nos destruyó a ambos. No lo olvidaré.
— La culpa fue de su padre, no de mi hermano.
— Pero mi padre era mi padre, mientras que su hermano es su hermano. Usted cree en la familia. Confía en que sus hermanos la repalden, aunque se equivoque. No es una virtud exclusiva de los Malloren, ¿ sabe ?
Por primera vez estaban hablando en serio, y Elf no estaba logrando su misión.
— Pero está muerto — protestó— . Pertenece al pasado. ¿No cura el tiempo todas las heridas ?
— Se diría que sí. No obstante, la sangre puede ser un bálsamo tranquilizador.
— jNo le permitiré que se bata en duelo con ninguno de mis hermanos!
Fue una frase ridícula, pero Elf se sorprendió que provocara una débil sonrisa en él.
— ¿Me aguijoneará hasta la muerte para impedirlo?
Este no era el Walgrave que ella conocía, pero sólo entreverlo hizo que los labios de Elf perdieran firmeza.
— Haré cualquier cosa para impedirlo. Es parte de nuestra familia, aunque lo niegue cuantas veces quiera. No le permitiré que mate por una causa así.
De repente, él se quedó sin expresión:
— ¿ Está diciendo que su preocupación es por mí?

— ¡Pues por supuesto que sí! Nunca pidió que lo enredaran en nada de esto y no es justo que sufra por ello. Me cuesta imaginar que vaya a sentirse mejor si logra matar a Rothgar, ciertamente algo difícil de conseguir.

— Tal vez me sintiera mejor si me matará él a mí.

Aquel tono categórico encogió el corazón a Elf. ¿ Qué podía haber tan horrendo como para desear morir ? ¿ Habría sido su intento de forzar a Bryght a batirse en duelo el año pasado simplemente un intento de suicidio?

— Pobre Elf — dijo él, casi con amabilidad, tocándole la mejilla— , se ha quedado pálida. Soy un miserable por invadir su alegre existencia con mi alma tenebrosa.

Después de las horas que había pasado como Lisette, una caricia efímera como aquella no debería haberla sorprendido. Sin embargo, era la primera vez que Fort hacía algo así a Elf Malloren, y todo su cuerpo se estremeció como una cuerda de arpa tocada levemente. La expresión de él también había cambiado. Seguía siendo sombría, pero no fría.

— Puede tranquilizarse — dijo él— . Dejaré de intentar dañar a los Malloren. Llevo un tiempo considerando el asunto y acaba de aclararme las ideas. Puedo asumir mis responsabilidades de maneras más benévolas. A menos que sus hermanos vuelvan a cometer alguna ofensa, estarán a salvo de mí.

Atrapada en la incoherencia, Elf sólo pudo decir:

— Gracias.

— No hay de qué — dijo él restando importancia— . Esto la libera para dedicar sus energías a aguijonear a un futuro marido antes de que se desintegre enteramente en cenizas.

Con un breve beso en los nudillos de ella, hizo una reverencia y la dejó sumida en un torrente desordenado de emociones.

Cuando Elf se percató de que se había quedado de pie allí en medio, forzó una leve sonrisa y volvió paseándose en dirección a su tía como si estuviera tranquila al máximo. Para su propia comodidad, recurrió a la emoción más sencilla, la rabia. ¡Que el infierno se lleve a este hombre por atreverse a decir la última palabra!

Eso era, no obstante, la parte más insignificante, que apenas importaba.

Suicidio. Había considerado la posibilidad de matarse o de colocarse en una situación en la que dejara que otra persona lo

hiciera por él. ¿ Pertenecía eso ya al pasado ? Había hablado de enfocar las cosas de forma más benévola y eso ofrecía cierta esperanza, pero en realidad no hacía referencia a la autodestrucción.

¿ Y qué de su promesa de poner fin a la disputa familiar? Eso debería constituir una alegría absoluta, pero aun así su corazón sufría.

Absorta en estos pensamientos, cambió de rumbo y se dirigió al reservado para las señoras, con la esperanza de que estuviera vacío y fuera un lugar adecuado para la contemplación.

Aparte de dos doncellas que estaban dispuestas a ofrecer su ayuda, la estancia estaba desierta. Elf se instaló en un sofá, se abanicó y se puso a pensar en un futuro desolado.

Qué extraño que la conversación más importante jamás mantenida con Fortitude Harleigh Ware pudiera ser la última.

¿ Dónde se encontrarían en el futuro ? Pese a su presencia aquí, a Fort le atraían poco los bailes y las veladas y Elf rara vez asistía a eventos más frecuentados por público masculino que tuvieran que ver con deportes y política, y desde luego no visitaba casas de juego y burdeles.

Tendría que estar encantada con el final de la disputa. Teniendo en cuenta los peligros que provocaba la enemistad con Fort, debería sentirse aliviada de que él hubiera desistido y no quisiera interferir más en los asuntos de su familia. En vez de ello, la perturbaba de forma dolorosa percatarse de que un encuentro entre ellos era algo improbable. Estaba claro que sus sentimientos hacia él eran más serios de lo que había imaginado.

Y él la tenía por una pelma incordiante.

Consideró dos ocasiones recientes en las que las vicisitudes sociales los habían reunido. Consciente, con cierto sentimiento de culpa, de que su propia familia se hallaba en cierta forma en la raíz de la amargura de él, había intentado romper el hielo. Tal vez era verdad que se volvía un poco mordaz cuando él insistía en la mortificación, pero ¿de verdad había sido hiriente ?

Tal vez sí. Pero hacía falta un aguijón para sacarlo de su oscuro aislamiento, y no lo lamentaba. De hecho, lo volvería a aplicar.

Lo cierto era, pensó con melancolía, que había disfrutado de los escasos encuentros, pese a que pensaba que era un maleducado de

genio áspero. Desde la primera vez, se había sentido intrigada por él, y era consciente de la respuesta física que le provocaba.
Desde los sucesos de Vauxhall, aquella atracción sin importancia tenía una forma muy real. Podía evocar su cuerpo, su boca, su sabor cuando quisiera. De hecho se colaban en su mente, voluntariamente o no, en momentos sorprendentes.
Tal vez, incluso más sorprendente que el conocimiento de su cuerpo era haber acabado por conocerle a él. Le había visto, con sus propios ojos, charlando relajadamente con otras personas. Un fantasma del hombre que podía ser, que seguro que era, obsesionaba su mente. No es que fuera un santo, pero sí un hombre capaz de ser amable, considerado y con sentido del humor. Capaz de estar alegre.
Con sonrisa torcida, Elf recordó que tanto Chastity como Portia habían afirmado que Fort tenía esas virtudes. Había quedado demostrado que ambas tenían razón.
¿ Pero qué tendría que hacer ella en el futuro para ayudar a aquel prometedor hombre joven a vencer al cínico sombrío y amargado ?
Con un respingo recordó a los escoceses y el asunto de la traición. Todo estaba embrollado, aunque en última instancia lo que ella quería era que Fort fuera un joven despreocupado. Dudaba mucho que lo fuese cuando se enfrentara a la soga o el hacha.
Se levantó y comprobó su aspecto en el espejo. Tenía que cumplir con sus obligaciones y aplicar su mente a atrapar a los traidores.
Entonces, quizá, sólo quizá, aguijonearía a Fort de nuevo, a ver qué sucedía.

La visita de Fort al baile de Devonshire no había curado su desasosiego, ya que ahora Elfled Malloren constituía una presencia aún más molesta en su mente. Tal vez la demencia de su padre era de tipo hereditario y se trasmitía entre los miembros de la familia.
¡Elf Malloren!
No podía imaginarse ninguna otra dama más inconveniente, pero por un momento la había querido. No físicamente, aunque estaba bastante bien, supuso, sino posesivamente. La había querido para él.
La locura le había asaltado cuando ella había dicho que se preocupaba por él. Pensaba que reservaba su devoción, su alegre

afecto, para su familia. Les envidiaba por eso. Sus hermanas se preocupaban por él, pero el pasado familiar había dejado cicatrices en todos ellos. Aquel cariño familiar no era el amor incuestionable que Elf dedicaba a sus hermanos.

La idea de contar él mismo con ese afecto, de tener a alguien que creyera en él, que confiara en él, alguien que se preocupara, y ahogara todas las sombras con sonrisas y charla...

Caramba. Antes pensaba que su charla era irritante, ¿ o no ?

Ahora, sin embargo, se dio cuenta de que era la mejor arma con que ella contaba.

Fort soltó una maldición entre dientes y dio unos golpecitos en el techo del carruaje. Cuando su cochero abrió la escotilla, le indicó que se dirigiera al establecimiento del signar Angelo, el instructor de duelo más renombrado en Inglaterra. Incluso a esta hora tardía, Angelo no rechazaría a su alumno más rico.

Fort se había convertido en un habitual del local de Angelo, donde practicaba para matar Mallorens.

— ¿ Por qué a esta hora, milord ? — preguntó el florentino mientras le llevaba a la sala de prácticas, una gran estancia sin adornos. La única decoración aquí eran las máscaras y las armas que colgaban de los muros. El espacio vacío hacía que sus movimientos resonaran como en una caverna.

— Un capricho — dijo Fort despojándose de su casaca y chaleco— . Diez veces su tarifa normal, Angelo.

Con los oscuros y brillantes ojos llenos de interés, el maestro espadachín hizo una reverencia y se dispuso a encender los candelabros de pared que rodeaban toda la estancia.

Fort se quitó los zapatos, escogió una máscara y un florete y estuvo listo.

— ¿A quién quiere matar ahora, milord? — preguntó Angelo, colocándose en garde frente a Walgrave.

— Tal vez a usted.

Angelo se rió y saludó con el florete.

— jBuone fortuna! Pero yo no le mataré por su insolencia. Me avengo a sus exigencias excesivas, amigo mío, sólo porque no quiero verle muerto en el extremo de una espada antes siquiera de haber descubierto su objetivo. — El maestro acometió, Fort paró el golpe y respondió con viveza. El asalto había empezado.

— Esta noche — dijo Fort, presionando su ataque— , no quiero matar, simplemente estoy inquieto.
— ¡Ajá! — gritó el italiano, bailando hacia atrás, mientras su hoja resonaba y siseaba en contrapunto con la de Fort— . Es una mujer. ¡Por fin, amigo mío, es una mujer!
— ¡Condenada imaginación, no es cierto! — respondió a gritos, pero luego prefirió no malgastar el aliento; el maestro espadachín ejecutó un movimiento relámpago y Fort se encontró completamente aprisionado.

CAPITULO 8

Para evitar la perceptiva mirada de Amanda, Elf desayunó en la cama a la mañana siguiente.
Intentó mantenerse concentrada en la cuestión de la traición, pero sentía que los pensamientos sobre Fort estallaban en su mente como fuegos de artificio, con lo cual todo lo demás pasaba a ser invisible. Era el sufrimiento de él, decidió cogiendo un bollo con crema, lo que le provocaba aquel estado. En el baile de Devonshire, la máscara cínica de Fort se había caído y le había mostrado que sufría. Elf no podía soportar que nadie padeciera tal dolor.
Después de meditar durante toda la noche sin pegar ojo, había decidido que el origen del problema debía de residir en el asunto de la muerte de su padre.
Antes de heredar el título, Fort era impetuoso y amante de la diversión, aunque con tendencia a perder los nervios con facilidad. Con la crisis de su familia, la ira se había apoderado de él, pero aún no había dado muestras de esa sombría amargura. Aquello sólo había surgido después del trágico baile de disfraces.
¿ Dolor por su padre ?
Elf no pensaba que se tratara de eso. Vivía bajo una carga más oscura y más retorcida que el dolor.
Con una mueca, Elf se limpió las migajas de los dedos con una servilleta de lino. No había probado bocado y no tenía apetito para intentarlo.
Pensando otra vez en el baile de disfraces de noviembre del año pasado, cayó en la cuenta de que la atención que ella había prestado a la muerte del cuarto conde era asombrosamente escasa. Elf no estaba presente en el salón de baile cuando se efectuó el disparo. Inmediatamente después, estuvo muy ajetreada atendiendo a la princesa Augusta y a algunas otras mujeres que se habían desmayado. además, en cuanto acabó el baile se había metido de lleno en los preparativos de la boda de Cyn y Chastity.

Ahora se preguntaba qué había sucedido exactamente que afectara a Fort de forma tan destructiva. Tendría que descubrirlo. Sospechó que no habría paz para nadie hasta que lo hiciera.

Luego comprendió con frustración que también esto tendría que esperar hasta que sus hermanos aparecieran y le contaran lo que había sucedido con exactitud.

¿Dónde diantres estaban? Habían pasado tres días desde que envió los mensajes. Al menos uno de ellos tendría que haberse presentado para entonces. Todo se estaba complicando y enredando demasiado, el riesgo era excesivo para que una persona sola lo manejara, incluso para una Malloren.

¿A qué se dedicaban esos sirvientes? No había tenido noticias de ellos. De pronto se preguntó si Grainger habría hecho caso omiso de sus instrucciones y se quedaba con los informes. Si así fuera, ipediría su cabeza! Llamó a Chantal con la campana, luego salió de la cama y escribió apresuradamente una nota a Grainger exigiéndole un informe.

La primera orden que dio a la doncella fue que pasara la nota a un lacayo para que la entregara con toda urgencia.

U na vez vestida, Elf bajó y le informaron que Amanda había ido a visitar a su antigua niñera y había dejado una pila de invitaciones para que ella las estudiara. Elf las ojeó sin interés. El torbellino social parecía tener cada vez menos sentido, aunque el estado de desasosiego en que se encontraba le hacía querer un poco de distracción.

Su inquietud era tal que pasó horas recorriendo la habitación de un lado a otro, en espera de una respuesta de Grainger, pero se obligó a mantener cierta disciplina. Se sentó a la luz del sol con una pieza delicada de costura, como debería hacer una dama.

Ocupada de forma tan inocente, se dispuso a un análisis concienzudo de la trama desleal y las opciones de actuación con que contaba. De cualquier modo, su mente no dejaba de desviarse hacia Fort como si buscara algo en particular. De pronto bajó su labor de aguja y se apresuró a revisar la pila de invitaciones.

jAjá! Sacó la que importunaba su mente. Lady Yardley celebraba un baile de disfraces. Lady Yardley era una matrona muy respetable y su reunión no se parecería para nada a la de Vauxhall. ¿ Por qué, entonces, había interesado a Elf?

Luego comprendió enseguida hacia dónde estaba viajando su mente caprichosa.
Lady Yardley era la tía de Fort. Eso significaba que él podía aparecer por ahí. Pero, más concretamente, se trataba de un baile de disfraces y, por lo tanto, tendría la posibilidad de volver a ser Lisette. Si él asistía, tal vez reconociera su atuendo escarlata y oro y fuera en su búsqueda. Quizás en ese entorno Elf pudiera volver a encontrar al sonriente y afable Fort.
Por supuesto, se arriesgaba a ser descubierta, lo cual sería embarazoso e incluso podía ser peligroso.
La excitación pugnaba con el nerviosismo, la mantenía ahí mirando fijamente la tarjeta grabada hasta que un golpe en la puerta la sacó de forma brusca de sus pensamientos.
El lacayo de Amanda entró en la habitación:
— Una persona llamada Roberts desea hablar con usted, milady.
¿Roberts?
¿ Quién era Roberts ?
Luego Elf recordó que se trataba de uno de los sirvientes de la mansión Malloren que había sido enviado a vigilar a Fort. Resopló aliviada por tener algo práctico que le permitiera salir de la locura.
En tus manos tienes una posible amenaza al rey, se regañó a sí misma mientras se apresuraba a seguir al lacayo. ¡Aun así lo único que se te ocurre es vestirte de escarlata y salir a buscar una noche de perversión con Fort Ware!
Con suerte, Roberts sabría dónde vivían los escoceses. Eso le daría cierto control de la situación.
El lacayo la llevó hasta el recibidor del ama de la casa donde esperaba Roberts, vestido con pantalones por debajo de la rodilla y casaca de pañete como un comerciante respetable. Con toda seguridad no le costaba pasar desapercibido en las calles concurridas. Era reconfortante constatar tal experiencia.
Sus palabras, sin embargo, no eran reconfortantes.
— Nada en especial que comunicar, milady, me temo.
— ¿Nada? Elf se dejó caer en una silla con decepción.
Roberts se encogió de hombros.
— El conde está haciendo lo que hace un conde, milady. Y la gente de su casa también lo ve así. Nada sospechoso a excepción de que hace unas noches se trajo a casa a una fulana que luego se escapó. O al

menos — añadió frotándose un lado de la nariz— no estaba por la mañana y él parecía irritado por ello.
Elf rogó para que sus mejillas no se estuvieran sonrojando más de la cuenta.
— No veo por qué eso tiene interés.
Se lo tomó como un reprimenda.
— Lo siento, milady.
— ¿Que hay de los observadores?
— Nada, milady, aunque es una calle activa, de modo que sería difícil distinguirlos en el caso de que sean competentes. Tal vez incluso tengan algún puesto en una casa próxima. Un par de las chicas dicen que notan algo raro. Pero ya conoce a las mujeres... — Se calló repentinamente y estudió la pared con diplomacia.
— Y claro que las conozco — dijo Elf con sequedad— . De modo que piensan que tal vez haya alguien vigilando, pero ninguno de vosotros los ha detectado. ¿No hay nadie vigilando de noche? En mi opinión resultaría más fácil avistarlos.
— Le ruego me perdone, milady, pero ¿por qué iba a vigilar alguien su casa de noche mientras él está en la cama? Si hay alguien interesado en lo que hace, creo que le seguirían mientras se dedica a sus ocupaciones de día, y eso no es fácil de detectar con tanta gente alrededor.
— De modo que no hay nada. — Elf casi se pone enferma de decepción y preocupación. Tal vez fuera el momento de acudir a alguien con autoridad para contarle lo que sabía.
Pero, de cualquier modo, ¿contarle qué? Que un hombre llamado Murray había comentado algo que sonaba como una intriga jacobita para matar al rey. Y que el conde de Walgrave estaba implicado. y que se había enterado de todo esto mientras estaba en el camino del Druida, en Vauxhall, fingiendo — por motivos un poco dudosos— ser una mujer francesa llamada Lisette Belhardi.
¡La mandarían al manicomio!
— A excepción de un cuarto en las bodegas que el conde mantiene vigilado.
Elf salió de repente de sus pensamientos.
— ¿Qué?
— Parece que el conde guardó algo en un cuarto en sus bodegas hace unos días, milady, y ha puesto a dos hombres allí para que lo guarden. No saben qué hay, de todos modos. y los demás tampoco.

— ¿Podría ser una persona?
Roberts sacudió la cabeza.
— No llevan comida ni agua. y de cualquier modo no es más grande que uh bebé, envuelto en una tela gruesa. ¿ Quiere que intentemos echarle un vistazo?
Elf trató de imaginarse qué podía ser, sin conseguirlo.
— ¿Podrían hacerlo, sin levantar sospechas?
Se volvió a frotar el lado de la nariz.
— Sería delicado, milady. Sólo hay una llave, ¿sabe?, y el conde la lleva encima. y los hombres que mantiene de guardia son honestos. Pero puedo pedir a alguno de los nuestros que lo intente.
— Hazlo entonces, pero que no corran riesgos. No quiero que el conde siquiera llegue a sospechar que le están vigilando. Bien, ¿qué pasa con los escoceses? ¿Han hecho indagaciones en las posadas?
— Sí, milady. Hay unos cuantos escoceses por aquí, no escasean estos días, por desgracia, pero ninguno de ellos encaja en la descripción de ese tal Murray.
Elf resopló. Si de verdad existía una trama podría estar desenvolviéndose a buen ritmo y ella no avanzaba nada. Empezaba a pensar que se trataba de fantasmas, pero ese misterioso paquete en la mansión Walgrave reavivaba sus inquietudes. Intentó imaginarse qué podría guardar un poderoso conde en un cuarto cerrado y custodiado del cual sólo había una llave. Tendría que ser algo importante y en potencia muy peligroso.
Fort, al fin y al cabo, tenía sirvientes que se ocupaban de casi todos los aspectos de su vida, incluso de los más personales. Sólo estaría implicado tan directamente en algo enormemente secreto.
Algo traicionero.
Tenía que enterarse de qué era lo que Fort guardaba en ese cuarto cerrado.
Cayó en la cuenta de que se había levantado para recorrer la pequeña y atestada habitación y que Roberts la estaba mirando lleno de curiosidad. Qué importaba. Su mente había encontrado un camino intrigante y peligroso.
Había una persona capaz de descubrir qué guardaban en el cuarto cerrado: cierta dama de escarlata llamada Lisette. Pero sólo si Lisette se convertía en la querida de Fort.
Se detuvo y observó con mirada desenfocada la chimenea vacía. Se le había secado la boca y el corazón latía a toda velocidad, pero un

hormigueo de deleite recorría danzarín toda su piel. Casi completo, se estaba formando un plan en su cabeza que combinaba sus anteriores anhelos con su deber para con la Corona.
Prometía todo tipo de ventajas.
También prometía peligro.
Le exigía hacer algo verdaderamente perverso, algo que había querido desde hacía mucho más de lo que podía soñar...
— Creo que deberíamos intentar sacarles a la luz — dijo, maravillada consigo misma.
— Perdone, milady, ¿qué ha dicho?
Elf consideró el plan otra vez, y respiró a fondo.
— Mañana, lady Yardley celebra un baile de disfraces en su casa en Clarion Street. El conde acudirá casi con toda seguridad ya que lady Yardley es su tía.
Que calmada sonaba, pero su corazón iba completamente desbocado. Continuó:
— Una mujer asistirá ataviada con un vestido de rayas escarlatas sobre enaguas escarlatas y un peto negro, rojo y oro. En algún momento de la noche, antes de que deban quitarse las máscaras, abandonará el baile con el conde. Si alguno de esos caballeros escoceses está vigilando, lo más probable es que intenten hacer algo en ese momento, aunque sólo sea para seguir de cerca a la pareja. Esto os ofrecerá una ocasión para detectarles.
Roberts se rascó la nariz, comprensiblemente desconcertado.
— ¿Quién es la mujer, milady? ¿Y por qué estos escoceses saldrán de su escondite en cuanto ella aparezca?
Elf lanzó una gélida mirada Malloren:
— También trabaja para los Malloren, es todo lo que tenéis que saber. Aseguraos de no perder a los escoceses si aparecen. No les perdáis. Si se da el caso de que atacan a la mujer, debéis protegerla. Pero intentad hacerlos prisioneros mejor que liquidarlos.
Resultaba extremadamente extraño hablar con tal calma de ataques y violencia, pero Roberts no parecía alarmarse. Se limitó a asentir con la cabeza:
— Muy bien, milady. ¿Más instrucciones?
— Aseguraos sobre todo de observar si alguien demuestra un interés especial por esta dama y el conde, y descubrid dónde tienen su escondite. Estad especialmente atentos a ese Murray.
— De acuerdo. Constitución mediana, pelo rubio pardusco.

— Exactamente.
— ¿Y la mujer, la que va de escarlata?
— No es más que un señuelo. Mientras no esté en peligro, podéis pasar por alto sus demás movimientos.
Roberts hizo una reverencia y se volvió hacia la puerta. Elf recordó un detalle.
— Y, Roberts...
— ¿Sí, milady?
— Podéis olvidaros de ese objeto encerrado en la bodega del conde hasta mañana.
¿Detectó una mirada extraña en él o eran imaginaciones suyas ? De todos modos, no pudo detectar nada adverso en su tono de voz cuando dijo:
— Muy bien, milady.
Con aquello, salió, y Elf resopló lenta, muy lentamente. ¿ Qué diantres había hecho?
A simple vista parecía un plan razonable para obligar a salir a la luz a los escoceses.
No cabía duda de que Murray y sus hombres estarían vigilando los movimientos de Fort. Tenía que ser así. Cuando Fort volviera a aparecer con la dama de escarlata del brazo, reconocerían a la mujer de Vauxhall. Lo verían como una ocasión para estrechar la vigilancia y silenciarla.
Confió en que no lanzaran un ataque directo, ya que aquello arruinaría la otra parte del plan: la que le introduciría en la mansión Walgrave y le permitiría robar la llave e investigar la bodega.
La parte del plan que la convertiría en la amante de Fort.
Por supuesto, tendría que insistir para que él le permitiera seguir con la máscara puesta, pero él estaría lo bastante excitado como para aceptar cualquier condición.
Eso esperaba.
Recordó sus besos, sus caricias, su espléndido cuerpo, luego se tapó la boca con la mano, consternada consigo misma. No pudo anular de todos modos la excitación. O la anticipación.
¡Qué mujer tan perversa era, de eso estaba segura!
Tocándose el rostro, regresó a buen paso al salón, a pesar de los escalofríos de culpabilidad que sentía. Con toda seguridad, la doncella que se hizo a un lado para dejarla pasar y el lacayo situado

en el vestíbulo se habrían percatado de lo lasciva que era. ¡Tenía la impresión de llevar su perverso plan escrito en su espalda!
En el salón, cogió su labor de bordado, pero de inmediato la bajó para quedarse sentada mirando al vacío.
¿Cómo podía?, dijo su parte convencional.
¿Cómo no iba a poder?, preguntaba la rebelde, su gemela nacida en el infierno.
Puesto que el único hombre al que ella deseaba nunca iba a quererla, su destino más probable era morirse soltera. Lo que desde luego no iba a hacer era morir virgen. De todos modos, no podía imaginarse uniendo su cuerpo al de cualquier hombre sólo por la experiencia en sí. ¿ Qué otra ocasión tendría de perder su virginidad con un hombre tan especial para ella y además preservar su identidad en secreto ?
Y, pensó con un suspiro, era más que sexo. Deseaba en igual medida volver a estar con el Fort más amable, la personalidad que había mostrado a Lisette, la que ella había atisbado en casa de Safo. Quería verle en un estado jubiloso.
Seguro que un hombre estaría jubiloso al tener relaciones sexuales. Quería verle otra vez desnudo. Le recordó invitándola a hacer con su cuerpo desnudo todas las cosas perversas que estaba imaginando...
Elf se abanicó con la mano su ardiente rostro.
Oh, cielos. Ahora sabía por qué a lo largo de la historia la gente se ponía en ridículo de tal manera por miembros del sexo opuesto.
¿ Se estaba poniendo ella en ridículo ?
Probablemente. Pero no le importaba lo más mínimo.
El único punto oscuro en su encantador plan era su disfraz. Si él la reconocía, sería el final. ¿Serían suficientes el pelo empolvado y la máscara en los momentos más íntimos ?
Se apresuró a ir a su habitación, encontró la máscara y se la colocó, estudiando su rostro. Sí, en efecto, parecía suficiente. Sólo dejaba al descubierto su boca y la barbilla, nadie la reconocería. Si hablaba francés, no identificaría su voz.
Antes había funcionado, y funcionaría otra vez, sobre todo si él estaba distraído por la agonía de la pasión.
Aquello le recordó que lo mejor sería que se la atara firmemente. No serviría de nada si se le soltaba mientras ella se encontraba en la agonía de la pasión.

La agonía de la pasión. Era una de esas frases cuyo significado nunca había entendido.
Pero iba a conocerlo.
Mañana por la noche.

La noche siguiente, Elf se trasladó a la casa de lady Yardley agitada por una febril anticipación y una gélida duda. Iba vestida igual que para Vauxhall, a excepción del dominó. Aquella noche llevaba un manto ligero de color crema. De hecho, con el pelo blanco y la media máscara blanca, quedaba ciertamente de un recatado muy candoroso.
¡Evidencia clara de que nunca hay que dejarse llevar por las apariencias! El blanco virginal simplemente ocultaba el «impactante» atuendo que sin duda Fort reconocería, y la mujer perversa que esperaba ser muy poco virginal a la mañana siguiente.
— Estoy sorprendida de que Chantal no se haya despedido — dijo Amanda burlona mientras el carruaje tomaba Clarion Street— . Casi lloraba cuando insististe en llevar el conjunto a un acto de sociedad. Tienes un gusto horrendo, querida.
Elf le hizo una mueca.
— Lo que pasa es que a todos os gusta vestiros de un modo tan soso. Estoy cansada de los tonos discretos, pálidos.
— Te sientan bien.
— No lo creo — cuando el cochero se detuvo, Elf abrió con un movimiento el abanico que había encargado especialmente para esta velada. Un lado era de nácar e iba a juego con su personalidad externa. El otro estaba lacado en rojo, negro y oro, los colores de su otra persona.
— Esta noche soy Lisette Belhardi, misteriosa hechicera francesa, y puedo vestirme como me dé la gana.
Amanda sacudió la cabeza.
— Todavía no sé qué quieres conseguir con esta travesura.
Elf había inventado una historia para Amanda y se la repitió:
— Sólo quiero tener la oportunidad de encontrarme con Fort otra vez en condiciones amistosas.
— Creo que hay algo más aparte de eso.
— ¿ Más que divertirme coqueteando con mi enemigo ?
— Recuerda, cariño, te conozco. Tienes algo en mente.

— Tal vez — admitió Elf mientras el carruaje se detenía. Dejó que su abanico se cerrara suavemente y descendió con la ayuda de un lacayo que esperaba.
Mientras ascendían por los escalones de la casa espléndidamente iluminada, Elf escogió el momento adecuado para preparar a Amanda. Una vez estuvieron rodeadas de otros invitados y doncellas solícitas, le murmuro a su amiga:
— Sí, tengo algo en la cabeza, Amanda. Si me escabullo con Walgrave, no intentes detenerme.
— ¡Escabullirte! — exclamó Amanda, luego bajó la voz y susurró— : ¡Elf, piensa un poco!
Una vez sin capa, Elf abrió otra vez el abanico de un golpe, con el lado rojo hacia fuera.
— Oh, ya he pensado. Créeme.
Se quedó en el aire, pero luego Amanda entornó los ojos.
— Bueno, es un partido inmejorable, querida. Si quieres llevar el galanteo de forma tan estrafalaria, me atrevería a decir que no tiene por qué suceder nada tan malo.
Sonaba muy Correcto, lo cual hizo que Elf protestara.
— Amanda, no tengo la más mínima intención de casarme con ese tipo. Su amiga se limitó a sacudir la cabeza con una sonrisa exasperante y se dispuso a entrar en el salón.
La verdad, pensó Elf subiendo los peldaños adornados de flores, era indignante. Amanda parecía pensar que ella y Fort era unos torto1itos enamorados. LoS torto1itoS no se picoteaban unos a otros hasta hacer Co— rrer la sangre.
Se sentiría apurada, no obstante, si tuviera que decir qué eran.
El salón de baile de lady Yardley era de dimensiones moderadas, pero estaba muy bien iluminado y sumamente embellecido. La deslum— brante estancia estaba repleta de disfraces y máscaras, hermosas y tam— bién macabras, y una oleada de charla y música alcanzó a Elf al entrar.
Aquí, en una casa privada, eran más las personas que habían elegido disfraces en vez de dominós o que simplemente habían añadido una máscara a su vestimenta de noche habitual. ESto debería haberle facilitado detectar a un conde de Walgrave vestido de negro, pero Elf inspeccionó la sala sin éxito.
¡Qué fastidio! Había esperado que Fort asistiera igual que en Vauxhall, con ropa normal y sólo con esa estrecha máscara. Si

llevaba un domino o uno de los disfraces más ingeniosos, detectarle podía ser todo un desafío.
¿ Qué sucedería si no estaba aquí o no venía ?
Aquella posibilidad la había intranquilizado desde que tramó el plan. Incluso había considerado enviarle una nota misteriosa para hacerlo venir. Los riesgos de todos modos eran excesivos, y seguro que al final hacía acto de presencia en uno de los grandes actos de su tía de este año.
Aun así, no le veía, ni a nadie que pudiera ser él.
Se encogió de hombros y se obligó a calmarse. Si él se encontraba aquí, sin duda la localizaría. No podía haberse olvidado de su atuendo.
Puesto que se suponía que todo el mundo iba de incógnito, no tenía sentido saludar a la anfitriona, de modo que Elf y Amanda se mezclaron con el gentío para disfrutar de cierta diversión anónima. De inmediato, un delgado caballero Tudor con medias y pantalones bombachos les hizo una reverencia y rogó a Elf que le ofreciera su mano para el baile. Aunque desde luego no era Fort, Elf accedió gustosa. Pasó el rato importunándolo con preguntas para establecer su identidad, y él hizo lo mismo con ella.
Puesto que, en este tipo de actos, la costumbre en parte era actuar, ella habló en francés y él también, aunque con cierta torpeza. Se separaron sin haber aclarado nada, aunque Elf sospechaba que se trataba de un miembro de una de las embajadas, probablemente la española.
A continuación, Elf aceptó la compañía de un pirata de hacía un siglo. Reconoció a sir Cronan Darby, siempre un tipo divertido. Su francés era espantoso, pero su llamativa camisa amarilla y los pantalones ribeteados de encaje le parecían sugerentes, y cuando él la llevó entre bromas hasta un rincón y le arrebató un beso, ella no puso objeciones.
No ha sido un beso tan bueno como el de Fort, pensó mientras él la atraía más hacia sí. Luego suspiró al darse cuenta que Foft se había convertido en su modelo, su modelo inalcanzable.
Sir Cronan la invitó a buscar un rincón más apartado, Elf se negó juguetona y regresó a la sala de baile con intención de estar visible. Aunque esperaba que Fort la divisara, no dejó de inspeccionar la multitud en busca de hombres altos de la constitución adecuada. Unos cuantos daban el tipo. Mientras bailaba con un caballero con

dominó, demasiado bajo para ser su objetivo, continuó analizando a los hombres que había alrededor. Unos cuantos eran del tipo adecuado, pero tenía la extraña seguridad de que ninguno de ellos era Fort Ware.

Cuando acabó la pieza, echó una ojeada a un reloj, alarmada por lo rápido que pasaba el tiempo. Aún faltaba media hora para las once, pero a medianoche habría que quitarse las máscaras antes de que todo el mundo fuera a disfrutar de la cena. Tenía que identificar a Fort y marcharse con él antes de ese momento.

Tal vez, después de todo, no viniera.

Una sensación enfermiza de decepción se apoderó de su estómago, sensación que nada tenía nada que ver con acorralar a los escoceses.

Luego vio a un hombre alto con un dominó marrón. Pensó que tal vez Fort había evitado el negro, sobre todo si intentaba disfrazarse. Con una disculpa apresurada a su pareja, persiguió al hombre hasta la pequeña antesala donde servían las bebidas.

Mientras él aceptaba una copa de vino de un criado, Elf provocó un ligero choque que hizo que se derramaran unas gotas.

— ¡Oh, monsieur! — exclamó Elf— . Je vous demande pardon!

El caballero se secó la mano con el trapo que el lacayo se apresuró a ofrecerle y respondió en excelente francés:

— No ha pasado nada, querida. ¿Puedo pedir un poco de vino también para usted ?

No era Fort. Elf se obligó a sonreír.

— Oh, sí, señor, si es tan amable.

Ahora tenía que malgastar unos minutos preciosos hablando con el hombre de marrón. Al volver a entrar en el salón de baile, Elf encoiltró a lord Ferron con una toga y una corona de laurel. Era uno de sus pretendientes de siempre, pero estaba claro que no la había reconocido. Elf aceptó su invitación para bailar, pensando que sería una prueba útil de la eficacia de su disfraz.

Sin embargo, bailar con él resultó un error. No la reconoció, pero tenía muchos problemas manejando la toga y a su pareja de baile al mismo tiempo. En un momento dado, la tela se escurrió dejando expuesto su pecho, y Elf comprobó con sorpresa lo delgado que estaba.

Siempre había pensado que Ferron era un joven bien plantado, pero era evidente que debía la mayor parte de sus encantos a su

sastre. Su pelo, advirtió, escaseaba y tenía entradas. No era de extrañar que siempre llevara peluca.

La verdad, pensó, mientras bailaban hasta el borde de la pista, era completamente injusto que los hombres pudieran mantenerse tan modestamente tapados. Una mujer tenía que lucir como mínimo su pecho y parte de sus brazos, lo cual decía de forma inevitable algo de sus formas. Un hombre, por el contrario, podía ocultarlo todo a excepción de rostro y manos.

Tenía que mostrar sus piernas, supuso.

Mirando de soslayo comprobó, como había esperado después de ver su pecho, que las pantorrillas desnudas de Ferron eran zanquivanas y que normalmente debía de llevar medias con relleno. Por supuesto, un zanquivano con poco pelo podía ser una persona maravillosa, pero una dama debía saber qué se escondía debajo de la protección exterior.

¡Tal vez tuviera que poner en marcha un movimiento para exigir que los hombres mostraran más sus cuerpos!

Ejecutando un giro con torpeza a causa de los faldones de la toga, un monje encapuchado llamó su atención. La larga túnica negra ocultaba por completo las formas de este hombre y, no obstante, la forma en que se movía al caminar por la habitación sugería un cuerpo desnudo que recordaba demasiado bien.

Si era Fort, ¿la habría visto? Su fulgurante escarlata sin duda no podía pasar desapercibido.

Si la había visto, no había acudido en su busca. Se encaminaba hacia la puerta con los mismos movimientos autocráticos con que se había abierto camino entre el gentío en Vauxhall.

¡Se estaba marchando!

Elf se excusó ante Ferron musitando unas palabras acerca de un pie estrujado y salió disparada tras el monje, maldiciendo en silencio el caos de la alegre multitud. Mientras corría, jadeando, hasta el rellano, vio que él ya descendía hacia el vestíbulo y la puerta.

Corrió escaleras abajo hasta adelantarle y se interpuso en su camino al final de la curva de la majestuosa escalera.

Él se detuvo.

Elf alzó la vista y vio que el instinto no le había fallado. La estrecha máscara negra no le impedía reconocer a Fort.

— ¿Señora?

De pie dos peldaños por encima de ella, resultaba terriblemente alto. Elf subió un peldaño pese a que esto la situaba más cerca de él.
— Monsieur le comte.
— ¿Desea algo? — preguntó en francés, pero como si hablara con una total desconocida.
¡Bien, estaba claro que no había pasado noches de desvelo anhelando a su perdida Lisette!
Elf meneó sus faldas a rayas escarlatas.
— Me prometió lecciones de buen gusto, mi señor.
— Creo que se equivoca — se apartó a un lado para pasar de largo.
Elf agarró el cordón que le rodeaba la túnica por la cintura.
— Creo que no. Una dama tiene derecho a cambiar de idea.
Él se dio media vuelta para plantarse frente a ella, luego le cogió el brazo y la llevó apresuradamente a una pequeña antesala situada a un lado del vestíbulo.
— ¿Estás completamente loca? — soltó con brusquedad en cuanto cerro la puerta.
Furioso otra vez. Su encantadora personalidad habitual, ni más ni menos. Él le soltó el brazo y Elf dejó ir el cordón.
— ¿Por qué dice eso, milord?
El conde se echó la capucha hacia atrás, dejando al descubierto el pelo sin empolvar que caía en rizos sobre su espalda. Le daba un aspecto... indomable. Le recordó la imagen de él desnudo en su casa, la diferencia era que ahora estaba enfadado.
Un remolino de miedo recorrió su cuerpo al percatarse de que tal vez había provocado más de lo que planeaba, pero aun así le puso una mano inestable en el pecho.
— Siento mucho haberme escapado de ese modo la otra noche, milord. Pero todo era una gran conmoción para mí. Cuando tuve tiempo de pensar en ello...
Él le cubrió la mano con la suya. La atrapó.
— ¿Comprendiste las ventajas... ? — La estudió tan de cerca que ella tuvo miedo de que reconociera a Elf Malloren pese a la máscara, los polvos y el idioma extranjero— . Ni siquiera puedo estar seguro de que seas la misma mujer. Podrías ser una de tus familiares, ataviada con el mismo atuendo.
A Elf le molestó más de lo normal que él no conservara otro recuerdo aparte del vestido. Que por cierto le parecía espantoso, a este hombre desagradable.

— Aunque, por supuesto — añadió— , tal vez reconozca tu sabor. ¡Oh, insolente! Pero los sentimientos de Elf se sosegaron un poco con este principio de seducción. Al fin y al cabo no era tan indiferente.

Fingió sentirse cohibida:

— Me pone un poco nerviosa la idea de llegar a besar a un religioso, milord.

Walgrave le levantó la barbilla.

— Te concedo la absolución antes de pecar.

Su beso fue tan completo como antes, y aunque mecánico, en cierta forma sutil. Cuando levantó la cabeza, ella quiso relamerse los labios.

— Eso no me ha parecido muy pecaminoso, milord.

— Si quieres pecar, Lisette, te enseñaré el camino al infierno antes de que acabe la noche. — Su voz no contenía el menor rastro de afecto seductor— . Y bien, explícame el propósito de esto.

De modo que, aunque la aceptara como Lisette, era el hombre que Elf conocía tan bien: vigilante, cauteloso y cínico. Tal vez, después de todo, la otra noche había sido un desliz. ¿Qué significaba esto para sus planes?

Como mínimo tendría que acompañarle hasta la calle para obligar a salir a los escoceses. Sin embargo, parecía poco probable que se desatara una noche de pasión seductora.

Se esforzó por contener un temblor traicionero en sus labios, ocultándolos tras el abanico.

— Sólo quería volver a verle, milord.

— ¿Por qué? Ya que tuviste el ingenio necesario para escaparte, pensaba que serías más lista que eso.

Ella se volvió con gesto cohibido.

— Lo siento, milord. Estaba muy nerviosa. Pensé que, pese a todo, finalmente me violaría.

— Las posibilidades de que yo te viole van en aumento en este momento. No tiene sentido lo que dices, Lisette. ¿ Quién está detrás de esto ?

— ¡Nadie!

Muy tentada de golpearle en la cabeza con algo, Elf se volvió y vio que él se había movido para apoyarse contra el respaldo del sofá, con los brazos cruzados. Por algún motivo, aquella pose provocó un

escalofrío en ella que le recorrió toda la columna, y en esta ocasión no era de miedo.
— ¿Cómo has entrado? — Quiso saber— . Dudo que lady Yardley te enviara una invitacion.
— ¿Ah, no? Mi prima recibió una. Tiene título de nobleza.
— ¿De verdad?
— Sí, milord.
— ¿Quién es?
— ¿ Por qué iba a decírselo ?
— ¿Aún sigues queriéndote mantener en el anonimato ? — Sonrió con cinismo— . De modo que, como es habitual, tu prima sigue siendo igual de negligente a la hora de controlarte, y no provocará el menor jaleo si salgo contigo de aquí. Bueno, aceptemos eso por el momento mientras me explicas qué es lo que tienes planeado. Y deprisa.
Elf se refugió tras el abanico. ¿ Por qué el muy miserable no podía interpretar su papel e intentar seducirla otra vez para que ella sólo tuviera que oponer una débil resistencia? En vez de eso, daba la impresión de que era ella quien tenía que seducirle.
— Sólo... sólo quería decirle que lo lamentaba, milord. Temía haber herido sus sentimientos.
Él se rió.
— Puedes estar tranquila. La única inquietud que me pasó por la cabeza es que acabaras en una zanja con la garganta rajada. De todos modos, me gustaría recuperar mi pistola.
Elf se percató de que estaba mirando con odio a aquel patán insensible y relajó su expresión.
— Se la devolveré, milord.
— Mejor que sea así o te buscaré y comprobaré personalmente que te deportan por robo.
¡Parecía que hablaba en serio!
Walgrave la estudió por un momento, luego sacudió la cabeza.
— Aunque no sé qué pensabas ganar cuando la cogiste. Sacar una pistola vacía por ahí no disuade a nadie.
— La cargué, por supuesto.
— ¿Ah, sí, ladronzuela? — Entonces él la miró con especial recelo. ¿Era aquello un leve indicio de reconocimiento en sus ojos?
Ella se apresuró a bajar la barbilla y agitó el abanico.

— Mi hermano me enseñó, milord. No tuve que dispararla, de todos modos, gracias al cielo. No soy buena disparando.
— Mejor así. — Se movió tan de repente que, sin que Elf tuviera tiempo de reaccionar, se colocó sobre ella con la mano en su garganta de forma peligrosa. La obligó a levantar la barbilla con el pulgar— . Pero ¿quién eres, Lisette?
El corazón de Elf latía desbocado. Se quedó mirando fijamente aquellos fríos ojos azules preguntándose cómo no podía reconocerla. Pero, por otro lado, ¿por qué iba a imaginarse que lady Elfled Malloren la Bien Protegida iba a disfrazarse de Lisette Belhardi, una joven ligera de cascos en busca de un protector ?
Medio atragantada, contestó:
— No quiero darle mi nombre completo, milord.
Walgrave la soltó, pero se mantuvo cerca.
— Muy lista, pero no soy yo quien representa un peligro para ti. ¿No se te ha ocurrido pensar en el hombre del puñal ? A él no le gustó más que a mí que te escaparas.
Elf intentó asumir una ignorancia total.
— Pero ¿por qué iba a importarle? ¿Qué quería él de mí?
— Le asusta la idea de que pudieras enterarte de un asunto privado. ¿No fue así, verdad?
— ¿Asunto, milord? Oí voces, pero no las palabras, y mi inglés no es muy bueno. Yo me ocultaba de otro caballero. Cuando salí a hurtadillas al camino, ese hombre intentó atraparme. Cuando eché a correr, me persiguió. Estaba terriblemente asustada.
— Supongo que sí. — Con gesto distraído, le rozó con los nudillos la línea de la mandíbula, bajando luego por su garganta hasta la protuberancia de sus senos. Antes de que ella pudiera impedirlo, sacó hábilmente la daga del corpiño y comprobó la hoja.
— No todas las damas llevan una de éstas.
Elf decidió que lo más sensato era permanecer en silencio.
— Supongo que, si llegaste a enterarte de alguno de nuestros asuntos, ahora no te encontrarías aquí. Ni siquiera tú podías ser tan insensata. De modo que — añadió, volviendo a introducir con destreza la pequeña arma en su funda— , ¿por qué motivo has venido aquí? ¿ De verdad has vuelto a considerar tu decisión de convertirte en mi querida?
Incluso un contacto tan impersonal en la proximidad de sus peclíos provocó tal estremecimiento en Elf que le trajo recuerdos

interesantes. y ahora una sutil calidez en la actitud del conde auguraba que, tal vez, a pesar de todo, la noche finalizaría como ella había soñado.
No era más que una promesa remota.
— Tal vez... — murmuró rogando para invitarle a que pasara a la seducción.
— Necesito más convicción que eso, Lisette. No se me puede representar la misma escena dos veces. ¿Estás dispuesta?
Detrás del abanico, Elf apretó los dientes. ¿ Le duele a este hombre fingir un poco de delicadeza cariñosa?
— ¿Me permitirá mantener la máscara puesta, milord?
Levantó las cejas.
— ¿Todo el tiempo? Tu piel se pudrirá.
— Durante la noche — susurró, temblando ahora que tenía que expresar con palabras sus fantasías— . Sólo por una noche, milord.
Sus ojos parecieron más atentos, intrigados.
— ¿ Por qué ?
— Porque dudo que el hombre con el que yo acabe sea tan interesante como usted.
Walgrave apartó el abanico para estudiarla.
— Tú sí que eres interesante, Lisette. ¿Estás segura? Recuerda las condiciones. Nada de matrimonio, aunque haya un niño. Nada de falsas declaraciones de amor.
— Lo recuerdo, milord, y estoy segura. — Decía la verdad, pero sabía que él no debía adivinar la intensidad de su convicción— . ¿ Sigue en pie lo de las quinientas guineas ?
Como había planeado, la pregunta mercenaria limpió cualquier resto de sospecha, y él se rió:
— ¿Por una noche? Me temo que no, encanto. Tengo la impresión de que tendrías que pagarme tú a mí. Pero te daré cien, sólo para apaciguar a tu futuro marido.
Elf abrió el abanico con un movimiento y ronroneó un poco, fingiendo pensar en ello. Aún esperaba que él intentara alguna ardiente persuasión, pero, como no fue así, respondió:
— Está bien, milord. ¿Podemos ir ahora? La noche avanza.
— ¿Estás segura de que eres virgen, Lisette? En cierto sentido preferiría que no fuera así, pero no me gusta que me mientan.
— Sí, soy virgen, milord. Lo siento si no es de su agrado.
De repente él esbozó una sonrisa.

— Tienes garras, lo sé, aunque te han enseñado a mantenerlas guardadas. Tal vez esta noche te permita sacarlas.
Elf se recreó ante esta perspectiva. Le gustaría ver alguna reacción en este hombre, aunque fuera sangre.
El conde le tomó la mano para besarla, un indicio de afecto suavizaba sus rasgos.
— Vamos, entonces. Esto va a ser interesante. Prometo como mínimo una noche inolvidable.
Elf no dudaba en absoluto que iba a serlo.
Una doncella discretamente inexpresiva trajo a Elf la capa blanca y los dos salieron a la tenue oscuridad estival. Ella dejó deliberadamente que la capa colgara abierta para que su gente y los escoceses pudieran distinguir a la dama escarlata.
No había olvidado del todo su objetivo.
Una rápida ojeada alrededor le mostró unos cuantos gandules, pero no conocía a ninguno, escoceses o ingleses. De todos modos, habría sido difícil distinguirlos aquí. Cuatro casas contiguas a la de lady Yardley estaban también muy iluminadas celebrando actos sociales. Los invitados más retrasados seguían aún llegando, y unos pocos — como ellos mismos— se marchaban.
Los carruajes circulaban arriba y abajo y, si los caballos ensuciaban casualmente el suelo, siempre había pilluelos que salían a recoger la valiosa mercancía. La venderían mañana a los jardineros del mercado. Los sirvientes que esperaban ante las casas se apoyaban contra barandas charlando mientras observaban el ir y venir de señores y damas.
En aquel momento, la mayoría de ellos estaban observando a la dama escarlata y al monje, con una sonrisa sabedora en el rostro. Elf agradeció llevar aquella máscara, ya que estos sirvientes desde luego se encargaban muy bien de llevar la cuenta de las actividades de los invitados más célebres.
Al final de la acera, Fort hizo un alto.
— Mi casa está a tan sólo una calle, por lo que no me he molestado en traer un coche. Me pregunto si de todos modos será seguro para ti.
— No tengo miedo, milord, en su compañía.
— Vas mejor armada que yo, encanto. Tienes tu daga y yo, en realidad, ni siquiera llevo una espada — añadió, atrayéndola hacia

su lado— . Debajo de esta túnica tejida en casa, no llevo nada puesto. La idea me parecía divertida.
Elf se fijó con excitación en el torso de él, separado de su mano sólo por una fina capa de tela. Sin querer, desplazó un poco su mano y él se rió entre dientes.
— ¿Te interesa, no? — Le levantó ligeramente la barbilla— . Creo que has escogido la profesión adecuada.
— Me casaré, sin duda, milord.
— Me pregunto por qué. — Rozó los labios de Elf con los suyos juguetona y suavemente — .Tal vez sí que te ofrezca el puesto de querida. ¿Es ese tu plan?
— No, milord. En realidad, soy una persona bastante convencional. — Elf disfrutó al poder decir la verdad.
— ¿En serio? — preguntó él con cara de incredulidad mientras la guiaba por la calle— . Piensa, Lisette. Podrías ser mi querida durante un tiempo y luego casarte con un marido convencional, muy bien preparada.
— No soy tan tonta, milord. Mucho tiempo a su lado sin duda me echaría a perder, si luego tuviera que estar con otro hombre, y no me refiero a mi castidad.
— Espero poder satisfacer tus expectativas, dulzura. Pero ¿por qué casarte en todo caso, si no es lo que te place?
— Como he dicho, milord, soy convencional, y mi familia aún más que yo. Se han dado las circunstancias para que esta noche tenga una oportunidad de hacer justo lo que deseo. Tal vez sea mi única oportunidad y he escogido pasarla a su lado.
El conde se detuvo para mirarla, perfilando los labios de ella con su dedo.
— Creo que por fin te entiendo, Lisette. Eres una mujer notable. Sólo una noche entonces. Una noche para nosotros solos. Una noche de libertad para los dos.
Si Elf no hubiera tenido previamente intenciones perversas, se habría rendido a él en este momento, conquistada por su melancólica necesidad.
Continuaron calle abajo, del brazo, caminando entonces un poco rápido, ambos ansiosos por llegar a su destino. Elf no olvidaba otros asuntos. Mantenía todos los sentidos en guardia, se fijaba en los ociosos y transeúntes con los que se cruzaban, en busca de escoceses que los acecharan o de sus propios sirvientes.

No vio ni a unos ni a otros.

¿Y qué sucedería si los escoceses no hacían acto de presencia? No podía imaginarse otra manera de sacarles a la luz, y el atentado al rey podía producirse en cualquier momento.

Recordó el objeto guardado en la bodega de Fort. Tal vez ahí estuviera la clave. En algún momento de la noche, cuando él estuviera dormido, le quitaría la llave e investigaría. Eso, al fin y al cabo, era el motivo principal de su perverso plan.

Eso no era el motivo de este plan inmoral.

Se apresuraba hacia el éxtasis empujada por las necesidades que la consumían, y porque el cuerpo de Fort, a su lado, incluso aquí en la calle, le provocaba la sensación más deliciosa jamás experimentada por ella. Pero también tenía que recordar cumplir con su deber.

Giraron en la esquina con Morpeth Street, que estaba sumida en una tranquilidad soporífera. No parecía que se estuviera celebrando ningún acto social por aquí esta noche. Un carruaje circulaba tranquilamente por la calle, tirado por un caballo cansino, y en la distancia dos hombres caminaban con brío en dirección a ellos. Por lo demás, todo estaba tranquilo.

Elf volvió a mirar alrededor, preguntándose si la acechaban asesinos en las sombras y si sus protectores estaban lo bastante cerca.

No pasaba nada.

Tal vez, al fin y al cabo, el único peligro al que se enfrentaba aquella noche eran los deseos que la atormentaban.

Podría casarse con Fort. No en el sentido de que le fuera permitido, sino en la medida en que él se adaptara a sus inclinaciones. No era un hombre fácil, no, más bien un hombre fuerte. Y, en el fondo, era un hombre honorable.

Si se topaban con dragones, tenía las cualidades para acabar con ellos. Semanas atrás no habría pensado así, pero ahora sabía que él tenía una noción sólida del bien y del mal. Era infeliz, tal vez incluso algo le atormentaba, y ella no desdeñaba el poder de algo así. Podría incluso empujarle a hacer cosas completamente en contra de su naturaleza, pero...

— Me gustaría saber qué estás pensando. — Su voz la sacó de repente de sus pensamientos, y su corazón volvió a acelerarse con sentimiento de culpa, como si él pudiera leerle la mente.

— Estaba pensando en usted — dijo con toda honestidad.

— Igual que yo pensaba en ti. Eres un enigma, Lisette, y sigo sin creer que me digas la verdad. Tal vez lo consiga al final de la noche.
Ella esperaba que no.
— ¿Por qué dice eso, milord? Prometió que me permitiría conservar la máscara.
— El sexo es muy revelador, querida mía, y no me refiero a los cuerpos. La máscara no esconderá nada importante de verdad.
¡Ruego al cielo que esté equivocado!
— Entonces, ¿descubriré la verdad sobre usted?
Élf le sonrió.
— Tal vez. Pero mi experiencia me concede ventaja. Cuando mi mano acaricie tus muslos separados mientras mi boca deleita tus pechos, dudo que estés muy observadora.
Estas palabras pronunciadas despreocupadamente consiguieron excitarla por completo, provocaron dolor en los lugares que él acababa de mencionar. Se obligó a sí misma a devolverle la sonrisa.
— Entonces tal vez yo por mi parte deba acariciarle y deleitarle.
Él esbozó una sonrisa mostrando su dentadura.
— Naturalmente, Lisette. La idea de tu mano sobre mi... — Su sonrisa se volvió muy maliciosa— . ¿ Cómo lo llamarías ? ¿ Mis partes íntimas ?
— No del todo íntimas esta noche, milord — repuso Elf, agradeciendo que la máscara ocultara sus mejillas sonrojadas. Nunca había previsto una conversación así. De hecho, todas las escenas íntimas que había imaginado incluían silencio y oscuridad.
— Bastante íntimas, te aseguro. Bien, Lisette, incluso una ingenua debe tener una frase con la que referirse a la anatomía masculina.
El francés de Elf, aunque excelente, carecía de términos de ese tipo, a excepción de un nombre infantil que su niñera francesa había usado para el pequeño pene de Cyn. Sólo pudo recuperar una frase literal en francés.
— ¿Tal vez, sus órganos externos, milord?
— Ah — tosió ligeramente— . Mis órganos externos ciertamente anticipan ciertas caricias y placer. Espero que no sean sólo ellos. Piensa, mi dulce Lisette, en esos órganos encontrando su destino natural entre tus muslos virginales de seda cremosa. ¿ Puedes anticiparte a la introducción de mi más destacado órgano externo en tu suave, húmedo, ardiente y, oh, tan vacío espacio interno ?

Oh, sí que podía. Y tanto que sí. Aún seguían del brazo, aún caminaban a buen ritmo calle abajo y ella tenía la impresión de que la acariciaban en lugares imposibles. El «espacio interno» de Elf, tan ardiente y húmedo, de pronto se convirtió en su segundo pulso.
— Tiene una lengua maligna, milord.
Él se rió a viva voz.
— No sabes cuánto, Lisette. Pero lo sabrás. y tanto que sí. Ya que me has escogido para tu noche de libertad, para tu admisión en el infierno celestial de la lujuria, mi intención es cumplir con mi deber por completo. Ya hemos llegado.
Aturdida, casi sin voluntad, Elf dirigió una mirada a los escalones que ascendían hasta la puerta de entrada a la mansión Walgrave, escenario de su inminente y, sin duda, total perversión.
Tembló. Parte de ella estaba casi aterrorizada. Pero nada, ni siquiera las amenazas al rey, podrían hacerle retroceder en estos momentos.
— Última oportunidad, Lisette. — Su voz resuelta la sacó de su aturdimiento— . Si entras ahí y luego te echas atrás una vez más, me sentiré muy contrariado.
Sonaba como si la respuesta de ella importara tan poco como tomar pollo o cerdo para cenar. Y, no obstante, algo en sus ojos, o tal vez en la manera en que los protegía, le hizo pensar que no era así.
Elf no quería que fuera así.
Parecía, no obstante, que podía marcharse si quería. Podría dejar atrás estas perversiones y regresar, aún pura, a casa de lady Yardley.
Nunca tendría que preocuparse por que sus hermanos lo descubrieran
No habría peligro de concebir un hijo.
Amanda se sentiría muy aliviada.
Pero, aun así...
Más profunda que la necesidad física que la vapuleaba entre sus piernas, quería esta noche, tal vez la única noche posible con Fort. Quería la intimidad del sexo, que revelaría la parte auténtica de él.
Pero para disfrutar de esta noche tenía que ser Lisette. No Elf Malloren, quien tal vez sería capaz de amar a este hombre, quien deseaba curar sus heridas y confortarle. Esta noche era Lisette Belhardi, una criatura traviesa que sólo deseaba aprovechar el cuerpo del conde en beneficio de su propia educación sensual.

De modo que Elf ladeó la cabeza y sonrió con descaro:
— ¿ Echarme atrás ? Todo lo contrario. Ardo en deseo por usted.
Él se rió y la invitó a pasar a su casa.

CAPITULO 9

Desde su asiento en aquel desvencijado carruaje, Nat Roberts observó a la dama escarlata y al conde andar por las calles. Sabía que su gente ocupaba su puesto, muy cerca. Desconocía si alguno de ellos habría advertido la presencia de traidores escoceses, pero desde luego él no. Claro que las calles estaban bastante animadas de gente, pero aun así, si los escoceses rondaban por allá se escondían con gran habilidad.

Observó que la pareja ascendía los escalones y entraba en la casa. Una vez se cerraron las puertas, se rascó debajo del tricornio con el mango de su látigo.

¿ Y ahora qué ?

Desde un primer momento había imaginado que la dama del vestido rojo sería lady Elfled. Una rápida conversación con Chantal había confirmado que milady tenía exactamente un atuendo como aquel y planeaba ponérselo aquella noche para acudir al baile de disfraces. Vaya atrevimiento, pero dejaba ver el verdadero carácter de lady Elf, ya que de niña había sido un diablillo excepcional. Había considerado compartir sus sospechas con aquel estirado de Grainger, pero ese tipo de cosas no iban con él. Y, de cualquier modo, ¿alguien podía hacer algo ?

Era miembro de la familia. ¿Tendrían acaso que encerrarla en su habitación como a una niña traviesa?

De todos modos, Nat había traído algunas personas más — la zona estaba repleta de gente— que tenían órdenes de salvarla del conde a cualquier precio en cuanto ella gritara. Pero no daba la impresión de que quisiera que la rescataran. No. Ella no. A juzgar por la manera en que miraba al conde, milady no era en absoluto su prisionera.

Lo que aquello sí le parecía a él era algo escandaloso, la forma en que se comportaba la aristocracia, pero a él no le correspondía entrometerse.

Tal vez todo ese asunto de vigilar al conde respondía a una cuestión de celos femeninos. Nat era un experto en eso, ya que tenía una esposa de mente suspicaz.
Pero ¿y ahora qué? Ninguno de los suyos había detectado en concreto a nadie vigilando la casa de lady Yardley, aunque aún no le había llegado ningún nuevo informe desde que lady Elf se marchara con el conde.
Dio un sorbo a la botella de ron mientras consideraba la delicada situación.
No pensaba que el marqués se alegrara mucho de que su hermana pasara la noche — y una noche inmoral, todo había que decirlo— en casa de cualquier hombre, menos del conde de Walgrave. No obstante, dudaba que su jefe estuviera más satisfecho si Nat Roberts sacara a lady Elf de ahí arrastrándola por los pelos.
Eso en caso de que pudiera hacerlo.
— Mujeres — soltó entre dientes, dando otro trago— — . Sólo traen problemas.
Como esas dos que venían por ahí.
Una pareja de doncellas se acercaba, andando por la calle cogidas del brazo, cantando una cancioncita y guiñando el ojo a todo hombre con que se cruzaban.
Se detuvieron al lado del carruaje.
¡Hola, guapo! — dijo la rubia a viva voz y se colocó justamente a un lado del coche— . ¿Nos das un trago de la botella?
Nat balbuceó algo y se la pasó, preguntándoles en voz baja.
— ¿ Qué hay, Sally ?
Sally soltó una risita como si hubiera dicho algo gracioso y luego trepó para sentarse a su lado dentro del compartimento.
— Bueno, a mí no me ha parecido que que la hayan secuestrado, ¿ no crees? — Le guiñó uno ojo mientras pegaba un buen trago a su ron.
Un verdadero diablejo esta Sally Parsons, pero también había que reconocer que era una tentación, con aquellas curvas generosas y ojos alegres.
Si fuera esa clase de hombre, claro está.
También era una chismosa para según qué cosas, por lo tanto sólo podía dar gracias a Dios de que no se hubiera dado cuenta de que se trataba de su señora.
— La idea era estar atentos a un ataque de los escoceses, Sally.
— Eso tampoco ha pasado, pero...

— ¿ Pero ? — preguntó él, lanzándole una rápida ojeada.
Sally se arrimó a él. ¡Cáspita, le iba a salir muy caro si esto llegaba alguna vez a oídos de Hettie!
— Pero un grupo de golfillos callejeros les han seguido.
¡Niños! Las calles siempre estaban llenas de mocosos harapientos, ladronzuelos la mayoría de ellos, y no les había prestado mucha atención. Miró alrededor y vio a dos, agachados en ese preciso instante en una cuneta no muy lejos jugando a algo. Lo más seguro a dados.
— ¿Ellos?
— Podrían ser parte del grupo. De todos modos, la mayoría ya se ha largado corriendo. Roger y Lon los están siguiendo por si acaso pasan información a los escoceses.
Nat soltó un cuantas maldiciones entre dientes.
— Pero, de todos modos, dentro de la casa ya no pueden cogerla. ¿ no
es así?
— Supongo que tienes razón — le susurró Sally al oído, fingiendo provocarlo— . Pero ¿ qué problema hay ? Roger y Lon seguirán a los pilluelos hasta donde se encuentren los escoceses. Esa era la cuestión, ¿ o no ?
— Sí, esa era la cuestión. — Pero era evidente que Nat estaba inquieto.
Recordó que se suponía que la dama escarlata iba a conseguir echar un vistazo a lo que fuera que el conde escondiera en la bodega. Dejando a un lado la moralidad del comportamiento de la señora, aquello podía ser de lo más peligroso.
— Mira, Sal, tengo que devolver este carruaje a su propietario. No puedo tener la jaca aquí fuera toda la noche. Regresaré lo antes posible, y tal vez tengamos que entrar. Vosotras quedaos aquí y mantened los ojos abiertos.
Sally pestañeó con malicia:
— ¿No los tengo siempre, guapo? — Luego, tras darle un beso en la mejilla, se bajó del coche, volvió a cogerse del brazo de Ella y las dos se fueron caminando.
Mientras Roberts llevaba el carruaje de vuelta a las caballerizas de alquiler, iba murmurando para sus adentros.
Mujeres.
No traen más que problemas.

En la posada Peahen, Michael Murray, en su papel de reverendo Campbell, escuchaba al jefe de la cuadrilla de golfillos. Qué inteligente había sido contratar a aquellos mocosos. Aparte de ser barato, los granujillas pasaban desapercibidos excepto para las personas que protegían con
sus manos los monederos y otros objetos de valor cuando los críos estaban cerca.
Sí, había sido inteligente reclutar a los niños, pero no había esperado noticias como aquellas. De modo que la fulana de escarlata había vuelto a aparecer, y en un acto de sociedad. Sabía que a veces se colaban prostitutas en bailes de disfraces, o bien eran introducidas por sus amantes, pero cualquier cosa relacionada con aquella criatura le intranquilizaba.
Lástima que los golfillos no hubieran advertido el momento en que llegó a casa de lady Yardley. Murray daría lo que fuera por saber con quién había llegado.
Con Walgrave, no, desde luego. Él había ido a pie en solitario con su disfraz de monje. Mack le había estado siguiendo.
Y ahora habían vuelto juntos a casa de él, contentos como las ratas cuando regresan a su ratonera. Tal vez, después de todo sí que era su querida. Alguna tonta esposa joven que engañaba a su esposo cuando tenía la ocasión.
Pero aquello no cuadraba con aquellas ligas llenas de sangre.
Murray no lo entendía, y no le gustaba lo más mínimo.
Lanzó al crío una moneda de seis peniques para que volviera a sus cosas, luego se quedó sentado, mordiéndose el labio. No, no le gustaba ni un ápice.
Su plan ya estaba listo. En aquellos mismos instantes, Jamie estaba colocando la piedra en un lugar seguro. Pronto tendría también en su poder el artilugio mecánico. Mañana el pretendiente hanoveriano moriría. No podía permitirse incertidumbres en estos momentos.
Pagó al tabernero y volvió caminando a casa de lord Bute, intranquilo por el conde y su furcia vestida de escarlata. Walgrave siempre había levantado dudas y Murray empezaba a lamentar haber establecido contacto con él.

No obstante, Walgrave había sido uno de los nombres que le habían facilitado, incluido en una lista de personas inglesas, defensores secretos de los Cuarenta y Cinco. La mayoría de ellos nunca habían manifestado su ambiguo apoyo al príncipe Carlos, el joven pretendiente, y algunos de los más jóvenes ahora ocupaban puestos de responsabilidad.

Cuando Murray comprendió que su relación con Bute no iba a acercarle al rey, empezó a contactar con las personas que habían sido especialmente descuidadas en su implicación, es decir, las que habían dejado alguna evidencia. En ningún caso era bastante seria como para obligarles a apoyarle, pero era suficiente como para que se mostraran reacios a delatarle.

Murray miró con despreció las grandes mansiones mientras pasaba junto a ellas. Media docena de pares del reino estaban incluidos en su lista y en la actualidad residían en buenas casas como éstas, preocupados por lo que Michael Murray pudiera contar.

Aunque no se preocupaban demasiado. Probablemente se repetían a sí mismos, frotándose sus grandes barrigas con la mano y sirviéndose otra copa de brandy, que los días de los Estuardo habían acabado. Ese Murray era un loco. Aquellas locuras de juventud no iban a convertirse a estas alturas en una amenaza.

Pero Murray iba a demostrar que no estaba loco y que aquellos días aún no habían llegado a su fin. Pronto esos altivos hanoverianos se encontrarían en la cuneta, buscándose la vida como buenamente pudieran, igual que les sucedía hoy en día a honestos seguidores de los Estuardo.

Cuando conoció a Walgrave, pensó que había encontrado su instrumento. La evidencia incriminadora era mayor en este caso: existían algunos informes de primera mano sobre un encuentro con el rey Jacobo y el príncipe Carlos. Por supuesto, la evidencia era contra el padre del actual conde. Este dato había supuesto una conmoción para Murray, pero el nuevo conde parecía igual de preocupado por evitar el escándalo, y también parecía igual de resentido con la ingratitud real. Era un joven desenfrenado, además, muy dado a la bebida y a las fulanas.

Una persona fácil de utilizar, había pensado.

Murray se introdujo a hurtadillas en otra casa, una casucha en realidad, apretujada en una callejuela cercana a las grandes mansiones, y rápidamente se cambió de ropa, pasando de las

prendas de clérigo a su atuendo normal. La vieja de la casa le cedía de buena gana espacio y su silencio a cambio de unos peniques. Luego, como Michael Murray, salió por otra puerta y continuó su camino hacia sus alojamientos en la casa del conde de Bute, en South Audley Street.

Sí, se tranquilizó a sí mismo, Walgrave había sido la elección adecuada. Murray necesitaba de alguien que conociera bien la Corte para idear una manera de situar un objeto letal cerca de Jorge de Hannover. En esto, el conde cumplía su parte. Es más, durante el proceso había revelado el verdadero impulso que le movía: un odio vengativo contra cierto marqués de Rothgar.

A Murray no le interesaba el marqués, pero se había alegrado al saber qué era lo que movía al conde. Le gustaba comprender las debilidades de la gente.

Estaba satisfecho con la situación hasta que le llegaron informes sobre demasiados encuentros ocasionales entre Walgrave y el nuevo secretario de Estado, Grenville. Eso había propiciado el encuentro de Vauxhall, que considerado a posteriori posiblemente había sido un error. Pero Murray todavía deseaba saber qué papel desempeñaba la fulana de escarlata. ¿Era una espía de Walgrave? Y si esto fuera cierto, ¿cuál era el propósito ?

En casa de Bute, se apresuró a meterse en su pequeña habitación antes de que alguien se percatara de que empezaban a temblarle las manos. Estaba tan cerca. Tan cerca. No podía permitir que nada alterara sus planes a estas alturas.

Sacó una miniatura de su bolsillo y la abrió para contemplar el bello retrato de un apuesto joven con pelo empolvado de blanco. Carlos Eduardo Estuardo. Su amigo.

Por supuesto, el príncipe Carlos ya no era tan joven y no podía permitirse pagar a artistas de esta calidad en la actualidad. Lo cual convertía esta miniatura — un regalo del propio príncipe— en un tesoro. Y un recordatorio de cómo deberían ser las cosas. El ídolo de Murray se veía degradado a vagar por Europa, dependiendo de la caridad de diversos monarcas.

Eso tenía que cambiar. Eso iba a cambiar.

No había muchas esperanzas de que el padre del príncipe, Jacobo III, viviera demasiado. Entonces Carlos sería el rey legítimo.

El rey Carlos III.

Murray, de hecho, pretendía convertirlo en rey, de Escocia si no podía ser de Inglaterra. Si al menos sus meticulosos planes no se hubieran visto tan amenazados por los percances.

Primero había muerto el anterior rey, quien sufrió oportunamente una apoplejía mientras intentaba forzar sus intestinos. Murray se alegraba de la muerte de cualquier hannoveriano, pero aquello no se adecuaba a su plan. El viejo presuntuoso había sido un autócrata alemán en el verdadero estilo Hannover. No había sido popular y su muerte produjo escaso malestar, quizás, incluso, alegría.

Habría bastado entonces con que el hijo mayor de Jorge II hubiera vivido para reclamar la corona, ya que de este modo habría ascendido al trono un hombre disoluto de mediana edad.

Sin embargo, el actual usurpador, el nieto de Jorge II, era un joven apuesto, casado recientemente con una obediente esposa que esperaba su primer hijo. Este rey había nacido y crecido en Inglaterra y ni siquiera tenía acento alemán.

Al pueblo inglés no le agradaría su muerte.

Pero, de todos modos, no importaba si les agradaba o no. El rey moriría, y la piedra haría el resto.

La Piedra del Destino. Lo que los ingleses — malditos fueran sus corazones de rata— llamaban la Piedra de Scone.

Considerada según la leyenda celta como la almohada de Jacob,(1) había sido empleada como parte de las ceremonias de coronación de los reyes escoceses desde que se recuerda. En 1303 fue robada taimadamente por Eduardo I, asesino de Wallace, como parte de su intentona de tomar Escocia, igual que anteriormente había tomado y sometido Gales.

Siguiendo con la blasfemia, la piedra había sido incorporada al trono de coronación de Londres, aquí, en la abadía de Westminster. Desde entonces todos los monarcas ingleses habían sido coronados mientras permanecían sentados sobre la piedra sagrada de Escocia.

Para Murray no cambiaba las cosas que los tronos de Inglaterra y Escocia estuvieran unidos en la actualidad. ¡Cuando Jacobo VI de Escocia heredó el trono de Inglaterra, debería haber mantenido la Corte en Edimburgo y gobernado sus reinos desde allí! y debería haber devuelto la piedra al lugar que le correspondía.

Si lo hubiera hecho, seguro que la línea Estuardo no habría vivido tantos desastres.

Y todo lo que había sucedido a continuación. El hijo de Jacobo, Carlos, fue decapitado por aquellos malvados parlamentarios.
El hijo mayor de Carlos fue restaurado finalmente como Carlos II. N o obstante, a pesar de sus viriles correrías juveniles, no consiguió dar un hijo legítimo que heredara el trono.
Por suerte, el otro hijo de Carlos I, Jacobo, había dado muestras de rectitud. Abrazó la doctrina católica e incluso hablaba, eso se decía, de devolver la monarquía y la piedra a Escocia. Por supuesto, los ingleses se habían vuelto contra él y lo había expulsado del país, negando incluso que su hijo fuera un hijo verdadero.
Ese hijo del hijo era el apreciado príncipe de Murray, que tan valientemente había dirigido la invasión de 1745. Habría tenido éxito, Murray estaba seguro de eso, sólo con que Jacobo III hubiera pronunciado su juramento de coronación sobre la Piedra del Destino, en Scone, en Escocia.
Es lo que haría Carlos II, y entonces finalmente se haría justicia.
Murray se rió entre dientes. Los ingleses llorarían la muerte de su rey y coronarían a otro, pero sin darse cuenta del verdadero desastre. Perderían la piedra. El nuevo monarca no podría ser coronado sobre la piedra, que para entonces se encontraría muy lejos, en Francia, donde estaba exiliado el legítimo rey, esperando el viaje de regreso a casa.
Ya tenían la piedra en lugar seguro, a la espera sólo de que trajeran la caja en que sería trasladada. En su debido momento, la Piedra del Destino ejercería su magia y la falsa línea de los Hannover desaparecería del todo sin invasiones ni violencia.
Lo cual dejaba una última tarea por hacer, matar al rey.

(1.) Sobre la que descansaba el patriarca cuando tuvo visiones de ángeles. De Tierra Santa viajó a Egipto, Sicilia, España y luego Irlanda. (N. de la T)

En el lóbrego vestíbulo de la residencia Walgrave, bajo la mirada condenatoria de los senadores romanos y la inexpresiva de un lacayo, Fort se volvió a Elf.
— ¿Necesitas tomar algo, querida mía?

Cohibida de pronto por la presencia impasible del sirviente, Elf sacudió la cabeza y se recordó que llevaba puesta la máscara y el pelo empolvado, lo cual hacía imposible que la reconocieran.
— Vamos, entonces. — Y la guió por las amplias escaleras por las que ella había descendido sigilosamente no hacía tantas noches.
En cuanto entró en el dormitorio los recuerdos de su anterior visita le provocaron un acceso de miedo. Sorprendentemente, pareció una sensación más, añadida a la excitación apasionada que la embargaba.
Echó una ojeada a Fort y vio al hombre que iba a guiarla a través del laberinto de las sensaciones carnales. Porque ella lo había pedido. Tal vez, al fin y al cabo, ella era Lisette, la explotadora, no Elf, la salvadora desvelada.
No tenía ni idea, sólo sabía que le deseaba, quería todo lo que él tuviera que ofrecer. Quería la fornicación tan severamente censurada desde el púlpito y los placeres pecaminosos censurados por los cuchicheos tras los abanicos.
Todos sus pensamientos se desmoronaron cuando las manos de él tocaron sus hombros, rozándole la clavícula con los pulgares. Elf alzó la vista, impotente ante los primeros vientos de una tormenta que iba en aumento.
— Preferiría que te quitaras la máscara — dijo él con voz suave— . Mantendré en secreto tu identidad. El placer carnal se disfruta mejor cuando no existen barreras.
En un instante de insensatez, se sintió tentada a hacerlo, pero sacudió la cabeza y él no insistió. Con una sonrisa irónica, siguió el borde del suave cuero de la máscara con los dedos, cuyo simple roce electrizó la piel de Elf. Luego él le tomó la cabeza entre las manos y recorrió su mandíbula con los pulgares.
— Me intriga quién puedas ser. .., pero — añadió rozándole los labios con su boca— ahora apenas importa, y el elemento de misterio es intrigante.
Volvió a besarla con una docena de besos caprichosos y efímeros, besos tan incitadores que Elf se estiró para acercarse más a él, buscando atraparlos y gozar de ellos. Los labios sonrientes del conde evitaban los suyos, pero su lengua la tocaba leve y vibrantemente, llena de ardiente humedad.
Elf se rió y se sumó al juego, sus labios y lengua danzarines entraron en acción hasta que Walgrave la agarró entre sus brazos.

El siguiente beso no fue mecánico ni fue ningún ensayo. La cera de Elf se derritió después de experimentar aquel fuego.
Líquida, caliente, lista para ser consumida.
Cuando por fin él liberó sus labios, Elf volvió su aturdida cabeza contra el pecho del conde y se dejó arrastrar por sus manos acariciadoras. La amplia manga de la oscura túnica de monje se había escurrido hasta el codo y revelaba un fuerte antebrazo, decorado sinuosamente por venas hinchadas.
Había visto brazos como aquellos en los mozos de las caballerizas.
¿ Eran todos los caballeros así debajo de la seda y el encaje ?
¿ Por qué nunca antes había advertido lo hermoso que podía ser un brazo musculoso ? Elf movió una mano para tocar, para adorar la embelesadora masculinidad.
Un cambio de postura le permitió besar con sus labios una línea de vena que siguió con su boca.
— ¿Qué estás haciendo? — preguntó él, quedándose quieto por un instante.
— Tiene unos brazos preciosos. — Siguió el dibujo de la vena con la lengua y luego le miró a la cara, divertida por la expresión que encontró en sus ojos. Casi parecía azorado.
— Me gusta gustarte. También tú tienes unos brazos bonitos. — Y los besó empezando por los nudillos, llegando al codo desnudo, para continuar luego, lentamente, desde los hombros descubiertos hasta la protuberancia expuesta de sus pechos.
Dejando que el placer provocado por sus labios proporcionara el matiz de fondo, Elf continuó con su propia exploración. Empujó hacia arriba la holgada manga de monje para dejar al descubierto el antebrazo y sentir el duro músculo bajo su mano.
Desde la infancia no había vuelto a ver los brazos desnudos de un caballero. A excepción de los de Walgrave, pocas noches antes, recordó.
Sin embargo, en aquella ocasión le había distraído su completa desnudez.
Oh, y los de Ferron, lo había olvidado, revelados por su toga. No cabía la comparación en este caso.
Los brazos de los hombres, pensó deslumbrada, subiendo la manga hasta el amplio hombro, merecían más atención. Pero tal vez no era mala idea que se mantuvieran velados, o en otro caso, las mujeres correrían continuo peligro de ceder a esta locura de deseo. ..

La capa de Elf cayó al suelo.
Ella lo miró con sorpresa y luego se rió: él se la había desabrochado con una mano. Entonces el conde escapó a las exploraciones de Elf para deslizar su mano por debajo de los hombros de ella. Tras darle media vuelta, empezó a soltar las lazadas del corsé.
Por un momento, Elf quedó privada de caricias y de visión, pero la mera vibración del contacto en su columna, a través de capas de bucarán y seda, tejió una magia especial. Se dejó llevar por él con los ojos cerrados...
— Mira — le susurró, moviéndola ligeramente— . Mira, Lisette.
Al abrir los párpados entrecerrados, Elf vio una imagen. ..
No.
Se vio a sí misma en un espejo. En un largo espejo móvil vio a una mujer con pelo blanco y máscara blanca, y con un deslumbrante peto y enaguas escarlatas, mientras era desnudada por un monje con túnica oscura y máscara negra.
Caray. ¡Sin duda imágenes de sueños inmorales!
Tal vez eso lo hacía tan excitante.
Y lo era. Por encima de todo el amor, todo el deseo, retumbaba el tambor salvaje de lo prohibido. Algo provocador en el aire.
Tal vez él también lo oía. Mientras empezaba a soltar las lazadas, alzó la vista y le sonrió a los ojos en el espejo.
— Creo que tienes razón, traviesa Lisette, acerca de la máscara. Los disfraces sí que añaden algo, ¿no es cierto? Pero por otro lado, eres una mocente...
Otra vez aquella cuestión. Cómo debía desconcertarle a él.
— Soy virgen — dijo ella al espejo— — . Pero en este momento no me siento inocente.
— Con toda seguridad no te sentirás inocente por la mañana. Eso te lo prometo. — Sus lazadas estaban lo bastante sueltas y él permitió hábilmente que los tirantes se escurrieran sobre la blusa, hasta que sus pechos dejaron de estar comprimidos. De hecho, movió el corsé hasta que quedó justo por debajo de ellos, de una forma tal que parecía que iban a desbordarse con los pezones erguidos orgullosos a través de la seda delicada.
De modo instintivo, ella se los tapó.
Él se rió y le mordisqueó el cuello.
— Dales consuelo, Lisette, mientras te dejo totalmente inmaculada.
El lazo de las enaguas de encaje se rindió a su tirón y resbaló hasta

sus pies formando un charco escarlata. Entonces él le retiró las manos de los pechos para que el peto siguiera el mismo camino.
Como había dicho, Elf se encontró entonces totalmente inmaculada, desde el cabello empolvado de blanco, pasando por su máscara de cuero blanco, la blanca y delicada piel, hasta la diáfana camisola de seda que le llegaba a la altura de las pantorrillas.
Incluso sus medias eran blancas. Encaje blanco, había pensado cuando las compró hacía años, apropiado para una novia. Se había sentido provocadora al ponérselas aquella noche, pero ahora le parecían del todo adecuadas.
Incluso los zapatos eran blancos, aunque con remates de oro en los tacones.
Sólo sus labios y sus pezones velados aportaban color a la escena.
A menos que el negro fuera un color. Tras ella, él se hallaba de pie con su túnica negra, como una sombra.
O un diablo.
O un amante salido de sus sueños más inconfesables..
Se estremeció, aunque no de miedo. Se estremeció por la mirada que descubrió en los ojos de él. Con toda seguridad, todas las mujeres deseaban que un amante las mirara de esa manera.
Él llevó sus manos a los costados de ella — oscuras contra su palidez— y deslizó la seda arriba y abajo sobre su piel. Elf observó fascinada y conmocionada mientras el dobladillo subía cada vez más, y mostraba primero sus ligas ribeteadas de rosas blancas y luego sus pálidos muslos.
Había esperado encontrarse desnuda, pero no esto. No esta exposición lenta y voluptuosa. Le cogió las manos y le dirigió una mirada desafiante en el espejo. Él se limitó a sonreír y, poco a poco, le apartó las manos. La camisa cayó hasta sus pantorrillas y ella la estiró con un gesto que no tenía sentido. Cuando volvió a mirar al espejo él se había quedado desnudo y sin máscara.
— ¿Mejor?
Pero seguía de pie detrás ella. Cuando Elf intentó volverse, él la detuvo, sólo le permitía ver sus hombros y brazos, que la rodeaban. Brazos morenos y musculosos, más pálidos hacia los hombros. Debía pasar bastante tiempo al sol con las mangas remangadas. Probablemente en las caballerizas.
Elf deseó verle de ese modo a la luz del sol, dedicado a actividades sencillas.

Walgrave la atrajo contra su torso y un intenso calor atravesó abrasador la fina seda. Más intenso aún hacia abajo, donde claramente él la deseaba, donde él quería irrumpir e invadirla.
Un temblor de miedo se precipitó por toda ella, pero quedó absorbido fácilmente por el placer del momento que la arrastraba.
Tal vez aumentaba el placer del momento.
Qué extraño sentir un placer así con un simple abrazo, pues simplemente la había mecido en sus brazos, mientras apoyaba la barbilla en su pelo empolvado de blanco, con la mirada serena, llena de control sobre sí mismo.
— Y bien, Lisette, dime la verdad. ¿ Hasta dónde quieres llegar en las perversiones ?
Ante una pregunta tan difícil, la Malloren que había en Elf contestó:
— Muy lejos.
Él alzó las cejas, tal vez con incredulidad.
— Tus deseos son órdenes esta noche. Pero mi intención es filantrópica. Pretendo darte placer y nada más que placer. En el momento que deje de ser placentero, debes comunicármelo.
— ¿ Y se detendrá? — Por un instante no le creyó.
— Y me detendré — respondió él, balanceándose aún con ella entre sus brazos a un ritmo que debilitaba la cordura— . Pararé cada vez que no te guste, así será. Estoy seguro de que sabré encontrar algo que te complazca, mi atrevida aventurera.
Elf también estaba segura de que podría. Por ejemplo, le encantaba aquel abrazo, la forma en que la acunaba. Hacía una semana, no habría creído que Fort pudiera ser un amante tan sutil. Lo poco que sabía de estos asuntos insinuaba que la mayoría de hombres emprendían estas cosas de una forma más directa.
Había esperado que él fuera como la mayoría de hombres.
Ahora ya no sabía qué esperar, lo cual al mismo tiempo la aterrorizaba y la emocionaba. Estaba claro,¡por fin estaba teniendo una aventura!
— No apartes la mirada del espejo — le dijo y desapareció de su vista.
Aunque sintió la tentación de buscarle, Elf obedeció hasta que él reapareció en el espejo y colocó un banco tapizado a su lado. Entonces sí que desplazó su mirada hacia el objeto, desconcertada, pero los brazos de él volvieron a mecerla.

La acarició otra vez, esta vez con mucha suavidad y por encima de la seda, mientras deslizaba la mano derecha por su muslo. Elf desplazaba la mirada de la mano a aquellos ojos sonrientes y observadores. Luego él introdujo la mano doblada por debajo de la rodilla de ella, le levantó la pierna y le colocó el pie calzado sobre el banco. Elf soltó un resuello cuando la blusa se deslizó hasta la ingle, mostrando por completo su cadera.

El instinto gritaba, itápate!, pero no hizo caso, volvió a relajarse contra él y esperar el siguiente movimiento.

Seguidamente él recorrió con el dedo la floreada liga ajustada por encima de la rodilla, pero no dio ningún paso para soltarla. En vez de ello empezó a acariciar su muslo en dirección ascendente, la morena mano resaltada contra la pálida piel.

— Antes ya he mencionado el deleite de los muslos sedosos y cremosos de una mujer.

Elf observaba su mano, llena de fascinación, embelesada ante aquella visión y las múltiples sensaciones.

— Encuentro esta visión deliciosa — le murmuró él al oído— : una mujer dejándose llevar por sus sentidos. y sumado a ello, el contacto de su piel bajo mis dedos. — Aquellos largos y morenos dedos se desplazaban rítmicamente cada vez más arriba por la cara interior del muslo— . Especialmente aquí.

Elf jadeó, y habría extendido el brazo para detenerle, pero él le atrapó las manos entre las suyas.

— No, no te resistas a menos que de verdad quieras que me detenga. Experimenta lo que sientes, Lisette.

Un baile perverso sobre su piel más sensible, eso es lo que sentía. Podría haberse apartado, pero se relajó entre sus brazos, observando en el espejo mientas sus dedos jugueteaban con delicadeza, sintiendo cada caricia multiplicada por cien a causa del reflejo.

— ¿ Qué sientes ? — preguntó él.

Elf no estaba segura de que existieran palabras para describirlo. Algo maravilloso. Pecaminoso. Peligroso. Prometedor.

— Perversión — contestó con voz entrecortada.

— Precisamente — le susurró en la oreja mientras desplazaba sus dedos al otro muslo y de vuelta al mismo, mientras la contemplaba— . ¿ Lo sientes?

— ¿Qué? — Acababa de mordisquearle el lóbulo de la oreja y ella se sumergía en un torbellino de sensaciones.
— El lugar donde quieres que te toque. Donde tú ya me deseas, dentro de ti.
De inmediato la mente de Elf aisló un lugar y, en aquel lugar, una necesidad creciente:
— Sí, pero. ..
Sus dedos continuaron con aquel recorrido pausado y provocador.
— ¿Pero?
Apretó todo el cuerpo contra él llena de desasosiego.
— Pero aún no. No sé por qué...
— Porque entonces se habrá acabado, chica lista. Tienes instinto para este juego. Es urgente, apremiante, pero, por irónico que parezca, se disfruta mejor con una demora mortificante.
Soltó las manos inmovilizadas de Elf y le tocó los pezones, primero uno, luego el otro, observándola, observándola fijamente mientras ella le observaba.
Elf vio que sus propias manos revoloteaban arriba y abajo, sin pretender nada, más bien deseando algo a que agarrarse.
— Estira las manos hacia atrás. Agárrate a mí.
Sus manos encontraron una carne ardiente. Los muslos de él. Aquella postura hizo que los senos de Elf se proyectaran hacia fuera. Él soltó la lazada de la parte inferior del escote de la blusa y tiró de la seda hacia abajo para exponerlos, con sus pezones rosas más grandes que nunca.
— Mi boca desea tus pechos, quiere saborearlos. Quiero ver y oír tu placer cuando los succione. y ellos me desean, ¿ no es así?
U n sonido sofocado se le escapó a Elf mientras su cuerpo recordaba, y deseaba.
— Pero, desde aquí, no puedo dirigirme hacia ellos de tal modo. Por lo tanto, lo posponemos. Tenemos toda la noche. — Con delicadeza, jugueteó con sus pezones, estirándolos— . Puedo esperar.
— No, no quiero...
— Paciencia, Lisette. Podemos probar todos los placeres, todos los sabores, todos los contactos. A veces, esperar es el mayor de los afrodisíacos. ¿ Sabes qué es un afrodisíaco ?
Incapaz casi de hablar, se limitó a sacudir la cabeza.
— Algo que estimula o potencia el deseo físico.

Colocó la mano derecha entre sus blancos muslos abiertos, apretándola contra aquel lugar hambriento, desplazándola lentamente de mane— ra que provocaba todo un nuevo murmullo de excitación.
Y necesidad.
¿Podía aquella mujer del espejo — jadeante, que no paraba de moverse, estirada de puntillas por algún motivo— ser de verdad Elf Malloren?
— Entonces, no necesito ninguno... ¡Por favor!
¿ Era suya esa voz anhelante ?
Decididamente era su voz que protestaba cuando él retiró las manos.
— Sólo un pequeño ajuste. — La tranquilizó, poniéndose delante y sentándose en el banco de tal manera que la pierna de ella quedó arqueada por encima de la de él, como un puente asegurado por el tobillo, que sujetaba con la mano.
— Pon tus manos sobre mis hombros.
Elf obedeció, contenta de disponer de cierto apoyo, encantada con la firmeza cálida de aquella carne.
— Bien, Lisette, obsérvate a ti misma siendo inmoral.
Elf únicamente sentía la mano entre sus muslos, ya que la espalda de Walgrave le bloqueaba la visión, pero lo que sí veía era la cabeza de él en su pecho, sentía su lengua, sus dientes, sus labios que jugueteaban con ella y la atormentaban hasta que sensaciones febriles sacudían su conciencia.
— ¡Mira! — dijo él bruscamente como si quisiera recuperar sus fragmentados sentidos.
Elf se obligó a sí misma a abrir los ojos. Una criatura salvaje se agarraba a los hombros de él con los brazos rígidos, la boca abierta de deseo, los pechos sonrosados a causa de su afecto.
— Por caridad — susurró Elf y permitió que sus ojos se cerraran mientras se estiraba como un arco, como si intentara alcanzar un tesoro imposible.
No tan imposible al fin y al cabo, ya que él continuó moviendo su mano en círculos constantes entre las piernas, jugando con sus pezones con la boca. La realidad desapareció, empantanada por algo que ella suponía se podía llamar placer.
Un placer que la despedazaba.

Aunque, de hecho, pensó cuando se percató de que la abrazaba más de cerca, necesitaba un vocabulario nuevo por entero para describir aquella experiencia. Él la llevó un poco hacia atrás para mirarla y luego la movió suavemente hacia abajo para dejarla montada a horcajadas sobre sus caderas, complaciéndola en todo momento con sus dulces caricias.

Cuando ella se relajó y le sonrió a punto de darle las gracias, él preguntó:

— ¿Más?

En verdad, una parte de ella quería decir que no, quería pasar un día, una semana, un mes deleitándose con aquella experiencia novedosa y recuperándose antes de probar algo nuevo.

Pero no habría otra vez.

— Sí, más — dijo Lisette, la pícara desvergonzada, y culebreó sobre el regazo de él.

— Qué palabras tan dulces — murmuró el conde y la movió para que sintiera la presión de su erección entre las piernas, sobre puntos aún tan sensitivos que ella tuvo que retroceder.

— No te resistas. — No fueron las palabras las que vencieron su resistencia, fue la insinuación de estremecimiento, de necesidad. Reconoció la necesidad que a él le impulsaba, tan apremiante, y deleitó sus sentidos igual que sus manos complacían su piel.

— ¿Me deseas, no es cierto? — preguntó él casi con languidez mientras ella sentía la presión en el lugar que sí le deseaba. A pesar del placer que le había proporcionado, aquel lugar aún deseaba.

Luego se percató de que él necesitaba que ella lo manifestara en voz alta. Tal vez necesitaba que ella dijera algo más. Elf la parlanchina había permanecido en silencio durante casi todo el rato.

— Sí — dijo roncamente como si no hubiera empleado la voz en un año. Se aclaró la garganta— : Sí, le deseo. Lo que hemos hecho antes... era maravilloso, pero no...

— Continúa — le pidió en un susurro apretándose un poco más contra su cuerpo.

Elf se relamió los labios. Aún podía verse en el espejo, desmelenada y acalorada, actuando de forma impúdica sobre el regazo de él. Podía ver su amplia espalda. Una espalda de verdad espléndida. Descendió por ella con sus pálidas manos que se deslizaban inquietas.

— Es como un dolor — susurró— . No, como una comezón que no puedo rascar. Dentro de mí. ¡Sí!
Le sintió dentro de ella, sólo un poco.
Deseó con todas sus ganas que continuara adentrándose pero parecía grosero quejarse.
— Continúa hablando — dijo él— y yo seguiré moviéndome. Cuando Elf bajó la vista vio un desafío juguetón en sus ojos entrecerrados y se rió en voz alta:
— Podría desenmascarar a alguien que se marque un farol.
El humor se hizo más intenso.
— Un día debes contarme cómo una inocente llega a saber tanto. Sí, si me desenmascaras, habrás ganado. Pero me gustaría oírte explicar lo que sientes. Finjamos que tus palabras pueden guiar mi amor.
De forma abrupta, todas las palabras huyeron de ella a excepción de una serie de súplicas incoherentes que no podía pronunciar.
— Lo que ha hecho antes — dijo con desesperación— . Me ha gustado.
— Me sorprendes. — Fue un mero susurro contra el pecho de Elf, donde su boca continuaba jugando, pero incluía risa.
— Supongo que por eso observaba. Siempre había pensado que estas cosas sucedían en la oscuridad, ¿ sabes ? , pero verlas parece ser bastante excitante... ¡Oh! — Él había empujado un poco más— . ¡Sí! Mmm... no ha sido un lamento de objeción, milord.
— No lo creo. Llámame Fort.
— Fort.
Elf recordó que había imaginado que pronunciaba su nombre en la oscuridad secreta de una cama. No estaban en la cama ni en la oscuridad, pero el placer de pronunciar su nombre de ese modo aún la extasiaba. Lo repitió una vez más, tirando de la cabeza de él para besarle, atacándole con la intensa necesidad que aún formaba un nudo dentro de ella, ator— mentada por la proximidad.
Él le devolvió el beso, pero cuando acabó había avanzado un poco más.
— Eres un miserable por jugar de esta manera con una dama.
— Eres una miserable por dejar de hablar — un estremecimiento recorrió su cuerpo con una ondulación— . Ten compasión, Lisette, y dime cómo te sientes.

— Con ganas de arañarte — dijo ella, casi en tono airado— . Caliente, pegajosa, dolorida. — Tomando el control, se desplazó serpenteante hacia delante— . ¡Ouu!
Retrocedió con un respingo. Unas manos firmes la tomaron por las caderas y volvieron a atraerla. El dolor se propagó por toda ella y gritó otra vez mientras él la llenaba del todo.
Ahora sabía lo profundamente que podía llegar.
Se sentó con rigidez experimentando sensaciones asombrosas, algunas de ellas característicamente desagradables.
— Supongo que ya no soy virgen.
— Si empiezas a quejarte a estas alturas, te estrangularé. — Una tensión en él, casi una vibración, le comunicó de nuevo su necesidad. ¿Se sentía como ella, suspendida al borde, ansiando liberarse ?
Elf se obligó a relajarse.
— Ninguna queja excepto contra la naturaleza, que hizo a las mujeres de esta manera. — Se sentía un poco mejor. El dolor remitía y sentirle a él, tan grande, tan adentro, era. ..otra vez era indescriptible.
Fort acercó de nuevo sus labios a su pecho, lo cual era una ayuda, y Elf enredó sus dedos en el cabello de él.
— Creo que, de hecho, estoy bastante complacida, milord. Fort. Mi amante. ..Mi primer amante. ¿A ti también te agrada saber que nunca olvidaré esto?
Con un estremecimiento anhelante, él levantó la vista.
— Eres una mujer notable, Lisette. Pese a tu deseo de una vida convencional, tal vez no te deje marchar. — Flexionó las caderas y avanzó dentro de ella obligándola también a estremecerse.
Elf le besó, con la boca abierta, hambrienta.
— No puede retenerme.
— Tal vez no quieras irte de mi lado. Dime qué sientes.
— Dígame cómo se siente.
— A punto de explotar y saltar en diminutos pedazos. Pero como si fuera a sentirme muy feliz, muy pronto. Te ajustas a la perfección, tan ardiente, justo del tamaño adecuado, y respondes de forma exquisita. Soy un hombre con suerte. O lo seré si sigues hablándome.
— ¡Eres imposible! Haz lo que tengas que hacer. — Pero al comprobar que no lo hacía, añadió— : Hay dolor. Pero no es

demasiado desagradable. Más bien es una plenitud. — Movió las caderas intentando ajustarse a él, luego tembló al sentir más necesidad.
Él gruñó y a ella le gustó. Deseó saber qué hacer para conseguir que gruñera de esa manera otra vez. Continuó hablando:
— Es una situación extraña — susurró, casi para sí— . Pero creo que es agradable... — Él hizo que ambos se movieran y ella exclamó con un jadeo— : ¡Cielos!
— Del cielo a la gloria — replicó él, pero se quedó inmóvil otra vez salvo para lamer con intensidad sus pechos, enviando una nueva explosión de electricidad que fue a estallar a los nervios sobreexcitados de ella.
— Tenga piedad de mí — exclamó Elf entre jadeos, empujando sus inquietas caderas contra él. Fort volvió a gruñir, de modo que ella lo repitió y él se sostuvo rígido, con la mandíbula apretada.
— Quiero estirarme — clamó ella— , como si pudiera tocar el límite del mundo... Es como un hambre. Un hambre feroz. Como si comiera por vez primera, pero sin poder hartarme. ..— Le tomó del pelo y volvió su sonriente rostro hacia ella— . Podía perder bastante la cabeza por esto, milord.
— Fort. Insisto en que me llames Fort.
Elf miró aquellos ojos oscuros de pasión, desesperados.
— Si es lo que quieres ...Fort, entonces. Fort. Fort. jFort!
Cantó su nombre mientras él se levantaba, aún dentro de ella, para acabar ambos sobre la alfombra. Elf continuó pronunciando su nombre siguiendo el ritmo de sus embestidas, hasta perder el aliento y la coherencia. Lo repitió en su mente cuando lo único que podía hacer era agarrarse a él, cada vez con más fuerza, por miedo a consumirse.
Luego suspiró:
— Fort. — Y rendida a él, en un estado de ensueño, recordó decir finalmente— : gracias.
Él se rió como si apenas le quedara aire para reírse.
— Puedes imaginar lo complacido que estoy de haber sido de utilidad, querida dama.
Había salido de su cuerpo, pero las sensaciones permanecían por doquier para no permitirle olvidar. Tumbada sobre su espalda en la alfombra, Elf se estiró y le sonrió:
— Lamentablemente, menosprecia mi imaginación, milord. Fort.

Con cierta inestabilidad, la ayudó a ponerse en pie, la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama que aún seguía sin tocar. La dejó otra vez de pie para poder retirar la colcha, pero cuando se volvió de nuevo a ella, le sonrió y le tocó los labios con el dedo.

— Me gusta eso.

— ¿El qué?

— Esa sonrisa. Pareces muy satisfecha contigo misma.

La sonrisa se amplió.

— Lo estoy. Y satisfecha contigo, Fort — y añadió con descaro— : si alguna vez necesitas una referencia, ¡te la proporcionaré!

Riéndose, la levantó del suelo y la arrojó sobre las sábanas. Elf se percató entonces de que seguía parcialmente vestida, si es que una camisa desabrochada, medias de encaje y un zapato podía de algún modo llamarse ropa. El conde le quitó el zapato y lo tiró al suelo.

Ella se movió para desprenderse de la camisa, pero luego él dijo.

— No.

Elf bajó la mirada a las prendas manchadas y sudorosas.

— ¿Por qué no?

— Una mujer está sumamente hermosa con un desaliño tan sensual.

Elf no creyó haberse sentido nunca más hermosa que en aquel mismo momento, reflejada en el espejo de sus ojos.

— ¿ Y tú, qué?

— ¿Qué quieres?

Consideró pedirle que se pusiera de nuevo la túnica de seda negra pero comprendió que le gustaba demasiado la visión de aquel cuerpo como para querer que lo ocultara. Cuerpo fuerte, pelo revuelto y un rostro tan relajado que casi era irreconocible.

— ¿ En qué estás pensando ? — preguntó él— . Puedes pedir lo que quieras.

— Pienso que un hombre está concebido para complacer la vista de una mujer.

Fort esbozó una sonrisa y ella pensó que, tal vez, incluso se había ruborizado un poco.

— Los hombres creen que funciona al revés.

— Lo cual sólo demuestra que Dios diseñó a ambos sexos a la perfección.

Se inclinó hacia delante para besarla.

— No metas a Dios en esto, preciosa. Recuerda, prometí enseñarte el camino al infierno.

Elf descubrió entonces que podía tocarle las nalgas con sus manos ansiosas y exploró su firme redondez.
— Nunca volveré a pensar en el infierno de la misma manera. ..
La sostuvo con fuertes manos para llevarla a la cama y Elf se relajó bajo su presión. No era un momento de peligro, sólo un momento de placer. Confiaría a este hombre incluso su vida.
Este pensamiento la sorprendió.
Confianza plena.
¿ Era la verdad de la que él había hablado ? Deseó desprenderse de la máscara y ser sincera con él?
De forma deliberada, descartó estas cuestiones hasta quedarse con lo simplemente lascivo. Se lamió los labios.
— ¿Tienes alguna perversión en mente, Fort?
Él se rió con fuerza y de pronto el universo cambió.
Así de fácil, pensó Elf. ¿Se enamoraba una persona así de fácil? ¿O más bien caía uno en la cuenta por sorpresa, igual que te alcanzaba por sorpresa la flecha de Cupido?
Su corazón latía a un nuevo ritmo. Un ritmo que no tenía nada que ver con el deseo, sólo con el amor, con un sentido de protección y una necesidad de proximidad cercana a la agonía.
Porque no podía tenerlo. Si supiera quién era ella, no la querría.
Sólo tendría esta única noche.
Pero al menos por esta noche, tenía a su amante risueño.
Mientras él se relajaba a su lado, ella se arrimó, saboreando tal vez el momento más precioso de todos: la intimidad, tan relajada, sin ninguna barrera.
Esto, comprendió, era lo que había buscado aquella noche.
Si al menos pudiera librarse de Elfled Malloren y todo lo que representaba y ser Lisette. Lo haría al instante para poder estar tan cerca de este hombre, para proporcionarle risa y placer cada día y cada noche y disfrutar de un placer exquisito como contrapartida.
La sola idea del matrimonio, de esta intimidad hasta la eternidad, le provocó la agonía de las lágrimas contenidas, porque no podía ser.
¿O sí podía? Era una luchadora, una Malloren. Con una Malloren, todo es posible...
Fort echó la colcha sobre ellos y la rodeó cálidamente con sus brazos.

— Duerme un poco, Lisette. Prometo que te despertaré más tarde para continuar con tu educación en perversiones, pero, por el momento, los dos necesitamos un poco de descanso.

Nunca hubiera imaginado la belleza de quedarse dormido entre sus brazos.

Él cumplió su promesa y la despertó con besos, mordiscos y apasionadas caricias. Cuando ella preguntó, él le enseñó cómo tocarle para hacerle gruñir y estremecerse. Aunque contemplarse en el espejo había sido excitante, tal vez esto fuera todavía más delicioso. Las velas se habían fundido y se habían quedado a oscuras, y el contacto, el sabor, el olor y oírse era más intenso de lo imaginable.

Aunque no la penetró, compartieron placer de otras formas, con inventiva, perversión, antes de volver a caer rendidos otra vez y quedarse dormidos.

Cuando Elf volvió a despertarse y se encontró asfixiada por una tela oscura, rodeada por unos fuertes brazos, pensó que Fort tenía ganas de nuevas perversiones, pero había algo que no le gustaba. Se retorció e intentó protestar pero una mano apretó la tela sobre su boca, interceptando el poco aire que le llegaba.

Maldita sea, ¿ qué se pensaba que estaba haciendo ?

Cuando la mano se movió, tomó aliento a través de una tela gruesa, mohosa.

— Para o te estrangulo — gruñó una voz que decididamente no era la de Fort.

Una voz con acento escocés.

CAPITULO 10

E1 miedo anuló la rabia que la había sobrecogido. Oh, Dios, pensó Elf, y era una plegaria.
¿ Cómo ?
¿ Por qué ?
El mundo de repente se ladeó y algo chocó contra su estómago. No, la habían arrojado sobre el hombro de un hombre, colgada cabeza abajo. La bilis le resquemó en el fondo de la garganta, pero consiguió no vomitar, aterrorizada ante la idea de atragantarse hasta morir.
O de que cumplieran la amenaza de cortarle el cuello.
¿ Qué estaba sucediendo ?
¿ A dónde la llevaban ?
¿Dónde estaba Fort?
Los zarandeos le dijeron que el hombre bajaba apresuradamente por unas escalera. Envuelta en la manta mohosa, Elf apenas podía respirar, para qué hablar de gritar, y el traqueteo arriba y abajo amenazaba una vez más con hacerla vomitar.
Volvió a rezar, en silencio, súplicas incoherentes a cualquier deidad que estuviera escuchando.
De pronto, la zarandearon y la dejaron caer descuidadamente sobre una dura madera, de modo que no pudo evitar soltar un grito. Le retiraron la manta y tomó una bocanada de aire puro y fresco. Estaba al aire libre en medio de una noche cerrada, tirada en una especie de gran cajón. Sobre ella se recortaban unas formas sombrías.
Junto a su cara se encendió un farolillo y ella retrocedió ante la luz repentina.
— Lleva puesta una máscara. Veamos quién es.
Con un ligero golpe de navaja, retiraron la máscara hacia atrás.
— Nadie que conozcamos.
Cubrieron el farol y de nuevo se quedaron a oscuras. Antes de que Elf pudiera intentar moverse, algo pesado se desplomó sobre ella. Soltó un chillido y un puñetazo en la cabeza la dejó aturdida.

— ¡Cállate!
Tras un fuerte golpetazo, el aire cambió. Ahora se encontraba en el interior de una caja cerrada. Un cajón largo y estrecho.
¿Un ataúd?
Desconcertada ante esta idea, empujó el peso que medio la tapaba. Tela. Piel.
¿Un cuerpo ? ¿Un cuerpo con una sábana enrollada ?
¿ Se encontraba en un ataúd con un cuerpo ?
¡Oh, Dios!
Mientras forcejeaba para apartarse del cadáver, no pudo evitar gimotear.
— No. Por favor. Ayuda. Paren. ..
Por mucho que se revolviera, no podía encontrar espacio. Brazos y piernas inmóviles, fríos, rozaban los suyos. ..
No, no estaban fríos.
Se quedó quieta. Estaba vivo.
Palpó con sus manos la cara y cabello.
— ¿Fort? — El pánico que sentía le impedía probablemente producir otro sonido que no fuera un susurro. U n momento después, daba las gracias.
Pero él casi ni se agitó. Elf le sacudió.
— ¡Fort!
La flojedad de él le comunicó que estaba inconsciente. Se apresuró a buscar torpemente su cuello, para tomarle el pulso. Lo encontró y se relajó con alivio.
Estaba atrapada en un ataúd en poder de sus enemigos, pero se encontraba con Fort y él no estaba muerto.
Elf respiró profundamente e intentó pensar.
Los escoceses les habían hecho prisioneros, pero al menos no les habían asesinado.
Eso estaba bien.
Eso esperaba.
Podía imaginarse algunos motivos infames por los que prefirieran mantenerla con vida, pero sin duda no se aplicaban a Fort.
Les llevaban a algún lugar. El cajón se movía. O al menos, decidió, la carreta sobre la que descansaba el cajón se estaba moviendo. Podía oír el estrépito de las ruedas y el choque de los cascos.

Estiró la mano hasta alcanzar la áspera madera y palpó su contorno. Estremecida, se percató de que sí era un ataúd, con la forma tradicional de ataúd.

Se le escapó un gemido, pero se mordió los labios para contenerlo y empujó la tapa hacia arriba. No confiaba demasiado y, como esperaba, la tapa estaba ajustada.

¿ Iban a enterrarlos vivos ?

Su corazón latía desbocado, pero entonces se apoderó de ella la loca carrera del pánico. Quería golpear la caja, gritar, pero se contuvo — simplemente— mordiéndose los nudillos. Gritar no habría servido de nada.

Con toda seguridad, sus secuestradores no les arrojarían a una tumba y les echarían tierra por encima. ¿Por qué querrían hacer aquello?

Es una manera excelente de deshacerse de cueryos embarazosos, dijo una voz en su cabeza. Un conde asesinado provocaría una alarma nacional. Un conde desaparecido representaría un misterio menor.

¿ Cuánto tiempo pasaría, se preguntó, antes de que la gente cayera en la cuenta de que la hermana de un marqués había desaparecido al mismo tiempo ? La idea del escándalo que seguiría la consternó, aunque supuso que a ella no le importaría demasiado.

Pero sí a su familia. Qué horrorizados y apesadumbrados de dolor estarían con su desaparición.

¡Rothgar! Su muerte lo destruiría. Volvió a empujar la tapa del ataúd inútilmente, lloriqueando de frustración. ¿ Cómo había sido tan egoísta, hasta el punto de ponerse en peligro, a sabiendas de cómo afectaría a su hermano todo aquello ?

Las lágrimas dieron paso a la rabia.

Condenados escoceses. Usaría sus tripas como jarreteras por provocar tal desastre.

Y condenado Fort, por estar involucrado en tal locura. Todo era culpa suya...

Sin embargo, de inmediato cambió esa opinión. Aunque siguió refunfuñando entre dientes por la estupidez de su cuñado, se acurrucó cada vez más próxima a él, comprobando una vez más que su pulso siguiera constante.

Era más constante que el suyo, pues su corazón se aceleraba a causa del pánico. O tal vez es que empezaba a faltar el aire. ¿Qué se sentía al asfixiarse ?
Sacudió a Fort, intentando despertarle aunque sólo fuera para tener cerca a alguien consciente. Él gimió levemente pero no pasó de ahí.
Elf se repantingó contra él, rodeando con el brazo su torso, protegiéndole y a la vez buscando protección. Al cabo de un momento, se apretó un poco más y escuchó su corazón. Por supuesto que latía, pero necesitaba oírlo.
Se secó las lágrimas y le besó el pecho.
Su amante. Qué extraño era pensar en él de ese modo, pero lo era.
Su amado.
Un pensamiento aún más extraño, pero lo era, también.
Rememoró este momento de certeza, para experimentarlo de nuevo. Sí, fuera lo que fuera el amor, era lo que ella sentía por este hombre. Sentía por él más afecto que por ningún otro hombre, incluso sus hermanos. Necesitaba su presencia. La vida sin él sería estéril. Anhelaba su cuerpo. No especialmente por los juegos sexuales a los que habían jugado, aunque habían sido deliciosos, sino como contacto, como presencia, como si ella a solas ya no se sintiera entera.
Tampoco era una sensación nueva. Había notado la atracción por él desde el primer encuentro.
Tales nociones podían haberla aterrorizado en otro momento, pero con la muerte tan cerca, sólo le quedaba ser honesta consigo misma.
Se preguntaba si él sentiría algo similar. Parecía ridículo que experimentara tal pasión y él se mostrara indiferente, pero podía ser.
Le destrozaría el corazón, aquella idea, pero con la muerte tan próxima estas preocupaciones eran inútiles.
Explorando con los dedos, encontró sus facciones y las siguió. Le besó los párpados, las mejillas, los labios.
— Mmm. ..— entonces el murmullo de satisfacción se transformó en un gemido y él se puso rígido.
— ¡Calla! — se apresuró a susurrar— . No hagas ruido.
— ¿Que?
Elf le llevó una mano a los labios. El golpe le había trastornado, pero Elf no quería que gritara. Si por algún motivo sus secuestradores

abrían el ataúd para comprobar cómo estaban, sería útil que pensaran que seguía inconsciente.
Aunque no se relajó, algo en su cuerpo sugería que era consciente de la situación. Elf movió su mano con delicadeza.
— ¿ Qué sucede ? — susurró él, sacando una mano para tantear— . ¿Dónde diablos estamos? ¡Pardiez! Mi cabeza...
— Es un ataúd — le contestó también en un susurró. No podía expresar sus temores en palabras, pero intuyó que él los compartía por la tensión especial que notaba en su cuerpo.
— ¿Quién? — susurró— ¿Por qué?
— La única voz que he oído sonaba escocesa. — Elf quiso comprobar su reacción.
Simplemente se quedó muy quieto.
Aquello contestaba a cualquier duda que pudiera haber mantenido acerca de la implicación de Walgrave en aquel asunto.
¿Dónde, pensó Elf de repente, estaban Roberts y su gente? Luego cayó en la cuenta de que estaban en mitad de la noche. Probablemente todos se habrían ido a dormir.
Elf empezó a sospechar que había complicado las cosas de un modo terrible y que podría pagar por ello con su vida. Estaba claro que Fort se merecía cierto castigo, pero, pese a todo, se acurrucó un poco más cerca.
Entonces fue cuando se percató de que él estaba desnudo, igual que ella. ¡La habían secuestrado vestida con su camisa y sus medias!
Al pensar en ese hombre llevándosela de ese modo quiso llorar. Era una reacción estúpida, pero no pudo evitarlo. Por un momento, le pareció la parte más deprimente de todo el asunto.
Luego tomó conciencia de su propia pierna desnuda pegada a la de Fort. Podía percibir el vello abundante, sedoso, de su pantorrilla. Pese a no tener otro sitio donde ponerla, intentó de todos modos retirarla aunque sólo fuera un poco. Era una estupidez, después de haber intimado de tal manera, pero por algún motivo, su situación parecía poco decente en estos momentos.
En una o dos ocasiones había soñado que se encontraba desnuda en un lugar público. Esto era tan horrible como uno de aquellos sueños. Debería estar preocupándose por la muerte, pero, en cambio, le molestaba más que se abriera la tapa, entrara la luz y la dejara al descubierto en ese estado.

Con un gemido sofocado, él cambió de posición, dejó el muslo de ella entre los suyos para hacer sitio y la estrechó un poco más con el brazo.
Elf se puso rígida.
— ¿Qué sucede?
— Nada.
Fort tanteó con la mano.
— ¡Qué les parta un rayo! ¿Te han traído sólo con tu camisa?
De pronto sintió las lágrimas a punto de saltar, pero se las tragó.
— Aún llevo puestas las medias.
Él la atrajo un poco más murmurando más maldiciones. Entonces el contacto con él no le resultó tan incómodo.
— Creo que estoy envuelto en la maldita túnica de monje. En cuanto tengamos espacio para movernos, puedes ponértela. Y bien, ¿ crees que tu perseguidor de Vauxhall está detrás de esto?
— ¿Quién si no?
— Tal vez tengas familiares vengativos. — Volvió a cambiar de posición, colocándola un poco más encima de él— . Espero sinceramente que no sea un caso como el de Abelardo y Eloísa.
— ¿Quién? — Adaptó su cabeza al hombro de él, que parecía estar diseñado delicadamente para este propósito.
— Una pareja de amantes medievales.
— ¿Una historia romántica?
— .En realidad, no. A él lo castraron los familiares de ella.
— ¡Caray!
— Pues sí. Y es una historia real.
— Bien, puedo asegurarte que mis familiares no están detrás de esto. — Aunque se preguntó si, cuando se enteraran, no se sentirían tentados a una venganza similar. Su intención era regresar a casa de Amanda para el desayuno. Ahora, aunque sobreviviera, toda la historia podía salir a la luz.
Se acordó de Chastity, a quien atraparon con un hombre en la cama y fue repudiada por la sociedad. Colgaron imágenes impúdicas de ella en los escaparates de todos los talleres de impresión e incluso, una vez que se demostró su inocencia, algunas personas miraban con desconfianza a la «notoria Chastity Ware».
¡Y eso que Chastity era inocente!
Elf se agarró a Fort, de pronto el escándalo y recato parecían cuestiones irrelevantes. Mientras esperaban su sino, Fort la

estrechó aún más, con una protección ilusoria que de todos modos ella necesitaba. Con una sacudida y algún que otro gruñido audible, los dos percibieron que estaban levantando la caja.
A Elf se le escapó un gemido. No pudo evitar susurrar:
— Una tumba. ¡Creo que van a enterrarnos vivos!
— ¡No puede ser!
Se aferraron el uno al otro mientras la caja se balanceaba con algún que otro embate. Luego aterrizó con un batacazo.
Pero no, cayó en un agujero profundo.
Elf se acordó de respirar.
— Una voz escocesa dijo:
— Asegura la cuerda, Mack.
Los ataúdes los bajan a las tumbas con cuerdas, ¿no?
— ¡No! — Elf gimoteó contra el hombro de Fort. Él se movió de repente, empujando la tapa una y otra vez.
— Creo que ahí dentro están despiertos, Kenny.
— No importa. Sigue con ello.
Mientras Fort aún empujaba la tapa, la caja se ladeó y resbaló ruidosamente cierta distancia hasta aterrizar en ángulo. El impacto hizo que Elf chocara los dientes y Fort gruñó a causa del dolor en su cabeza.
Debían de estar en la tumba, aunque cabía pensar que un ataúd tenía que entrar recto en la fosa.
Luego la caja se movió un poco y se quedó plana con otro golpetazo que hizo maldecir a Fort y quedarse quieto.
Ya estaba. El final de su aventura.
Una calma repentina se apoderó de Elf. Les iban a enterrar vivos. Nadie lo sabía, de modo que nadie podía ayudarles. Tal vez nadie llegara a enterarse de lo que les había sucedido. Parecía a la vez tonto y trágico, pero no se podía hacer nada.
Elf empezó a rezar para que la muerte llegara deprisa y que sus hermanos no sufrieran demasiado por aquella tontería suya.
Oyó un traqueteo y un golpe seco a cierta distancia, luego otro traqueteo en el ataúd. ¿ Las primeras piedras que golpeaban la tapa ?
Metal contra metal, pero en la distancia. ¿ Palas ? Intentó imaginar la escena fuera de aquella viciada oscuridad que se había convertido en su mundo, pero luego decidió concentrarse en morir con dignidad.

— Lo siento — le dijo a Fort, ya que sospechaba que toda la culpa de esto era suya.
— ¿Por qué? Lo que yo siento es no poder salir de aquí por mis propios medios.
Elf se preguntaba si debería contarle la verdad cuando dejaron de oírse ruidos. Sólo sus respiraciones, ruidosas en aquel espacio limitado, rompían el silencio total.
Al cabo de un momento, ella preguntó:
— ¿Qué piensas?
— Tal vez tengan que irse para conseguir herramientas. ..
Elf esperó, oyendo cada respiración, sintiendo como si con cada respiracion encontrara menos aire.
— ¡Van a dejar que nos asfixiemos! — Sólo pensar en esto, arrojó sus brazos contra la tapa.
Se movió.
Sin poder casi creerlo, se sentó para empujar. La tapa se abrió. La habría retirado de un golpe, pero Fort se incorporó también y la sujetó, bajándola suavemente hacia atrás.
— No creo que sea un accidente — susurró— pero, sólo por si acaso, no comuniquemos al mundo que estamos libres.
Libres era un término relativo. Tenían más espacio y aire más fresco, pero nada de luz, ni siquiera un cielo nublado sobre sus cabezas. Obviamente continuaban aún dentro de algo.
— ¿ Dónde estamos ? — susurró ella.
— ¿Una cripta?
Se estremeció sólo al pensar en ello, pero luego dijo.
— De hecho, huele a cerveza rancia. ..
— ¿Una bodega?
Los dos se encontraban en estos momentos sentados en el ataúd y se colocaron uno frente al otro, las piernas de Elf sobre las de él mientras evaluaban la situación.
— No puedo ver nada — dijo Elf— . Las paredes podrían estar cerca o muy lejos. Incluso podría haber gente aquí, observando y escuchando.
— Creo que lo sabríamos.
— Al menos hay aire. Y estamos vivos...
De pronto ella se arrojó encima de él, en sus brazos, y se encontraron riéndose y besándose en un éxtasis enloquecido de supervivencia.

— ¡Estamos vivos! — dijo entre jadeos— ¡ Vivos! i Vivos!
— Muy vivos — y la cogió por las caderas y la empaló sobre su erección dura como la roca.
Elf soltó un resuello a causa de la conmoción y un poco de dolor, ya que aún estaba sensible en esa zona, pero él no parecía oír, y en realidad a Elf no le importaba. Compartió con él aquel instinto de celebración de la vida de esta forma primaria y salvaje y se unió a él embestida tras embestida, encontrando su propia liberación explosiva incluso antes que él.
Después se quedaron abrazados, temblando y sudando.
— Esto — dijo todavía jadeante— — no formaba parte del plan para esta noche.
— ¿Estás seguro? — respondió ella tomándole el pelo— . Prometiste que sería memorable.
— Te prometí el infierno, también, pero no era exactamente esto lo que tenía en mente. — Él la estrechó un poco más y la besó en la mejilla— . ¿Estás bien? Aún debes de estar dolorida.
— Un poco. Estoy bien. — Aquel tierno beso casi la derrite. Elf estuvo a punto de decir, te quiero.
— Ni siquiera te sientes ligeramente tentada a montar una escena de histeria.
— ¿De qué serviría?
— Eres una entre un millón, Lisette.
— ¿ Estás diciendo que las mujeres son menos capaces que los hombres de aguantar los contratiempos y las penurias ? — Bromeaba, pero también hablaba en serio.
— ¡No me digas que eres una de esas mujeres que creen que no hay diferencias entre sexos!
— Oh, reconozco algunas diferencias. — Se sintió con audacia suficiente como para tocarle los genitales, ahora fláccidos— . No todas.
Fort le cogió la mano y se la acercó a la boca para darle un beso.
— No juegues con fuego, preciosa, o no serás capaz de andar por la mañana. — Le frotó la mejilla con las manos enlazadas de ambos, luego se quedó quieto— . ¿Qué le ha pasado a tu máscara?
Oh, que el cielo me asista.
— Me la quitaron de un tajo.
— Me alegro. — Siguió el contorno del rostro de Elf como si pudiera verlo a través de los dedos. Ella esperó que no fuera así— . Los dos

estamos casi tan desnudos como llegamos al mundo. Es natural. Podría cogerle bastante aprecio a este lugar.
Elf le apartó de un empujón.
— No seas tonto. Tenemos que escapar.
Eso le recordó que tenía que volver a casa antes de la mañana para evitar el desastre total.
Fort la ayudó a desenredarse y pronto se hallaron de pie en el ataúd, cogidos de la mano, la única realidad que tenían eran la de su propia presencia, la del uno para el otro.
— Por cierto, hablas un inglés excelente — advirtió él.
¡ Oh, qué calamidad!
Pensándolo bien, Elf cayó entonces en la cuenta de que, desde el momento de la captura, había hablado de modo instintivo en su lengua materna. La mayor parte del rato habían hablado en susurros, sin duda aún no había podido reconocer su voz.
En una situación de peligro como esta, aquello no tendría que importar. No obstante, había encontrado algo precioso aquí, el espíritu de camaradería entre ambos, suscitado por el riesgo compartido. No podía soportar la idea de echarlo a perder con sus disputas familiares.
— Merci — dijo, y continuó en inglés con acento— . Me enseñaron bien, supongo.
— Te enseñaron bien, sí, pero ¿qué lengua, preciosa? Creo que in ex— tremis la gente habla su idioma materno. — Sus dedos encontraron la mejilla de Elf, luego le besó levemente los labios— . Guarda tus secretos por ahora, Lisette — dijo en francés— . Lo primero es salir de aquí.
Elf pronunció una oración de agradecimiento, aunque aquel «por ahora» incluía una advertencia.
Por desgracia, eso quería decir que, después de esta noche, Lisette tendría que desaparecer. El plan original consistía en que esta aventura durara únicamente una noche, pero ahora le costaba aceptar que tuviera que acabar.
¿Qué sucedería si confesaba la verdad? ¿Podría entenderla? ¿Podría dejar a un lado su rencor y su odio? Este hombre, el hombre que había conocido esta noche, no tenía ninguna conexión con emociones tan negativas.
El conde soltó la mano de Elf, luego ella le oyó moverse.
— El suelo es de baldosas.

Dejando aparte sueños anhelantes, ella también salió a gatas por su extremo del ataúd e intensificó cada uno de sus sentidos para recoger información.
— Odio esta oscuridad. Incluso un fragmento de cielo nocturno a través de una ventana sería algo.
— O ruido. En una posada, este silencio sería extraño.
— Estamos en mitad de la noche.
— Incluso así.
Elf se puso de pie. Una de sus medias se le escurrió, lo cual le recordó que se encontraba en un ignominioso estado de desnudez. Buscó la liga a tientas en la caja y chocó con el cuerpo de él.
— Lo siento.
Estiró las manos para recuperar el equilibrio y tocó algo blando. ¿Blando? ¿Redondo?
Retiró apresuradamente la mano. ¡Eran sus partes íntimas! Por algún motivo, tocarlas de modo accidental parecía escandaloso, mientras que tocarlas de forma deliberada no.
Él se rió entre dientes y, un momento más tarde, su mano tanteadora buscaba la de Elf para guiarla de nuevo hacia sí.
Ropa.
Le dejó algo en los brazos y Elf reconoció la túnica del monje.
— ¿No la necesitas? Llevo puesta mi camisa.
— A oscuras, no necesito ni un centímetro de tela. Póntela.
La idea de él vagando por ahí completamente desnudo alteró de modo extraño el equilibrio de Elf. Quiso serenarse poniéndose el hábito por encima de la cabeza.
La prenda se ajustó a su cuerpo, cálido y protector. Volvió a intentar encontrar su liga, pero enseguida se tropezó con el dobladillo.
— Es demasiado largo.
Él la encontró en la oscuridad y buscó a tientas el dobladillo.
— Diantre, tienes razón. y aquí no hay ningún cuchillo que yo sepa. Si tuviéramos el cordón entonces podríamos sujetártela.
Elf decidió quitárselo y se lo devolvió.
— Me las apañaré.
Él se alejó con la túnica en la mano, pero Elf no pudo oír ningún sonido de ropa rozando la piel.
— ¿No te lo pones?
— ¿Para qué tomarme la molestia?

— Para que yo no vuelva a encontrarme tus partes íntimas de modo accidental, ¿ te parece bien ?
— A mí no me importa.
— ¡Pero a mí sí!
— Mis disculpas, señorita Delicadeza y Decencia. — Entonces oyó sonidos— . Bien. Estoy pudorosamente tapado.
— Gracia. — Elf oyó su propio tono intransigente y ridículo, pero no pudo evitarlo. En realidad no podía hacer frente a la imagen de él deam— bulando desnudo por ahí.
— ¿ Y tú? — preguntó él.
— ¿Qué?
— ¿Estás pudorosamente tapada?
Cuando se lo recordó, encontró apresuradamente la tira de cinta y encaje y volvió a ajustarse firmemente la media. Luego se ató el cuello de la camisa para que no se abriera hasta mitad de su pecho. Se le escapó otro respingo al recordar el aspecto que debió de ofrecer ante sus secuestradores.
— En la medida de lo posible — masculló.
Si al menos hubiera sido menos desvergonzada y hubiera llevado camisa y medias de algodón para esta aventura. Pero no. Tenía que llevar la seda más fina y medias con una cantidad ridícula de encajes. Al tocarse, descubrió que la camisa se había roto en algún momento del secuestro, y una doblez de tela ahora exponía parte de su costado.
¡Lo que daría por un alfiler!
Dejó a un lado estas preocupaciones y se dispuso a trabajar, explorando centímetro a centímetro su prisión negra como boca de lobo.
— Me pregunto por qué se molestaron. siquiera en coger esta túnica — dijo, claramente más alejado en la dimensión de la sala.
— Tal vez la necesitaban para transportarte. A mí alguien me llevó sobre sus hombros, pero tú eres demasiado pesado.
— Probablemente. Un enigma resuelto. El resto, por supuesto, sigue siendo un oscuro misterio. ¿Qué quieren? Demonios, no recuerdo lo que pasó. ¿ Cómo fueron las cosas ?
— Yo tampoco lo recuerdo. Me desperté cuando ya me habían atrapado. Había ruidos. Tal vez una pelea.

— Espero que fuera yo. — Y al cabo de un momento, dijo— : Lo dudo, de todos modos. Aparte de mi cabeza, no veo que tenga otras magulladuras, y no hay señales de golpes recientes en mis manos.
Sonaba apesadumbrado. Elf entornó los ojos ante la forma en que funcionaba la mente masculina.
— Me cuesta pensar que eso tenga importancia — comentó— , siento lo de tu cabeza. ¿ Duele mucho ?
— Sí.
¿ Era tan lacónico a causa del dolor o de no haber obtenido heridas más honorables ?
Elf contuvo un suspiro:
— Tenemos que escapar antes de que lleven a cabo sus planes con nosotros, sean los que sean — le recordó— . ¿ Podrías concentrar tu mente en eso?
— ¡Lisette, es obvio que no tienes ni idea de lo desconcertante que es para un hombre estar durmiendo en su propia cama y despertar prisionero sin haber recibido ningún golpe! — Como ella no dijo nada, él añadió— : Oh, muy bien. Exploremos.
Elf continuó avanzando, obligada a contener una risita ante aquella demostración de susceptibilidad.
— Supongo que te gustaría ser un caballero de reluciente armadura. ¿ O tal vez un matador de dragones ?
— Tienes demasiada fantasía. Sólo desearía haber roto unos cuantos huesos.
— Uagh. ¡Qué horrendo!
Oyó un sonido metálico de algo que movía él en el otro extremo de la habitación.
— Uagh, que realista. ¿Qué crees que sucede cuando ese caballero romántico de reluciente armadura clava su lanza en el cuerpo del contrario ?
Absorta en esta conversación tan distraída, Elf se dio contra un obstáculo. Tras palpar su superficie, dijo:
— Aquí hay un tonel. Grande. Por el tamaño y el olor, probablemente sea cerveza.
— Y yo he encontrado algunos más pequeños. Probablemente vino, pero. — Elf oyó unos golpecitos— . Vacíos, creo. y bien, Lisette, si conseguimos liberarnos y hacer frente a nuestro enemigo, ¿ quieres que sea un caballero perfecto y honorable ? ¿ O quieres que rompa algunos huesos ?

— Sin duda me uniré a ti para romper huesos. — Dio unos golpecitos a un tonel que tenía delante— . Está vacío, también. Tiene un boquete, de hecho. ¿Crees...?
— Ah.
— ¿ Qué ? — Se volvió hacia donde provenía la voz de él, aunque no servía de nada, pues no podía ver.
— He encontrado la puerta. Por supuesto está cerrada de alguna manera. — Oyó algunos golpes sordos— . Maciza, maldita sea. No sé cómo podremos romperla con nuestras manos desnudas.
A Elf le gustó aquel «nuestras». En este momento no eran Ware y Malloren, lord y lady. Simplemente eran dos personas con una causa común. Casi como Adán y Eva, pensó, desnudos en el jardín del Edén.
— ¿Aún llevas la túnica? — preguntó Elf.
— Sí, tal vez a mí no me importe demasiado la decencia, pero la verdad es que hace un frío que pela. ¿ Estás segura de que no la quieres ?
Tenía razón. Pese a la estación del año, en aquella bodega hacía frío y mucha humedad. Sus pies con medias de encaje y sus brazos desnudos se estremecían de frío y el resto de su cuerpo le seguía de cerca.
— No, gracias — — dijo conmovida de forma un poco absurda con aquella galantería.
Y tal vez, pensó, apoyándose de espaldas contra el barril para frotar— se los brazos, había cosas de que alegrarse. Estaban vivos cuando, apenas pocos minutos antes, habían esperado la muerte. Por el momento, además de sus atuendos normales, habían arrojado también sus pasados: su rango, sus familias, su enemistad.
Por extraño que pareciera, se sentía aquí más próxima a Fortitude Harleigh Ware, prisioneros en la oscuridad, que incluso cuando hacían el amor.
— ¿ Algo más ? — preguntó él, apremiándola a continuar con la exploración.
El pie de Elf dio contra un cubo de madera, vacío. Fort informó también acerca de unas telas y una cuerda.
— No las suficientes para que nos sirvan de algo — dijo él— , aunque se me ocurriera el qué. Esta prisión tiene una eficacia insuperable.
Luego Elf llegó a la rampa.

— Por supuesto — dijo ella— . Siempre bajan los toneles de cerveza rodando por una rampa. Es así cómo metieron nuestro cajón.
Fort vino a unirse a ella, estiró la mano hasta que rozó la de Elf para cogerla. Ella no pudo resistirse a su abrazo.
El conde le frotó los hombros.
— Estás fría.
— Es inevitable.
— Es otro motivo para salir de aquí. ¿Cuánto pasará antes de que tu deferente familiar se intranquilice ?
O sea que él también pensaba en el escándalo.
— Por la mañana, supongo.
— Y luego, ¿qué sucederá?
— No tengo ni idea — e intentando ser lo más sincera posible, añadió— : Tal vez vacile antes de informar a las autoridades, pero no durante mucho tiempo.
Él la besó con dulzura en la frente.
— Entonces mejor intentamos escapar antes de la mañana. Voy a trepar por la rampa.
Oyó sonidos de arrastre, luego un traqueteo.
— Está sujeta por fuera, por supuesto, y es casi tan sólida como la puerta. Podríamos intentar abrirla con una palanca, pero aún así necesitaremos una herramienta de algún tipo para tener alguna posibilidad.
Volvió aliado de ella y, de nuevo, se encontraron el uno al otro en la oscuridad.
— ¿ Asustada ? — preguntó.
Sorprendentemente, tuvo que pensar en ello.
— Sí, aunque no tanto como lo estaría si me encontrara a solas. ¿ Lo estás tú? ¿Asustado?
— Sí — frotó la espalda de Elf para consolarla y ella hizo lo mismo— — . ¿Acaso tendría que ocultarlo? Aquí en la oscuridad, parece ridículo fingir. No quiero morir aún y desde luego no con esta falta de dignidad a manos de unos rufianes.
Esto planteaba cuestiones interesantes.
— ¿ Crees que son tus amigos escoceses quienes nos han capturado ?
Fort detuvo momentáneamente el movimiento de su mano.
— Tal vez.

— Pero ¿por qué ? y si quieren matarme, ¿por qué introducirse de noche en la casa de un conde para secuestrarnos a los dos? — Rogó por obtener una respuesta sincera.
— No tengo ni idea, lo cual es bastante preocupante...
— Especialmente cuando son tus asociados — dijo ella de una forma brusca.
— Guarda las garras, gatita. De verdad no tengo ni idea de qué hay tras esto. Por el momento, estamos en el mismo bando, y nuestra necesidad más apremiante es escapar. Me temo que eso significa reptar por el suelo para encontrar algo útil que se les halla pasado por alto.
Él quería apartarse, pero Elf continuó agarrada a la áspera lana de su hábito.
— Quiero saber todo lo que está pasando.
— No serviría de nada.
— ¿Cómo puedes estar tan seguro?
— Sólo sientes curiosidad, algo típico de las mujeres.
— ¡Curiosidad! Mi vida está en peligro. ..
— Y estás retardando las cosas con una discusión inútil. — Se soltó y se apartó.
— Típico de las mujeres, y tanto que sí. — Elf se puso de rodillas y empezó a abrirse camino por la habitación. Su camisa se rompió aún más, de modo que, murmurando una maldición, decidió anudársela cerca de la cintura. Si de repente se hiciera la luz y quedara expuesta con esta facha, se moriría de vergüenza— . Si no supieras qué está sucediendo — protestó— , tendrías un montón de preguntas, también.
— No sé qué está sucediendo. Por ejemplo, ni siquiera sé quién eres, aunque hay algo rematadamente familiar en tu voz cuando hablas inglés. ¿Por qué no empiezas por darme tu nombre auténtico?
Elf casi lo pronuncia, pues sentía ganas de escarmentarle. Se las arregló para aguantarse.
— No es importante quién sea yo. — Elf se estiró para tantear por debajo del gran tonel: sólo Dios sabe qué podría haber ahí. Resultó que sus dedos encontraron sólo astillas de baldosas rotas.
— Entonces lo que esté pasando tampoco es importante — repuso él— . He encontrado un palo corto, un mango roto de escoba, creo, pero no veo de qué nos puede servir.

Se refugiaron en un silencio malhumorado roto sólo por los arañazos de su búsqueda.

CAPITULO 11

Gradualmente, Elf comprendió lo absurdo de su conducta e intentó mostrarse reconciliadora.
— Sería un fastidio — dijo, tras no encontrar nada remotamente parecido a una herramienta— descubrir que hay hachas y guadañas colgadas del techo.
Se incorporó, volvió a arreglarse lo mejor que pudo la camisa y quiso dirigirse hacia donde estaba el cajón. Su pie tropezó con una piedra, lo cual la hizo caer hacia delante y golpearse con el escollo en las rodillas.
Al oír su grito, Fort preguntó:
— ¿Qué? ¿Qué sucede?
— Acabo de tropezar. — Se sentó para frotarse varios puntos doloridos y luego miró hacia el obstáculo. Pensaba que se trataba de una baldosa levantada pero tenía varios palmos de grosor y llevaba manillas de metal adheridas. Estaba claro que, de todos modos, a ellos no les serviría de nada.
— Odio esta oscuridad — dijo, mientras se incorporaba con torpeza— . ¿Tú también continúas frotándote los ojos con la esperanza de aclarar la vista ?
— Sí. ¿Tienes momentos en que temes haberte quedado ciega?
— Los tendría si estuviera sola. ¿Has encontrado algo?
— No, ven y siéntate en el ataúd.
Avanzó a tientas con sumo cuidado, sus otros sentidos empezaban a desenvolverse mejor. Un golpe seco indicó a Elf que él había vuelto a colocar la tapa. Cuando llegó hasta el ataúd y se sentó, la túnica de él le cubrió los hombros.
Lo cual significaba que, después de que él la rodeara con el brazo y la acercara un poco más, se quedó apoyada contra su cuerpo desnudo. No protestó. La cálida tela era reconfortante y él la había colocado a lo largo para envolverlos a ambos.
— ¿Y ahora qué ?
— Tenemos que decidir si atacamos por la puerta principal o desde la rampa. Creo que la rampa se abre hacia fuera, y es posible que la cerradura no sea muy consistente. Quizá consiga hacerla saltar,

pero no estoy seguro. No puedo correr contra ella. Puesto que no hay ni un metro de altura ahí arriba, no tengo espacio para abalanzarme contra ella.
— Además te harías daño.
— Por ti, dulce dama, cualquier cosa.
Elf se rió, arrimándose un poco más.
— Te resulta de verdad ofensivo tener que estar aquí sentado, esperando a que suceda algo.
Durante la exploración de la sala, Elf había pensado en la gente que trabajaba para ella. Tal vez la estuvieran buscando en esos momentos. Quizás habían presenciado el secuestro, pero no habían sido capaces de actuar de forma inmediata. Pero en ese caso, seguro que estarían planeando un rescate.
Luego recordó que para ellos no era más que una mujerzuela contratada por los Malloren para seducir al conde.
— ¿Crees que habrá alguien vigilando la puerta? — preguntó.
— Depende de tantos factores. Si para ellos es importante tenernos aquí retenidos, por el motivo que sea, entonces sí, habrán apostado un vigilante y ahora ya sabrá que hemos salido de la caja y estamos moviéndonos. Si sólo querían librarse de nosotros durante un rato, entonces es posible que no haya nadie. Está claro que pueden retenernos en este lugar durante muchas horas.
— ¿ Por qué querrían hacer algo así? — Una vez más, Elf le rogaba que fuera sincero con ella y le explicara alguna cosa de aquel complot.
— Es posible que existan motivos, pero enterarte de ellos te colocaría en una situación de peligro.
Al oír su tono de voz, recordó que Lisette había afirmado no haberse enterado de nada importante en Vauxhall. Este hombre tan caballeroso sólo intentaba protegerla. Hizo sonreír a Elf de un modo que parecería tonto, si alguien pudiera verla.
— Si nadie nos vigila — sugirió— podemos hacer ruido. Pedir ayuda.
— Según mis cálculos deben de ser las tres de la mañana más o menos,y este edificio, sea lo que sea, está abandonado. ¿ Quién iba a escucharnos ?
— Intentémoslo de cualquier modo. — Elf se levantó de la caja— . Usaré el palo para dar golpes a la puerta. Tú puedes mover la trampilla.

— Impetuosa Lisette. — Él oyó cómo se movía— . ¿Lamentas haberme seducido?
— ¿Haberte seducido? — Elf se quedó parada— . jEstá bastante claro que no fui yo!
— ¿No? Cuando un caballero no tiene intención de coquetear e, incluso así, lo exhortan a complacer a una dama, ¿de qué otro modo lo llamarías ?
— i Exhortado! ¿Quién sedujo a quién en aquella barca, milord? — Elf tanteó el camino hacia la puerta, encontró el palo y se puso a descargar su rabia sobre el roble.
— Caramba, vuelvo a ser «milord». — Sacudió la trampilla en lo alto de la rampa— . iAyuda!iEh! Pues si yo te seduje, Lisette, di muestras de ser especialmente inepto.
— ¿ Sí? — Se entretuveo con la madera— . Me hiciste reconsiderar mi decisión.
— Ah, gracias por devolverme la fe en mí mismo. i Eh, ahí fuera! i Ayuda, en la bodega! iUna recompensa de cien guineas a quien nos saque de aquí!
— ¿Cien? jQué tacañería! jAyuda! — gritó Elf— iEn la bodega! i Mil guineas de recompensa a quien nos saque de aquí!
— Fruslerías. i Diez mil guineas por librarme de esta mujerzuela temeraria y extravagante!
— Me temo que eres hombre de pocos recursos. i Ayuda! iCien mil guineas a quien me salve de este tunante miserable!
— ¿ Por qué empiezo a pensar que esperas que pague tus deudas ? i Auxilio! i Auxilio! iMi condado a cambio de que alguien me saque de aquí!
Se hizo el silencio, y Elf se percató de que a los últimos gritos de él les seguían sus risas. Se lo estaba pasando en grande. Oh, desearía poder verle desternillándose de risa.
Con voz aún temblorosa, Fort dijo:
— Cien mil, ¿por qué no? Criatura perversa, desenfrenada. Ah, bueno, si nadie nos ha oído hasta ahora, nadie nos oirá.
Elf dejó caer el palo y se apoyó contra la puerta.
— Pero, entonces... ¿Nos dejarán aquí? No podemos morir de hambre en el mismo Londres.
— Estoy seguro de que es posible, pero no permitiré que lleguemos a eso.
— ¿No? Has admitido ser un héroe un poco deficiente.

— ¡Y tú estás dando muestras de ser una fierecilla deslenguada! Desiste. Hay pequeñas grietas en esta puerta y, sin duda, una ves se haga de día alguien andará por aquí. Pensaremos en algo.
— Lo siento. — Volvió a tientas hasta el cajón— . No estoy acostumbrada a sentirme tan impotente.
— ¿Y piensas que yo sí? Está claro que no te haces a la idea de lo que significa ser un conde.
Más que nunca, Elf quiso confesar la verdad, pero el riesgo de debilitar aquella camaradería era elevado.
— La luz del día facilitará las cosas, aunque sólo sea una grieta ínfima. Es la oscuridad lo que me irrita.
Él se sentó a su lado y la cogió en sus brazos, luego la recostó para que descansara apoyada en él, sobre el cajón, con la túnica tapándolos ambos.
— Cierra los ojos y piensa en dormir.
— ¿ Crees que podré dormir aquí?
— No. Pero con los ojos cerrados, la oscuridad no será tan mortificante.
Se estaba mejor, incluso entró en calor y se sentía cómoda en sus brazos. Temió que, de todos modos, él estuviera más incómodo sobre la áspera madera.
— Eres muy amable, Fort.
— ¿ Lo soy ? Eso sorprendería a muchos.
— ¿ Por qué dices eso ?
Fort le acarició la espalda con la mano y ella pensó que no iba a responder.
— No lo he sido en los últimos tiempos.
En aquella especie de cápsula que formaban entre los dos, habían creado un momento para las confidencias. Elf se preguntó si debería permitirlo, pues él nunca hablaría de este modo a Elf Malloren. Pero quería conocerle, comprenderle, y sospechaba que él necesitaba hablar.
— ¿ Por qué no has sido amable ? — preguntó— . Parece propio de tu naturaleza.
— ¿Lo crees? No estoy seguro de recordar cuál es mi naturaleza. Sí, tal vez, solía ser amable, si no me ocasionaba demasiadas molestias.
— Creo que eres duro contigo mismo. Conmigo te has comportado muy bien.

— Con frecuencia, los hombres se comportan bien con las mujeres a las que quieren seducir.
— ¡Ajá! — Elf se sentó a horcajadas sobre él, pese a no poder ver nada— . jAdmites que lo querías!
Se rió entre dientes.
— ¡Sí, lo quería! Para ser precisos, te quería a ti. Dios sabe por qué.
— Puedes ser muy grosero a veces.
— Pensaba que habías dicho que me he comportado bien contigo.
— Tienes la notable capacidad de ser rudo y amable al mismo tiempo.
— ¿Estás pensando en mi naturaleza o en mi pericia sexual? –Pero entonces alargó la mano, la encontró, y tiró de ella hacia abajo para que se recostara sobre él, estirando otra vez la túnica por encima de los dos— . Tengo frío.
— Tú. ..tú lo deseas otra vez. — Difícilmente podía equivocarse con aquella evidencia.
— Sí, un deseo incontenible, sería un buen término. No te preocupes, de todos modos, no estoy desesperado.
Elf se movió un poco para no apretujarle demasiado.
— ¿ Por qué me deseas, entonces ? — preguntó ella, dejando que su mano se moviera lentamente sobre el pecho de Fort.
— Ah, la pregunta universal. Tal vez, Lisette, simplemente echaba de menos estar con una mujer.
— ¿Lo echabas de menos? — Le tomó el pelo— . Eso no explica la última vez.
El conde le dio una palmada en el trasero.
— Descarada. Fue una expresión alocada del alivio de estar vivo.
— Muy bien. ¿Por qué me deseas ahora?
— El peligro exalta a algunos hombres.
— ¿Exalta? — dijo ella con un risita entrecortada— . Qué palabras tan interesantes empleas. ¿Por qué no habías hecho el amor durante un tiempo? Estoy segura de que no te faltan oportunidades.
— Tal vez estaba harto de la cháchara incesante de las mujeres.
Fort hacía todo lo posible para disuadirla con palabras, pero Elf ardía de necesidad de comprender a este hombre.
— Estoy segura de que puedes pagar a una puta para que esté callada.
Él la acercó aún más apretándole las nalgas con sus manos.

— Estoy seguro de una chica tan lista no se corresponde con la tontita inocente que quieres representar. y no obstante eras una inocente. ¡Tengo ganas de esclarecer el enigma, Lisette!
Pegada a él, podía sentir cómo se endurecía y aumentaba de tamaño entre sus muslos. Iba sacando nuevas armas para intentar hacerla callar.
No es fácil hacer callar a una Malloren.
— Mi familia no se anda con hipocresías — replicó ella— .¿Por qué no habías estado con ninguna mujer?
Él cambió de posición y cogió la cara de Elf para enmudecerla con un beso. Elf le devolvió el beso, transformando aquel arma en placer, hasta que la mano de él se relajó y la tensión abandonó su cuerpo. Sin embargo, cuando sus labios se separaron, Elf susurró:
— ¿Por qué no habías estado con ninguna mujer?
Tuvo que tragarse un grito por la manera en que le comprimió los hombros con las manos, pero luego aflojó.
— Porque — dijo quedamente— les estaba haciendo daño.
— ¿Daño? — deseó ver su expresión.
— Igual que te hago daño a ti. — Le frotó los lugares que le había magullado.
— No me has hecho daño hasta el momento.
— Contigo parece diferente. Este es el motivo, por eso accedí a hacer el amor contigo.
Elf se puso cómoda, con la cabeza arrellanada entre su cuello y hombro.
— Me alegro.
— ¿Qué?
— De ser diferente.
— Al menos no eres el tipo de mujer al que le gustan los mordiscos y los moratones.
— ¿Les gusta a algunas mujeres?
— ¡Ah! Por fin una pizca de inocencia. Sí, a algunas mujeres les gusta el sexo con dolor. También a algunos hombres.
Elf se movió para besarle la mandíbula.
— Pero no a ti.
Él se desplazó para poder besarle los labios.
— No, a mí, no. De modo que si eres aficionada a formas más virulentas de amor, mejor que busques otro que te las ofrezca.
Elf volvió la cabeza a un lado.

— ¡Tal vez no te guste magullar, pero no dudas en vapulear con las palabras!
Se quedó quieto por un momento, luego le tocó el pelo con la mano.
— Lo siento, pero ya te he dicho que no soy amable.
— No creo que sea tu verdadera naturaleza. ¿Por qué eres... tan cruel?
Había planteado la pregunta básica y, al ver que el silencio se prolongaba, pensó que no iba a responderla.
— Sufrí una conmoción — dijo por fin— . Que me llenó de ira.
No decía mucho, pero era una concesión tremenda por su parte. Elf le acarició el pecho.
— Lamento que hayas sufrido.
— ¿Sufrir? Sí, supongo que eso sirve para describirlo.
— ¿ Una muerte? — inquirió, aventurando una pregunta.
Quería que él le explicara la raíz de su amargura. Tal vez nunca se lo había contado a nadie. Sabía que a sus hermanos, sobre todo Bryght y Rothgar, les resultaba duro hablar de sus emociones más fuertes.
— Perspicaz Lisette. Sí, una muerte.
Se quedó callado de nuevo mientras ella esperaba, en absoluto segura de hasta dónde podía llevarle.
— Mi padre.
Elf intentó no mostrar ninguna reacción. Había costado tanto que aquellas dos palabras salieran de su boca que supo que había sido duro para él.
— Puede ser muy duro perder a un padre — dijo ella— . Mi padre murió cuando yo era joven.
— ¿Cómo de joven?
¿ Cuánto conocía él de la historia familiar de los Malloren? Por si acaso, añadió un par de años.
— Tenía nueve años.
— Casi demasiado joven como para acordarse.
— Sí. Ojalá hubiéramos disfrutado más de él. Ojalá tuviéramos más retratos, más cartas. Dictó cartas para todos nosotros mientras yacía en el lecho de muerte, pero son bastante serias. Consejos. Advertencias. Me han contado que le gustaba divertirse.
— Supongo que la muerte es una experiencia que acaba con la alegría. ¿ De modo que tienes hermanos ?
— Sí. ¿ Y usted, milord?
— Llámame Fort, ya sabes, o nunca te contaré mis secretos.

El comentario bromista la hizo sonreír. Además le comunicó que había abierto una brecha, que él iba a hablar. Aunque volvieron los remordimientos, consiguió librarse de ellos. A él le sentaría bien hablar.

— Fort, entonces.

— Tengo dos hermanas y un hermano.

— ¿Y tu madre? ¿Aún vive?

— Murió cuando yo era bastante joven.

— Pero al menos tienes un hermano y hermanas.

— No estamos demasiado unidos.

Elf quería protestar. Chastity adoraba a Fort, igual que la otra hermana, Verity. Le respaldarían y le ayudarían en lo que hiciera falta, pero él parecía no darse cuenta. Sólo porque pensaba que él les había fallado, creía que no le podían querer.

— Es una pena — — comentó ella.

— Entonces, ¿tú sí estás unida a tu familia?

— Sí, mucho.

— Tienes suerte.

— Creo que sí, aunque eso significa que todos se sienten con derecho a interferir en mi vida.

— ¿De verdad? Tenía la impresión de que no te vigilaban como era debido.

Elf sabía que cada vez se estaba dejando llevar más por el remolino de la verdad, pero no podía impedir ser todo lo sincera que pudiera

— Simplemente es que no les tengo cerca en este momento.

— Ah, sí. Y alojada con tu complaciente amiga.

— No hace falta que la menosprecies. No está a favor de mis acciones.

— Entonces debería impedirlas.

— Tal vez soy imparable. .

— La verdad, eso parece. Para deleite mío. — La estrechó un poco más— . Me satisfaría enormemente, Lisette, que fueras mi querida. Me gustas y, la verdad, mi sincero apetito por tu cuerpo no parece encontrar impedimentos.

— Ojalá pudiera — dijo Elf— . Pero una vez mi familia se entere, se opondrán.

— Entonces me habías hecho creer otra cosa. — Parecía un poco contrariado, tal vez lo estuviera— . ¿ Has pensado qué pasaría si concibieras un hijo? No es inevitable, pero es posible.

Elf lo había pensado. Por supuesto que sí.
— Se enojarían mucho, pero me ayudarían. Tendría el hijo con discreción y sería criado por unos padres adoptivos apropiados. No es una situación inusual.
— Qué cabeza tan fría y calculadora la tuya. Espero que tu familia sea tan comprensiva como dices.
Lo mismo esperó Elf, pero frialdad no describía con exactitud sus sentimientos. La idea de quedarse embarazada la alarmaba. La noción de entregar un bebé, un bebé de Fort, a unos desconocidos, la horrorizaba. ¿ Por qué no había pensado antes en lo imposible que le resultaría algo así?
La voz de él la distrajo.
— Prométeme una cosa.
— ¿Qué?
— Si te quedas embarazada, házmelo saber. Tengo dos hijos bastardos, que yo sepa, y los vigilo de cerca. No creo que a esos niños les beneficie conocer demasiado pronto que proceden de una familia noble, pero me aseguraré de que les vaya bien la vida desde el principio.
Elf le cogió el rostro entre sus manos y buscó sus labios para darle un beso. Pudo sentir en su relajación una actitud afable, casi fue capaz de ver sus rasgos relajados por la confianza y el buen humor.
— Ya te he dicho que eres un hombre bondadoso.
— ¿Crees que se trata de bondad? Algún día podrían servirme para algo. — Pero Elf sintió cómo se dibujaba una sonrisa en sus labios.
— ¿ Por qué te esfuerzas tanto por parecer desalmado ?
— Eres una romántica, sólo intento ser sincero.
— Das una imagen falsa. Cuéntame, entonces, cómo ves tú al conde de Walgrave.
Él la cambió de pronto de sitio, friccionando su erección contra el pubis de ella:
— Incontenible de deseo.
El deseo también bullía en Elf, pero preguntó:
— ¿Por qué insistes en distraerme?
— Porque no dejas de hurgar mis heridas.
— ¿Qué heridas?
Gruñó y la acalló con un beso. Ella lo disfrutó inmensamente, ni por un momento pudo olvidar la ardiente invasión entre sus muslos, pero cuando él se detuvo Elf preguntó:

— ¿ Qué heridas ?
— Cállate. — Él le dio media vuelta y la colocó debajo, le separó los muslos y la penetró. Elf se puso rígida a causa de la conmoción y el dolor.
Entonces Fort se quedó helado, luego salió de ella, tembloroso.
— Ya ves como soy. Incluso contigo.
Elf le agarró por el pelo antes de que desapareciera en su silencio:
— ¿ Ves cómo soy? Como un terrier, tanto si voy detrás de la verdad como detrás de un hombre.
Cruelmente, empujó su cabeza hacia abajo y se montó a horcajadas sobre él:
— Te deseo.
Tanteando en la oscuridad, encontró su erección y, pese a una protesta murmurada que no sonó sincera, pudo ceñirse a aquella rígida plenitud, dlstrutando al llevársela tan adentro, incluso hasta puntos aún demasiado sensibles.
— ¿Estoy haciéndolo bien? — susurró ella.
Una risa salvaje recorrió su fuerte cuerpo como una oleada.
— Perfectamente. ¿Estás cómoda?
Elf se movió un poco más, llena de él, con las caderas totalmente dilatadas.
— Qué pregunta tan extraordinaria. Ya no duele.
Se desplazó un poco más para intentar mejorar su equilibrio y sintió la respuesta en él, sintió entre sus muslos la tensión. Recordó la ocasión en que hicieron el amor y él la animó a hablar.
— ¿ Qué heridas ? — preguntó, balanceando con delicadeza sus caderas sobre él.
— ¿ Qué ? — Elf no necesitaba ver para distinguir que la mente de él no estaba para cuestiones prácticas.
Se mordió el labio con una risita.
— ¿ Qué heridas ? Explícame algunas heridas y me moveré un poco más.
.
— Esto es un abuso del tipo más rastrero.
— No me distraerás de esa manera. ¿Qué heridas?
— No.No...
— Dime. Es necesario abrir las heridas para curarlas. — Siguiendo su ritmo fluctuante, cantó— : Cuéntame, cuéntame, cuéntame...
La agarró, la tumbó hacia abajo y la sujetó brutalmente debajo de él:

— Maté a mi padre — dijo, antes de usar el cuerpo de Elf para olvidar.

Trastornada por aquellas palabras, asolada por aquel ritmo brutal, Elf sólo podía moverse desvalidamente hasta que él se colapsó sobre ella, estremecido, ya sin movimiento. Elf levantó una mano temblorosa para acariciarle la espalda, por la que corría el sudor frío.

¿Qué podía decir, qué podía decir ? Había matado a su padre. El, y no uno de sus hermanos, había apretado el gatillo.

Luego se percató de su llanto. Desvalido, destrozado por aquello, lloró en los brazos consoladores de ella, y durante todo el rato, Elf se tragaba en silencio sus propias lágrimas. Oh, no hagas esto. ¿ Cómo te sentirás cuando sepas quién soy yo? ¿ Cómo podrás soportarlo? No hagas esto...

Y no obstante, ella lo había provocado. Había roto toda barrera, sin pensar en ningún momento cómo iba a manejar lo que apareciera enjaulado en el interior.

Volvió a pensar en aquella noche terrible en Rothgar Abbey. Todos sus hermanos iban armados. Estaba segura de que uno de ellos habría podido matar al viejo conde. En su lugar, le habían forzado a él — Rothgar le había forzado— al más horrendo de los crímenes, el parricidio.

Por primera vez se sentía avergonzada de algo que había hecho su familia.

Fort se había quedado en silencio, comprensiblemente sin palabras. Lo mismo le sucedía a ella. ¿ Qué podía decir alguien en esta situación ? ¿ Qué diría Lisette ? Elf adoptó un tono firme y atrevido:

— Estoy segura de que entonces tu padre merecía morir.

Él se rió, tembloroso.

— Oh, desde luego. Pero también lo merece mucha gente. No sirve de exculpación.— Aún seguía tendido entre los muslos de Elf.

— Sin duda nadie conoce tu crimen o te habrían castigado.

— Algunas personas lo saben. No saldrá a la luz. ¿No te escandaliza?

— No. — Aunque ahora conocía los peligros de sus preguntas, tenía que insistir un poco más para intentar arreglar lo que había estropeado— . ¿Pero por qué te hace tanto daño?

— ¿Por qué? — Parecía debilitado a causa del sexo y la desdicha y estaba medio asfixiándola con su gran cuerpo, pero Elf podía

soportarlo— — . Dios sabe. Tal vez porque es el único hombre al que he matado. Eso tiene que dejar una marca.
Elf permaneció en silencio, esperando algo más.
— Probablemente porque le odiaba. — Hablaba tan quedamente que casi no le oía— . Le odiaba, le despreciaba y le temía, toda mi vida había sido así. Podría decirme a mí mismo que lo maté porque él estaba a punto de matar a otros. Es lo que mis hermanas dijeron. Pero lo maté porque lo odiaba, porque quería matarlo desde que era niño, y finalmente tuve la oportunidad.
Se incbrporó sobre el antebrazo y las palabras surgieron de él.
— De niño, quería matarle por el terror y la impotencia que me inspiraba. No eran sólo las palizas, eran sus normas imposibles. Nada de lo que yo hacía era lo bastante bueno. Aprovechaba cada error para restregármelo por la cara, y delante de los criados. Luego me azotaba, llamaba a los criados para que miraran. Decía que aquello serviría para domar mi orgullo. Él, el hombre más orgulloso de la creación.
»Pero cuando fui mayor, me liberé de él. No fue en mi busca y yo le evité como si tuviera la plaga. Fue cobardía flagrante. No hice nada para ayudar a mis hermanas. Nada para detener su crueldad con sirvientes y arrendatarios. Estaba demasiado aterrorizado como para interferir. y así, al final, le maté.
Sobrecogida también ella por esta revelación, Elf acarició los húmedos brazos del conde.
— Suena como si se tratara de un monstruo.
— Lo era. Pero debería haberle matado cara a cara.
— No, no. No podías hacer algo así. Sí, tal vez deberías haber intentado ayudar a quienes estaban bajo su yugo. Pero tal vez no conocías el alcance de su crueldad.
— Porque preferí no enterarme. — Su voz había pasado a un tono más normal, y cambió de posición para poder deslizar su mano entre los muslos de Elf.
Ella le cogió la muñeca.
— ¡No!
— ¿No? No creo que te haya resultado muy placentero este último encuentro.
— Creo que mi dinero ha sido bien aprovechado.

— No lo olvides, soy yo quien te paga. — Al ver que ella continuaba oponiéndose, él desistió y se incorporó para sentarse— . Tal vez ahora intentes conseguir un suplemento por chantaje.
Elf se desplazó para sentarse a su lado.
— Aunque lo que dijeras fuera cierto, no tengo ninguna prueba.
— Entonces estoy salvado del ridículo. — Aunque físicamente estaban sentados uno al lado del otro, ella sintió que se apartaban— . ¿ Estás orgullosa de ti misma, Lisette ?
Elf tiró de la túnica para taparse, temblorosa, aunque no era sólo frío.
— No, después de esto, nunca querrás volver a verme, ¿verdad?
— Nunca pensé en considerar una relación duradera.
— Me pediste que fuera tu querida.
— Ah, sí, tienes razón. Lamento tener que retirar la oferta.
Elf tragó saliva.
— No me odies.
— No lo haré. No te odio. Simplemente trataré de olvidarte.
Elf apretó los labios para detener las lágrimas.
— ¿Qué sucederá si volvemos a encontrarnos alguna vez?
— Lisette — dijo él con brusquedad— , creo que entiendes lo que ha sucedido. Déjalo así. Ha sido una noche extraña y, si sobrevivimos, sin duda, ninguno de los dos podrá olvidarlo por completo. Pero estoy seguro de que lo intentaremos.
Elf cayó en la cuenta de que había cogido la túnica y le había dejado desnudo. Se apresuró a quitársela y la sostuvo ante él hasta que la tela le tocó el cuerpo.
— Cógela. Debes de tener frío.
Pero él se alejó, su voz llegó desde cierta distancia.
— Consérvala. Intenta dormir un poco.
Tragándose las lágrimas que él no debía oír, Elf se acurrucó tapada por la túnica, entre el olor a él y a sexo, e intentó empezar a olvidar.

Había sido una larga noche con poco descanso. Elf debía de haber dormiltado un poco ya que de pronto unos fuertes ruidos la despertaron. Esforzándose por desenredar la túnica para poder sentarse, además de los golpes oyó unas voces que hablaban en voz baja.
— Han forzado algo en el ojo de la cerradura, eso es lo que han hecho — refunfuñó alguien.

Una mano le provocó un sobresalto. Fort dijo:
— Shhh.
— ¿Quién es?
— No lo sé. Pero no son nuestros secuestradores. Con suerte, es mi gente, que me está buscando. — Sonaba relajado, aunque de un modo artificial.
O mi gente, que me está buscando a mí, pensó ella. Luego recordó que estaba desnuda. Se levantó de la caja sin hacer ruido y le puso la túnica en las manos.
— Supongo que tengo que ponerme algo — dijo cogiéndola— . Ojalá pudiéramos compartirla de alguna manera. Tu camisa apenas servirá para cubrirte.
Elf se percató de un vestigio de luz que destellaba alrededor de la trampilla. Aún no se había hecho de día, pero ya estaba amaneciendo.
— ¿No deberíamos decir algo? — sugirió ella— . Al fin y al cabo, si son nuestros secuestradores, ya saben que estamos aquí. y si no, cabe la posibilidad de que desistan y se vayan.
— Cierto. Voy a intentar comunicarme. — Elf oyó el sonido de alguien arrastrándose y luego su voz— : Hola los de afuera.
Los golpes cesaron:
— ¿Señor?
Elf estaba retirando la tapa del ataúd. Estaban a punto de rescatarles y tenía que hacer lo posible por conservar en secreto su identidad. Probablemente el desastre era inevitable, pero si consiguiera ponerse la máscara de nuevo, aún quedaría la posibilidad de que Fort no tuviera que enterarse nunca de la identidad de su confidente nocturna.
Eso, al menos, le ahorraría recordatorios constantes de sus confesiones.
— Soy el conde de Walgrave. El hombre que me rescate puede contar con una bonita suma de dinero.
Aunque la tapa era pesada, Elf se las arregló para sostenerla con una mano mientras tanteaba en su interior.
— Usted perdonará, milord, pero, ¿hay una dama ahí con usted?
¡Había encontrado la máscara!
— Efectivamente. ¿La buscan a ella?
Elf volvió a bajar silenciosamente la tapa, captando la sorpresa en la voz de Fort. Oh, ciertamente le esperaban unas cuantas sorpresas.

Sobre todo porque habían cortado los cordeles de la máscara. ¡Al infierno aquellos condenados escoceses!
— Sí, bueno, por decirlo así. — Elf reconoció la voz de Roberts— . ¿ Se encuentra bien?
— ¡Sí! — gritó Elf— . ¡Por compasión, sáquennos de aquí!
Su mayor preocupación, de todos modos, era la máscara. ¡La muy puñetera! Habían cortado el cordel izquierdo de la máscara dejándolo a una pulgada del contorno. Con manos temblorosas, intentó anudar el cordel roto al fragmento que quedaba, pero era inútil.
Inútil.
¿ Podría sostenerla contra el rostro ? No, eso resultaría una verdadera tontería. Los golpes que llegaban de la trampilla amenazaban con su inmediata liberación, la luz entraría en la bodega y la dejaría a ella terriblemente expuesta.
Arrojando a un lado aquel inútil objeto, Elf se despeinó los rizos empolvados y los echó hacia delante, sobre su cara.
— ¿ Cuál es el problema ahí fuera? — gritó Fort.
— Tenemos un hombre con nosotros que puede abrir cerraduras, milord, pero alguien ha metido un bodoque de madera en el ojo de la cerradura. Y, como la puerta se abre hacia fuera, será difícil romperla hacia dentro.
— Hay otra puerta aquí abajo, ¿qué clase de sitio es?
— Es una taberna en ruinas cerca de los muelles, milord. No hace mucho ha sufrido un incendio, por lo que parece. Destruyó los edificios próximos y dejó este lo bastante chamuscado como para cerrarlo. Intentaremos encontrar la otra puerta.
Elf oyó a Fort arrastrarse rampa abajo.
— ¿ Dónde estás ? — preguntó.
— Junto a la caja.
En un momento lo sintió a su lado, él le tocó la mano con delicadeza.
— He sido un miserable esta noche, Lisette. Acepta mis disculpas.
Elf le cogió la mano, tragándose las lágrimas sólo de pensar lo que había podido ser, si fueran otras personas o si ella no hubiera roto las defensas de él.
— Pedí respuestas a preguntas que no querías que te hicieran.
La cogió en un abrazo casi fraternal.
— Tal vez yo ya estaba preparado para denigrarme.
— No veo nada denigrante. Y sólo quería reanimarte. Perdóname.

— Por supuesto que te perdono. — La meció levemente, recordándole el primer abrazo de la noche, aquella deliciosa y tierna oscilación en los brazos de él que había llevado a otras cosas que nunca volverían a suceder.
Nunca más, nunca más, sonaba como un canto lúgubre en su cabeza.
— Eres una mujer bondadosa, Lisette. — Las débiles voces se oían cada vez mejor al otro lado de la puerta. En cualquier momento, esto se habría acabado— . ¿Me dirás tu nombre verdadero?
Elf no quería nada más, pero susurró:
— No me atrevo.
Se aferraba a la posibilidad remota de escapar sin ser identificada. Tal vez entonces Elf Malloren podría encontrar una forma de estar con Fort Ware.
Él le cogió la cabeza entre las manos y siguió sus facciones con los dedos.
— Me pregunto a qué tienes miedo...
Pero entonces, con un chasquido chirriante, se abrió la puerta y la luz de las antorchas inundó la estancia.
Cuando Elf ocultó el rostro contra el pecho del conde, quería simplemente protegerse la vista. Comprendió de inmediato que había encontrado una posición excelente.
— La llave estaba en la cerradura, milord. Santo. ..santo cielo. Roberts había conseguido no decir «milady» a tiempo. ¿Cuánto sabía él? ¿ Y qué diantre de aspecto tendría ella?
— Encuentre algo con lo que cubrir a la señora — dijo Fort con viveza— . Vamos. Uno de vuestros abrigos, enseguida.
Elf se encontró empaquetada en un abrigo de pañete que olía sólo un poco a sudor. Una vez metió los brazos en las larguísimas mangas, mantuvo la cabeza baja y deseó disponer de un cuello que subir para taparse la cara. Luego Fort la cogió en brazos y la sacó por la puerta, de modo que de nuevo tuvo ocasión de ocultar el rostro contra su hombro.
— Puedo andar — dijo.
— El suelo no esta en condiciones aquí.
— Tú también vas descalzo.
— Parece mi única ocasión de ser un perfecto y cortés caballero. No me prives de ello.
Alivio temporal.

Unos pocos momentos más de proximidad, sin reproches.
Elf se relajó contra él mientras la subía por unos peldaños destartalados y se abría camino entre las ruinas de la vieja taberna. El lugar olía a cerveza rancia y madera chamuscada, pero luego una corriente de aire fresco acarició juguetona sus piernas, indicando la proximidad del río. Volviendo la cabeza con cautela, vio la luz gris del amanecer a través de ventanas ennegrecidas y rotas. Qué vista tan preciosa después de la oscuridad.
Luego él atravesó la puerta de entrada con ella aún en brazos y salieron a un descampado abandonado, bordeado de edificios abrasados por el fuego.
— ¿Tenéis algún vehículo? — preguntó Fort.
— Sí, milord.
— ¿Quién diantres sois?
Al oír su tono de voz, Elf miró a hurtadillas y dio un respingo. Habían traído con ellos la silla de un solo caballo, la que ella solía emplear para desplazarse por la ciudad, generalmente con un lacayo subido detrás. De color azul satinado con ribetes blancos y dorados, no era un vehículo habitual. Ni tampoco Bianca, su jaca blanca, era un caballo muy común.La tensión se acrecentó en ella, que se hacía a la idea de que llegaba el momento de la verdad.
— Me llamo Roberts, milord — dijo el criado con flema— . Contratado para encontrar a la dama.
Oh, bendito seas, bendito seas.
Fort no insistió con las preguntas, a excepción de:
— ¿ Y cómo demonios la habéis encontrado?
— Usted perdonará, milord, pero ¿Podemos hablar en algún otro sitio ? Si los otros tienen que volver, no somos muchos para plantarles cara.
Elf aprovechó el momento para hacer cálculos. Sólo Roberts y otros dos hombres, uno de ellos sujetando el caballo. Podía entender por qué no habían traído a las dos mujeres, pero creía recordar que en su equipo había dos hombres más.
Tras un momento de tirantez, Fort dijo:
— Muy bien. Pero os pediré un par de zapatos. El donador puede quedarse oculto por aquí hasta que alguien le traiga un nuevo par. ¡Tú, trae aquí la silla!

.El hombre acercó el vehículo descubierto y Fort depositó a Elf en el asiento. Luego regresó para seleccionar entre los zapatos que le ofrecían.

Al coger las riendas, Elf empezó a pensar que, pese a todo, tal vez podría escapar sin que se descubriera su engaño. En aquel momento, los hombres se encontraban entre ella y la única carretera que obviamente podía sacarles de aquí, y conocía poco esta parte de Londres. Pero en cuanto entraran en una parte de la ciudad que dominara mejor, fustigaría a Bianca y eludiría una vez más a Fort.

La pobre Lisette tendría que desaparecer, pero al menos ella podría continuar viendo al conde y tomándole el pelo como Elf Malloren.

Fort escogió los zapatos del hombre que había estado sujetando el caballo y lo mandó a un rincón próximo para hacer el intercambio. Envió también a Roberts para que le trajera los zapatos.

Yeso era un gesto amable, pensó ella.

Cierto, había pedido los zapatos como si tuviera derecho a ellos, pero no había dejado al hombre tirado, para que fuera a esconderse con los pies descalzos sobre fragmentos de piedra y vidrio.

.Con un suspiro, admitió para sus adentros que, a sus ojos, Fort era casi perfecto. No es que ella pretendiera que él fuera perfecto, sólo que había caído bajo un hechizo que hacía que él apareciera así.

Un hechizo llamado amor.

Amor sin esperanzas.

Amanda tenía razón. Su historia era como la de Romeo y Julieta, aunque daba la impresión de que, al menos, ellos conseguirían escapar con vida.

Roberts regresó con los zapatos y Fort se los puso.

— Ahora — dijo— , por supuesto, llevaremos a la señora a su casa, donde quiera que esté. y mientras marchamos, podéis contarme qué es lo que ha sucedido y cómo nos encontrasteis.

Mientras hablaba se volvió hacia la silla, y Roberts se dio media vuelta a su vez con la antorcha llameante. Antes de que Elf pudiera evitarlo, Fort alargó la mano para retirarle de la cara el cabello enredado.

Sonreía con bastante ternura.

Ella intentó volverse, pero él le cogió por la barbilla y su sonrisa se desvaneció.

Parpadeó como si no diera crédito a sus ojos y entonces le obligó a volver la cara completamente a la luz.
— ¿Elf Malloren?

CAPITULO 12

— Lo siento — Elf se obligó a sí misma a sostener la mirada conmocionada de él, intentando enviar un mensaje de amor.
Walgrave la soltó como si le quemara.
— ¡No es de extrañar que su voz resultara familiar! Qué noche tan fantástica habrá pasado, milady. ¡No sólo logra que la satisfaga, como si yo fuera una puta insignificante de los muelles, sino que me hace lloriquear secretos como si fuera un niño sensiblero!
Arremetió contra ella. Los dos hombres cayeron sobre el conde, arrastrándole al escabroso suelo.
Brazos y piernas se sacudían iluminados por la antorcha llameante de Roberts, caída en el suelo.
De la masa en convulsión surgían maldiciones y gruñidos.
Elf se estremeció ante el sonido horrible de los puños al alcanzar la carne.
— ¡Parad! — les gritó a todos ellos, pero no le hicieron caso.
Elf azotó aquel bulto irrefrenable con su látigo, pero ni tan siquiera se dieron cuenta. ¡iban a matarse unos a otros!
Luego llegó corriendo el hombre descalzo y en cuestión de momentos tuvieron a Fort dominado, aunque aún se retorcía como un loco. Sin dejar de proferir maldiciones, Roberts empleó cinturones y correas cortadas del hábito de monje con su cuchillo para atar bien a Fort.
Walgrave quedó en pie tambaleante, sangrando de un labio hinchado y fuera de sí.
— ¿Ahora qué, milady? — Sonaba como si quisiera estrangularla con sus propias manos.
Temblorosa, Elf hundió la cabeza entre las manos. No tenía idea.
Se sentía tan agotada y magullada como los hombres debían de estar y la mente se le iba, vacía de todo pensamiento racional.
Podía haberle dejado en su casa y que las cosas siguieran su propio rumbo, pero recordó la mirada en sus ojos. Dios sabe qué barbaridad podía hacer.

Aparte estaba la cuestión de la traición. Entre tantas indagaciones, se había olvidado de entrar en ese tema.
Respiró a fondo y alzó la vista.
— ¿Qué hay de los escoceses?
— Es una larga historia, milady, y mejor no demorarse por aquí.
— Tienes toda la razón. — Elf necesitaba urgentemente tiempo para pensar— . Subidlo aquí y llevadme a casa de lady Lessington.
Aunque en silencio, Fort se resistió a cualquier intento de que lo pusieran en el asiento, así que sólo lograron tumbarlo a lo largo por debajo de ella. Elf incluso tuvo que poner los pies encima por encima de él.
— Y se lo merece. — Soltó bruscamente, poniendo en marcha a Bianca con un chasquido del látigo— — . Qué demostración tan estúpida.
Walgrave no dijo nada.
Salieron dando tumbos de la zona abandonada hasta dar a una calle estrecha, más normal, con Roberts abriendo la marcha a pie con la antorcha y los otros hombres detrás con pistolas en la mano. Puesto que Fort no necesitaba más los zapatos, habían sido reclamados.
Sin duda despertados por la pelea, unas pocas personas se asomaban desde detrás de cortinas harapientas o de puertas ligeramente abiertas, pero nadie interfirió.
Elf miraba el cuerpo atado bajo sus pies y luchaba por contener las lágrimas. Una vez más, había ocasionado un problema y debía intentar resolverlo.
— Nunca quise hacer ningún daño — dijo quedamente a su audiencia cautiva— . Fue un completo accidente, ese encuentro en Vauxhall. Pero alcancé a oír algo sobre sus planes. No podía pasarlo por alto.
Podía haber sido un cadáver por la respuesta que recibió. Elf insistió.
— Esta noche volví a disfrazarme porque quería descubrir qué hay escondido en la bodega. Y esperaba obligar a salir a la luz a Murray y a sus hombres. Pensé que, al verme, intentarían atacarme o, como mínimo, me seguirían. Tal vez lo hicieron y por eso nos atraparon. Pero no sé por qué no me han matado...
Otra vez estaba hablando por los codos.
Te quiero, podría haber dicho, pero ¿qué sentido tenía eso ahora?
¿Qué sentido tenía cualquier palabra? Sin duda él estaba demasiado furioso como para escuchar.

Tal vez después.
Si había un después.
Caray, estaba deshecha de cansancio. Le picaban los ojos de sueño, y escalofríos de agotamiento sacudían su cuerpo. Apenas podía organizar su mente para pensar, pero tenía que hacerlo.
— Roberts — dijo fatigada— . Cuéntame que ha sucedido esta noche.
Mientras el caballo trotaba por la callejuela enfangada, Roberts se lo explicó.
— Bien, milady, estuvimos vigilando con atención mientras salía del baile y caminaba hacia la casa del conde. De todos modos, no sucedió nada y tampoco parecía que nadie se interesara mucho por usted. Aunque Sally, Dios la bendiga, avistó a algunos golfillos callejeros que les seguían de cerca.
»De modo que nos dispusimos a coger a algunos de ellos. Y es como intentar coger anguilas, como oye, con esos pequeños desgraciados. Pero al final uno de ellos nos dijo que les había contratado un clérigo que iba por la posada Peahen, muy cera de Cow Cross Street, para que vigilaran a lord Walgrave. Puesto que aparentemente no sucedía nada más, me acerqué por allí para ver qué podía encontrar. Ahora tengo que admitir, milady, que no mantuvimos una buena vigilancia en casa del conde ya que nos figuramos que...
Se interrumpió en ese momento y dirigió a su señora una mirada azorada. Elf sólo rogaba por que la luz brumosa ocultara sus mejillas ardientes.
— En definitiva — continuó— , no esperábamos que nadie entrara o saliera durante horas, ya sabe. De modo que cuando regresé me quedé totalmente espantado al descubrir aquel revuelo.
— ¿Llegaste cuando se nos llevaban?
— Oh, no, milady. ¡Puede estar segura de que les habríamos detenido! Para cuando yo regresé, ya había pasado mucho rato. Pues bien, Sally y Ella estaban rondado cerca de la casa. Instinto femenino, dijo Ella. Cuando vieron movimiento en la parte trasera, supieron que algo estaba pasando. De modo que Sally se quedó donde estaba, para no dejar de vigilar el lugar, y Ella corrió a buscar ayuda. Para cuando Ella regresó con Roger, la casa estaba en pleno tumulto.
— Oh, no. — Tal vez la situación era más seria de lo que creía. Era horrible que Fort conociera su identidad, pero sería un desastre que el mundo entero estuviera enterado.

— La gente pensó que sólo era un robo, milady. Los criados del conde se habían despertado encontrando villanos por toda la casa, y lucharon contra ellos. Sobre todo en las bodegas.
Aunque Roberts no recalcaba las palabras, Elf tomó nota. Si los escoceses habían estado en la bodega, había sido para robar lo que Fort guardaba allí. Echó una ojeada hacia abajo, pero no detectó señales de vida, a excepción de, tal vez, un poco más de tensión.
— ¿Se salieron con la suya? — preguntó.
— Me figuro que sí, milady.
Fort se agitó nervioso y Elf pensó que tal vez por fin rompiera su silencio, pero no lo hizo. ¿ Qué era aquel objeto tan importante ? y si los escoceses lo tenían, ¿ qué estaban haciendo con él ?
— El hombre que vigilaba estaba mal herido — — continuó Roberts— . Plantó cara, de todos modos. Había un cadáver, presuntamente de uno de los maleantes. Pero al final parece que consiguieron largarse con lo que había en esa bodega, y además se les llevaron a usted y al conde. ¡Los sirvientes del conde corrían de un lado a otro como pollos aterrorizados con las cabezas cortadas!
Elf estaba absorta, intentando dar algún sentido al relato cuando Roberts volvió a hablar.
— Encontramos a Sally en el jardín, milady. Acuchillada.
Elf se volvió a él.
— ¿Muerta?
— Muerta.
El resto de pensamientos se desvanecieron. Una de las mujeres con quien había hablado en el despacho el otro día ahora se hallaba muerta.
Por su culpa.
Así es como debían de sentirse los oficiales, pensó, cuando descubrían que los soldados que han enviado a la batalla han muerto. Deseó que Cyn estuviera aquí para que le dijera cómo hacer frente a una responsabilidad tan nauseabunda.
— Lo siento — dijo impotente.
— Nos la llevamos — dijo Roberts con voz ronca— . No parecía muy sensato que la encontraran allá.
— Supongo que no. — Elf pensó que no podría soportar el dolor de sus lágrimas contenidas. Le perforaban el pecho y herían dolorosamente su rostro, pero aún no podía llorar. Si empezaba a

llorar se desmoronaría y había cosas que hacer. Cosas que hacer, si querían que la muerte de Sally no fuera en vano.
— ¿Qué sucedió después?
Roberts se aclaró la garganta.
— Bien, Roger y Lon salieron corriendo para intentar seguir el rastro de los villanos y dejaron a Ella atrás para que me informara. En cuanto oí su relato, fui a despertar más gente de los nuestros y nos distribuimos por la zona en busca de algún indicio que nos permitiera seguir su rastro. Le digo la verdad, milady,temblaba sólo de pensar en lo que podría haberle pasado.
Y en lo que mis hermanos tendrían que decir de todo esto, sabía Elf.
— Estoy segura de que hizo lo correcto, Roberts. — Dijo Elf tranquilizándolo, pues como comandante, su obligación era animar a las tropas.
Tomaron una calle más amplia. Elf rogaba por que no faltara mucho para Warwick Street. El cielo se estaba iluminando y ya había algunas personas por la calle. Más tarde o más temprano, alguien podría advertir la presencia de un monje atado colgando por ambos extremos del piso de su carruaje. Por no mencionar el hecho de que ella llevaba las piernas desnudas e iba vestida con poco más que un abrigo de hombre.
— Lo intenté, milady — replicó Roberts— . No encontramos nada en concreto, pero luego pensé en aquellos pilluelos. Atrapé a otro de ellos cuando salía de su escondite y el destello de una moneda le hizo soltar algunos datos. Desde un principio, ¿ sabe ? , se habían sentido intrigados por el clérigo que les había contratado. Un sacerdote escocés, un tal reverendo Archibald Campbell. Muy escrupuloso y pío, pero ellos tenían sus recelos. De modo que, cuando no tenían nada mejor que hacer, le seguían por ahí. Iba mucho a la abadía de Westminster, eso sí, lo cual tal vez fuera normal. También iba a la chabola de una vieja achacosa, demasiado mayor para ser su mujer. Pero también iba a una zona incendiada cerca de los muelles, y les pareció que ahí había gato encerrado. De modo que decidieron no quitarle ojo, con la esperanza de atraparlo con fulanas o algo así para poder pedirle más dinero a cambio de mantener la boca cerrada. En fin, así es como hemos venido a investigar esta zona, ya ve.

— ¿ Pero qué se trae entre manos Murray ? — preguntó Elf, principalmente para sus adentros— . ¿ y quién es este sacerdote escocés ? ¿ La abadía de Westminster? ¿Podrían estar planeando matar al rey en la abadía?

Roberts volvió la cabeza y se quedó mirando:

— ¿Matar al rey?

No estaba en condiciones de entrar ahora en eso.

— Oh, no sé. Gracias al cielo, aquí está Warwick Street. Tenemos que entrar por detrás.

Sin dejar de sacudir la cabeza, Roberts guió la silla por el callejón situado detrás de casa de Amanda. Allí todo estaba tranquilo, pero cuando Elf detuvo el carruaje en un rincón tranquilo de la callejuela trasera, vio que se abría la puerta de la cocina y un mozo desgreñado y aún bostezando arrojaba agua sucia al exterior.

Iba a necesitar la ayuda de Amanda para introducir a Fort con discreción y alojarlo en lugar seguro. Necesitada desesperadamente de una falda, Elf descendió de la silla.

— No dejéis que se marche — — ordenó a Roberts y se fue por el jardín a la casa.

El mozo, un muchacho de unos diez años, se quedó mirándola como embobado. Elf dijo:

— Soy lady Elfled Malloren. Voy a mi habitación. — Las tajantes palabras dejaron mudo al muchacho, ya que no hizo ningún movimiento para impedirle el paso a través de la cocina para entrar en la casa.

Usó las escaleras de los criados para llegar al piso superior, luego recorrió el pasillo alfombrado que conducía hasta la habitación de Amanda. Entró en silencio y ya había llegado hasta la cama cuando descubrió que había dos personas allá.

¡Amanda!

Luego se percató de que el hombre era Stephen, el marido de Amanda, y seguro que habían celebrado su feliz regreso a casa.

Elf retrocedió, pero luego se detuvo. Necesitaba forzosamente la ayuda de Amanda, pero si la despertaba con aquel desaliño, se pondría a gritar. Y si Stephen la veía, se armaría una buena.

Lamentando en silencio la forma en que estaba pasando el tiempo, se apresuró hacia su propia habitación y una vez allí se quitó aquel estrafalario atuendo.

Quería lavarse. No, quería un baño caliente y prolongado. Sólo tenía tiempo para coger una camisola limpia, unas enaguas y un vestido normal y corriente. No le quedaba demasiado bien sin un corsé, pero, al menos, este sencillo vestido no necesitaba aros.

¡Zapatos! ¿Dónde guardaba Chantal sus zapatos?

Los encontró en un cajón y empezó a ponérselos, hasta que se fijó en los jirones que antes habían sido sus preciosas medias de encaje.

Al infierno con todo.

Furiosa, se secó unas débiles lágrimas, rompió en trozos los sucios harapos y siguió revolviendo más cajones hasta encontrar unas medias normales de algodón.

Una vez cambiada, calzada y vestida por fin, metió sus deterioradas ropas en el fondo de un cajón y luego se permitió echar un vistazo al espejo de cuerpo entero.

Qué error. Su pelo era un nido de ratas empolvado, tenía la cara y las manos mugrientas, y parecía. ..simplemente parecía diferente.

Lo era, por supuesto, pero no quería parecerlo.

Con un gesto de pesar por tanto tiempo perdido, usó el agua fría de su lavamanos para lavarse las manos y la cara. Luego se cepilló el pelo empolvado hasta darle cierto orden y lo recogió con un gorro de volantes en lo alto que lo escondía.

El espejo le dijo que la mejora era leve, pero que tendría que servir.

Se apresuró a regresar a la habitación de Amanda y abrió la puerta cautelosamente.

Seguían durmiendo.

Elf se acercó de puntillas hasta al lado de la cama donde dormía Amanda y la sacudió.

— Amanda — dijo en voz baja— . Despierta.

Amanda pestañeó, se despertó y luego casi habló. Pero Elf llevó sus dedos sobre los labios de su amiga y ésta consiguió no pronunciar las palabras. Salió de la cama sin hacer ruido, se echó encima una manta y se apresuró a salir con Elf al corredor.

— ¿Qué ha sucedido? — susurró Amanda— ¡Tienes un aspecto horrible! Estaba tan. ..

— Es una larga historia — interrumpió Elf— . Escucha, tengo a Fort Walgrave atado en la parte trasera de tu casa y necesito un lugar para dejarlo.

— ¿ Atado. ..? — Amanda se desplomó hacia atrás contra la pared— . Elf, ¿ qué has hecho esta vez ?

— Complicar las cosas. Me puedes reprender después. Por el momento, debes de tener una bodega o un ático...
— Elf, esto no es una mansión como la de los Malloren. Cada centímetro está repleto de habitaciones para criados. Hay una habitación libre, pero ¿cómo podemos ocultárselo a Stephen?
Elf intentaba pensar en alguna solución cuando Amanda añadió:
— Y, de cualquier modo, le dije que estabas en casa de Safo.
— ¿Safo? — Elf se quedó mirándola— . ¿Por qué le has dicho eso?
Amanda hizo un gesto de disculpa y alejó a Elf un poco por el pasillo.
— ¡Stephen se presentó en casa de lady Yardley buscándome! Por supuesto, me encantó verle de vuelta tan pronto. Lo único es que cuando él quiso volver a casa temprano — se sonrojó— caímos en la cuenta de que ya no estabas allí. Iba a montar un lío, así que le dije que te habías ido con una amiga. Cuando preguntó quién, la única persona que sabía con seguridad que no iba a estar en el baile de disfraces era Safo.
Esta vez le tocaba a Elf derrumbarse contra la pared.
— Si me pongo a arrancarme el pelo y a soltar risitas, ¿crees que podrías encontrarme un sitio acogedor en Bedlam, (2) por favor?
— Escucha — replicó Amanda— , no tienes por qué culparme. Hice lo mejor que se me ocurrió en aquel momento. Fuiste tú quien desapareció, previsiblemente con Walgrave. Di por supuesto que te estabas divirtiendo, ¡Y ahora me entero de que lo tienes atado! Has vuelto a perder la cabeza, ¿no?
— Más de lo que te puedes imaginar — — dijo Elf con un suspiro. Abrazó a su amiga— . Tienes razón. Has hecho todo lo posible. Y tal vez Safo sea la respuesta. Si no, le llevaré a la residencia Malloren Y dejaré que pase lo que Dios quiera.
Amanda también la abrazó.
— Pareces agotada, pero no de diversión. ¿Puedo hacer alguna cosa?
— No, cariño. Y — añadió Elf, volviéndose hacia las escaleras— sí hubo una parte divertida. Muy divertida...
En la cocina había dos criados más cuando Elf hizo el recorrido de vuelta. Pero en este caso, Elf, con un atuendo razonablemente normal, sólo mereció una mirada adormilada y un «Buenos días, señora».
Al final del jardín, encontró a Roberts con su pistola detrás de la rodilla de Fort.

— Decidió ponerse difícil, milady, le dije que, aunque sobreviviera a una rodilla astillada por completo, no le haría ninguna gracia vivir con ella.
Elf quería reprender al criado, quería coger a Fort en sus brazos y curarle y tranquilizarle. Pero, por su naturaleza práctica, se limitó a devolver a Roberts su abrigo, subirse a la silla y guiar a Bianca hacia casa de Safo.
No tenían que ir muy lejos y Londres aún estaba tranquilo cuando encontró la callejuela trasera. Al bajar le dijo a Fort:
— No intentes nada estúpido. No merece la pena. Podemos arreglar todo eso cuando tengamos tiempo.
Una vez más, parecía sordo. De verdad, Elf deseaba aguijonearle como la avispa a la que él la había comparado en una ocasión. ¡AI menos eso provocaría cierta reacción!
Llamó a la puerta de la cocina. Para su sorpresa, la poetisa en persona abrió la puerta, ataviada con un vestido normal y el pelo recogido en la nuca en un moño flojo.

(2). Manicomio de Londres. (N.de la T)

— ¿Lady Elfled? — Incluso una mujer como Safo mostró desconcierto al verla.
— Necesito su ayuda.
Safo abrió la puerta para dejarla pasar.
— Por supuesto.
La respuesta sincera y concisa casi hace llorar a Elf.
— No, no entiende. Tengo a Fort, lord Walgrave, afuera atado. No sé qué hacer con él, y Amanda dijo que yo había venido aquí... Tengo que intentar hacerle entrar en razón. Por el asunto de los escoceses. Y el rey. Y nosotros. La bodega. Yo no...
Se encontró en los brazos de Safo.
— Calle, calle, pequeña... ¡Cassie! Prepara té con azúcar. Y ponle brandy — llevó a Elf hasta una silla junto a la mesa de la cocina— . tranquilícese. Haré que entren a Walgrave y luego resolveremos todo esto.

— ¡No le suelte! — dijo Elf, levantándose.
Safo la obligó a sentarse otra vez.
— Es impetuoso, ¿no? No me sorprende, y sin duda le sentará bien contener todo su ímpetu durante un rato, aunque sea a la fuerza.
De pronto, los músculos de Elf perdieron toda su fuerza. Se hundía en la silla, observando aturdida mientras la doncella servía té y añadía un gran terrón de azúcar y unas gotas de brandy. Cuando le colocaron la taza en la mano, el calor la reconfortó, así que la sostuvo entre sus manos.
— Bébaselo, señora — dijo la doncella, llevando la taza a sus labios. Estaba fuerte, caliente y dulce, y luego el brandy hizo su parte, dejándola sin aliento. Ya sin ayuda, Elf tomó otro sorbo y luego otro, y sintió que su cerebro se aclaraba y le volvían las fuerzas. Cuando Roberts y uno de los otros hombres entraron tambaleándose con Fort, se sentía lista para enfrentarse una vez más a los desafíos.
Safo hizo que los hombres colocaran a Fort en una zona despejada en el suelo de la cocina, luego les despidió.
— A menos que los necesite, lady Elf.
— No, no creo. Roberts, ¿podremos mantener la discreción sobre esto al menos un rato ?
Se frotó el lado de la nariz.
— Tal vez, milady. Ninguno de nosotros hablará, pero con todos los sucesos anoche en casa del conde, los cadáveres y demás, Londres estará alborotadísimo dentro de muy poco.
— Supongo que sí. Caray, ojalá estuvieran mis hermanos en casa. Haz todo lo que puedas, Roberts. — Cuando el hombre se marchó, Elf se volvió a Safo— . Todo esto debe parecer estrambótico.
Safo estaba sentada al otro lado de la mesa y se sirvió también una taza de té.
— Digamos que intrigante, me muero de ganas de oír la historia. Espero — añadió— que el conde no sea responsable de los cadáveres. Sería un lástima verle colgado de una cuerda.
— No colgarían a un conde.
— Colgaron a Ferrers no hace mucho.
Y era cierto. Lord Ferrers se había vuelto loco y había asesinado a su asistente. Elf miró a Fort, que no estaba loco, pero era bastante capaz de matar a alguien en este momento.

Pese a su aspecto mugriento, con el pelo enmarañado, con una túnica de monje rota y cortada por las rodillas, y atado por codos, muñecas y tobillos, estaba asombrosamente guapo.
Incluso con las magulladuras y el labio hinchado.
Elf se levantó de la silla y se arrodilló a su lado, tocándole los nudillos despellejados y ensangrentados.
.— ¡Oh, el muy. ..! Mira por dónde, finalmente encontró una oportunidad de pegar a alguien, ¿no?
— Por desgracia, no a usted. — Sus ojos, duros y fríos como la piedra, miraban al techo.
Elf se mordió los labios, luego se dirigió a la doncella.
— ¿Podría traer un poco de agua, por favor? Para limpiar las heridas.
— Si se me permite opinar, prefiero que no me toque.
Aquella frialdad golpeó a Elf como un puñetazo. Había contado con arremetidas de rabia, pero sentía que este odio frío podía durar eternamente. Las palabras se atascaban al llegar a sus labios: explicaciones, protestas, disculpas. Caerían sin efecto sobre su odio, como flores arrojadas contra una roca.
Safo apareció al otro lado, con un cuenco de agua y un paño.
— Entonces tendrá que aguantarme a mí, milord. No puedo permitir que un invitado permanezca en un estado tan lamentable. — Volvió su cabeza hacia ella y limpió con cuidado la suciedad, comprobando el estado de su ojo— . Parece que no ha habido demasiados desperfectos ahí. — Le lavó rostro y manos y luego pidió unas pinzas para retirar algunas piedras pequeñas de los nudillos.
Elf se arrodilló también, observando con deseos de cogerle la otra mano o retirarle el pelo de la frente. Él le había pedido que no le tocara, sm embargo permanecía inmóvil y no se resistía a los cuidados de Safo.
Una vez lavadas las dos manos, Safo se cambió de sitio y empezó a ocupase de los pies. Hermosos pies, pensó Elf mientras eliminaba la porquería. Brazos, pies. El cuerpo de un hombre ofrecía placeres insospechados...
De pronto, se congratuló, recordando otros placeres que había compartido con este hombre.
Que ahora no quería que ella le tocara.

Se mordió el nudillo, tentada otra vez de insultar, suplicar, rogar. Más tarde. Él debía de estar tan exhausto como ella, necesitaba tiempo para curar su espiritu así como su cuerpo.
— Tiene un corte aquí en el pie, milord — dijo Safo— . He extraído el trozo de vidrio, pero voy a poner un poco de brandy para limpiarlo. Dolerá.
Safo aplicó al corte el paño con brandy y Fort siseó, apretando los puños. No obstante, eso fue todo. Mientras Safo vendaba el corte, él volvió a relajarse, aguantando enmudecido, con los ojos cerrados.
Elf miró a su anfitriona, quien captó la mirada y levantó las cejas. Su expresión era enigmática, pero serena y tranquilizadora, como si no viera esto como una gran tragedia. Elf se puso en pie con ademán cansino, esperando que la poetisa tuviera razón.
Safo se levantó también y tendió el cuenco y el paño a la doncella.
— Y ahora, milord, debemos hacer algo con usted. Tal y como se encuentra, es un estorbo.¿Va a ser razonable y promete no crear más problemas?
Walgrave abrió los ojos y sonrió un poco, aunque con frialdad.
— Por el contrario, mi intención es crear cuantos problemas pueda.
— ¿ Incluso matar al rey ? — preguntó Elf con brusquedad.
Por fin los ojos del conde se dirigieron por un breve instante a ella:
— Difícilmente.
— Entonces, díganos qué está pasando para que pueda ponerle fin!
— Pero yo no quiero que finalice. Ya no.
Se sintió horriblemente tentada a darle una patada.
Antes de que Elf pudiera decir algo más, Safo le puso una mano tranquilizadora en el brazo.
— Primero tenemos que encontrar un lugar un poco más digno para él. Ningún hombre se mostraría razonable mientras permaneciera postrado a los pies de sus secuestradores. Y usted, milady, debería comer algo. Lord Walgrave puede comer también, si así lo desea. Seguramente le tranquilizará. Más tarde podemos comentar todo este embrollo un poco más detenidamente.
— ¡No estoy segura de que tengamos tiempo para sutilezas!
Pero Elf entendió que Safo tenía razón en lo referente a la actitud de Walgrave. Cogió una burda silla de madera y la colocó con un golpe cerca de la cabeza de él.
— Pongámoslo aquí.
Safo sacudió la cabeza.

— Por la mirada que pone, lo primero que hará será volcarla y dejarse caer. Eso no mejoraría la comunicación. No, creo que tendría que ser en el sofá. Cassie, que vengan John y Margaret.

En cuestión de momentos, aparecieron un robusto hombre entrado en años y una nervuda doncella. Los tres criados y Safo levantaron a Fort y consiguieron sacarlo de la cocina, trasladarlo por el pasillo y subirlo hasta la elegante sala en la que Elf le había encontrado en otra ocasión escuchando poesía.

¿Cuándo había sido? ¿Hacía cuatro noches?

Uno de los sofás, observó Elf esta vez, tenía un respaldo de elegante madera adornada con volutas. Los jadeantes porteadores dejaron caer a Fort sobre él, le echaron las piernas hacia delante y luego lo ataron firmemente en el sitio, pasando correas y tiras de ropa por los huecos tallados en la madera.

Por un momento, él pensó evidentemente en oponer resistencia, pero luego se hundió hacia atrás. No era tan sorprendente. Además de los arañazos y magulladuras, su cabeza aún debía palpitar del golpe que le había dejado sin conocimiento hacía horas.

Siguiendo las indicaciones de Safo, los criados deshicieron la mayoría de ligaduras de tal manera que sólo quedaron los brazos sujetos mediante una correa, más o menos por encima de los codos. No obstante, su torso ahora estaba atado firmemente al respaldo del sofá.

— Bueno. — Safo se instaló en una butaca enfrente de él como si se tratara de una ocasión social normal— . Creo que es mejor para todos nosotros. Cassie, tomaremos aquí el desayuno, por favor.

Cuando los criados salieron, Elf se hundió en otra butaca. Tenía los ojos irritados y le dolía el estómago. y también un montón de sitios más, algunos de los cuales apenas se había hecho notar antes de la noche anterior. Quería darse un baño. Anhelaba sumirse simplemente en un profundo sueño. Seguro que él sentía lo mismo.

— Y bien — dijo Safo— , ¿ qué es toda esta historia de matar al rey ? Da la impresión de ser un joven inofensivo.

Elf hizo un esfuerzo por concentrarse.

— Lord Walgrave tiene cierta conexión con una pandilla de locos jacobitas que quieren matar al rey. En el plazo de esta semana, dijeron. Una semana que ya casi termina.

Safo se volvió a mirar a Fort.

— ¡Milord! Me deja boquiabierta.

— Está loca. Tendríamos que mandarla directamente al asilo de Bedlam.
— Si estoy loca. — Elf exigió una explicación— , ¿quién nos secuestró en su casa, hiriendo a uno de sus criados y matando a uno de los míos ?
El conde sostuvo su mirada.
— ¿Amantes celosos?
— Entonces deberían ser suyos, porque antes de anoche, nunca tuve ninguno.
Walgrave se frenó un poco, pero continuó con el desdén.
— Eso, querida mía, no ha sido amor. Ha sido un entretenimiento tan vulgar como azuzar perros contra osos.
Las ganas de echarse a llorar se hacían incontenibles por momentos.
— El rey — les recordó Safo con calma.
Sí, el rey. El complot. Elf podía ocuparse de eso sin venirse abajo.
— No puede negar la existencia de esos escoceses en Vauxhall. Los vi, los oí.
— Tiene alucinaciones. A menos, por supuesto, que usted misma esté tramando una traición y simplemente pretenda echarme a mí la culpa. Eso sería un típico truco Malloren.
Antes de que Elf tuviera tiempo de estallar ante tal provocación, Cassie entró con una gran bandeja. Safo la ayudó a disponer los bollos, la mantequilla, la mermelada, el café y el chocolate en una mesita. Cuando la doncella salió de nuevo, Safo se volvió a Fort.
— ¿Puedo ofrecerle algo para comer, milord? Tal vez endulce un poco su carácter.
— Prefiero mi carácter agriado.
— Como usted guste. — Safo no insistió— . ¿ Café o chocolate, lady Elf?
Totalmente desvalida, Elf permitió que Safo le sirviera chocolate y un bollo. Estaba claro que Fort no estaba de ánimo para mostrarse más racional, ni siquiera en lo referente a una amenaza al rey. En vez de eso, buscaría pelea y crearía todo el conflicto que pudiera, pese al ritmo al que iban avanzando los minutos del reloj del desastre.
Todo era culpa suya y no se le ocurría la manera de corregirlo.
Mordisqueó la comida, que igualmente podía haber sido serrín, buscando desesperadamente la inspiración.

Joseph Grainger aún no llevaba ni una hora en la residencia Malloren, pero su mesa estaba llena de problemas y rompecabezas. Entonces se abrió la puerta y entró uno más.

Grainger se puso en pie de un brinco.

— ¡Milord!

El marqués de Rothgar alzó una ceja.

— Me percato de que no esperaba mi visita, señor Grainger. ¿ Provoca, de todos modos, alarma mi presencia? — Se repasó rápidamente su propia vestimenta informal y botas de montar como si buscara alguna peculiaridad.

El calor afloró a las mejillas de Grainger.

— No, milord. Le ruego me perdone. Simplemente es que hay tantas cosas...

— Siempre las hay. — Rothgar se acomodó elegantemente en una silla normal e hizo un ademán para que Grainger volviera a sentarse— . Y bien, explíqueme qué es lo que no marcha bien.

Grainger estudió a su calmado jefe a sabiendas de que su calma no quería decir nada y preguntándose qué iba a decirle. Era ciertamente peligroso intentar ocultar cosas a lord Rothgar, pero ¿por qué ventilar cosas que quizá no salieran nunca a la luz ?

Empezó por un asunto menor.

— Acabo de recibir un mensaje desde Rothgar Abbey, milord, en el que nos comunican que hace casi una semana se han llevado de allá un ingenio mecánico. Launceston parece pensar que la orden venía de usted y, no obstante, yo no recuerdo que tratáramos de un tema así.

— ¿Ingenio mecánico?

— La pagoda china, milord. El autómata.

Rothgar frunció ligeramente el ceño.

— ¿Se la han llevado? ¿Robada?

— No exactamente, milord. La recogieron unos hombres que afirmaron venir de parte de Jonas Grimes, el relojero. Llevaban una nota de usted que explicaba que el artilugio requería una limpieza y revisión antes de ser regalado a su majestad. Estaba a punto de enviar un mensaje a Grimes para interesarme por el asunto, aunque me temo que no sabe nada del tema. Estoy intrigado, de cualquier modo, ¿por qué alguien iba a tomarse tantas molestias para adquirir un juguete ?

— Muy intrigante, desde luego. ¿Y es ese el único asunto que le preocupa?
Grainger se aclaró la garganta.
— No, milord. Este es incluso más peculiar. Tengo aquí un mensaje de uno de sus informadores privados en instancias gubernamentales. Parece ser que, de algún modo, la Piedra de Scone ha desaparecido de la abadía de Westminster.
— La piedra de Scone — repitió Rothgar— . Si recuerdo bien, es un tocho grande y bastante feo de piedra arenisca. N o me sorprende su aspecto aturdido, señor Grainger. ¿Tal vez anoche había luna llena?
— No, milord. La luna está menguante.
— Ah, gracias. Siempre puedo depender de usted para estos detalles. De modo que — dijo, contando con sus dedos largos y pálidos— . Tenemos desaparecidos un juguete y una roca. ¿ Se ha echado de menos algún otro objeto extraño ?
Grainger removió sus papeles lleno de ansiedad.
— No se trata exactamente de un objeto, milord. Un conde.
Rothgar alzó las cejas.
— ¿ Un conde?
— Lord Walgrave. Ha desaparecido.
El marqués prestaba atención en estos momentos.
— ¿Ha abandonado el país?
— No por lo que sabemos de momento, milord. Desapareció de su cama, sin llevarse una sola prenda de ropa, y dejado tras él un cadáver y un criado mal herido.
Los ojos oscuros de Rothgar no mostraban ninguna alarma en concreto, pero Grainger sabía que era mucho más peligroso cuando estaba sereno.
— ¿ Conocemos la identidad del cadáver o del criado ?
Grainger tragó saliva. Aquí llegaba la parte peligrosa, pero no veía manera de ocultarla. Dio gracias a Dios por contar con la nota de lady Elfled.
— El cadáver no ha podido ser identificado, milord, y el criado no pertenecía a nuestro personal. Sin embargo — se aclaró la garganta— , se ha producido otra desgracia. Sally Parsons, una doncella empleada por usted.
Rothgar se llevó un largo y pálido dedo a la barbilla y, como si estuviera planeado, un rayo de luz del sol se reflejó en su sortija de sello de rubí, destellando con un rojo como la sangre.

— ¿ Disfrutaba, tal vez, de los favores del conde ?
— Eh, no, milord. El conde tenía otra mujer en la cama, y también ha desaparecido. Sally estaba allí... andaba por allí cumpliendo órdenes de ladyElfled.
— Creo que mejor me lo cuenta todo, señor Grainger, y bastante rápido.
Apremiado de este modo, Grainger relató apresuradamente la historia, que era bastante breve. Una vez se hizo un silencio ominoso, sacó la nota salvadora.
Rothgar extendió una mano y Grainger dio la vuelta al escritorio a toda prisa para tendérsela, dando de nuevo las gracias por haber tenido la previsión de solicitarla.
Rothgar la leyó y luego alzó la vista.
— ¿ Usted solicitó esto señor Grainger?
Con un nuevo escalofrío, Grainger se aclaró la garganta.
— Pensé que era lo más prudente, milord.
Rothgar se levantó.
— Señor Grainger, si alguna otra vez vuelve a cuestionar cualquier orden de un miembro de mi familia, será automáticamente despedido. Continúe con sus obligaciones.
Profundamente agitado, Grainger observó al marqués mientras entraba en la habitación interior, preguntándose si alguna vez entendería el funcionamiento de la mente de su señor.
En el despacho interior, Rothgar metió la nota de Elf en un cajón, luego se levantó durante un momento para reflexionar. Sospechaba que Dios les sonreía al haber retardado la partida de Cyn y Chastity. Hizo sonar la campanilla de plata del escritorio y el lacayo apostado en el vestíbulo entró por la puerta.
— ¿Milord?
— Pida a lord y lady Cynric que se reúnan conmigo aquí lo antes posible, si me hace el favor.
Cyn y Chastity interpretaron el mensaje correctamente y aparecieron en cuestión de momentos.
— Caray, Rothgar — dijo Chastity, indicando con un gesto su ropa de viaje— . No he tenido tiempo ni de cambiarme estas ropas llenas de polvo.
— Mis disculpas. — El marqués le ofreció un cómodo sillón— . Han surgido asuntos que podrían ser urgentes.

— ¿ Problemas ? — preguntó Cyn, acomodándose en el brazo de la butaca de su esposa.
— Me temo que sí. Y parece que Elf puede estar implicada.
— ¿Elf? jNo se había metido en líos desde que puso pimienta en el rapé del tío abuelo Faversham!
— Te olvidas de Scottdale.
Cyn se levantó, con la mano en la espada.
— ¿Estás diciendo que ha caído en manos de otro aventurero?
— No sé dónde ha caído. Estoy a punto de ir a visitar a lady Lessington para enterarme. Creo que tú y Chastity tal vez querríais venir.
— Por supuesto. ¿Qué motivos tienes, de cualquier modo, para pensar que algo va mal ?
Rothgar se paseó hasta la puerta.
— Simplemente el hecho de que una de nuestras sirvientas ha muerto la noche pasada en la mansión Walgrave, y se encontraba allí por orden de Elf.
— ¡No puede ser!
— Oh, y he descuidado mencionar que por lo visto el conde no aparece esta mañana, junto con una mujer no identificada que estaba en su compañía.
Al hacerse un silencio repentino, Chastity miró a un hermano y a otro.
— No pensáis... Pero si a Elf le cae fatal.
Cyn aumentó la presión de su mano sobre la vaina de la espada.
— Pero él odia a los Malloren lo bastante como para atacarnos a través de nuestras mujeres. Le voy a...
— Vendrás conmigo a casa de lady Lessington — dijo Rothgar.
— Ruego a Dios que Elf se encuentre allí — añadió Cyn con gesto sombrío.

Amanda intentaba disfrutar del desayuno con su querido esposo, pese a una irritante inquietud por su amiga Elf. Había llegado un mensaje de Safo para comunicar que Elf se encontraba a salvo allí, pero no respondía a ninguna de las preguntas que bullían en su mente.
Elf tenía a lord Walgrave atado. ¿Qué diantres implicaba eso?
¿ Y sería su amiga capaz de evitar el escándalo ?

Cuando el lacayo anunció que el marqués de Rothgar había llegado preguntando por su hermana, Amanda casi deja caer su taza de chocolate al suelo.

Stephen se puso de pie de inmediato para ia a recibir a sus visitas y Amanda se apresuró a seguirle. Dio gracias al cielo que el temible marqués se encontrara aquí para ocuparse personalmente de aquel enredo, pero temió por la pobre Elf. ¿Qué le haría Rothgar cuando la verdad saliera a la luz ?

Cuando entraron en su mejor salón recibidor, descubrieron que el marqués no había venido solo.

— ¿Cyn? ¡Válgame Dios! ¡Pensaba que habías zarpado!

Cyn se encogió de hombros.

— El viento no era apropiado y luego surgió algún problema con el barco. Se decidió posponer un mes la navegación, y matar el rato en Portsmouth no parecía tener mucho sentido. — Aunque conversaba con amabilidad, Amanda no pudo evitar advertir una gravedad inusual en él— . Hemos venido a hablar de Elf.

Stephen se volvió a Rothgar:

— Volví a casa anoche, milord, pero, por lo que sé, lady Elfled decidió pasar unos días visitando a una poetisa conocida como Safo.

Amanda rezó para que aquella historia fuera aceptada. Luego recordó que Elf le había dicho que pensaba que Safo era la querida del marqués.

Oh, cielos, ¿y ahora qué?

El único indicio de que la información podía tener significación fue que Rothgar se tomó tiempo para un pellizco de rapé.

— Safo — repitió, desempolvándose los dedos en un pañuelo de seda— . ¿ Tiene alguna idea, lady Lessington, de por qué podría haberse trasladado allí?

Perforada por aquellos ojos perceptivos, Amanda se desenvolvió lo mejor que pudo.

— Oh, no es que se trasladara allí, milord. Toda su ropa continúa aún aquí, quiero decir — se apresuró a corregir— la mayor parte de su ropa, por supuesto. Visitamos a Safo, ¿sabe?, hace unas noches...

— Cuanto más la observaban aquellos ojos oscuros, más trabadas se quedaban su mente y su lengua— . Lectura de poesía. ¡Ciertamente irreprochable! Elf debe de haberle cogido afecto a esta dama...

— De modo que se marchó, ¿cuándo ha dicho?

— Ah...en realidad, anoche.

Stephen se volvió a ella.
— ¿ Anoche ? Pensaba que...
Amanda forzó una sonrisa.
— Fue un impulso. Ya conocéis a Elf.
— Pensaba que sí la conocía — dijo Cyn— ¿ En qué demonios se ha metido ?
Stephen miró con el ceño fruncido a Amanda:
— Pero anoche estabais en el baile de disfraces de lady Yardley.
— Claro, por supuesto que estábamos, querido, jahí es donde me encontraste! — Amanda se lió intentando ofrecer una historia coherente— . Elf coincidió con Safo allí, ya ve, e impulsivamente aceptó su invitación para quedarse con ella — sonrió expresivamente a Rothgar— . La encontrará allí, milord.
Rothgar sonrió como si creyera cada una de sus nerviosas palabras. ¿ Y no era cierto, al fin y al cabo, casi todo lo que decía ? Le besó la mano.
— Entonces debemos marchar, por supuesto. Mis disculpas por interrumpir su desayuno, milady. Milord.
Amanda observó a los Malloren mientras se marchaban y luego se volvió a su marido.
— Amanda, amor mío, creo que mejor me explicas qué ha estado pasando.
En el carruaje, los tres Malloren permanecieron en silencio, a excepción de la orden de Rothgar al cochero para que les llevara a Harlow Street. Luego Cyn dijo:
— Extraña historia.
— Sumamente extraña — — comentó Rothgar— . Sobre todo teniendo en cuenta que a Safo le desagradan terriblemente los bailes de disfraces y jamás le han visto asistir a uno. Y lady Yardley, por supuesto, es la tía de Walgrave.

En casa de Safo, Elf se sentía un poco reanimada gracias a la comida y el café. Estaba estudiando a Fort en un intento de detectar cualquier res— quicio en su coraza. El desayuno había concluido sin que él diera la me— nor muestra de interés por la comida. Con toda seguridad, tenía que tener como mínimo sed. ¿ Era humano este hombre ?

Debía de estar dolorido e incómodo, pero permanecía sentado completamente quieto.
Elf sabía que mirarle de aquella manera tenía que resultarle irritante, pese a que él tenía la vista perdida por encima de la cabeza de ella. Esperó que le irritara de verdad, quería hacerlo. Cualquier reacción sería mejor que nada.
Safo había salido con la bandeja, de modo que por un momento se quedaron a solas.
Se levantó para recorrer la habitación delante de él.
— ¿Quiere dar a entender que el rey no corre ningún peligro?
Al no obtener respuesta, puso su cara ante la de él.
— ¡Háble me! Esto es más importante que nuestras insignificantes diferencias.
Walgrave centró su mirada en ella y, lentamente, con desdén, levantó las cejas.
— Casi cualquier cosa es más importante. Pero sí. Puede dejar de inquietarse, el rey ha sido advertido del complot.
— ¡Gracias a Dios! — exclamó Elf y se enderezó— . Por lo tanto, eso significa que en realidad no estaba en absoluto implicado en la traición — se volvió para mirarle fijamente— — . Murray tenía razón. Estaba actuando como agente provocador.
— En absoluto. Un agente provocador incita a la gente para que participen en una actividad criminal y luego les entrega a la autoridad. No incité a nadie, a diferencia de usted.
La invadieron imágenes ardorosas, incluso los ruegos a él para que le concediera una noche de placer, que era precisamente lo que él quería que recordara. Quería incomodarla.
— Vaya — replicó ella, con las manos en las caderas— , ¿sugiere que actué como agente provocador y le incité a fornicar? Pero, al menos, yo no tengo intención de entregarle a las autoridades.
— ¿No? Pensaba que disfrutaría instando a sus hermanos para que reclamaran venganza.
— No me merezco esto.
— Se merece todo lo que va a suceder. Si no era su intención crear problemas, puede estar segura de que yo sí lo haré.
Elf se quedó mirándole fijamente.
— ¿Qué quiere decir?
Walgrave sonrió, recordándole con cierta distorsión su belleza.

— Tengo intención de contarle a todo el mundo nuestra aventura. Al detalle. Piense en ello. Artículos en los periodicuchos más vulgares. Historias en los clubes. Caricaturas en los talleres de impresión para disfrute del populacho. Será la mar de divertido.
— Hasta que Rothgar le mate por todo eso.
— Cuento con ello, a menos que tenga la fortuna de conseguir matarle yo a él.
Cada pizca de bien que Elf había logrado se había malogrado, había añadido toda una nueva serie de heridas que incrementaban la locura del conde.
— Oh, deje eso — rogó— . Oh, ¡piense un poco!
En aquel momento, se abrió la puerta y oyó decir a Safo.
— Están aquí, milord.
Elf se volvió, con el estómago revuelto, y vio no sólo a Rothgar sino también a Cyn y a Chastity, que entraban en la habitación.
Antes de disponer de ocasión de decir algo, Fort volvió la cabeza hacia la puerta.
— ¡Ah, la familia! Elf y yo estábamos discutiendo cuál era la mejor manera de explicar al mundo nuestra noche de pasión lujuriosa.

CAPITULO 13

Elf se volvió contra él:
— ¡Será necio!
Para entonces, la hoja de Cyn ya estaba pinchando la garganta de Fort, pero Rothgar la apartó con firmeza por el mango.
— Está atado, Cyn. Más tarde, quizás.
Chastity se apresuró a acudir allado de Elf.
— ¿Es cierto?
Elf puso una mueca a su cuñada.
— A diferencia de tu caso, sí. ¿Alguna sugerencia?
— Caray, no. Yo lo tuve fatal a la hora de manejar el escándalo. De cualquier modo, no permitiré que arremetan contra ti, te lo prometo.
Elf vio en los ojos de Chastity que ni siquiera meses de libertad y matrimonio con Cyn habían borrado todo su miedo.
— No podrán — la tranquilizó con dulzura— . Pero sí querrán matarle a él.
Chastity se quedó pálida y Elf recordó que Fort era su hermano.
— No les dejaré — prometió cogiendo las manos de Chastity. Lo decía en serio, además, aunque no menospreciaba la dificultad. Recordaba demasiado bien el asunto de Scottdale.
— Ni yo — dijo Chastity y fue a colocarse detrás de su hermano, enfrentándose a su marido y a Rothgar.
Elf pensó unirse a Chastity, pero sabía que no serviría de nada, y además no estaba segura de dónde emplazaba su lealtad final. Recordó haber dicho a Safo que en última instancia se preocuparía más por sus hermanos que por Fort. Ahora sólo podía esperar que no la pusieran a prueba.
— Bey — le dijo a Rothgar— en todo esto hay mezclados asuntos serios.

El marqués se volvió a su hermana.
— Eso deduzco cuando los cadáveres se amontonan en el camino. — No daba muestras de estar enojado, pero ella sabía que su hermano era capaz de ocultar las emociones más fuertes.
— Se trata de un complot jacobita para matar al rey.
— ¿ En la cama de Walgrave ? — Al parecer estaba más furioso de lo que demostraba.
— No — dijo airada— . Eso es una incidencia de la que podemos tratar más tarde.
— Una incidencia — dijo Fort con tono lastimero— . Seguro que no pensabas eso cuando suplicabas por mí.
Cyn dio un paso hacia delante. Chastity le agarró por la manga, pero fue Rothgar quien levantó la mano para pararle.
— Después — insistió una vez más.
Elf advirtió que esta vez había dejado el «quizás». Deseó tener a Fort amordazado además de maniatado.
Rothgar se dirigió a Fort:
— Puesto que, por lo visto, tenemos asuntos urgentes de los que hablar, Walgrave, por favor, posponga sus intentos de suicidio. ¿ Qué es todo esto del complot?
— Desátenme.
— Creo que no. En estos momentos le está salvando la vida. Explíqueme lo del complot.
Fort apretó los labios, pero luego dijo:
— Un hombre llamado Murray tiene un plan demente para matar al rey y restaurar a los Estuardo. Su plan es llenar de pólvora un regalo para el rey que explote en presencia de su majestad. No existe ningún peligro real. Grenville ya está informado y el personal del rey ha sido advertido.
— ¿Pero no han puesto restricciones a los malhechores?
— Grenville quería cogerlos con las manos en la masa.
— ¿Por qué?
Fort se resistió por un momento, luego dijo:
— Porque Murray tiene una conexión lejana con Bute, y en la actualidad está viviendo en su casa.
— Ah. Y el flagrante Murray hará caer consigo a Bute, dejando el camino abierto para que Grenville se convierta en primer ministro. — Se quedó contemplando a Fort— . No era consciente de que apoyara a Grenville, ¿ cómo se involucró en esto ?

— Eso no es para nada de su incumbencia.
— Contactos de su padre, sin duda. ¿ Es consciente de que la noche pasada se han cometido asesinatos en su casa?
— Entiendo que así ha sido. — Pese a estar atado y desaliñado, Fort se había relajado y estaba dando una excelente representación del conde maltratado por una compañía aburrida.
— Una de las víctimas trabajaba a mi servicio.
— ¿Haciendo raterías? — Fort alzó una ceja— . ¿En su nombre?
— ¿Qué podría tener usted que yo quisiera? — inquirió Rothgar, igualmente con frialdad— . A menos, por supuesto, que estemos hablando de un juguete mecánico.
¿Juguete? A Elf le sonó absurdo, pero una tensión repentina demostraba que no era tan absurdo lo que decía su hermano.
Cierto color encendió las mejillas de Fort, quien alzó la barbilla.
— Sí, hice que lo robaran de Rothgar Abbey para que Murray lo usara en su complot. Y sí, con la esperanza de ensuciar su nombre.
— ¿Y el artilugio ya ha dejado de preocuparle?
— ¿ Por qué iba a hacerlo ?
— Porque anoche desapareció.
Fort empalideció de repente.
— ¡Dios, me había olvidado...! — Por un momento miró a Elf, pero apartó rápidamente la mirada como si no pudiera soportarlo— — . Pero no puede haber llegado aún el momento, tenían que apoderarse de una especie de piedra mística.
— La Piedra de Scone — dijo Rothgar, y entonces sí que toda ilusión de indolencia había desaparecido— — . ¿ Qué es, exactamente, lo que han comunicado al personal del rey ?
— ¿La Piedra de...la Piedra de la Coronación? ¿Ha desaparecido?
— ¿ Qué es, exactamente, lo que han comunicado al personal del rey ?
Reaccionando al tono de voz, Fort se puso a la altura de la actitud vigilante de Rothgar.
— Que tuvieran cuidado con los regalos inesperados. — Al cabo de un momento, en respuesta a la expresión de Rothgar, añadió— : Grenville no quería ser específico, por temor a que el rey se lo dijera a Bute y Bute se fuera de la lengua.
— Y en su caso, con la esperanza de que alguna culpa recayera sobre mí. Lo cual quiere decir, supongo, que el juguete será enviado en mi nombre y, por lo tanto, no parecerá del todo inesperado. — Se volvió

a Cyn— . Ve a la residencia Malloren a buscar nuestro caballo más veloz, y luego a toda velocidad a Windsor para advertir al rey. Chastity, ve con él y encarga a Grainger que tenga gente preparada para reaccionar al instante. Envía un mensaje también a Grenville.
Mientras la pareja partía en el acto, Rothgar se volvió a Fort, quien forcejeaba para librarse de sus ligaduras.
— El rey, como bien sabe, estaba cautivado con el juguete. Yo planeaba regalárselo por el nacimiento de su hijo, y él lo sabía. ¿ Piensa en serio que permitirá que sus caballeros le impidan desempaquetarlo y ver cómo funciona?
— Han sido advertidos. Maldita sea. ¡Desátenme!
— No puede hacer nada de lo que otros no puedan ocuparse.
Elf interrumpió la discusión.
— Había una gran piedra en la bodega en la que nos tuvieron prisioneros.
Fort se la quedó mirando.
— ¿Qué? No había dicho nada.
— No nos servía de mucho para escaparnos de allí. Tenía el tamaño aproximado de una almohada. — Se volvió a Rothgar— . La piedra es así, ¿no es cierto? No es más que un pedrusco plano.
— ¡Que le parta un rayo, suélteme de una vez!
Rothgar seguía sin hacerle caso.
— Así que robaron la piedra, luego quitaron de en medio a Walgrave. En esa bodega, supongo. Me pregunto por qué no os habrán matado a los dos.
— Porque — dijo Fort— un conde muerto provoca muchas más preguntas que un conde desaparecido. — Había dejado de forcejear y se hundió cansinamente contra el respaldo del sofá— . Estoy seguro de que querían provocar el menor revuelo posible. El derramamiento de sangre probablemente es todo culpa de su hermana.
— ¿ De veras ? — — exclamó Elf— . ¿ y cómo es posible ?
Se volvió a ella.
— Porque, en el típico estilo Malloren, se metió donde no la llamaban. Murray no sabía qué hacer con vos y su nerviosismo se transformó en pánico. Además, al meter a su gente en ello, sin duda, significó el desencadenamiento de la violencia.
— Puede que haya algo de cierto en todo eso — dijo Rothgar con calma— . Pero, ya que han dejado medio herida a la persona que

había dejado vigilando el juguete, no puede achacar toda la sangre a nuestra casa. ¿Sabe cuánto tiempo tardarán en convertir el juguete en un arma letal?
— No es que precisamente yo sea un hombre de la confianza de los intrigantes — replicó Fort con brusquedad— . Planeaban llenar la cavidad interior de pólvora y fragmentos de metal para que, cuando se activara, explotara expandiendo metralla por doquier.
— Y lo más probable sería que, de no ser aniquilado en el acto, la infección acabara con la víctima.
Fort se revolvió una vez más para librarse de las ligaduras, pero luego desistió, con la mandíbula apretada.
— Doy por sentado que aprovechará esto para destruirme.
— ¿Yo? Soy una persona de escaso afán destructivo. No obstante, me gustaría mantener una charla con usted. Elf, déjanos.
Elf miró a uno y a otro.
— No si vas a hacerle daño.
Rothgar se volvió a ella con las cejas levantadas.
— Está atado. Ni se me pasaría por la cabeza. Pero no me importaría saber lo que sientes por él.
Le resultó sorprendentemente difícil ofrecer una respuesta sincera.
— Yo... siento afecto por él... No me forzó ni me sedujo...
— ¡Lisette! — exclamó Fort con malicia— . ¿Te olvidas de cuando te hice prisionera y te até a mi cama?
— ¡Oh, no siga! Recuerdo perfectamente bien que no cometió ningún agravio contra mí cuando me tenía atada. Y anoche, tuve un trabajo endiablado para conseguir que accediera a... lo que hicimos.
— Sexo en el suelo — recordó Fort— . Sexo en la cama. Sexo sobre el ataúd...
Con la cara ardiendo, Elf apretó los puños y soltó un grito de pura exasperación.
— ...sexo, ahora lo recuerdo, en el ataúd. — Walgrave se volvió a ella con rostro engañosamente inexpresivo— — . Estoy verdaderamente sorprendido, de hecho, que pueda andar.
Elf se dio media vuelta.
— Creo que es posible que le odie.
— Creo que es posible que no — dijo Rothgar, tocándole con afecto en el hombro— . Por desgracia, supongo que te odia o no intentaría humillarte tanto.

Elf buscó refugio en los hombros de su hermano y él la estrechó, diciéndole sin palabras que, como siempre, toda su fuerza y su amor estaban con ella. Elf podía haberse echado a llorar de vergüenza por lo que había hecho.

— Estoy sorprendido — dijo Rothgar— , pensaba que eras la última persona en el mundo que pudiera inspirar tal amargura.

— Tiene motivos, Bey. No son válidos, pero son motivos. — Se separó de los brazos de su hermano y se dio media vuelta para encontrar la mirada cínica de Fort— . Me disfracé, ¿sabes?, para que él no supiera quién era yo. Y en su momento más vulnerable, insistí en buscar respuestas a preguntas dolorosas. No era mi intención, pero me contó más de la que querría contar a un Malloren. Espero que algún día me perdone.

— Mi querida Elf — dijo Fort— . Creo que la excitación le ha trastornado la cabeza. No habrá "un día". Cyn va a matarme. Tengo que admitir que no contaba con que él estuviera por aquí. Como recuerdas, me enfrenté a él una vez y aunque he estado preparándome, con toda segu— ridad, mantendrá su superioridad.

— Ninguno de mis hermanos te matará a menos que yo les dé permiso. — Elf se volvió a Rothgar— . ¿No es así?

Tras un instante, él contestó:

— No por esta ofensa.

Al oír esto, Fort dirigió su mirada a Rothgar.

— Me asombra su calma inhumana. ¿ Ni siquiera puedo hacerme ilu— siones de que ella reciba una buena zurra?

— Lo dudo. Y puede tomarse eso como prefiera. Elf, ahora sal.

Lo único que Elf vio claro fue el fuerte control sobre sí mismo que tenía su hermano. Desesperada por que cualquier conversación mejorara las cosas, salió de la habitación.

Safo esperaba en el vestíbulo, con una pila de prendas negras de caballero en el brazo.

— ¿Hay alguna posibilidad de que Walgrave necesite esto? — preguntó— . Mandé a que se las trajeran de su casa, pero tal vez sería más apropiado una mortaja.

— Deduzco que no va a morir. — Con labios temblorosos, Elf palpó la casaca mientras miraba los botones que recordaba de la noche del solsticio de verano, en su barco— . ¡Oh, Dios! ¡He provocado un desastre!

— En absoluto — Safo la rodeó con un brazo— — . Mi filosofía consiste en atribuir irrevocablemente todo este tipo de desastes a los hombres, y dejar que los hombres los resuelvan.

Rothgar observó a su hermana mientras salía de la habitación y estudió brevemente la puerta cerrada antes de volverse para mirar a Walgrave.
— No se haga ilusiones, no tengo intención de tocarle.
Fort reposó la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados.
— Entiendo entonces que sólo voy a ser vapuleado con palabras. ¿ No cree que con un padre como el mío he desarrollado callos contra eso ?
— Me asombraría oír que se limitaba a las palabras. De hecho, Walgrave, necesito ofrecerle una disculpa.
Los ojos de Fort se abrieron para fijarse en el hombre de mayor edad que tenía delante.
— Ahora es usted quien me sorprende.
— Eso había pensado. Mi opinión acerca de la relación de mi hermana con usted dependerá en gran medida de los sucesos futuros. Tiene poco que ver con mi pecado, que consiste en juzgarle injustamente.
— Estoy perplejo, pero fascinado. Continúe.
Rothgar se sentó en una butaca situada a unos tres metros del sofá.
— Antes de la relación entre Cyn y Chastity, usted no era más que un nombre para mí, cuyo interés era como heredero de un hombre que se había convertido en mi enemigo. Le había identificado como el típico joven envanecido, interesado sólo en armas, mujeres y vino.
— Ah, qué tiempos aquellos...
Rothgar continuó:
— Puesto que yo heredé mi título demasiado pronto, carecía de la experiencia del tedio de vivir bajo la sombra de un padre que no concediera a su hijo ningún papel. Los encuentros que mantuvimos en relación con los problemas de Chastity simplemente confirmaron mi falta de interés. Aunque, quizá, no fue así después del duelo de esgrima.
— ¿Le impresionó que no me malhumorara la derrota?
— Precisamente.
Fort estudió al marqués durante un momento.
— No recuerdo que su actitud cambiara.

— Pocas personas lo advierten. Tampoco sentí más simpatía por usted. Simplemente me llamó la atención y posteriormente no lo tuve en cuenta. Tiene razón al pensar que hice todo lo posible para convertirle en el instrumento de la muerte de su padre.
Fort respiró a fondo.
— ¿Y ahora piensa que una disculpa lo arreglará todo ?
— En absoluto. Las disculpas apenas cambian nada. Me disculpo para aliviar mi propia conciencia, además con la débil esperanza de que pueda ayudarle a aceptar su situación. Y no me disculpo por utilizarle. Era una estrategia completamente lógica.
— Oh, por favor, dígame por qué.
— Es lo que intento. Aquella noche no tenía un plan fijo aparte de mostrar a su padre la prueba de su traición y por lo tanto exigirle que accediera al matrimonio de Chastity. Conociendo el temperamento de su padre, contaba con que aquello le impulsara a quitarse la vida; era un veneno demasiado peligroso como para dejarlo por ahí. No obstante, no esperaba que intentara matar a otra persona. Tendría que haberlo previsto. El suicidio tal vez sea el mayor acto de inculpación. Su padre nunca se culpó a sí mismo de nada.
— Otro cálculo errado. Usted sí habrá sufrido una agonía de culpabilidad. Qué lástima...
— ...no me he quitado la vida — replicó Rothgar con una sonrisa— . He aprendido a asumir la culpa. No obstante, me he culpado por juzgarle equivocadamente. Mientras su padre perdía el control en el vestíbulo, blandiendo su pistola, usted, Bryght y yo mismo estábamos cerca con nuestras propias armas. Decidí al instante que su padre debía morir, pero habría sido realmente inconveniente que lo hiciera a manos de un Malloren. Era de sobras conocido que yo y su padre estábamos enfrentados, y en medio de su furia iba propagando mentiras acerca de traiciones relacionadas conmigo. Simplemente esperé hasta el último momento, con la esperanza de que usted demostrara ser el hombre de acción y sin carácter que pensaba que era.
Fort se encogió ligeramente de hombros.
— Y que soy. Le maté.
— Podía haberle herido. Probablemente podía haberle desarmado de un disparo. Es un buen tirador y estaba cerca.
Fort apretó la mandíbula.

— Pensaba que esto era una disculpa, no una inquisición.
— Mille pardons. — Rothgar inclinó la cabeza— . Por supuesto tuvo que matarle para salvar a su familia de la ruina. El motivo de mi disculpa es que le juzgué injustamente y no pensé en usted después. Di por sentado que era el tipo de zoquete capaz de asesinar a su padre sin que le quedaran cicatrices. He llegado a la conclusión de que me equivoqué. Por lo que yo sé, sus acciones, desde que se convirtió en conde, han sido responsables y maduras, a excepción de las relacionadas con mi familia. Tengo que sugerirle que, igual que su padre volvió su culpabilidad contra mí y contra la princesa Augusta, usted la está volviendo contra los Malloren.
— Por consiguiente, piensa que estoy loco. Eso es criticar a otro de los defectos de uno.
— Sus ataques contra mí no tienen mucho sentido, Walgrave. Estoy acorazado contra cualquier arma que pueda poseer. Sí, la sangre de una madre loca corre por mis venas. Su padre no estaba loco, excepto al final. Era un hombre al que le gustaba demasiado el poder y no tenía demasiado en cuenta el efecto de sus acciones. También tenía el impedimento del orgullo, un genio incontrolado y no sabía aceptar que le contradijeran. Sugiero que reflexione sobre estos defectos.
El marqués se levantó y se arregló un inmaculado volante de encaje.
— Mis disculpas por juzgarle injustamente y colocarle en una posición que le ocasionara sufrimiento, dejándole después sin ayuda.
— ¿ Piensa que habría aceptado auxilio de usted ?
Rothgar se limitó a continuar:
— Su sufrimiento demuestra, de cualquier modo, que tiene alma. No le rechazaría como pretendiente a la mano de Elf.
Fort se rió.
— ¿No hemos acabado todavía? Estoy de lo más incómodo.
— Sí. Hemos acabado. — Rothgar salió de la habitación.
Al cabo de un momento entró Safo y cortó las cuerdas que ataban a Fort al sofá. Walgrave llevó sus brazos adelante con un respingo y se levantó con una queja.
— ¿Le apetecería tomar un baño caliente antes de vestirse, milord? — preguntó.
— Oh, llámeme Fort. — Se frotó el rostro con sus maltratadas ma— nos— . Después de esta noche, cualquier intento de mantener la

dignidad parece absurdo, ¿no cree? Pero debo rechazar su amable oferta. Tengo cosas que hacer.

Elf iba a un lado y otro del pasillo escuchando con atención, pero no oyó gritos ni sonidos de alboroto. Cuando Rothgar salió, no parecía en absoluto alterado. Pero, claro, era así normalmente.
A Elf se le secó la boca. Supuso que era el momento de dar la cara por sus locuras. Su hermano se limitó a decir:
— Doy por supuesto que quieres volver a casa.
— Sí, por favor.
En ningún momento se le había ocurrido cuestionar su regreso a la residencia Malloren, pero comprendió que muchas familias dejarían la puerta cerrada a una mujer deshonrada. ¿Era esto lo que iba a hacer Rothgar?
El marqués se limitó a cogerla por la mano y guiarla hasta la calle para subir al carruaje, que había vuelto a recogerles. No obstante, una vez dentro, dijo:
— Tengo que hablar contigo.
— ¿ Sí? — El dolor presionó en su interior. Sentía miedo, no al castigo, sino a haberle decepcionado.
— En una ocasión te advertí acerca de Walgrave.
— No era mi intención hacer ningún daño — repitió ella.
— Estas palabras, querida mía, son las más graves que se pueden decir. Tendrías que haber sido consciente de sus sentimientos torturados y darle tiempo para sanar las heridas. En vez de ello, te has ensañado con él, exigiéndole una respuesta que no era capaz de ofrecer.
— ¿He hecho eso? Él me llamó Vespa.
— Al menos no te llamó Torquemada.
— ¿Quién?
— Un infame torturador.
— ¡Estoy empezando a creer que mi educación es muy deficiente!
— No puedes culparme a mí de eso. Te educaron a la vez que a Cyn, pero tu carácter siempre ha sido alocado. Tendría que haber sospechado el cambio aparente.
— Oh, Bey... — Sólo un vestigio de humor en la voz de su hermano hizo que Elf se secara las lágrimas en sus ojos. No estaba segura de merecer la comprensión de él, y quería desesperadamente suavizar su opinión sobre Fort.

— Es una persona diferente cuando no trata con los Malloren, ¿sabes? Eso fue mi perdición. De todos modos, ahora no estoy segura de que esa persona pueda existir para mí.
— En esta ocasión, tendrás que darle la oportunidad de curarse.
— He descubierto que no tengo un carácter paciente. — Elf se quedó mirando las pequeñas costras que quedaban de la primera fase de su aventura— . Tengo miedo de lo que pueda hacer. — Igualmente tenía miedo de contar a su hermano las amenazas de Fort de hacer pública toda la historia.
Rothgar le cogió la mano y estudió las marcas, pero no hizo ningún comentario.
— No digo que tengas que dejarle en paz. No soy un profeta en estos asuntos. Simplemente ten cuidado y no presiones para obtener más de lo que él está preparado a ofrecer.
— Pero ¿qué sucederá si he concebido un bebé?
— Deberías haber pensado en eso.
— Lo hice. Sé que esas cosas suceden. Puedo viajar. ..Pero sería su hijo también.
— Entonces creo que tendrías que decírselo. Pero yo no forzaré un matrimonio. Estoy seguro de que prepararía el escenario para una tragedia.
— ¿ De veras ? Creo que tenía la esperanza de que lo hicieras.
— jBah, bah! Pensaba que eras más independiente... Si le quieres, querida mía, tendrás que engatusarle tú solita. Pero avanza con cuidado. Y ahora, ya basta de este tema. Hemos llegado a casa y tienes que explicarme tu papel en este asunto.
Con un brusco cambio de ritmo, la hizo entrar con él en la residencia Malloren en medio de un torbellino de órdenes y preguntas a los criados expectantes. Roberts, dolido e indignado por el asesinato de Sally, recibió instrucciones de dirigir un grupo a la vieja taberna para ver si la piedra seguía allí y para atrapar a cualquier escocés que se hubiera de— morado. Una nota a Grenville aseguraba que también fuera para allí una tropa de soldados, y que todos los barcos que navegaran por el río fueran detenidos e inspeccionados.
En medio de esto, Bryght hizo acto de presencia.
— Detecto cierto alboroto en el aire. y puesto que he recibido una citación urgente...

Era alto, moreno y extraordinariamente guapo, y su mirada mostraba un brillo de interés.
— Llegas tarde a la acción — replicó Rothgar y le hizo un breve relato que dejó a Bryght con los ojos abiertos, especialmente cuando Rothgar no ocultó las actividades de Elf.
— ¡No es posible, Elf! ¿ y no tendríamos que matar a este villano?
— No hasta que ella nos dé su permiso. Lo cual, me temo, es muy poco probable.
— Presta atención, Bryght — dijo Elf, deteniendo su inquieto deambular para quedarse frente a él— . Yo decidí que quería que Fort me hiciera el amor. Yo le perseguí e insistí en ello. Me dio un montón de oportunidades para cambiar de idea. Y cuando lo hicimos — maldijo el sofoco en sus mejillas— fue muy, pero que muy correcto conmigo. Si yo hubiera sido capaz de ser sincera y revelar mi identidad, no tendría nada que reprocharle.¡No veo por qué se me niega toda experiencia, toda aventura, sólo por ser mujer!
— Tendrías que obtener tu experiencia dentro del matrimonio — indicó Bryght.
— Igual que tú, supongo.
— No es lo mismo. Podrías quedarte embarazada.
— ¡ Y tú podrías haber cogido sífilis !
— Tuve cuidado.
— Puesto que parece no haber maneras de tener cuidado para no quedarse embarazada. ..
— De hecho, hay unas pocas.
— ¿Qué? — Elf miró a un hermano y luego a otro— . ¿Quieres decirme que existen cosas que una mujer puede hacer para no concebir una criatura y que yo no estoy enterada?
— ¿De qué serviría? — preguntó Bryght— ¡Son trucos de putas!
Elf cogió un jarrón chino, grande y de mucho valor y lo arrojó al suelo.
— Este mundo necesita cambiar.
— Probablemente — dijo Rothgar, divertido— . Por el momento, de cualquier modo, tenemos que asegurarnos de echar mano a unos traidores asesinos sin que la reputación de nuestra familia quede dañada. No confío plenamente en Grenville. Me voy para la Corte. Bryght, tú ve con Roberts y ocúpate de la Piedra de Scone y de cualquier malhechor que aparezca por allá. ¿Supongo que Portia no ha venido contigo? .

— No — repuso Bryght, aún mirando fijamente a Elf como si le hubieran salido cuernos— . La dejé en Candleford. Los viajes la agotan a esta altura del embarazo.
— Elf — dijo Rothgar— , deberías descansar.
— Voy con Bryght.
— ¿Por qué?
— Porque — dijo Elf— esta es mi aventura y quiero ver cómo acaba. Que preparen a Tressia. — Luego subió majestuosamente a su habitación tras ordenar que alguien limpiara los despedectos y llamar a una doncella, cualquier doncella, para que la ayudara a vestirse.
Subió con furia las escaleras, pero, una vez en su habitación, el agotamiento y la desdicha la dejaron inmóvil en una silla. Oh, Dios, oh, Dios, todo había ido demasiado rápido como para mantener la fortaleza.
¿Y qué decir del futuro? Una cosa era enfrentarse a sus hermanos con tal coraje, aunque por dentro estuviera temblando y otra enfrentarse al mundo entero. ¿ Qué sucedería si Fort cumplía su amenaza de propagar la historia de sus perversiones? Nunca sería capaz de mostrar su cara en público, y aunque sus hermanos no le mataran, querrían hacerlo.
Cada día.
Seguro que, una vez reflexionado con calma, Fort no se atrevería a cumplir su amenaza.
¡Confió en que no hiciera correr la voz antes de tener tiempo de reflexionar con calma!
Miró su cama, tan blanda e incitante, y se sintió tentada a meterse entre las sábanas y quedarse dormida, permitir que otros se ocuparan de todo. Pero esa era la salida del cobarde. Su intención era seguir hasta el final.
Antes incluso de que apareciera la doncella, ya se había puesto la camisa y estaba preparada para ponerse el corsé, las enaguas y su mejor traje gris de montar con la chaqueta ribeteada de plata.
Puesto que no tenía tiempo para hacer nada con su pelo empolvado, simplemente lo coronó con el sombrero tricornio gris que iba a juego con el traje, del cual se prolongaba ondeante hacia atrás una llamativa pluma. En el espejo, con botas y látigo, era la viva imagen de una dama decente. Pero estaba pálida. Añadió apresuradamente un poco de color a sus mejillas y labios.

Caray. Ahora parecía una cualquiera.
¡Ah, al cuerno! Tras decirse que no le importaba lo que nadie pudiera pensar, bajó las escaleras a toda prisa.
— La marea nos favorece — dijo Bryght, mirándola aún de forma extraña— . Cogeremos una embarcación. Roberts dice que tu encierro fue en Wapping, en la zona del puerto. Cree que las escalinatas de Alderman Parson tendrían que dejarnos lo bastante cerca.
— Muy bien — dijo Elf— . Partamos.

Cabalgaron hasta el río con los criados corriendo a su lado y encontraron la embarcación de Rothgar esperándoles, con ocho remeros robustos con librea colocados ya en sus bancos. Una vez que todo el mundo estuvo instalado en la parte cubierta, el barco se dispuso a incorporarse rápidamente al tráfico del río, navegando a buen ritmo con las olas en dirección al puerto de Londres.
Las cortinas que rodeaban toda la zona cubierta estaban levantadas, lo cual permitía una vista de la bulliciosa actividad de la vía fluvial. Los barqueros, puesto que habían recibido la orden de conseguir la máxima velocidad, colaban la embarcación por estrechos huecos, intercambiando fuertes insultos con otros de su oficio.
Elf no sabía si reírse o desmayarse. Desde luego no era la manera grandilocuente de viajar en embarcación de recreo a la que estaba acostumbrada, pero sospechaba que los barqueros estaban disfrutando de cada momento.
Al echar una ojeada a su hermano, vio que sus labios esbozaban una sonrisa de puro disfrute. Él también cazó la mirada de ella y ambos compartieron una sonrisa de excitación y camaradería. De pronto, le tendió la mano y ella le ofreció la suya, sintiendo de nuevo la amenaza de las lágrimas, especialmente cuando él le dio un amistoso apretón en la mano.
Estaba claro que tenía los mejores hermanos del mundo, aunque sospechaba que Bryght reservaba un largo y preciso sermón para ella.
Luego miró hacia delante y vio la barrera casi impenetrable del puente de Londres abalanzándose hacia ellos. La mayoría de casas que se habían alineado desde tiempos medievales en torno a él hacía poco que habían sido derribadas, pero el puente continuaba

intacto. Los diecinueve arcos de piedra se apoyaban sobre amplios espolones de roca que sólo dejaban estrechos pasajes entre cada uno de ellos.
— No vamos a pasar bajo el puente, ¿verdad que no?
— ¿Querías aventura? — preguntó Bryght— . jAgárrate!
Tal vez los ojos de su hermano brillaran de expectación, pero Elf vio que todos sus sirvientes se quedaban pálidos y unos pocos empezaban a rezar sus últimas plegarias. Normalmente, la gente se ahogaba al intentar pasar bajo el puente, y los más sensatos desembarcaban de sus embarcaciones y cruzaban la barrera a pie, dejando los riesgos para los barqueros, como profesionales que eran.
La velocidad de su embarcación parecía atroz y el hueco al que se dirigían era imposible por su estrechez. Con los remos, resultaba imposible. Seguro que se estrellaban en el espolón de piedra. ..
Gritó y se encogió hacia abajo, mientras los remos les frenaban y les introducían en el remolino. Pero para entonces el rugido del agua la ensordeció hasta el punto de no oír su propia voz.
Dentro del oscuro rugido
la barca chirría contra la piedra
se revuelve con virulencia.
Bryght la sujeta
aferrados uno a otro mientras la embarcación gira. ..
sale a la luz del sol y a las aguas turbulentas.
La embarcación se ladea, da vueltas,
los remos ahondan,
los remeros gritan,
el ruido se debilita,
el agua se calma,
risa

Todo el mundo — remeros, criados y nobles— estallaron en una risa frenética de pura alegría de estar vivos.
Luego los hombres volvieron a los remos e impulsaron de nuevo la embarcación a toda velocidad hacia el embarcadero de Parson.
Elf se percató de que un lado del traje estaba empapado.
— He descubierto una cosa — dijo separando de su brazo la tela adherida— . La aventura y la ostentación no van de la mano.

— Ah — dijo Bryght, quitándose la casaca para escurrir una manga— , pero hay algo terriblemente atractivo en una persona que vive la vida con plenitud.
— ¿Ah, sí?
Bryght le sonrió.
— Para alguien de la misma tendencia. Tengo la sospecha de que, pese a todo, no te pareces a nuestra hermana Hilda. Ella da muestras de estar contenta con un marido aburrido y su placidez bucólica.
— Tú también has estado escondido en el campo durante meses.
— Con Portia. Que nunca es aburrida.
Estaban aminorando la marcha, se dirigían hacia los activos muelles que se sucedían en esta zona del río y los remeros evitaban con astucia los bancos de arena y los bajíos. Las escalinatas que quedaban delante debían ser las de Parson.
— De todas formas — dijo Elf— dudo que vaya a acabar con un marido aburrido y bucólico como el de Hilda. ¿ Llevas contigo tus pistolas ?
— Por supuesto.
— Entonces espero que no se hayan mojado. Dame una, por favor.
— ¿Por qué?
— Preferiría ir armada.
Con un suspiro, hizo una señal a un criado que asía un paquete de hule. Una vez descubierto, reveló un reluciente estuche para pistolas. Bryght lo abrió y sacó dos preciosas armas.
— ¡Oh, qué calamidad! — exclamó Elf— . No le devolví la pistola a Fort. Sin duda pedirá que me deporten. ..
— Ya me explicarás eso más tarde. — Bryght le tendió un arma— . Está cargada y cebada, de modo que ten cuidado. Y no dispares a nadie si no hay necesidad.
— Soy la dama delicada aquí, ¿o no?
— Creo que el motivo de que no me guste dejar armas a las mujeres es que ya son suficientemente peligrosas sin ellas.
— Ah, eso me recuerda otra queja que tengo pendiente. ..
— Tiemblo. Por ahora, esperemos que este Murray y la piedra estén aquí. Si van a trasladarse en barco, tal vez intenten aprovechar esta marea.
Su embarcación tenía que esperar un momento para que una lancha descargara a sus pasajeros. Luego tocó ligeramente las escalinatas y

Bryght ayudó a Elf a descender. El lugar daba muestras de completa normalidad.
No es que hubiera calma, no, en medio de los bulliciosos muelles, pero no se percibían señales de alarma. ..
Las escalinatas de Alderman Parson estaban comprimidas entre muelles llenos de mercancías que llegaban y partían con los grandes buques por el río. Los barqueros se abrían paso a empellones y se ofendían con insultos joviales intercalados con comentarios sociales como:
— ¿Qué tal la chica?
Elf, observando una grúa que manipulaba un enorme tonel, podía haberse distraído fácilmente, pero Bryght no perdió el tiempo:
— Roberts, ¿dónde está la taberna?
— Por aquí, milord. — Roberts les alejó del río para adentrarse por un barrio de calles populosas que a Elf le resultó familiar.
De todos modos, todas aquellas calles probablemente le habrían parecido iguales, con hileras de estrechas casas, con puertas y ventanas abiertas para que dejar pasar el aire fresco. Niños mugrientos se detenían a observar al extraño grupo que pasaba entre ellos. Mujeres con delantales salían a la puerta, tal vez para proteger a sus pequeños, tal vez sólo por curiosidad.
Elf esperaba que alguien les pidiera dinero, pero luego comprendió que aquello no era un barrio bajo. Esta gente era bastante próspera a su manera, los hombres trabajaban todos en el dinámico puerto.
Luego doblaron una esquina y se encontraron en el pequeño descampado producto del incendio. No estaba desierto, pues había unas cuantas personas rondando por las ruinas ya removidas. La desvencijada taberna quedaba a un lado, con los muros aún en pie y el tejado prácticamente intacto, pero las ventanas habían desaparecido casi por completo. Se percibía que, incluso antes del desastre, había sido un lugar humilde.
Elf no podía asociarlo a aquel interludio que había sido decididamente romántico en algunos momentos. Tal vez la oscuridad fuera una bendición al fin y al cabo.
Bryght ordenó a su grupo que se dispersara y rodeara el edificio, y añadió una orden a Elf para que permaneciera a su lado. Mientras se aproximaban a las ruinas, Elf advirtió la presencia de niños curiosos e incluso de algunos adultos rondando por las cercanías.

Rogó para que no hubiera disparos, que no hubiera más heridos en este asunto.

Capitulo 14

E1 marqués de Rothgar no se molestó en acicalarse antes de partir para Windsor en el carruaje. No era ocasión para ostentaciones. Con ayuda de Dios, Cyn advertiría a tiempo al rey del peligro. Ahora él tenía que evitar que la reputación de la familia saliera perjudicada.

Incluso con seis de sus mejores caballos en la limonera del carruaje, tardaron más de una hora en llegar al palacio campestre del rey, cuyos antiguos muros se alzaban majestuosamente sobre una masa de edificios anexionados y adaptados por los monarcas a lo largo de siglos. Casi todo el mundo tenía que pasar por un montón de cámaras antes de acceder al rey. Sin embargo, Rothgar avanzaba a muy buen paso. Le hicieron una reverencia cuando cruzó por la estancia decorada con paneles que se denominaba el salón de la guardia, donde ésta no parecía guardar una vigilancia especial. Luego un lacayo le escoltó a través del salón de audiencias y el salón de entrevistas, pasando junto a unos cuantos aspirantes que se paseaban pacientemente admirando el magnífico techo de Verrio, y el trono tallado y vacío.

Un par de hombres intentaron hablar con él, pero él les indicó que su asunto no podía aguardar. Reconoció la envidia en sus miradas, pero no sentía especial compasión por este tipo de peticionarios. La mayoría de ellos sólo querían una prebenda del rey para financiar sus caros placeres.

Ante las grandes puertas doradas del salón personal del rey, los guardias retrocedieron para dejarle pasar.

Jorge, de cara lozana y ojos saltones, recorría la habitación de un lado a otro cuando anunciaron la llegada de Rothgar. Se volvió a él con impaciencia.
— ¡Lord Rothgar! — exclamó— . jCuántas visitas!
Rothgar, al advertir la ausencia del artilugio mecánico y también la de su hermano, hizo una marcada reverencia al rey ya la reina, en estado avanzado de gestación, que estaba sentada en las proximidades acariciando un cachorro. Luego dedicó reverencias menos marcadas a lord Bute y a Charles Grenville, que también estaban presentes.
— Mi más grata bienvenida — dijo Grenville con fingida simpatía— . Pensaba que se encontraba fuera del país, milord, y temía por su reputación.
— Dios envió vientos contrarios, y por lo tanto estoy aquí para aclarar las cosas. ¿ El juguete mecánico ?
— Lo entregaron, pero lord Cynric llegó a tiempo.
— ¡Me maltrató! — farfulló Jorge.
— Me disculpo en su nombre, majestad, pero estoy seguro de que era necesano.
— ¡Pues yo no! ¿Y cómo es posible que el artilugio sea tan peligroso si se trata de un regalo enviado por usted, milord? ¿Eh? ¿Puede explicar esta historia, eh? ¿Puede? Grenville dice que un familiar de lord Bute está implicado, pero lord Bute niega cualquier conocimiento de ello. El artilugio fue enviado desde su casa, milord, pero usted no estaba enterado. Lord Walgrave está implicado, pero actuaba siguiendo las órdenes del primer secretario, y es inocente. y nadie ha tenido a bien contarme nada a mí. Estoy disgustado. ¡Muy disgustado!
El rey dio unos suaves toques a su sudorosa frente con un pañuelo de seda dorada que llevaba borado con un monograma.
— Muy comprensible, su majestad — repuso Rothgar, trasmitiendo calma con determinación— Le aseguro que si hubiera sabido algo de este asunto se lo habría hecho saber de inmediato. Tal vez pueda excusar, no obstante, a lord Walgrave, es joven y sólo seguía el consejo de sus mayores.
— Me sorprende oír que le defienda, Rothgar — dijo Grenville, que ya no sonreía— . No es en absoluto amigo de esa familia.
— Intento no permitir que mis predilecciones me afecten, Grenville, y por supuesto, nuestras familias ahora están unidas. El

objetivo de Walgrave, por lo que me han contado, consistía meramente en ayudar a desmantelar la base de este complot urdido para perjudicar a su majestad.
— ¡Y en cuanto encontremos a Michael Murray — dijo Bute— lo haremos! Estoy desolado más de lo imaginable. He alojado una víbora así en ml regazo.
— ¿Así de cerca estaba? — interrogó Rothgar discretamente.
El conde se sonrojó.
— Es una expresión, milord.
— Ah, ya veo. — Rothgar volvió a dirigirse al rey— . He enviado algunos hombres a un lugar donde tal vez encontremos a Murray, su majestad. Al mismo tiempo, envié un mensaje al despacho del señor Grenville en el que sugería que enviara soldados ahí, y también que registrara las embarcaciones que transitaran por el Támesis. Me sorprende que haya pensado que era más importante estar aquí.
Grenville se sonrojó:
— Dejé hombres muy capaces al cargo, su majestad. De hecho, dejé a lord Walgrave para ayudarles, ya que estaba, como es de entender, ansioso por rectificarlo todo. Vine aquí con la impresión de que su majestad tenía que ser informado lo antes posible.
— No parece haber sido así. — Rothgar se volvió al rey— . Con su permiso, su majestad, tal vez podamos sentarnos todos y explicar los sucesos lo mejor que podamos. Estoy seguro de que tanto lord Bute como el señor Grenville aportarán su granito de arena.
— Yo no sé nada — declaró Bute contrariado— . Nada
Pero entonces el rey indicó con un ademán su aprobación a aquella sugerencia y se sentó con los demás, intentando sin duda decidir dónde residía la amenaza contra su posición.

La vieja taberna parecía desierta, pero cuando Elf encontró la trampilla que conducía a la rampa, supo que alguien había estado allí. Estaba abierta, habían forzado la cerradura de alguna manera. Pese a la mano protectora de Bryght en su brazo, se inclinó hacia delante para asomarse. Incluso a la luz del día, la sala sin ventanas era lóbrega, pero podía ver lo bastante como para saber que ahora estaba completamente vacía a excepción de los viejos toneles.
Se habían llevado el ataúd.
En el desigual suelo no había ninguna piedra especial.
— Ya no está — susurró.

— Desde luego que no está — dijo una voz familiar y Elf se enderezó para ver a Fort. Estaba de pie ante la desvencijada puerta, vestido de negro riguroso y, pese al rostro magullado, había recuperado toda su altivez aristocratica.

Elf, esforzándose por contener un montón de emociones perturbadoras, preguntó:

— ¿Dónde está?

En ese momento advirtió a los soldados situados detrás de él y, alterada por algo en el ambiente, se volvió para ver más soldados que aparecían detrás de los objetos próximos, todos ellos mirando con recelo al personal de los Malloren.

Algunas de las madres que rondaban por los alrededores agarraron a sus curiosos niños.

— No tengo ni idea — dijo Fort— , acabo de llegar.

— Bien, nosotros tampoco sabemos nada, porque también acabamos de llegar.

Elf advirtió que la atención de Fort se centraba por entero en Brygh t; si hubiera sido un perro, se le habrían erizado los pelos del cuello. Estaba segura de que su hermano reaccionaba del mismo modo. Eran antiguos enemigos a causa de Portia. Sólo el cielo sabe a qué estupidez llegarían si les dejaran.

Dándoles la espalda, Elf se acercó a una de las viejas traperas que estaban más próximas, una mujer desdentada vestida con harapos.

— Si me hace el favor, señora, ¿ha estado alguien por aquí esta mañana para sacar algo del edificio ?

La mujer miró a los lados con sus ojos llorosos y se escabulló unos pasos, aferrándose el delantal doblado contra el pecho.

— Yo no he cogido nada que no debiera. ¡En serio!

— Por supuesto — dijo Elf con una sonrisa todo lo tranquilizadora que pudo— . Nadie quiere molestarla. Lo que pasa es que intentábamos encontrar algo en esa bodega. De hecho, sólo una piedra grande. y no se encuentra ahí. Probablemente nuestros amigos llegaron antes que nosotros.

Los ojos de la mujer miraron de forma penetrante.

— Amigos, ¿eh? ¿ y las casacas rojas les persiguen? No quiero problemas.

Elf oyó pisadas a su espalda y supo que no serían las de Fort.

— Bryght, ¿tienes una moneda?

Su hermano le puso una moneda de seis peniques en la mano y ella se la tendió a la mujer.
— Aquí tiene. Cójala. No tiene que hacer nada. Pero si supiera algo, sería muy amable por su parte si nos lo dijera.
La vieja cogió la moneda, mirando rápidamente alrededor.
— Bueno, está bien, parece una dama sincera y caritativa, así que le contaré. Unos hombres se acercaron con una carreta hace un rato. Rompieron la cerradura de la puerta, eso es cierto. Era raro, desde luego, porque ayer la puerta no estaba cerrada, y la maldita bodega estaba vacía aparte de unos cuantos toneles viejos. Luego salieron cargados con una piedra grande, grande de verdad. ..Quién iba decirlo — dijo metiéndose en el espíritu de su relato— , Dios sabe que en el mundo hay piedras suficientes para que quien quiera las coja. Pero este sacerdote con peluca corta iba dando brincos por ahí, diciéndoles que no le hicieran ni un rasguño. Nunca he visto nada así en toda mi vida.
¿Sacerdote con peluca corta? Entonces Elf recordó que Roberts había contado que los pilluelos callejeros habían sido contratados por un clérigo escocés. ¿ Murray disfrazado ?
— Suena extraordinario — dijo como si sólo sintiera una leve curiosidad.
— ¿Qué hicieron con la piedra?
— La metieron en una caja que habían sacado antes — soltó una risa de anciana— . Un ataúd, eso era. Una escena de lo más rara. El clérigo iba tan malcarado como si llevaran de verdad un cadáver. No paraba de decir que tenían que haber metido la piedra en la caja antes de sacarla. y llevaba bastante razón si lo que quería era que no sufriera ningún rasguño. Piedra, no paraba de llamarle. Pero no era una piedra. Era un pedrusco grande de verdad.
— De modo que este clérigo ya estaba aquí cuando los otros empezaron a mover las cosas.
— No, apareció más tarde.
— ¿Y supongo que metieron la caja en una carreta y se la llevaron?
— ¡Eso mismo! — dijo la mujer, como si se tratara de la respuesta de un gran talento deductivo— . Es justo lo que hicieron, señora.
Elf miró en dirección al río.
— Como habrá imaginado, señora, este pobre clérigo no está muy bien de la cabeza. Se piensa que este pedrusco tiene un gran valor y pretende enviarlo a Francia como regalo al rey que tienen allá.

La mujer volvió a reírse.
— Dios se apiade de él, ime gustaría verlo!
— Sería menos comprometido si pudiéramos detenerle antes de salir a la mar. Me pregunto qué muelle es el que usarán.
Los ojos de la vieja se volvieron de nuevo penetrantes.
— Soldados y todo — murmuró— . Dudo que me esté contando todo, señora, pero parece más buena que una monja. Les oí hablar del muelle Harrison. Está cerca, en el río.
— ¿ Hace mucho que se han ido ?
— No mucho. Aún no habrán partido. No creo.
Elf cogió la mano sucia y encallecida de la mujer.
— ¿Cómo se llama?
La mujer se apocó ligeramente:
— Dibby Cutlow, señora.
— Gracias por su ayuda, señora Cutlow. Y si alguna vez necesita algo venga a la residencia Malloren en Marlborough Square. — Luego se volvió a Bryght— . El clérigo probablemente sea Murray disfrazado. i En avant!
Vio que Fort, un poco apartado, pero sin duda capaz de oír, se volvía a sus soldados para dar órdenes por su cuenta. Elf se aproximó a buen paso.
— Este asunto es serio, no es el momento para rivalidades. Si competimos podríamos interferirnos unos con otros.
No fue capaz de distinguir si tenía los ojos gélidos como el hielo o llameantes de furia. Tal vez fuera una furia gélida. Sólo dispuso de un breve instante para estudiarlos, ya que él se volvió bruscamente hacia Bryght.
— ¿Qué plan de acción tienen?
Elf le hubiera pegado por relegarla con aquel cinismo.
Más tarde, se prometió a sí misma, recordando que Rothgar había dicho esto mismo a Cyn. No obstante, ellos no se referían a una oportunidad de hablar, de explicarse, de entender.
Oh, que el diablo se lleve a los hombres y sus códigos de conducta.
— Deberíamos aproximarnos a este muelle desde dos bandos — comentó Bryght— . Tres, de hecho. Algunos de los soldados pueden utilizar nuestro barco para situarse en el río, en caso de que saquen la carga al agua.
— ¿ Han venido en barco ?
— Era lo más rápido.

— ¿Pasaron por debajo del puente? — Por un instante, Fort miró a Elf y ella quiso creer que su acceso de irritación podía atribuirse a la preocupación por ella. Sin embargo, se volvió de inmediato a sus hombres.

— Cabo, envíe cuatro hombres con uno de los hombres de lord Bryght para ocupar posiciones en el río.

— jSí, milord! ¿Qué órdenes, milord?

— Detenga cualquier buque sospechoso. No, maldita sea. Hay demasiada circulación en el río. ..

— Yo iré en el barco — dijo Elf— . Puedo reconocer a Murray.

— Es demasiado peligroso — dijo Fort con rudeza.

— Estoy de acuerdo.

— jQue unanimidad de opinión! — Sacó la pistola— . Dispararé a cualquier hombre que intente detenerme.

Fort y Bryght la observaron, luego intercambiaron una mirada que se aproximaba a la conmiseración.

Sin decir nada más, Elf se volvió a los cuatro soldados elegidos.

— Seguidme. — Mientras los guiaba hacia el agua, oyó decir a Bryght:

— Sabía que era peligroso armar a las mujeres.

También oyó la respuesta de Fort.

— Por supuesto, a las damas se les enseña a comportarse desde que nacen.

Recordó una conversación similar en la fiesta de Compromiso de Bryght, una que casi acabó en pelea. En este momento de indignación, casi sintió ganas de que se batieran otra vez sangrientamente por aquello.

El barco y los ocho remeros estaban un poco apartados del embarcadero, pero, a una señal de ella, se situaron para permitirles embarcar. Elf ofreció una breve explicación de la situación a Woodham, jefe del grupo.

— Por tanto — dijo para concluir— , necesitamos ocupar posiciones en el río frente al muelle de Harrison. ¿ Puede hacerlo ?

El robusto hombre de mediana edad inspeccionó la concurrida vía fluvial.

— Sí, milady, aunque no va a ser fácil. A los otros barcos no les hará gracia sortearnos.

— Haga todo lo que pueda.

Como había dicho Woodham, salir al río con ocho remeros era bastante fácil, pese a que, para conseguir un lugar propicio en el agua tenían que imponerse a las gabarras y lanchas ligeras que trasladaban mercancías hasta los barcos. Era más difícil mantener un sitio en las rápidas aguas sin chocar con otras embarcaciones, pero los remeros lo estaban consiguiendo.

Elf inspeccionó el concurrido río, buscando una embarcación que transportara un ataúd y un clérigo con una peluca corta o a Murray con su pelo rubio. No pudo detectar ninguna embarcación que se ajustara a esa descripción.

Se volvió para estudiar el muelle.

Deseó contar con un catalejo, ya que la orilla era un lío confuso de embarcaderos, almacenes y grúas, todo ello repleto de trabajadores. Luego vislumbró el color rojo que probablemente pertenecería a los soldados. Enseguida pudo distinguir a Fort y a Bryght que llegaban de direcciones diferentes e incluso pudo apreciar su avance gracias a los remolinos que se creaban entre las corrientes humanas cuando los hombres se apartaban de los militares.

Estudió el borde del muelle donde cargaban mercancías en los barcos. Era difícil distinguir a las personas, pero luego vio una grúa que levantaba algo de una carretilla.

¿ Un ataúd?

— ¡Ahí! — dijo a los soldados— ¿ Ven esa caja?

Les llevó un momento, pero ellos también la avistaron. Luego la grúa fue balanceando el ataúd por encima de una lancha. Más allá del muelle una figura con peluca blanca casi daba brincos de agitación mientras observaba la operación.

— Ese es nuestro objetivo — les dijo a los soldados— . Debemos impedir que lo carguen en el barco.

— Mis disculpas, milady — dijo uno de los soldados— , pero aquí en el río eso podría ser complicado. — Por la manera en que se agarraba al barco, Elf se daba cuenta que no estaba muy a gusto en el agua— . Una vez lo suban a bordo, no será gran problema. Se puede detener e inspeccionar el navío cuando circule por el río.

Era cierto. A veces se tardaba días en recorrer el Támesis para salir al mar del Norte, y los buques eran sometidos a diversos registros en todo momento.

— Tal vez, no, milady — dijo Woodham— . ¿ Ve el buque situado ahí? — Señaló hacia el bosque de mástiles— . En el que ondea la jleur— de— lis ?

Elf se protegió la vista de la luz y lo vio:

— ¿Qué significa eso?

— Me figuro que es el barco que lleva al embajador de Francia de regreso a su país y es el único que aún tiene que zarpar. Ese tipo de buques no se detienen normalmente.

— Por supuesto — murmuró Elf— . Por eso tenían que hacerlo anoche. Para viajar en ese barco. ¿Dice que está a punto de zarpar?

El hombre entornó la vista para observar el gran buque.

— Sí, milady. Yo diría que están ansiosos por partir con la marea.

La excitación había animado a Elf, pero en ese momento crucial sintió que de pronto la abandonaba. Le costaba formular alguna decisión. Un montón de peros vociferaban en su cansada cabeza. Los descartó.

— Bloqueen el camino a esa embarcación — ordenó.

— Sí, sí, milady — dijo Woodham, pero añadió— : Es una gabarra grande, esa en la que están colocando el ataúd. Si deciden arremeter contra nosotros, vamos a pasarlo mal.

Elf entendió a qué se refería, pero no podía aflojar entonces.

— Pues tendremos que detenerles antes de que lo hagan, ¿o no?

El ataúd estaba siendo depositado en esos momentos sobre la gabarra — una mera fracción de la carga que podía transportar la enorme barcaza— y los grupos de Fort y Bryght estaban ya muy cerca. Gracias a un repentino movimiento entre la multitud, una oleada que se apartaba del borde del muelle, Elf supo que algo estaba pasando. Como una hilera de soldados de juguete, los casacas rojas se colocaron para apuntar sus mosquetes.

¿Contra quién?

Contra un hombre con una pistola.

Vio que el hombre de la pistola no era Murray, pero el cañón de su arma disparó con una llamarada y la línea de mosquetes respondió arrojando fuego y muerte.

El hombre que esgrimía el arma se tambaleó hacia atrás y cayó al río. En el muelle cayó otra persona.

¿ Quién? Dios bendito, ¿quién?

Elf estaba agarrada a uno de los puntales observando el pesado avance de la gabarra por las aguas del muelle, mientras en tierra se

desataba la confusión. Pero la gabarra se alejaba de ellos, ¿se alejaba del buque francés?
— ¿Qué está haciendo? — gritó Elf intentando no pensar siquiera en que alguien hubiera muerto— . ¿A dónde va? jAcercaos más!
— No, milady — dijo Woodham con flema— . Se encamina hacia el barco francés, pero las gabarras son embarcaciones de difícil manejo, ¿ sabe ? Con sólo un hombre y un remo no es fácil timonear. Tienen que usar la corriente del río. Los barqueros conocen los cambios del río como usted conoce su mano. Acabará llegando hasta el barco francés. Por supuesto — añadió, mirando con ojos entrecerrados el concurrido Támesis— , eso también significa que aunque no quiera embestir directamente contra nosotros, no podrá hacer gran cosa al respecto.
— Oh, Dios — susurró Elf.
Lanzó otra mirada furtiva al muelle, pero sólo vio una multitud arremolinada. Los soldados de pronto volvieron a colocarse en una hilera para otra tanda de disparos, esta vez contra la barcaza, pero no fue alcanzada. Rogó a Dios para que su fuego no hiriera a alguna persona inocente, y que Bryght y Fort no les dejaran disparar otra vez.
Si Bryght y Fort aún estaban en condiciones de dar órdenes.
¿ Quién había caído en el muelle ?
Tal vez no fuera ninguno de ellos.
¿Por qué tenía aquella certeza de que se trataba de Fort?
Se obligó a centrar su mente y su vista en la gabarra.
Se deslizaba sobre el agua buscando su camino en el río y ahora se dirigía sin lugar a dudas hacia el barco francés. Lo cual quería decir que se encaminaba hacia ellos.
Entonces avistó a Murray.
Estaba de pie, con una mano colocada sobre el ataúd con gesto protector, mirando absorto su destino. Llevaba vestimenta de clérigo, pero Elf le reconoció igualmente. En la mano libre esgrimía una pistola con la que apuntaba al barquero, lo cual significaba que Murray no podía estar totalmente abstraído en la contemplación del buque francés. Estaba claro que el barquero no iba a poder dar media vuelta, aunque lo intentara.
Sólo quedaba una cosa que hacer.
Elf habló con los soldados.
— ¿Quién de vosotros es el mejor tirador?

Uno de ellos dio un paso hacia delante.
— Yo, milady. Me llamo Pickett.
— Bien, soldado Pickett, ¿cree que podría disparar al hombre que está de pie en la embarcación?
Lo consideró con mirada entrecerrada.
— Si este barco no se mueve demasiado, es un disparo fácil, milady.
— Woodham, mantenga el barco todo lo estable que pueda.
— Sí, sí, milady.
La consternó tener que recurrir al asesinato a sangre fría, pero tenía que detener la barcaza. Elf se acordó de Vauxhall y la manera en que Murray la había perseguido con un puñal en la mano. Sabía que él dispararía al inocente barquero al menor pretexto y además Murray era responsable de muertes recientes, incluida la de Sally.
¿Incluida la de Fort?
No había modo de saber si Fort había sido la persona que había caído en el muelle, y aun así sabía que era él, y se le encogió el corazón ante aquella idea.
Dirigió una última ojeada apresurada a la distante orilla del río, respiró a fondo y dijo:
— Cuando crea que el momento es adecuado, soldado Pickett.
El hombre se arrodilló sobre uno de los asientos tapizados de terciopelo y aprovechó el respaldo como apoyo adicional para su largo mosquete, mirando por el cañón con gran meticulosidad. Con un fuerte chasquido, echó hacia atrás el pasador y retiró el casquete de pedernal. Con la boca seca, Elf vio que su dedo empezaba a empujar el gatillo.
Entonces otra gabarra se interpuso, obstaculizando el disparo y creando una ola fluctuante.
Pickett murmuró algo y luego dijo:
— Bob, manténte vigilante a cualquier otra cosa como esa, ¿quieres?
— Tranquilo, Billy — dijo uno de los otros soldados— . Estará despejado durante el siguiente par de minutos.
Picket esperó a que la oleada amainara, permitiendo así que la gabarra se acercara cada vez más. Esto facilitaría el disparo, pero Murray sólo tendría que apartar la mirada del barquero y el barco francés y vislumbraría la poco habitual embarcación de recreo del noble entre todos aquellos barcos de trabajo. Entonces sin duda advertiría a bordo a los soldados vestidos de rojo, uno de ellos apuntando contra él.

Estaban lo bastante próximos como para que Elf distinguiera el nombre de la gabarra. La Tillbury Troll (3). Parecía un nombre adecuado para un vehículo tan pesado.¡
jDeprisa, deprisa!, imploraba Elf en silencio a Pickett, aunque sabía que el soldado tenía que esperar a que la embarcación se estabilizara.
Luego Murray se movió y dirigió su mirada otra vez a los muelles. Cuando volvía a mirar al barquero y el buque francés, su vista pasó sobre el barco de Elf. Abrió la boca como si fuera a gritar algo pero el trueno del mosquete de Pickett lo silenció todo. Mientras se despejaba el humo, Elf vio que el escocés se caía hacia atrás sobre el ataúd que contenía la preciosa Piedra de Scone.
La monstruosidad de la muerte dejó helada a Elf, pero luego se percató de la proximidad del Tilbury Troll, que se les echaba encima, del barquero que gritaba y Woodman que preguntaba...
— Sí — gritó Elf— . jMoveos! jMoveos!
Ocho poderosos remeros les sacaron del camino de la gabarra pero por los pelos, y la muñeca de trapo empapada en sangre que tan recientemente había sido un hombre pasó a escasos metros de ellos.
A bordo, todo el mundo se quedó mirando fijamente el cadáver. Elf pensó que tal vez ni siquiera los soldados estuvieran endurecidos contra tales visiones. De pronto comprendió que era ella quien estaba al mando allí. Había actuado así, dando órdenes, asumiendo la responsabilidad. Pero sabía que ya no había nada más que mandar. Tenía que ceder este lugar a los hombres.
Con el deseo de que sus manos dejaran de temblar, dijo:
— Bien hecho, Woodham. ¿Puede indicar al barquero que se dirija de regreso al muelle de Harrison?

(3). El duende del tílburi. (N. de fa 7:)
— De acuerdo, milady. Pero le llevará un rato.
— No importa, mientras su cargamento no acabe en el buque francés.
Al tiempo que se iniciaba la comunicación a gritos, acompañada por animadas voces del angustiado barquero, Elf se volvió a los soldados.
— Buen trabajo, soldado Pickett. Un disparo limpio. Sin duda ha salvado la vida al pobre barquero.

Le miró con atención por primera vez, cayendo en la cuenta de que no podía tener más de veinte años y que estaba pálido por la tensión experimentada. De todos modos, al oír sus palabras, se sonrojó y se mostró azorado.
— No ha sido nada, milady.
— Todo lo contrario, era algo muy importante y ha cumplido con su deber.
Woodham había acabado de transmitir las instrucciones al barquero, de modo que Elf volvió a dirigirse a él.
— Llévenos de vuelta al muelle, si nos hace el favor.
Y finalmente se sintió capaz de desplomarse en un asiento. Por desgracia, haber superado aquel trance permitió que sus temores por Fort la inundaran como agua del río.
En el muelle, acababa de llegar un carruaje. ¿ Un médico? ¿O un medio para trasladar a alguien a un médico? ¿No llamarían un coche para trasladar un cadáver, verdad ?
Probablemente lo harían para el cadáver de un conde.
Tal vez no había sido él quien había caído.
Estaba segura de que sí.
Tal vez sólo había tropezado y caído.
Tal vez... Tal vez...
Sabía, por un instinto que superaba la comprensión humana, que él había caído, le habían disparado y estaba gravemente herido.
También tendría que saber entonces con la misma certidumbre si había resultado muerto.
Recordó que, en casa de Safo, con Fort atado y sus hermanos furiosos, no había estado segura de dónde situaba sus fidelidades más profundas. Ahora sí lo sabía.
Con las manos entrelazadas delante de la boca, rezó como nunca antes había rezado. Rezó por la vida de él y por tener una nueva oportunidad de aportar alegría a su vida.
Luego se percató de la atención preocupada de los soldados y bajó apresuradamente las manos, esforzándose por parecer normal. Tenía que desempeñar otro papel: el de una Malloren, impasible comandante de muerte y destrucción.
Bryght esperaba en solitario en las escaleras.
Él no estaba herido. Sintió alivio, por supuesto, pero no de su preocupación principal.

No había señales de Fort o de los soldados que habían venido con él. Sobre las maderas, el color rojo destellaba al sol.
Sangre.
Con el corazón desbocado, se puso en pie, desesperada por ser la primera en bajar del barco. En cuanto los remeros situaron la embarcación a lo largo del embarcadero, cogió la mano de Bryght y trepó al amarradero de madera.
— ¡Bien hecho! — dijo él.
— ¿Fort? — inquirió ella con tono ansioso.
Su semblante se tornó grave.
— La bala le alcanzó en la pierna. No creo que su vida peligre.
Elf perdió todas sus fuerzas y se desmoronó en los brazos de su hermano, llorando de pesar, de alivio y tal vez del más completo y profundo agotamiento.
Sintió que Bryght la levantaba y la transportaba, pero se quedó dormida antes de que él encontrara un medio para llevarla a casa.

Tras dos horas de explicaciones, interrogatorios y excusas, Rothgar salió del salón privado del rey por una puerta lateral y preguntó a un lacayo por su hermano. Encontró a Cyn vigilado en una pequeña habitación en un piso inferior, pero haciendo tiempo con ciertas comodidades, bebiendo una cerveza.
Nada más entrar Rothgar, levantó la jarra.
— ¿Cuánto tiempo voy a conservar mi cabeza?
— Indefinidamente, aunque su majestad aún no está del todo convencido. Felicidades por usar tu cabeza para este menester.
Cyn se rió y se puso en pie.
— ¡Fue de lo más desagradable, Bey! La maldita máquina estaba justo allí, sobre esa gran mesa dorada en el salón privado. Por lo visto había llegado con un mensaje redactado astutamente a tu nombre, y el rey había exigido que se la llevaran al instante. Su ayuda de cámara intentó disuadirle, pero no estaba dispuesto a que le prohibieran poner a prueba el aparato. El único motivo de que el rey aún no lo hubiera puesto en marcha era que había llamado a la reina para que disfrutara de aquel momento. Tuve que sacarle de allí.
— Admirable talento militar.
— Sí, bueno, pero recapitulando ahora, probablemente incurrí en todo tipo de lese— majesté y, a juzgar por su reacción, se han

reducido ostensiblemente mis posibilidades de convertirme en comandante, para qué hablar de coronel.
— Tal vez deberíamos convencerle de tu valía. ¿Dónde esta el artilugio diabólico ?
— En la habitación de al lado. Insistí en que lo pusiera donde yo pudiera tenerlo vigilado.
Rothgar abrió la puerta. La llamativa pagoda china se encontraba a un lado sobre la mesa, sus diminutas figuras paralizadas, a la espera sólo de que se soltara un pestillo para activarse letalmente.
— Una lástima, ciertamente — dijo— . Es de verdad ingenioso.
— ¿ Deberíamos explosionarlo ?
— Deduzco que estallará él solo, si se le da la oportunidad. El truco será dejar que suceda en lugar seguro. Levántate las mangas. Vamos a llevárnoslo.
— ¿Nosotros?
— ¿Quién más? Por lo que parece, lo han movido escaleras arriba y abajo sin peligro. Pero, por si acaso, ¿ deberíamos ordenar a otros que corrieran el riesgo?
— ¡Increíble! Si no te conociera, pensaría que te sientes compungido.
— ¿Me consideras incapaz del arrepentimiento?
Cyn sacudió la cabeza.
— Creo que tu humor hoy es de lo más extraño. Muy bien. Traslademos el aparato.
No era pesado, pero era engorroso, especialmente si la intención era moverlo con sumo cuidado. De todos modos, por fin, pudieron dejarlo en el exterior del castillo, sobre el césped cercano al río. Cyn sacó un pañuelo para secarse el sudor de la cara.
Rothgar, manteniendo la calma, llamó entonces a unos criados para que trajeran viejos colchones y un mosquete, y enviaron un mensaje al rey para invitarle a observar un espectáculo desde un balcón distante, si le apetecía.
— ¿Por qué? — preguntó Cyn.
— Tu ascenso militar, por supuesto.
En cuanto el rey y la reina aparecieron y pudieron ver la pagoda, Rothgar supervisó los movimientos de los criados mientras apilaban colchones alrededor del juguete. Luego, alejando a todo el mundo a cierta distancia, cedió el mosquete a Cyn.

— Estoy seguro de que estas cosas se te dan mejor que a mí. Intenta meter la bala por el hueco de la izquierda.
Cyn cargó el arma con cuidado, luego la levantó y apuntó por la mira del cañón. Su dedo apretó el gatillo y, con un estampido y una explosión de fuego, la bala se precipitó hacia delante.
Un momento después, un estampido aún mayor hizo volar tela, lanilla y fragmentos en todas direcciones.
— ¡Diantres! — exclamó Cyn dejando que la culata descansara en el césped.
— Imagínate eso sin tapar y en un lugar cerrado.
— Por supuesto — repuso Rothgar y se volvió hacia el balcón. Pero el rey y la reina ya habían desaparecido.
Mientras los sirvientes se adelantaban para recoger el mosquete y limpiar los despedectos, Rothgar comentó:
— La pregunta es, ¿ sería una réplica del juguete un regalo apreciado o acabaría por volver al rey loco de remate ?
Cyn se dobló de la risa.
Cuando regresaron al castillo, no sólo encontraron su carruaje esperando, sino que había un mensajero del rey que requería la presencia inmediata de lord Cynric.
— Caramba — dijo Rothgar— , ha recordado que tiene que decapitarte por lese— majesté. ¿Quieres subirte al carruaje y huir del país?
Por un momento, Cyn pareció alarmado.
— Pardiez, Bey, ¿qué crees que querrá?
— Sugiero que vayas y lo descubras. Al fin y al cabo — añadió afablemente— siempre has afirmado que quieres afrontar tu solito lo que te depare la vida.

Capitulo 15

Cuando Elf se despertó, se sentía como si la hubiera vapuleado el poderoso Támesis y la hubiera arrojado contra los espolones del puente de Londres. Los vagos recuerdos de sus sueños no le permitían estar completamente segura de que no hubiera sucedido algo así.

Luego recordó imágenes embarulladas de Fort tendido ensangrentado sobre la caja en la que habían hecho el amor, muriendo porque ella le había disparado...

¡No! Se esforzó por volver a la realidad. Había sido Murray, no Fort, y ella no había efectuado el disparo. Pero lo había ordenado, lo cual era lo mismo.

Luego su cerebro se aclaró por completo y recordó que Fort, en efecto, había resultado herido. En la pierna.

Luchó por abrir sus ojos arenosos y se sentó.

Una herida en una pierna podía significar cualquier cosa, desde una leve pérdida de sangre hasta una amputación, pero de cualquier modo, la infección y la muerte eran una amenaza. El año pasado, sin ir más lejos, el joven sir Francis Cornhallows había muerto justamente a causa de una herida trivial que se volvió séptica por no haber permitido que el cirujano le limpiara debidamente los restos de tela que la bala había introducido en la carne.

Sus desmañados dedos encontraron la cuerda de la campana y tiró de ella una y otra vez, rogando para que Chantal se apresurara.

Salió tambaleante de la cama, imaginándose perfectamente al arrogante conde Walgrave espantando a sus médicos. No tenía a nadie que le contradijera. Excepto ella. Un rayo de brillante luz del sol atravesó una rendija entre las cortinas corridas. Aún no se había hecho de noche. Aún habría tiempo para hacerle entrar en razón.

Chantal irrumpió en la habitación, con Chastity a tan sólo un paso por detrás.

— ¡Milady! ¡Ha despertado!

— Elf, ¿cómo te encuentras?

Elf se agarró al poste de la cama, asaltada por un ataque de vértigo.

— Fatal. — Apenas podía hablar a causa de la sequedad en la boca— .Agua. Eso me iría bien.

— Necesita algo más que agua, milady — dijo Chantal, y salió a toda prisa como una ráfaga de faldas oscuras.
Chastity sirvió agua de una jarra y se la acercó.
— Creo que debo repetir la amable sugerencia que me hiciste a mí en una ocasión. Sospecho que te encantaría tomar un baño.
— Vaya, sí. — Elf se bebió todo el vaso de agua y luego se tocó el pelo— . ¿Aún estoy empolvada? Mi aspecto debe de ser un verdadero horror. Pero no tengo tiempo. Tengo que ir a ver a Fort.
Chastity la empujó con delicadeza para que se sentara en la cama.
— No hace falta. No corre peligro.
Elf se quedó mirando a su cuñada a los ojos.
— ¿Le han tratado como es debido? ¿Han limpiado la herida?
— Sí y sí. Te lo aseguró, estuve con él y le reprendí tanto como te habría gustado a ti.
— ¿Se recuperará?
— Como siempre, eso está en manos de Dios. Le duele. Tiene fiebre. Pero parece que se está curando.
La imagen de Fort sumido en un dolor febril volvió a levantar a Elf de la cama.
— Está claro que es demasiado pronto para decir si se curará. ¿ Por qué estás aquí en vez de allí? ¡Eres su hermana!
Chastity la obligó a recostarse con afecto.
— Elf, has dormido un día y medio. Es domingo por la tarde. — Fue a descorrer las cortinas y la habitación se llenó de luz, lo que provocó que Elf se cubriera sus doloridos ojos.
— Un día y medio — murmuró ella— y el mundo continuaba sin mí. ¿El rey?
— A salvo. — Chastity volvió a llenar el vaso y se lo acercó— . Cyn llegó a tiempo.
— Gracias a Dios. ¿ y la piedra?
— Ha sido devuelta discretamente a la abadía Westminster, con el cuento de que alguien la había trasladado para poder reparar el trono. Tengo que confesar que yo ni me había percatado de que estaba allí. ¿ Crees en esta idea sobre su poder místico para transmitir la dignidad real?
Elf bebió parte del agua y de nuevo se levantó, esta vez con más cuidado. La náusea parecía haber remitido, de modo que empezó a moverse por la habitación, sintiendo rigidez y dolor en lugares poco habituales.

Eso trajo a su mente un montón de problemas. Mejor seguía con la Piedra de Scone.
— No sé. No parece que a los Estuardo les ayudara mucho. Les coronaron sobre ella.
— Cierto. ¿Te has enterado de lo de Cyn?
— ¿Qué? — Un montón de posibilidades horribles le vinieron a la cabeza— . ¿ Qué ha pasado ?
— Oh, nada malo...
Pero entonces Chantal entró con una cafetera, acompañada de una naranja perfectamente pelada y gajeada y una selección de pasteles. En cuanto se lo ordenaron, salió lanzada a preparar el baño.
Elf contempló la atractiva bandeja.
— Pido agua y me traen una comida completa. Por favor, acompáñame y cuéntame en qué ha estado metido Cyn.
Chastity cogió un gajo de naranja.
— En cuanto a lo que ha estado haciendo, él y Rothgar explosionaron el juguete mecánico, con todas las precauciones, por supuesto, en el exterior del castillo de Windsor. No obstante, Cyn primero tuvo que cabalgar como alma que lleva el diablo para advertir al rey. ¿ Creerás que le encontró justo al lado del aparato, lleno de agitación y de ganas de encenderlo, y esperando sólo a que llegara la reina?
— ¡Santo cielo!
— En este caso, Cyn nos salvó. Instó al rey a alejarse del peligro con cierto grado de brusquedad militar. En ese momento, su majestad dudó de la historia que explicaba Cyn. Pero cuando vio cómo explotaba el artilugio en mil fragmentos letales, Jorge llamó a Cyn de nuevo ante su presencia, le estrechó contra el regazo real y ¡le nombró lord Raymore!
Elf se quedó mirando a Chastity.
— ¿Pero por qué Raymore?
Chastity se esforzaba por contener la risa.
— Por lo visto, es el nombre de... ¡del caballo favorito de su majestad!
Se doblaron de risa.
— Y a Rothgar — continuó Chastity con un resuello— sólo se le ocurrió decir que a caballo regalado no le mires el diente. Sobre todo teniendo en cuenta que el rey acompañó de una finca el título para respaldar el vizcondado.

— ¡U n vizcondado! Eso le adelanta a Bryght y a Brand. ¿ Qué piensa Cyn de todo esto ?
Chastity sonrió con una mueca:
— Por supuesto, le conoces muy bien. Sobre todo, le abruma la idea de ser recompensado sólo por cumplir con su deber. También tiene la ligera sospecha de que Rothgar está detrás de todo. Ya sabes qué actitud ha mantenido siempre acerca de aceptar el apoyo de la familia.
— Lo lleva a extremos.
— Estoy de acuerdo contigo, pero ya conoces a los hombres.
Elf pensó en Fort y en Safo.
— Estoy empezando a conocerles. — Se volvió a su cuñada— . Ya sabes que Fort y yo hemos sido amantes.
Las mejillas de Chastity se sonrojaron un poco.
— Sí. No soy quién precisamente para criticar.
— Pero tú amabas a Cyn.
— Cierto. ¿Tú quieres a Fort?
Elf apartó el rostro para mirar a través de la ventana la tranquila plaza de Marlborough.
— Sí. De todos modos, es una locura entregar el corazón a un hombre imposible.
— Tal vez todos los hombres sean imposibles. Cuando hice el amor con Cyn, creía que el matrimonio entre nosotros sería imposible. Yo también me puse un disfraz, aunque luego resultó que él sabía quién era yo. Deduzco que Fort no te reconoció.
— ¿Por qué iba tan siquiera a sospechar algo tan improbable? Y hablamos en francés casi todo el tiempo. — Se volvió a Chastity— . Me asusta mucho la idea de haberme quedado embarazada.
— Tendrías que haber pensado en ello.
— Lo hice hasta cierto punto. — Se le escapó una risa nerviosa y la contuvo con las manos— . Parecía bastante sencillo en teoría, pero ahora...
Chastity se puso muy seria.
— Aunque estés embarazada, Elf, no creo que vaya a casarse contigo.
Eso provocó una punzada, pero supo disimularla.
— No sería justo esperar eso de él. Nuestro acuerdo era claro.
— ¿Acuerdo?
Elf hizo un ademán desestimando la pregunta y se movió inquieta por la habitación.

Por un momento, anoche, sentí deseos de que Bey forzara un matrimonio. Sería una locura, Fort preferiría morir. Pero desde luego no deberíamos gestar un hijo y negarle su herencia.
Chastity la cogió y la obligó a permanecer quieta.
— Enfréntate a las batallas cuando lleguen, no antes. Consejo de Cyn. Un buen consejo.
Elf se desmoronó en los brazos de su cuñada.
— Supongo que es así. Pasarán semanas antes de que lo sepamos, y cualquier cosa podría ocurrir para entonces... — Incluida la muerte de Fort a causa de la fiebre de la herida. O, si continuaba con sus amenazas de montar un escándalo, a manos de uno de sus hermanos. No sería capaz de detenerles.
— Es una pena que no tomaras ninguna precaución — dijo Chastity, volviendo con su cuñada al sofá.
Eso recordó a Elf la última conversación real con sus hermanos.
— Ah, sí, ¿los trucos de putas? Supongo que tú los has estado utilizando ya que lleváis casados más de seis meses.
Chastity se ruborizó.
— Oh. Sí. Bueno, puesto que teníamos la esperanza de viajar a Nueva Escocia, no queríamos que yo tuviera que dar a luz a bordo del barco, ni siquiera viajar con la carga adicional de una criatura dentro de mí.
— ¿Pero cómo se hace?
— Aparentemente, una esponja empapada en vinagre ayuda a impedir que la simiente arraigue.
— ¿ Una esponja empapada en vinagre? — repitió Elf, perpleja. Luego añadió— . ¿Quieres decir, dentro?
Chastity asintió, bastante colorada para entonces.
— ¡Dios bendito! ¿Pero cómo... lo pones tú ahí?
— Oh, lo hace Cyn. — Chastity se volvió para coger un trozo de pan de la bandeja— . No sé muy bien qué pasó entre tú y Fort — dijo ella, jugueteando con la comida— , pero no es tan raro que un hombre toque a una mujer... ahí. — Se volvió de nuevo con ademán brusco— — . ¡Si son amantes, me refiero!
— Sí, ya veo. Dios bendito — repitió una vez más Elf.
— No es la expresión que usaría la mayoría de gente. Muchos dirían que es una perversión intentar contradecir los planes de Dios.
— No puedo creer que los planes de Dios incluyan que una mujer en avanzado estado de gestación cruce el océano en un barco de la

armada, por no mencionar dar a luz allí. Gracias por decírmelo. Creo que tendríamos que hacer correr la voz entre todas las mujeres.
— Las mujeres y los hombres suelen correr la voz acerca de ciertas coas. Pero no está bien visto y tampoco es seguro. La necesidad de la naturaleza de concebir no se contraría tan fácilmente. De hecho — continuó con desconsuelo— estoy empezando a sospechar que la naturaleza me ha vencido en este caso. Pero no se lo digas a Cyn. Podría intentar retardar el viaje y tengo tantas ganas como él de ver y conocer el Nuevo Mundo.
Bien por la idea de perder otra vez a su hermano gemelo o por temor al embarazo o por anhelo de una criatura, las lágrimas importunaron de nuevo los ojos de Elf.
— ¡Oh, te envidio!
— ¿La criatura o el Nuevo Mundo?
— ¡La aventura de todo ello!
Chastity la abrazó.
— Si la vida aquí se vuelve aburrida, no tienes más que zarpar y venir a visitarnos entre los bosques y los indios. ¡Buscaremos para ti toda la aventura que quieras!
— ¿ Ah, pero será lo suficiente perverso para mí?
lntercambiaron sonrisas llorosas pues las dos sabían que la aventura que Elf deseaba de verdad era Fort. Pero entonces Chantal entró desde el cuarto de vestir.
Chastity se levantó.
— Tu baño está preparado, querida, de modo que me voy.
Elf entró en la habitación contigua y se dio un baño largo y reflexivo. Contó sus rasguños y magulladuras pero, sobre todo, dio vueltas llena de inquietud a la posibilidad de estar embarazada. ¿ Qué iba a hacer si así era?
Estaba muy bien pensar en dar a luz a un niño bastardo en el extranjero y entregarlo a unos padres adoptivos para que lo criaran, pero a Elf le gustaría criar ella misma a su hijo. Le gustaría darle pecho, mecerlo por la noche, estimular con paciencia sus primeros pasos y palabras, y aplaudir cada uno de sus pequeños logros.
Pensaría que un padre querría esa cercanía también. Fort había mencionado a los dos hijos de los que tenía noticia, y había dicho que los mantenía y se preocupaba por su bienestar.
Seguro que le gustaría lo mismo para un hijo suyo.

Elf sabía que ella quería más. Quería a los dos casados, disfrutando juntos del hijo.
¿Qué sucedería si estaba embarazada? Sería el heredero de Fort, pero sólo si se casaban antes del nacimiento.
Sólo con pedirlo, sus hermanos obligarían a Fort a casarse con ella, pero no podía imaginarse nada peor que atar a un hombre de por vida contra su voluntad.
Oh, ¡tonterías!, Chastity tenía razón. ¿ Por qué librar una batalla que tal vez nunca llegaría a producirse ?
De todos modos, había una cuestión que no podía dejar de lado. En aquel momento, la amenaza de Fort de montar un escándalo público había sido seria. Había pospuesto hablar con sus hermanos por temor a lo que pudieran hacer. Pero sería una estupidez no tomar alguna medida para impedir el desastre.
Elf llamó a Chantal para que le lavara el pelo, luego, mientras se secaba, tomó café y comió un poco más de la substanciosa comida. No obstante, pese a su largo ayuno, su estómago no se sentía demasiado receptivo.
Esperó que no se tratara de una señal temprana de embarazo. Pensó que la causa principal de la falta de apetito era la angustia que sentía por Fort. Pese a las aseveraciones de Chastity, quería desesperadamente correr a comprobar personalmente que no se encontrara a las puertas de la muerte. Quería secarle la frente y alimentarle con un caldo nutritivo.
Probablemente se lo escupiría a la cara.
De todos modos, recordó aquel momento cuando mencionaron que habían pasado por debajo del puente, en el que tal vez él mostró cierta inquietud por ella.
Hizo una mueca. Era tan fácil engañarse a una misma con este tipo de cosas. Ya se le había secado el pelo y debía enfrentarse a problemas inmediatos.
Llamó a Chantal para que ejecutara la magia habitual, y enseguida lady Elfled Malloren estaba lista para presentarse ante el mundo: con el pelo reluciente y peinado con esmero bajo una gorra de encaje, vestida con corsé y aros debajo del linón crema salpicado de nomeolvides, discretamente adornado con perlas. Un vistazo al espejo le dijo que ningún rastro externo de la lujuriosa Lisette había logrado sobrevivir.

Luego cayó en la cuenta de que iba vestida exactamente igual que el día en que se despidió de Cyn y empezó la locura. Incluso ahora, este aspecto apropiado le parecía un disfraz, un disfraz incluso más absurdo que el dominó escarlata de Lisette.
¿Quién era ahora Elf Malloren? Quizá fuera mejor que se arriesgara a salir para poder contestar a esa pregunta.
Un lacayo le informó que Cyn y Chastity se encontraban en el jardín y sus hermanos Bryght y Rothgar estaban en la oficina.
Tras pensarlo un momento, se encaminó al despacho, entrando por la puerta lateral privada que evitaba a los atareados administrativos.
Rothgar y Bryght estaban trabajando en el mismo escritorio, absortos en la lectura de documentos que probablemente tendrían poco que ver con las recientes aventuras. Así de rápido se desvanecían los murmullos de la explosión.
Ambos alzaron la vista y se levantaron sin ninguna muestra de enojo o censura. Aun así, Elf sabía que estaba sonrojada. Confió únicamente en no estar roja como un tomate.
— Espero no interrumpir.
— Nada importante — dijo Rothgar cogiéndole la mano y llevándola hasta una silla— . Tienes mucho mejor aspecto.
— Gracias. Parece que he dormido más de lo normal.
— Creo que lo necesitabas. Aunque tuvimos que enfrentarnos a Cyn para que no llamara a todos los médicos de la ciudad.
— Considerando las preocupaciones que me ha dado él durante años, no es tan injusto que se inquiete por mí al menos una vez.
— Estoy totalmente de acuerdo. y bien, ¿te has recuperado por completo?
Elf sabía que su sonrojo se había intensificado. Un himen roto no se arreglaba.
— Eso creo. Algunas magulladuras y rasguños, eso es todo. Chastity me ha explicado algunos de los acontecimientos. ¿ Han atrapado a todos los escoceses?
— Eso parece, por lo que nosotros sabemos. — Rothgar volvió a ocupar su lugar detrás del ornado escritorio. Bryght, más inquieto, se apoyaba en el borde.
— Murray murió en la gabarra — continuó Rothgar— . Lo hiciste muy bien allí, por cierto. Y uno de sus hombres recibió un disparo en el muelle. Creemos que otro de los escoceses era el hombre que

dejaron muerto en casa de Walgrave. Se encontró un cuarto cadáver en la posada Peahen, con una declaración de lealtad a la causa Estuardo entre los dedos. Suponemos que se suicidó al tomar conciencia de que el juego había concluido. Estos cuatro parecían ser los únicos metidos de lleno en la trama, aunque contrataban a otras personas sobre la marcha. Los hombres que llevaron el juguete a Windsor, por ejemplo, eran unos in— cautos. Creían que habían sido contratados de verdad para entregar un regalo. Puesto que el rey ha pedido que el asunto se mantenga silenciado, ni siquiera se han enterado aún de la verdadera naturaleza de su labor.

— ¿Y el papel de Fort en ello ? ¿ Entiende el rey eso ?

Los ojos de Rothgar eran del todo comprensivos.

— Eso creo. Cuando me marché, Jorge estaba molesto con Grenville por no mantenerle informado, y empezaba a desconfiar un poco de Bute. No de su lealtad, sino de su sensatez y criterio. Con igual razón.

Elf miró a su hermano con el ceño fruncido:

— ¿No tienes ambiciones políticas, verdad?

— ¡Qué horror! ¿Por qué? ¿Acaso no está el camino pavimentado de oro ? Pues no — dijo con una sonrisa— . Tengo bastante con ocuparme de mi alborotadora familia. Pero no me voy a quedar al margen y ver cómo mi país cae en manos de estúpidos. Jorge es lo bastante sensato, pero no si se deja guiar por Bute. Sospecho que Grenville ocupará su lugar, y me reservo la opinión. Por supuesto, si Cyn hubiera seguido el camino que tenía preparado para él, tal vez un día dirigiría el país.

— ¡Dios nos libre! — declaró Elf pues sabía que su hermano bromeaba, aunque bien podía haber sido su plan en el pasado. Echó una ojeada a su otro hermano, el principal responsable de la gestión financiera de los asuntos familiares.

— Bien, tal vez Brygh t. Quizás a él le gustaría ser primer lord del Tesoro.

— Oh, no — respondió el aludido alzando una mano— . Las finanzas gubernamentales son demasiado caóticas para mí. Al cabo de un mes me habrían encerrado en Bedlam. Por cierto, hablando de esto, nos preguntábamos si serías tan amable de echarme una mano y aligerarme de algunas responsabilidades.

— ¿ Hablando de Bedlam o de negocios ? — inquirió Rothgar.

Bryght le dedicó una mirada.
— Negocios. — Se volvió hacia Elf— . He de admitir que, a partir de ahora, me resultará difícil seguir controlando tantos asuntos, pues quiero pasar más tiempo en Candleford. El negocio de la seda, por ejemplo, se beneficiaría probablemente de tu experiencia.
En cuestión de un segundo, la visión de Elf se empañó y una comezó en su cara le advirtió de la amenaza de las lágrimas. Sus hermanos no sólo no le reprochaban su conducta lasciva sino que habían detectado parte de la causa de su inquietud e intentaban ayudar.
Bryght se aclaró la garganta con cierto azoramiento.
— Por supuesto si no es demasiado para ti. ..
Rothgar se limitaba a observarla.
— Sois los mejores hermanos del mundo — Sacó de su bolsillo un pañuelo y se sonó la nariz— Me encantaría intenrarlo Pero...
— ¿ Pero ? — preguntó Rothga,
— ¿Qué sucedería si me casara?
El silencio se prolongó durante unos latidos de corazón, pero luego le contestó:
— Bryght se ha casado y, aunque ha tenido cierto efecto sobre la cantidad de tiempo y atención que parece dispuesto a dedicar a nuestro engrandecimiento, aún no resulta ruinoso
Elf pregunró dubitativa
— ¿ Y qué sucedería si me casara con Fort?
— Te cases con quien te cases, nos aseguraremos de que tu contrato matrimonial salvaguarde tu propiedad y tu libertad económica.
Como siempre, su hermano no le dio ningún indicio de sus verdaderos sentimientos acerca de aquel tema De todos modos, era una perspectiva poco probable, y un desliz por su parte haberlo mencionado. Le recordó otros problemas, no obstante, que le habían llevado a buscar esta entrevista
— Me amenazó con montar un escándalo, Bey. Con contarle al mundo nuestro asunto Es capaz de ello Artículos en noticiarios Retratos en las casas de impresión.
Rothgar no parecía alarmado
— Palabras pronunciadas in extremis, creo, pero tenemos gente en su casa para alertarnos de cualquier acción de este tipo.
— Eso no parece muy correcto

— Pero es muy práctico. Por el momenro, por supuesto, está demasiado enfermo como para llevar a cabo cualquier plan de venganza.
Eso volvió a llevar a Elf a su principal preocupación, poniéndola en pie
— Oh, cielos Ojalá...
— No — dijeron ambos hermanos al unísono
— Elf — dijo Bryght— , no contribuiría a su recuperación que tú intentaras cuidarle. Confía en nosotros
Elfles miró a los dos.
— ¡Los hombres son imposibles!
Rothgar añadió:
— Sólo estamos sugiriendo que le concedas unos días para recuperar las fuerzas antes de volver a abordarle. No es más que juego limpio, querida mía.
— ¡Nunca le he abordado! — Pero había ataques mentales así como ataques físicos, de modo que tal vez no fuera tan cierto lo que ella decía. Se sentó, arreglándose su pálida falda floreada.
— Muy bien, seguiré vuestro consejo. Pero en cuanto la batalla sea justa, intentaré discutir todo esto con él. No le dejaré cometer una estupidez.
Bryght miraba con semblante escéptico, pero empujó un par de libros de cuentas hasta el extremo del escritorio más próximo a ella.
— Te distraeremos entonces con la seda. Uno de los principales centros textiles de seda se encuentra aquí en Londres. Spitalfields...
Elf salió de la oficina una hora más tarde, con la cabeza dando vueltas a causa de la información y tantas ideas nuevas. Gracias asu vida suntuosa y a su experiencia llevando las casas de Rothgar, sabía ya mucho sobre tipos de seda, la durabilidad de los diferentes tejidos y las tendencias posibles en el gusto.
Ahora tenía cierta idea de los cambios que estaba experimentando la industria textil y del dinero que podría ganarse o perderse, según qué decisiones se tomaran.
Después de revisar la participación existente de la familia en este campo, había sugerido que su papel se incrementara para incluir la gestión de otros materiales. Hoy en día, había tantas clases de algodones y mezclas de algodones, tantos métodos nuevos de estampado y sistemas para tejer con diferentes diseños, que toda la industria podía cambiar.

Le intrigaban en concreto las técnicas mejoradas, pese a que Bryght sabía muy poco al respecto. Nunca había pensado mucho en cómo se hacían los diseños sobre telas de lana, pero podía imaginar las ventajas de invertir en las mejoras, siempre que fueran factibles. Seguro que merecía la pena encontrar métodos para elaborar telas bonitas, resistentes y lo bastante baratas como para que todo el mundo se las pudiera permitir.

Aunque se sintió tentada a ir a su habitación y leer los dos libros que Bryght le había dejado, sabía que estaba posponiendo el encuentro con un ansioso hermano gemelo. El lacayo situado en el vestíbulo le dijo que Cyn y Chastity se encontraban en esos momentos en el salón matinal, de modo que le entregó a él los libros y se fue para allá.

Les encontró jugando a cartas, pero Cyn se levantó de un salto en cuanto ella entró.

— ¡Te estaba buscando!

Estoy segura de que sí, pensó, e intentó distraerle.

— Estaba con Rothgar y Bryght. Me han dado un trabajo.

— ¿Un trabajo?

— Una función en el negocio.

Su ceñó se suavizó en una sonrisa.

— Pues te ha cambiado la cara. Pobre Elf, ¿no soportabas aburrirte tanto?

Culpa. Podía leerla en su mirada preocupada.

— No, no es que no lo soportara — dijo con dulzura— . Creo simplemente que una vida ociosa acaba por hastiar.

— Y lleva al desastre.

— Espero que no llegue a eso. — Elf se volvió a Chastity— . ¿ Puedo pedirte, por favor, que visites a Fort con frecuencia y me cuentes cómo le va?

Chastity se levantó, tomando nota de su sugerencia.

— Por supuesto. De hecho, me acercaré ahora y le arreglaré un poco los cojines. — Con un guiño malicioso, añadió— — : Estoy tan contenta de que se haya pospuesto nuestra partida. ¡Habría detestado enterarme de todo eso meses después de que sucediera!

Salió, y Elf y Cyn se miraron el uno al otro.

— Me siento culpable en unos cuantos aspectos — dijo él.

— Lo sé, pero, por favor, no deberías.

— Pero si no hubiera pensado tanto en lo que a mí me convenía, habría estado aquí contigo.
— Lo dudo. Habrías estado atado a los planes de Bey, estudiando leyes y metiéndote en política.
— He estado a punto — dijo con impaciencia.
— Y sintiéndote fatal.
— En vez de eso, he dejado que te sientas tú así.
Elf desdeñó sus preocupaciones con un ademán.
— ¿Me has visto muy abatida? Sólo en los últimos tiempos he empezado a sentirme inquieta.
Cyn no parecía convencido y recorrió la habitación de un lado a otro.
— Muy bien, entonces, a ver qué te parece esto: si no hubiera rechazado de forma tan tajante los planes de Bey, tal vez él hubiera pensado en ofrecerte a ti alguna responsabilidad.
Negándose a dejarse poner nerviosa, Elf se sentó en el sofá.
— Eso no tiene sentido. Soy una mujer, por lo tanto a él no se le habría pasado por la cabeza. Pensaba que yo sería como Hilda y que enseguida me adaptaría al matrimonio. Supongo que, para él, en cierta forma es un conflicto, pero nunca acusaría a ninguno de mis hermanos de una mente inflexible.
Cyn se detuvo para mirarla de frente.
— De acuerdo. Entonces, ¿qué sucede con Walgrave? Su comportamiento con sus hermanas estaba alimentado por la inflexibilidad. ¿Te confiarías a él?
Elf se agarró las manos, ya que sabía que los sentimientos de su hermano se debían más al sufrimiento padecido por Chastity que a cualquier motivo propio.
— No le odies, Cyn. Por favor. Y no intentes matarle. En realidad, nuestro caso no es peor que el tuyo.
— Te olvidas. Vi la manera en que te trató en casa de Safo.
— Aún estaba conmocionado. Todo se remonta a cuando mató a su padre. No es fácil vivir con eso, especialmente porque Fort quería alejarse de él. Cyn, su padre era un monstruo. Mucho más de lo que nosotros pensábamos... Eso, por supuesto, queda entre tú y yo.
— Por supuesto. — Cyn estaba sentado frente a ella, con semblante grave— . Sé algunas cosas del conde. Chastity me las contó. Es duro imaginar lo que debe de ser tener un padre así. Era un tirano con sus hijas. Supongo que era igual de cruel con los hijos.

— Peor. Solía fustigarle delante de los criados para domar su orgullo. — Se mordió los labios intentando que dejaran de temblar— . Debe de ser duro remover terrores de la infancia, incluso cuando ya eres mayor.
— Cierto. Y ninguno de nosotros pensó en cómo le afectaría matar a su propio padre. Ni siquiera Chastity se percató. Por supuesto, a ella le alentó que fuéramos libres para casarnos. Hemos estado hablando de todo ello, durante el día de ayer. Allí estábamos, prácticamente bailando sobre el cadáver y sin pensar siquiera en cómo podía sentirse Fort. Fue cruel y terriblemente irresponsable. Pero el daño está hecho. Odia a todos los Malloren, y siempre lo hará.
Elf temió que Cyn tuviera razón, pero dijo:
— El tiempo puede curar. Pero si tú le matas, no tendremos ocasión de enterarnos.
— Deduzco que aún necesito tu permiso. — Hizo una mueca— . Lo siento por él, pero no podría quedarme quieto viendo cómo intenta herirte.
— Entonces gracias al cielo estarás en alta mar antes de que pueda volver a luchar. Pero no creo que intente perjudicarme una vez que se calme. Le hice daño. Había creado una coraza que le protegía y yo la cincelé hasta que se resquebrajó.
— Y ahora estará construyéndola de nuevo, más gruesa que nunca. La gente no cambia tanto, Elf. ¿ Por qué demonios has tenido que escogerle a él para perder la cabeza por alguien? — Volvía a recorrer la habitación.
— ¿Te sorprende que tengamos los mismos gustos?
Se volvió para mirarla.
— ¡No hay ninguna similitud entre él y Chastity!
— Vamos, vamos. Tiene que haberla. Cyn, mi cuerpo reaccionó a él antes de todo eso. Encontraba que ahí había un hombre que me podía gustar. ¿No te sucedió lo mismo a ti?
Cyn intentó objetar pero luego se encogió de hombros.
— Tal vez. Chastity presentaba desde luego un aspecto formidable cuando la conocí por primera vez y, sí, me fascinó. Incluso me ató a una cama, Con lo cual supongo que se asemeja a tu aventura.
A Elf no le gustó el hecho de que sus hermanos hubieran estado recomponiendo su historia, pero no obstante supuso que era lo natural.

— Hay muchas similitudes. Chastity llevaba un disfraz, igual que yo. No quería que tú supieras que era la notoria Chastity Ware, por temor a que la aversión te echara atrás. Yo no quería que Fort conociera mi identidad por el mismo motivo.
— La diferencia es que Chastity era pura y honorable y podía demostrarlo. Y tú sigues siendo una Malloren y siempre lo serás. No importa qué sucediera entre vosotros, Elf, te rechazará por esa traición.
— ¡Supongo que ese es el código masculino!
— No, es la naturaleza de la bestia. En este caso, la naturaleza de la bestia es tan inflexible como la de su maldito padre.
— ¡No! No, te equivocas en eso. Él intenta ocupar el puesto de su padre y ha creado una coraza para proteger sus sentimientos. — Tenía que conseguir que Cyn lo entendiera, de modo que utilizó de forma deliberada un arma emocional— . Debajo de la Coraza hay una persona capaz de ser amable, una persona como Chastity que puede reírse y hacer reír si se lo permiten.
Hizo efecto. Cuando Cyn conoció por primera vez a su mujer, ella era inflexible e irritable como resultado de la crueldad de su padre.
— Tal vez tengas razón — repuso Cyn afablemente— , pero ¿puede él ser esa persona junto a Elf Malloren?
Su intención era buena pero le dolió como un puñetazo.
— No lo sé.
— ¿Me prometes una cosa?
— Si puedo.
— Si él no puede ser esa persona contigo, si no puede disfrutar de las alegrías con Elf Malloren, no te cases con él por lástima.
Elf se rió con amargura.
— No es probable que me lo pida.
— Tal vez recupere el juicio y suplique de rodillas.
La perspectiva era a la vez sugestiva y aterradora.
— ¿Eso no demostraría...?
— No, sólo demostraría que sabe que está herido. No que está curado.
— Tal vez yo pueda curarle...
Sacudió la cabeza.
— Prométemelo, Elf. Prométemelo o no abandono estas costas.

Elf no quería. Quería ser libre para casarse con Fort en las condiciones más atroces, más degradantes si era lo único que podía conseguir. Pero se hizo la fuerte, pues sabía que Cyn tenía razón.
Lo prometo. Será tremendamente doloroso pero no me casaré con Fort a menos que sea por verdadero amor y regocijo. De todos modos, lo hago más por su bien. Se merece encontrar a alguien con quien poder disfrutar de las alegrías.

Capitulo 16

.

Chastity entró en la residencia Walgrave con el habitual estremecimiento de disgusto. Le recordaba siempre a su odiado padre, el escándalo, los latigazos y la horrible sensación de que le afeitaran el pelo de la cabeza. Hacía un año, por estas fechas, el cabello le llegaba hasta la mitad de la espalda formando un espesa mata de rizos marrones dorados. Cuando conoció a Cyn, era poco más que un rastrojo. Incluso ahora sólo le rozaba los hombros.

En realidad, Fort no había tenido ninguna culpa en aquel desastre. Se encontraba con el grupo que la había pillado en la cama con Vernham. ¿ Por qué él o alguien no sospecharía que era una invención ideada para forzarla a contraer un matrimonio no deseado, una invención instigada por su propio padre? En sus momentos de mayor sufrimiento, cuando su padre aprovechó sus derechos de padre indignado para quebrar su voluntad, nunca hubiera imaginado que Fort acudiría en su rescate.

Ya de muy pequeños habían aprendido todos ellos a no contradecir nunca la voluntad del poderoso Incorruptible.

Fort se sentía culpable por ello, de todos modos. Ella no sabía si era bueno o malo. Ciertamente complicaba la actitud de él hacia los Malloren.

El apoyo mutuo constituía la raíz del código que Rothgar había inculcado a sus medio hermanos. Incluso la breve estancia de Fort en Rothgar Abbey debería haberle enseñado eso, pues hacía evidente el contraste con la vida familiar de los Ware.

No obstante, todo esto pertenecía al pasado y no podía ser bueno insistir en ello. Si al menos pudiera convencer de esto a su hermano.

Al llegar a la puerta del dormitorio de Fort, llamó y fue admitida por su ayuda de cámara, aquel Dingwall tan extraño. No tenía idea de por qué Fort continuaba con aquel hombre a su servicio. Al menos el hombre se alejó sigilosamente, dejándola a solas con su hermano confinado en la cama y otra persona que había venido a visitarle.

— Jack Traver — dijo Fort con voz bastante fuerte, aunque tenía aspecto febril— . Jack, ¿conoces a mi hermana Chastity ? Lady Cynric Ma lloren.

A Chastity no se le escapó la pausa momentánea, a causa de la sorpresa, antes de que Travers besara su mano estirada. Aunque se había divulgado una explicación entre la sociedad, y el rey y la reina la habían recibido en St James en varias ocasiones, aún había personas que recordaban a Chastity Ware como el escándalo más sonado de la década.

— Lady Raymore, de hecho — dijo con una mueca— . El rey ha concedido el título a Cyn por...— Se mordió el labio, recordando que la intentona de acabar con la vida del rey debía mantenerse en secreto todo lo posible.

— Oh, no te preocupes, parlanchina — la tranquilizó Fort— . Jack ya conoce una buena parte de la historia, pues recorre la ciudad como un fuego incontrolado. Por supuesto, no aparecerá en los periodicuchos, pero cada vez que otra persona la cuenta se vuelve más confusa. Y bien, ¿qué es todo esto acerca de un título ?

Chastity pasó por alto el matiz amargo que alteraba su voz y se inclinó hacia delante para besarle la frente.

— El rey concedió a Cyn un vizcondado por salvarle la vida. No te lo he contado antes por miedo a provocarte una recaída.

Él hizo una mueca mientras hablaba pero se limitó a decir:

— Podía haber imaginado que Rothgar sabría sacar partido de todo.

— Entonces tendría que haberse hecho con un ducado para él, ¿no crees? No tuvo nada que ver con esto.

— ¿ Rothgar ? — Fort se rió abruptamente— . Nunca hace nada que no tenga premeditado. Envió a Cyn a cumplir esa misión. Podía haberme liberado a mí y enviarme.

— ¡Por todos los cielos! ¡Nunca me habías dicho que llorabas por un ducado!

Se sonrojó.

— Por supuesto que no. Simplemente quiero recordar que todo el mundo sabe qué le sucede a la gente que transmite buenas noticias a los monarcas.

— Me cuesta llamar buena noticia a decirle a alguien que se encuentra al lado de un objeto letal. ¿No hay también un dicho acerca de los mensajeros que comunican malas noticias?

Fort se recostó entre sus almohadones.

— Estamos riñendo, querida hermana Muy feo delante de un invitado.
Travers hizo una reverencia
— De hecho, rengo que marcharme, Fort, así podréis reñir en paz. Ya sé lo que es Yo también tengo hermanas. Señora.
Con aquello, salió de la habitación
Chastity no mencionó el desasosiego evidente que su presencia había provocado en Travers, pero Fort sí:
— Lo siento — dijo.
— Oh, no empieces con eso otra vez — replicó con brusquedad, llevando una silla junto a la cama— Nada de lo que pasó fue culpa tuya, y si hubieras intentado interferir, nuestro padre te habría destruido. Al fin y al cabo, no eras su única esperanza de sucesión dinástica. Está Victor.
— Tendría que haber hecho algo
— ¿Qué? Y volviendo la vista atrás, no estoy segura de que quisiera cambiar nada Si Vernham no se hubiera introducido en mi cama, nunca habría conocido a Cyn.
— La fuente de todas las bendiciones.
Chastity se quedó mirando a su taciturno hermano.
— ¡No puedes tener celos de Cyn!
— ¿Celos? Eso sugeriría gustos a la vez ilegales e inmorales. Pero ojalá yo te hubiera rescatado y respaldado
Chastity le cogió la mano, deseando conocer una manera de arreglar todo esto. Al final parecía que Fort era la única persona que continuaba sufriendo.
— Una vez fuiste consciente de la verdad, me ayudaste.
— Por lo que recuerdo, intenté estrangularte cuando descubrí que eras la amante de Malloren.
— Una teacción comprensible de consternación. Y bien, ¿cómo te encuentras?
Él aceptó el cambio de tema.
— Mejor que ayer. Que no es decir mucho. Tengo la sensación de que mi pierna tiene el doble de tamaño y, debajo de esa condenada jaula, no puedo ver nada. — Una gran estructura de mimbre le cubría la mitad inferior del cuerpo para impedir que las colchas estuvieran en contacto con la herida.
— El médico dice que la curación sigue la evolución correcta

— Condenado matasanos. — Fort miró a su hermana— . Chas, ¿puedo pedirte que eches un vistazo a la herida? Sé que es desagradable.
Casi grita de alegría de que se lo pidiera. Antes del escándalo nunca habían estado muy unidos y, desde entonces, el lugar que ocupaba en el seno de la familia Malloren había sido una barrera.
— No seas tonto. — Estaba ya levantándose y sacándose los guantes— . Por supuesto que lo haré. ¿Crees que se ha infectado?
— No sé. Simplemente no me fío lo más mínimo de ellos. Nunca paran de sonreír. Dicen que si me muevo demasiado puedo provocar una nueva hemorragia pero tal vez simplemente no quieren que me entere.
Chastity le cogió por el hombro.
— Ya miro yo y te digo la verdad.
Retiró una a una las mantas de la jaula y le obligó a recostarse otra vez entre los almohadones cuando intentó levantarse para ver.
— Confía en mí. Yo seré tus ojos. — Luego ella separó la estructura de mimbre de la pierna con abundantes vendajes— . De todos modos, no estoy segura de que convenga tocar estas gasas.
— Hazlo. Siempre podemos pedir a alguien que vuelva a hacer la cura.
— ¿ Estás seguro ? Por lo que veo en la parte descubierta de la pierna, puedo distinguir que al menos ahí no hay señales de infección.
— Entonces no te molestes.
Pero Chastity se dio cuenta de que él sólo intentaba librarla de una tarea que no le hacía ninguna gracia. La herida debía fastidiarle mucho y provocarle gran inquietud.
— No es molestia. No obstante, tengo que mover un poco tu pierna para retirar el vendaje.
— Adelante. — Se puso un brazo sobre los ojos.
Decidida a detenerse ante la menor señal de sangre, le levantó la pierna con cuidado y empezó a retirar los vendajes.
— Tal vez se hayan adherido. No voy a despegarlas. ¿Te hago daño?
— No.
Chastity supuso que mentía pero su necesidad de saber era superior a cualquier dolor. Rogó en silencio que él se equivocara y que la herida se estuviera curando. ¿Qué pasaría si tuviera que perder una pierna?

Las vendas no se habían adherido y el último pedazo de tela se desprendió con facilidad.
— Supongo que, de cualquier modo, éstas no son las primeras vendas.
— Bryght Malloren me vendó en el muelle. Los doctores las cambiaron.
— Ouu.
— Ouu, exactamente. Tenían prisa por extraer la bala. Estaba bien metida, dijeron, y se acercó muchísimo al hueso. Pero ya han hurgado por ahí dos veces. Y bien, ¿qué aspecto tiene?
Chastity levantó con cuidado la gasa para dejar al descubierto una herida mellada y cosida.
— Tienes una cicatriz interesante — dijo ella pero luego le sonrió— . Sigue roja e hinchada pero no hay indicios de problemas.
El se incorporó un poco.
— Busca un espejo y enséñamela.
Chastity se enderezó y le miró.
— ¿Por qué tengo la impresión de que no eres el paciente ideal? — Pero cogió de la pared un espejo oval, enmarcado en oro, y se lo sostuvo para que pudiera inspeccionar su pierna.
Al cabo de un momento, su expresión se había sosegado.
— No tiene muy mal aspecto, ¿verdad que no?, para lo que molesta. Parece que esté hinchada dos veces su tamaño y que rezume pus. — Sonrió a su hermana, casi la sonrisa amplia y alegre que ella recordaba de antes del desastre— . Gracias.
Chastity devolvió el espejo a su sitio y aprovechó la ocasión para retocarse los labios. Fort se merecía felicidad y ella pensó que tal vez con Elf la tuviera al alcance de la mano, aunque sabía, no obstante, que las barreras entre ellos tal vez fueran demasiado fuertes como para quebrantarlas.
Con una sonrisa permanente en su rostro, Chastity regresó para reemplazar los vendajes.
— ¿Crees que te quedará alguna cojera?
— Me han dicho que no, pero no confío en sus hipócritas aseveraciones. Supongo que tendría que estar agradecido de estar con vida y poder moverme. Tal vez incluso tendría que estar agradecido de, dado mi estado, no ser un candidato apto para un duelo.
Chastity volvía a alisar las mantas sobre la jaula.

— Ya sabes que me sentiría muy contrariada si te enfrentaras a Cyn.
— Ya lo sé. La convalecencia ofrece mucho tiempo para pensar y he estado pensando. Si alguien tenía la culpa de todo el embrollo era nuestro padre, y ahora no se le puede pedir cuentas. He acabado con los Malloren. En vez de eso, ahora voy a emplear todas mis energías y facultades en enmendar lo que nuestro padre estropeó.
Chastity escuchó con aprobación sus planes para mejorar las condiciones de la tierra del condado y para apoyar causas que merecieran la pena en el Parlamento. No obstante, sufrió todo el rato por Elf, quien sin duda estaría incluida en ese rechazo concluyente hacia los Malloren. Sufría también por el propio Fort, quien nunca conocería la clase de amor que ella había encontrado.
Si le encontrara algún sentido, Chastity incluso sería capaz de posponer su partida de Inglaterra para ayudar a resolver todo el enredo, pero no tenía demasiadas esperanzas.
Pasaron a charlar sobre temas generales pero advirtió que él no mencionaba a Elf en ningún momento ni mostraba ninguna curiosidad sobre si estaba a salvo.
Tal vez ya le habían informado.
Tal vez no le importaba lo más mínimo.
Dingwall regresó, seguido de un doctor: un galeno sonriente y ceremonioso, que le inspiraría recelos en el caso de que ella fuera la paciente. Pero estaba claro que el tratamiento de Fort había sido efectivo, así que no expresó ninguna objeción. Se levantó y cogió la mano de su hermano para despedirse.
No fue hasta el momento en que ella abrió la puerta que él soltó:
— Lady Elfled — dijo— , supongo que está bien. ..
— Oh, perfectamente — repuso Chastity, y se fue con una pizca de esperanza en el corazón.

Elf acogió con beneplácito el excelente informe sobre los progresos de Fort, aunque hubiera preferido un mensaje en que él solicitara una visita. Sabía las probabilidades que había de eso. Para conservar la cordura, se había dispuesto a dedicarse a otras actividades, la primera de las cuales era ver a Amanda y explicarle todo.
Su amiga escuchó con la boca abierta incapaz de ocultar la impresión.
— Caray, Elf. ¡Cosas así sólo te podían pasar a ti!

— Le pasaron también a él— recalcó Elf, sirviéndose más té.
— Ya sabes a qué me refiero. Sigues igual de imprudente que cuando eras pequeña, y tienes también la misma suerte por haber escapado con vida.
Elf suspiró:
— No me siento afortunada. — Se echó un terrón de azúcar en la taza— . A excepción de tener la familia que tengo, por supuesto.
Amanda entonces palideció.
— ¿Quieres decir que lo saben? ¿Todo?
— Por supuesto. — Elf se encogió de hombros— . El muy estúpido insistió en aclararlo todo ante las narices de Cyn y Rothgar.
— ¡Que me caiga muerta! ¿Y...?
— Y ¿qué sucedió?
— ¿ Y qué. ..? — preguntó Elf con falsa inocencia.
— Me han dado un trabajo.
— ¡No! No me digas que Rothgar te ha puesto a fregar la cocina.
Elf se echó a reír.
— ¡Amanda! Por supuesto que no. Voy a encargarme de una parte de los negocios familiares. ¿Te importaría venir conmigo a inspeccionar almacenes de seda?
— Seda. ¡Qué encantador! — Amanda se puso en pie pero luego se detuvo— . ¿ Quieres decir que eso es lo único que ha sucedido después ? ¿Te lanzas a una loca aventura, acabas poniéndote en peligro y en medio de un escándalo y te encargan la compra de la seda de la familia?
— Eso es todo. — Elf no se molestó en intentar explicar el alcance de los negocios de los Malloren.
— ¡Bien, pues creo que es terriblemente injusto! Yo, en cierto modo, la parte inocente, recibí un severo sermón por hacer locuras.
— Siento haberte enredado entonces.
— Oh, no lo sientas. — Una sonrisa se dibujó en el rostro de Amanda— . Mirando atrás, tuvimos una aventura verdaderamente espléndida, ¿no es así?
— Sí — contestó Elf con un suspiro— . Desde luego que sí.
Unas horas después, tras un recorrido por los principales almacenes de seda de Londres, Elf devolvió a Amanda a su casa y ordenó a su cochero que continuara a casa de Safo.

Esta vez su entrada fue más apropiada. Su lacayo llamó a la puerta principal y, tras ser informado de que la señora de la casa recibiría a lady Elfled, regresó para ayudarla a bajar.
Una doncella la guió escaleras arriba, pero no al estudio privado. Elf fue conducida a un estudio desordenado por el que se esparcían libros y papeles, bañado por la luz de tres ventanales.
Safo, con una bata floja y el cabello recogido en una larga trenza, se acercó a coger las manos de Elf.
— ¡Querida mía! Tiene mucho mejor aspecto.
Elf sonrió, sorprendida por el acceso de afecto que le provocó esta extraña mujer.
— Dudo que fuera demasiado difícil. Estaba hecha un verdadero asco cuando invadí esta casa la última vez.
Safo la llevó hasta una silla y empujó una acumulación de papeles garabateados para hacer sitio.
— Me complace tanto que el otro día fuera capaz de venir a verme.
— Tal vez no hubiera soñado con hacerlo si no fuera porque Amanda había dicho que yo me encontraba aquí con usted.
— Pero, aun así, fue capaz de venir a verme. ¿Y lord Walgrave? ¿Cómo está? He oído que resultó herido.
Elf captó la pregunta que incluía aquella afirmación.
— ¡Caray, no fui yo quien le disparó! — le ofreció una versión abreviada del complot escocés y su conclusión.
— Bien — dijo Safo recostándose en su asiento— . Creo que estoy un poco contrariada con ambos. Nadie pensó en invitarme a esta aventura. Me habría gustado estar en esa barcaza en el río.
Elf soltó una risita.
— En ningún momento se me ocurrió pensar que le hubiera gustado. Mis disculpas.
Safo hizo un ademán con su elegante mano, cargada de anillos poco habituales. Elf se preguntó por un momento si ella sería capaz de vestir prendas flojas confeccionadas con ricos tejidos orientales y anillos voluminosos de formas fantásticas.
— No creo — dijo Safo con amabilidad, como si leyera la mente.
Elf sabía que se había sonrojado.
— Supongo que no. No tengo ni la altura ni el tipo para ello. No obstante, ojalá tuviera un estilo propio. — Se extendió las faldas de color verde claro con dedos insatisfechos— . Cada vez que escojo

ropas que se ajustan a mi gusto todo el mundo desfallece de horror, así que acabo poniéndome cosas como esta.
Safo ladeó la cabeza estudiándola.
— Con frecuencia, ¿sabe?, pensamos que un cambio externo incorporará el cambio interno que deseamos.
— ¿ Quiere decir. ..? — Elf se la quedó mirando— . ¿ Quiere decir que mi gusto por los materiales de colores intensos se debe a que quiero una vida más intensa? Eso parece...
— ¿Extraño? y lo es, pero hay cierta verdad en ello. Y también hay verdad en el comportamiento. Supongo que sus aventuras no las realizó vestida de crema y verde pálido.
Elf cambió de posición invadida por el desasosiego sólo de pensar en su atuendo escarlata y las medias de encaje, y el estado de ánimo en que se encontraba cuando los compró.
— Pero ¿qué significa eso? Disgustaría a mi familia y amigos si me vistiera con esas prendas llamativas.
— Sí, tenemos que equilibrar nuestras necesidades con aquellas de la gente que queremos. ¿Qué indumentaria le apetecería vestir ahora, hoy ?
Elf lo consideró, luego se rió.
— No creo que me importe mucho, acabo de pasar por cuatro almacenes de seda con Amanda. Ella quería comprar todas las existencias y yo apenas me interesé. Desde luego, nada de púrpuras y escarlatas.
— ¿Tal vez se siente diferente por dentro, entonces?
Elf reflexionó.
— Tal vez, sí. — No se sentía feliz, ya que Fort representaba un pedazo de frustración en lo más profundo de su ser, pero reconocía una nueva firmeza en sí misma, un grado de serenidad.
— Pero, de todos modos — dijo Safo— , ¿qué atuendo escogería hoy?
Elf se cogió la falda para estudiarla. Era una popelina verde con cordoncillos, con una raya gris tan estrecha que prácticamente no se veía y diminutas hojas insertadas en medio.
— Estoy harta de estos diseños pequeños — dijo— . Son tímidos. También son de niña, y yo no soy una niña.
Safo se limitó a asentir para animarla a continuar.
Elf se apoyó en el respaldo y cerró los ojos.
— Supongo que he cogido miedo a no acertar a la hora de escoger la ropa, ya mi doncella le parece más seguro, bueno, ir a lo seguro. —

Intentó que su mente ideara un vestido que la complaciera pero al cabo de un rato abrió los ojos y se encogió de hombros— . Tal vez simplemente no tengo talento para ello.
— Y no obstante su hermano dice que escoge materiales para sus casas con gran habilidad y criterio.
Debía referirse a Rothgar. Elf sintió la fuerte tentación de preguntar a Safo sobre Rothgar y el lugar que ocupaba en su vida, pero consiguió contenerse.
— En eso no parece haber tantos escollos.
— Demuestra, no obstante, que puede escoger juiciosamente en las circunstancias adecuadas.
— Supongo que sí. ¡Tendré que pensar en mí como una habitación de la casa y decidir que cortinajes me van mejor!
Riéndose, ambas mujeres se levantaron y Elf se volvió a Safo.
— Le doy las gracias, por todo.
— Ayudo a las mujeres — dijo simplemente la poeta— . Pero, en su ccaso, es más como una hermana para mí.
Entonces Elf se sintió obligada a preguntar.
— ¿A causa de Rothgar?
— Por supuesto.
Parecía que Safo estuviera invitando a que le preguntara, de modo que planteó la cuestión:
— ¿Qué es él para usted?
— Desde luego no es mi protector — dijo Safo con una sonrisa— . Lo que tenemos no es fácil de definir pero es algo muy preciado para nosotros. Somos amigos íntimos. A veces somos amantes pero es una extensión de la amistad, no es la fuerza que les une a usted y a Walgrave.
— ¡ La fuerza que nos une! — exclamó Elf con una risa amarga— . Que nos separa, en todo caso.
— No, ésa es otra fuerza. Pero esto empieza a sonar como una conferencia en la Royal Society.
Elf soltó una risita y se puso los guantes, pero aún le quedaba una pregunta:
— ¿No va a casarse con él?
— ¿Le preocupa?
— No — contestó Elf, aunque no era del todo cierto.

— No vamos a casarnos — fue la respuesta de Safo mientras la guiaba escaleras abajo— . Nuestro vínculo es fuerte pero no es la clase de vínculo que crearía un buen matrimonio.
Elf se detuvo ante la puerta, ya que la cuestión del buen matrimonio le interesaba en gran medida.
— ¿Por qué no?
— Piense, Elf. — Safo indicó su casa con una de esas manos adornadas de anillos de forma tan peculiar— . Estoy contenta en mi lugar, y él en el suyo. Ninguno de los dos sería feliz en el del otro. Lo que tenemos, lo podemos tener sin casarnos y sin renunciar a nada.
— ¿ Supone el matrimonio una renuncia, entonces ?
— Oh, sí, y sólo debería emprenderse si el provecho es igual a la pérdida o si la excede. — Luego se rió— . Sueno como una científica, de nuevo, y el amor no se mezcla con la ciencia. Por favor, venga a visitarme otra vez, Elf, cuando le apetezca.
— Lo haré, gracias.
Elf regresó al carruaje con la cabeza llena de más pensamientos nuevos y estimulantes. Tal vez consiguiera suprimir su desdicha cuando su cabeza estallara del todo.
En cuanto llegó a casa, llamó a Chantal y llevó a cabo un repaso completo a su vestuario. Sí, definitivamente. Las prendas eran bonitas, pero impersonales y demasiado discretas, a no ser por unos pocos atuendos peculiares que había adquirido en uno de sus ataques de rebelión.
Y «peculiar» servía sin duda para describirlos.
Señaló un vestido con un vivo estampado de tigres. Como tejido era bastante espléndido pero tanto la modista como Chantal habían tenido razón al objetar que no quedaba bien en un vestido. Tal vez, pensó, simplemente tenía ganas de expresar sus quejas al mundo.
Se encontró con un vestido de color amarillo azufre y dio un respingo. Dios sabía qué tumulto interior la empujó a aquello. Estaba claro que nunca se lo había puesto.
De hecho, no quedaban tantos desastres en su ropero ya que, el año pasado, cuando Chastity se presentó en harapos, Chantal había aprovechado la oportunidad para deshacerse de la mayoría de pesadillas de Elf. Aún se lamentaba un poco de la seda color frambuesa, pero Chastity estaba magnífica con ella y en cambio no iba lo más mínimo con el color natural de Elf.

Dio permiso a Chantal para que dispusiera de cualquier cosa que deseara y la doncella casi se echa a llorar de alegría. Tal vez encontrara pronto el coraje para encargar nuevos trajes por completo a su gusto y entonces vería el resultado.
Sería algo más con que distraer su mente y pasar los días hasta que Fort estuviera lo bastante bien para que ella volviera a abordarle aún una vez más.

Capitulo 17

Definitivamente, la paciencia no era una de las virtudes de Elf y, pese a los informes regulares de Chastity, cada día tenía que hacer un esfuerzo para no invadir la casa de Fort y presentarse ante él. Aunque él maldijera y rompiera cosas o la mirara con desdén glacial, al menos le vería y podría quedarse tranquila sobre su salud con sus propios ojos.
Habían sido capaces de hablar en una ocasión, cuando era sólo Lisette. ¿Por qué no podían hablar ahora y encontrar una salida a su situación?
A veces sentía que resultaría más fácil sólo con encontrarse cara a cara, pero también se percataba de que Chastity no la animaba. Eso le daba fuerzas para mantenerse aparte. Si su próximo encuentro iba a celebrarse con el ruido y el humo de la guerra abierta, estaba claro que tendría que esperar hasta que él pudiera aguantarse en pie para plantarle cara.
Algunos días sentía debilidad y le escribía cartas. Hasta el momento, había encontrado la decisión suficiente para destruirlas antes de enviarlas.
No obstante, cada noche, a solas en su cama, le atormentaba un pensamiento. ¿ Era posible que hubiera encontrado el hombre al que amar con toda intensidad y para toda la vida, pero que la historia familiar le apartara de él?
Parecía ciertamente la historia de Romeo y Julieta y, por deprimente que fuera, el final con toda probabilidad sería triste.

Sin embargo, lucharía. Lucharía por la felicidad. Pero no podría ser, por desgracia, hasta que él se recuperara.
Para mantener la cordura, se dedicó de lleno al trabajo, nuevo y viejo. Ocuparse de las diversas casas de Rothgar le llevaba parte del día, igual que su trabajo en el negocio familiar.
Además seguía adelante con su idea de la autodefensa. Pronto, ella y Chastity adquirieron cierta habilidad en el manejo de una pistola. Rothgar no puso objeciones e incluso había encargado a un armero que diseñara armas adecuadas a sus manos más pequeñas, incluidos modelos reducidos que se pudieran transportar con seguridad en un bolsillo.
Rothgar, no obstante, les había disuadido de la idea de aprender esgrima.
— Es un arte mortal, Elf, sólo tiene sentido en un duelo. Es poco probable que os desafíen a un duelo.
— Tal vez me gustaría desafiar a alguien.
La mirada en sus ojos le dijo que ya sabía a quién tenía en mente.
— En ese caso, escoge una pistola. Equipara la fuerza y el alcance de la persona. Para uso general, sin embargo, podéis considerar un puñal, en vista de que parece agradaros como adorno de noche.
De modo que pronto apareció otro asesor, esta vez se trataba de Hunot, un taciturno hombre negro que les enseñó interesantes maneras de matar y lisiar con una hoja corta. Cyn se interesó por esas lecciones y pronto todos ellos estuvieron desarrollando sus habilidades para arrojar puñales.
Un día, después de haber dejado el puñal incrustado temblorosamente en el corazón de una diana del tamaño de un hombre, instalada en una habitación que quedaba libre en la casa, Elf oyó una ovación y se volvió para ver a Rothgar aplaudiendo y sonriendo levemente.
— ¿ Lo quieres intentar ? — preguntó Elf.
Él le tendió una mano y Elf colocó un puñal en ella. En cuestión de momentos, quedó clavado al lado del de ella.
— ¿Cómo crees que llegué a conocer a Hunot, querida mía? Me gusta ir lo mejor armado posible sin bultos feos. Cyn se ha perdido estas destrezas al meterse en el crudo mundo militar.
Cyn se rió.
— Te acepto el reto. Cañones a veinte pasos.
Rothgar hizo una leve inclinación.

— Lamento tener que negarme. Elf, han llegado documentos de Lyon.

De este modo, Elf se fue precipitadamente a atender el otro asunto que mantenía ocupados sus días: su parte en los asuntos de los Malloren.

Estaba empezando a comprender la excitación que encontraba Bryght en los negocios. Cyn los consideraba un asunto aburrido. Él necesitaba aire libre y actividad física. Rothgar, pensó, veía el comercio y las finanzas como medios para alcanzar un objetivo: poder y seguridad para su familia. Pero Bryght, y ahora ella, lo veían como un desafío, como un gran Juego.

Bryght había sido jugador en otro tiempo, y encontraba la misma emoción en los negocios. A Elf nunca le había cautivado demasiado hacer rodar un dado o poner cara arriba una carta, pero invertir dinero en un invento interesante o enviar barcos en busca de beneficios, eso podía excitarla.

Y el conocimiento.

El conocimiento en sí mismo era un deleite.

Ahora conocía la manera en que la seda variaba según su país de procedencia y la manera en que se elabora. Ahora sabía qué era torcer el hilo y retorcerlo, y conocía el significado de la palabra denier. Había visitado a los tejedores de seda de Spitalfields y observado y escuchado, aprendiendo sobre las diferentes calidades y acabados.

En una de estas discusiones, había tomado nota del nombre de un tal Jacques de Vaucanson, de Francia. Por lo visto, él ya había desarrollado el método mejorado para tejer, utilizado en Spitalfields. Se decía que estaba trabajando en otros proyectos.

Un criado de los Malloren ya estaba en Francia investigando a monsieur Vaucanson y el potencial de inversión.

Escuchaba, también, cuando Rothgar hablaba de situaciones legales y parlamentarias. Había planes en preparación para que Gran Bretaña prohibiera la importación de seda confeccionada. Si eso llegaba a suceder, tejer seda sería un negocio en auge repentino. Si no, la ampliación de instalaciones de producción podría caer en desuso.

Tras una inquieta consideración, tomó su primera decisión significativa, y recomendó que se gastara el dinero en establecer un

pequeño taller en Norwich para algunos de los tejedores de seda de Spitalfields que desearan dejar Londres.
Sintió bastante alarma cuando Rothgar no dudó en autorizar los fondos, y deseó que Bryght estuviera aún en la ciudad para que le diera una segunda opinión.
— No arrugues la frente — dijo Rothgar— . Creo que has descuidado una lección. En este juego, nadie espera ganar a todas horas. Algunas de tus decisiones serán desastrosas. Hay que mirar al futuro.
— Eso me cuesta trabajo. Por naturaleza, piso con cautela.
Se encontraban en la oficina, aunque él vestía sus galas cortesanas, listo para asistir a una recepción real.
— No estoy de acuerdo, querida. Has aprendido a tener cuidado de no poner en peligro a otros. ¿Tengo que admitir que tal vez me sobrepasé en mi reacción con el joven Scottdale ?
Rothgar debía de haber dedicado tiempo a repasar el pasado, buscando fallos en la forma en que había dirigido la familia. Elf tomó su mano adornada de anillos.
— Bey, no eres responsable de todo los que nos pasa. Algunos de nuestros problemas los creamos nosotros mismos.
Una sonrisa se dibujó en sus labios.
— Y algunas de mis decisiones serán desastrosas. Tengo que seguir mis propios consejos, ¿verdad?
— Sí — dijo ella, devolviéndole la sonrisa. Luego le soltó la mano y adoptó un semblante grave— . Hablando de desastres, Chastity dice que Fort pronto se levantará de la cama.
— ¿ Es un desastre ?
— Ya sabes a qué me refiero. — Se volvió para coger los documentos referentes a Norwich, formando nerviosamente una pila con ellos— . No voy a permitir que se escabulla tan fácilmente.
— Me decepcionaría que lo hicieras.
Se volvió para mirarle.
— ¿No te importaría?
— ¿Lo vas a meter en la familia arrastrándolo del pelo? Yo sobreviviré. Y bien, tengo que salir para St James o Jorge se pondrá nervioso. De verdad, cuidar de la realeza es mucho más agotador que ocuparse de hermanos gemelos problemáticos.
La puerta se cerró suavemente tras él y Elf sonrió, dando gracias por la suerte que tenía, como hacía cada día.

Pensar en su suerte de repente le hizo recordar a la vieja mujer cerca de los muelles. No había venido en busca de ayuda pero a Elf se le ocurrió que tal vez le asustara hacerlo. O quizá cruzar Londres sin silla ni carruaje fuera un viaje que le atemorizaba demasiado.

Elf fue a entregar los documentos a Grainger, quien aún se mantenía distante con ella, y luego ordenó que prepararan su coche. Cuando se encontró con Chastity, la invitó a que la acompañara en su visita a Wapping. Pronto estaban en camino, acompañadas por dos lacayos armados, además del cochero. Elf no era para nada alocada en este tipo de cuestIones.

La zona no había cambiado y el grandioso carruaje provocó la aparición de un pequeño ejército de patanes pero, como en la anterior ocasión, nadie pedía limosna. La gente parecía estar bastante bien alimentada y vestida. Elf, no obstante, buscaba a los menos afortunados.

Detuvo el carruaje junto al descampado abrasado por las llamas. Aún había traperos por allí, pero los de hoy parecían niños husmeando más por jugar que por desesperación. Elf pidió que le abrieran la puerta y descendió, teniendo cuidado de levantarse las faldas para que no tocaran los cascotes. Se puso a andar para acercarse a uno de los niños que levantó la vista, sorprendido y alarmado.

— No te asustes — dijo Elf— . Sólo estoy buscando a una mujer vieja que encontré aquí. Dibby Cutlow, dijo que se llamaba. ¿ La conoces ?

Resultó ser una niña, de unos ocho años de edad. Asintió.

— ¿Sabes dónde vive?

Una vez más, la niña hizo un gesto afirmativo.

— Si la traes aquí, te daré un penique.

Sus ojos se entrecerraron de pronto con recelo.

— Enséñemelo.

Elf metió la mano en la abertura de su falda exterior para buscar un penique en su bolsillo y luego se lo enseñó a la niña.

— De acuerdo entonces. — La niña salió volando sobre el suelo desigual como una ligera oveja.

Elf la observó marchar — joven, fuerte y sana— y se preguntó quién habría decidido que las hembras eran frágiles. De niños, los chicos y las chicas eran tan activos y fuertes como les era permitido. Con toda seguridad, se podía preparar a las mujeres para que hicieran más trabajos de los que en la actualidad se consideraban apropiados

para ellas, y de esta forma tendrían menos probabilidades de caer en la pobreza o la prostitución.
Debía añadir eso a sus estudios y revoluciones.
Pensar que tan sólo hace unas semanas se había sentido inquieta y aburrida. Ahora, el día no tenía horas suficientes para todo lo que quería conseguir. Volvió a andar hasta el coche y ordenó que avanzara en la dirección que había tomado la niña, con la esperanza de acortar el recorrido de la vieja mujer.
Chastity estaba estudiando la deteriorada taberna.
— ¿Es ahí donde os retuvieron?
— Sí. En la bodega. ¿ No es extraño cómo uno puede recordar con estima un lugar tan malogrado ?
— Yo misma tengo recuerdos entrañables de un ático polvoriento.
lntercambiaron una sonrisa y Elf continuó:
— ¿ Se atenúa este sentimiento con el tiempo ?
— ¿A qué sentimiento te refieres?
— A la necesidad de proximidad, supongo.
— Creo que debe ser así, o tendríamos que vivir todos como si estuviéramos encadenados. Pero creo que parte del alivio se consigue con la certidumbre. Si yo no tuviera la certeza de que Cyn está ahí, para mí, tendría más tendencia a aferrarme a él.
— ¡Oh, ojalá tuviera la posibilidad de aferrarme! — Elf sonrió al comprobar su estado desesperado— . Paso tiempo, ya sabes, preguntándome si podría haber hecho las cosas de otro modo. Haberlo hecho mejor. Fui una loca estúpida al crear a Lisette Belhardi. Pero sin ella, nunca habría conocido al verdadero Fort.
— ¿Estás segura de conocer al verdadero Fort? — Chastity se volvió para estudiarla.
— ¿También tú vas a intentar disuadirme?
— No, no es eso. Pero es fácil ver a nuestro ser querido a través de un velo de ilusión. Recuerdo que tú te reíste cuando te describí a Cyn como alguien sensible.
— Era un concepto sorprendente para mí. Pero supongo que él lo es, para ser un hombre.
— Desde luego. Pero también es práctico hasta lo despiadado, y resistente como el cuero endurecido, como yo debería haber sabido que tiene que ser un soldado.
— ¿Te molesta?

— Ahora no, pero se necesita tiempo para conocer las dimensiones de una persona. Fort es hijo de su padre.
— ¡Fort no se parece en nada al viejo conde!
— Sí, sí que se parece. Y lo sabe, lo cual es una de las cosas que le irritan. Es orgulloso hasta el exceso, odia admitir un error y cree en su derecho divino a hacer lo que le plazca.
— No puedes esperar que un Malloren haga objeciones a esto último. Chastity se encogió de hombros.
— Sólo te estoy advirtiendo para que planees tu ataque al verdadero hombre, no al recuerdo que perdura de vuestra aventura aquí. ¿ Es esa la mujer que buscabas ?
Elf se volvió para ver a Dibby Cutlow renqueando por una callejuela llena de hoyos.
Parecía estar un poco en mejor forma y Elf se percató de que llevaba botas nuevas y un delantal entero, sin rotos. ¿ Podía comprarse todo eso con seis peniques ?
Se aproximó a su encuentro.
— Señora Cutlow..Quería asegurarme de que se encontraba bien.
Los ojos de la anciana mujer miraron a uno y otro lado, aún ansiosa y alerta.
— Me va bastante bien, señora.
— Pensé que tal vez Marlborough Square le quedaba demasiado lejos para venir a visitarme en caso de necesitar alguna cosa.
— Sería ir bastante lejos, señora, sí. Pero no estoy mal atendida, su excelencia se ha ocupado de eso.
— ¿Su excelencia? — ¿Se había ocupado Rothgar en su lugar de este asunto?
— Lord Woolgive o algo así — explicó Dibby— . Parece que estaba con usted ese día, y envió una moneda de una corona. Dijo que tendría una cada semana, y así ha sido, Dios le bendiga.
¡Fort! Pero bueno, ¿ahora se dedicaba a apropiarse de sus causas caritativas ? Sólo porque se le había ido el asunto de la cabeza un par de semanas...
Elf estaba decidida a recuperar su causa.
— ¿ Y tiene un buen sitio para vivir, señora Cutlow ?
— Es una habitación.
— ¿Le gustaría un sitio en el campo? Lejos de aquí.
La anciana dio un paso atrás.

— No me lleve, señora. ¡No quiero marcharme de aquí! — Sus deformes dedos agarraron el delantal y dio la impresión de estar a punto de echarse a llorar.
— No, no. ¡Por supuesto que no! Nadie hará nada que usted no quiera. — Elf se sentía también a punto de echarse a llorar. Lo único que pretendía era ayudar a esta pobre mujer y, en su lugar, todo parecía salir mal.
Igual que con Fort.
¿Era cierto que no era más que una torpe entrometida?
Miró alrededor, y una idea empezó a gestarse en su mente. Cogió una de las manos nudosas de Dibby.
— Me complace que lord Walgrave se ocupe de su bienestar. No se preocupe por nada más. Pero mi oferta sigue en pie. Si tiene algún problema o necesita alguna cosa, envié a alguien con un mensaje a la residencia Malloren en Marlborough Square, y haré lo que pueda.
Tras eso, dio a la impaciente niña un penique y regresó al carruaje. Cuando el coche emprendió tambaleante su camino de regreso hasta la carretera, Chastity preguntó:
— ¿Así que no está necesitada?
— Por lo visto piensa que no. Probablemente porque tu hermano la ha convertido en su prisionera por una corona a la semana.
— Pareces bastante afectada.
— ¡Creo que lo ha hecho para enfrentarse a mí!
— Quizás un poco. Pero su generosidad es genuina, ya sabes. Ha llevado a cabo muchas mejoras desde que se convirtió en conde. Los criados reciben mejor trato y paga. Creo que ha visitado todas las fincas y se ha ocupado de las quejas antiguas de los arrendatarios. Nuestro padre no era bondadoso y, puesto que le habían hecho chantaje, se convirtió en un verdadero avaro.
— Me alegra saber que es responsable. — Elf lo decía en serio. Le encantaba oír hablar de las virtudes de Fort. Sin embargo, continuaba ofendida por aquella interferencia en sus asuntos.
— Tengo un plan...
Chastity le hizo una mueca.
— ¿De qué se trata ahora?
Elf soltó una risita.
— Oh, no es nada perverso, te lo aseguro.
— ¿Estás segura?
Alertada por algo en la voz de Chastity, Elf preguntó:

— Sí, ¿por qué?
— Porque esta mañana he visitado a Fort y por fin le he encontrado fuera de la cama y sentado en una silla. Se había negado a cambiar de escenario si significaba que le llevaran de un lado a otro pero, por lo visto, ha conseguido renquear hasta el otro extremo de la habitación con la ayuda de una muleta. Dijiste que cuando estuviera vertical, te sentirías con derecho a atacarle.
— ¡En una silla no está vertical!
— Estoy segura de que se esforzará por ponerse en pie si entras en la habitación.
— Y, sin duda, se hará daño.
— Elf, ¿estás asustada?
Elf miró a Chastity.
— Pues, sí, por supuesto que lo estoy.
— No te hará ningún daño, estoy segura. Ha desarrollado cierto equilibrio en sus sentimientos.
— Tal vez yo altere ese equilibrio, mental o físicamente. ¿ y qué si se encierra en la amargura otra vez e intenta hacer pública toda la historia? Ahora está en pie y puede...
— No sería tan necio.
— ¿ Estás segura ?
— No — admitió Chastity— . Pero, de verdad, parece haberlo superado. Me recuerda mucho más al hermano que conocí antes de la muerte de nuestro padre, pero mejor. Más maduro.
— ¿ Y eso dónde me deja a mí?
Chastity suspiró.
— No estoy segura de que haya alguna esperanza. Parece haberte superado a ti también.
— ¿ Invisible, fuera de su mente ? — Elf intentó no mostrar su dolor— . Tal vez visible, presente en su mente. ..Pero por eso tengo miedo. Hasta ahora, puedo tener esperanza, puedo soñar con que todo se arregle, pero una vez le ponga a prueba, podría descubrir que tienes razón. ..De cualquier modo, no es justo aguijonearlo si no puede salir corriendo.
— Puede ordenar que te echen de su casa — señaló Chastity— . Creo que deberías intentarlo. Habla de trasladarse a Walgrave Towers en cuanto esté más fuerte.
Eso provocó un ataque de pánico en Elf. Le provocaba cierto alivio saber que Fort se encontraba a tan sólo unas calles de distancia.

— Y nosotros pronto estaremos en Rothgar Abbey. Nadie se queda en Londres en verano. Caray, podría suceder cualquier cosa si dejo que pasen los meses. Oh, esto es peor que una visita al sacamuelas.
Chastity se rió.
— Y bien, con este delicado y romántico sentimiento. ¿ Vamos a visitarle, entonces ?
— ¿Ahora? Oh, no creo...
Elf se llevó la mano al pelo para revisar si estaba arreglado y comprobó su atuendo. Llevaba otra vez el insulso vestido de los nomeolvides y una gorra de lo más normal, y su sombrero plano, ribeteado de flores, tampoco mejoraría las cosas.
Totalmente impersonal. Como una solterona. ¿ Por qué no había insistido en buscarse un vestuario más arriesgado ? En pocos días, podría tener algo mejor.
— No me admitirá...
— Espero que no sea tan maleducado, pero nunca lo sabremos a menos que lo intentemos.
— ¡Caray! — El corazón de Elf corría desbocado a causa del pánico y el anhelo, lo más probable era que sus manos estuvieran empapando de sudor los guantes.
— Valor — dijo Chastity— . ¿Dónde está ese espíritu Malloren?
Elf entornó los ojos pero la perspectiva de ver a Fort después de más de dos semanas era demasiado tentadora como para negarse, aunque lo único que encontrara fuera un conde frío e inexorable.
Mientras se dirigían a la mejor zona de la ciudad, Elf vio pasar a una vendedora de flores. Después de parar el coche, llamó a la mujer para que se acercara. Pronto tuvo en su poder un bonito ramillete de fragantes rosas.
— ¿Para qué quieres eso? — preguntó Chastity— . Te aseguro que su cuarto de enfermo no es malsano.
— Cuando una persona empieza a cortejar, ¿ no tiene que comprar flores?

A Fort le alegró bastante enterarse de que su hermana ya había llegado, ya que la convalecencia era un asunto aburrido hasta lo impensable. Varios amigos venían a visitarle para jugar a cartas y contarle los últimos chismes, pero no daban para llenar todas las horas del día. Tenía libros para leer y su secretario, Jellicoe, no dejaba de traerle documentos rela— cionados con los asuntos del

condado o temas que surgían en el Parlamento. Por algún motivo, le resultaba difícil concentrar su mente en tales cosas.
Y su mente ociosa tenía una manera funesta de acabar pensando en Elf Malloren. O, más bien, en Lisette en esta habitación, enmascarada, desmelenada, derritiéndose bajo su mano, y arrastrándole al éxtasis junto con ella.
Le resultaba terriblemente difícil conjuntar a aquella criatura deliciosa y a milady Elf, la de ingenio incisivo y lengua aún más mordaz. Pero por algún motivo, la noción de tener aquí a Elf, sin máscara y con su pelo arenoso, y hacerle a ella lo que le había hecho a Lisette...
¡AI cuerno con todo aquello!
Si pudiera pensar en una excusa que dar, se trasladaría a otra habitación. A cualquier otra habitación. Miró alrededor con disgusto, los pesados muebles y sombríos cortinajes. Podía afirmar que la habitación era agobiante. y no estaría muy lejos de la verdad. No obstante, los fantasmas de su padre y Lisette eran alianzas incompatibles.
Estaba sonriendo al considerar esta idea cuando entró Chastity, con un ramillete de flores.
— ¿Rosas? Qué detalle, pero es un regalo poco habitual para un caballero.
Chastity se inclinó para besarle la mejilla.
— No veo por qué las damas tienen que ser las únicas a las que les regalen flores. De cualquier modo, son de Elf. — La manera atenta en que observó a su hermano contradijo el tono despreocupado en que intentó decir aquellas palabras.
Sin tener ni idea de cómo reaccionar, Fort apartó la vista.
— Qué. ..original.
Chastity le dejó las rosas en su regazo y el perfume le asaltó de forma repentina.
— Los caballeros normalmente son educados en lo referente a los regalos — — comentó ella.
Fort dirigió una mirada al sencillo ramo campestre de flores variadas: rosas, cremas y amarillas.
— Sólo con el donador — señaló él.
— Está en el piso de abajo. ¿La llamo para que suba?
— Dios, no. — Su corazón inició un repentino staccato de pánico.

— ¿Te asusta verla? — Chastity se mostró tan firme y enojada como en los peores tiempos de la relación de ambos, algo que él podía atribuir a Elf Malloren.
— Creo que preferiría que no me colgaran por asesinato.
Él sabía que el gesto presumible en un melodrama así sería arrojar las rosas al suelo. En vez de ello, por iniciativa propia, tocó con los dedos un pétalo frío y suave.
Como la piel de Lisette.
Como la piel de Elf.
Había que reconocer que la mayoría de mujeres tenían la piel suave. Daba lo mismo una mujerzuela que otra.
— Vas a herir sus sentimientos.
Su hermana ya no sonaba tan airada como parecía, así que él se obligó también a hablar con calma y lógica.
— Chastity, no sería juicioso. Si lady Elfled es capaz de pensar de forma racional, ella también comprenderá que es lo mejor.
Entornó los ojos.
— Caray, pero si suenas igual que nuestro padre. ¡Intransigente e insufrible!
— Eso al menos refleja bien la honra de nuestra difunta y llorada madre. — Entonces se percató de que había levantado las flores y estaba inhalando el perfume. Dejándose de fingimientos, encontró la mirada de su hermana.
— ¿Por qué opones resistencia a esto? — preguntó Chastity.
— Tal vez he decidido rechazar la autodestrucción además del asesinato.
— Y en vez de ello te entregas al melodrama y a la locura. — Chastity se mordió entonces el labio.
— No dejes que la idea te atormente, querida mía. He dejado de temer la posibilidad de heredar la locura. Por lo que me han dicho, nuestro padre no estaba loco, excepto por su locura de poder, y parece que no nos ha pegado ningún achaque a ninguno de nosotros. Si me apuran un poco más, supongo que cualquiera de nosotros podría ser empujado a alguna forma de locura, pero no es lo mismo que llevarlo en la sangre — y añadió intencionadamente— : como sucede con los Malloren.
Chastity se sentó con gesto airado en la butaca situada junto a la silla de él.

— A los Malloren no les pasa nada, como tú bien sabes. Sólo Rothgar tiene esa preocupación. Los demás tienen una madre diferente y cuerda.
Fort aspiró otra vez el perfume de rosas, pensando que tal vez estas aspiraciones fueran curativas. Qué mundo tan desalmado era aquel que prodigaba las flores a las mujeres y se las negaba a los hombres.
La voz de su hermana irrumpió en sus caprichosos pensamientos.
— ¿ Y cuál es tu actitud hacia Rothgar en la actualidad?
Él bajó las rosas y la miró a los ojos.
— Prometí a Elf que dejaría la disputa a un lado. Te dije a ti lo mismo. Mientras él no se entrometa en mi camino, puede irse tranquilamente al infierno por lo que a mí respecta.
— ¿ Y qué sucedería si te presiona para que te cases con su hermana?
— Lo consideraría una intromisión del cariz más maligno.
— Fort, ¿y si ella está embarazada?
Esa posibilidad le atormentaba pero no permitiría que se le notara.
— Discutimos eso antes de nuestra encantadora sesión de torneo. Accedí a ofrecer el apoyo financiero llegados al caso, pero dejé claro que no me casaría con ella.
— Entonces habrás tenido el máximo cuidado de no hacer circular la historia, ¿verdad que sí? O bien obligarás a Rothgar a actuar.
Hizo falta un momento para que las palabras de ella cobraran sentido, tan lejos de las intenciones de Fort se hallaban. Luego se rió.
— ¡Qué diantres! ¿ Aún sigue preocupada por eso ? Dile que he entrado en razón. No tiene que temer que el señor Hogarth dedique su cruel pluma a sus aventuras. Te lo aseguro, ya no deseo la muerte, y desde luego no deseo casarme con una Malloren.
Chastity se quedó mirándole con algo cercano a la lástima.
— Estás cometiendo un terrible error, Fort.
Él extrajo una rosa, una tan cremosa como la preciosa falda de su hermana y se la ofreció.
— Agradezco tu preocupación, Chas. Pero yo conozco mejor que nadie mi propio camino. Mis disculpas a lady Elf, pero hoy no tengo el día para visitas.
Chastity cogió la rosa.
— Al menos no hagas ningún disparate.
— ¿ Qué diablos quieres decir ?

— No sé. Pero me temo que es un rasgo familiar.
— ¿De los Malloren o de los Ware?
— De ambos.

Elf se había obligado a sí misma a sentarse tranquilamente en el recibidor pese a que ya había pasado suficiente tiempo como para que le dijeran que Fort no iba a verla. Se sintió tentada a subir y forzar su encuentro — al fin y al cabo, conocía el camino— , pero la fuerza difícilmente podría hacer milagros.
Y, de todos modos, se le había ocurrido, con retraso, que verle en aquella habitación con aquella cama, aquel banco, aquel espejo, podría ser demasiado para sus nervios.
Por lo tanto, no se sintió del todo desolada cuando Chastity regresó con una rosa en sus dedos.
— ¿Así que no las arrojó por la ventana?
— Aún continúa bastante limitado a su silla. — Chastity se encogió de hombros y le pasó la rosa— . No lo dejó claro pero sospecho que quería que te la quedaras tú. De todos modos no va a verte. Parece firme al respecto.
Elf se levantó y cogió la flor para aspirar el fragante perfume.
— ¿Dijo por qué?
— No de forma demasiado coherente pero mencionó que no quería cometer asesinato ni suicidio. Tal vez con el tiempo. ..
— No, el tiempo no — dijo Elf, abriendo la marcha para salir de la casa— . El tiempo sólo consigue que algunas cosas se compliquen aún más.
Habían enviado su coche a casa de modo que se dispusieron a caminar las pocas calles que había entre Abingdon Street y Malborough Square.
— Pero, ¿qué puedes hacer? — preguntó Chastity— . No creo que ayude que fuerces un encuentro.
— Puedo aguijonearle — dijo Elf.
Y cuando pasaron junto a una juguetería, entró y compró un juego de bola y copa de madera, con una larga cuerda en cuyo extremo estaba sujeta la bola. Encargó que lo enviaran a la residencia Walgrave con los saludos de mademoiselle Lisette.

Fort estaba despidiendo a Dingwall.

— ¿ Le he disgustado en algo, milord ? — preguntó el hombre. Por una vez mostraba una reacción, y parecía estar ofendido.
— Estoy seguro de que satisfizo a su amo, Dingwall. Pero está muerto. He decidido que es hora de enterrarle.
— ¿ Enterrarle ? Milord, ¿ sufre algún trastorno mental menor. ..?
— ¿Me estoy volviendo loco? ¿Cómo mi padre? Le encantaría ocuparse de mí con cadenas, ¿ no es cierto ? Por el contrario, estoy entrando en razón y me doy cuenta de que no necesito una penitencia en mi propia casa. Daré instrucciones al señor Jellicoe para que le pague sus retribuciones y una generosa compensación por su largo servicio. Intento corregir los errores y omisiones de mi padre.
Dingwall probablemente estaba indignado pero sólo mostró un temblor alrededor en la boca.
— ¡Mi deber es vigilarle a usted! Debo. ..
— Debe aceptar su despido.
— No es digno de ocupar el lugar de su padre.
— Entonces estoy seguro de que se sentirá más feliz sirviendo a un amo mejor que yo. — Fort cogió el juguete, dejó que la bola cayera hasta el extremo de la cuerda y luego le dio un ligero tirón. La bola no consiguió entrar en la copa.
Sonrió a Dingwall.
— Tiene razón, milord. — La expresión en los ojos del hombre tal vez incluso fuera compasiva— . Lo he intentado, pero no puedo hacer nada.
Hizo una reverencia y se marchó.
Fort volvió a tirar la bola otra vez y fue a parar limpiamente a la copa.
— Un fantasma liquidado.

Capitulo 18

Cuando Jack Traver llegó a la habitación de su amigo, se lo encontró lanzando ociosamente una bola de madera para meterla en una copa también de madera.
— ¿Qué diantres es esto?
— Un juguete.
— Sí, pero ¿por qué ?
Fort dirigió una mirada a su amigo.
— Tal vez sea un mensaje. ¿Busca la bola la copa o busca escapar? ¿Es la cuerda una traba o una guía?
Jack miró alrededor, preocupado.
— ¿Te ha dado alguna nueva medicina el condenado matasanos?
— No, en absoluto. — Fort dejó el juguete pero cogió un ramillete de rosas— . Me he visto obligado a tomar conciencia del hecho de que a nadie se le ocurrió ambientar mi prisión con flores.
— ¿Flores? — Jack estaba echando a perder su pulcro peinado— — . Mira, mi querido compañero, tal vez sea mejor que hagamos volver al médico... ¿Dónde está Dingwall?
— Le he despedido.
— Bien entonces — sonrió Jack— . Tal vez hayas recuperado el juicio. Por fin.
— En cierta forma. Simplemente me encuentro en un estado de ánimo extraño a causa del aburrimiento extremo. Juega un poco conmigo.
— Por supuesto — dijo Jack tranquilizándose— . Sé que tiene que ser cargante dedicarse a estar tirado. — Acercó una silla y una mesita y añadió— : De hecho, un grupo de nosotros había pensado que podríamos celebrar una fiesta aquí si estás dispuesto. Vino, fulanas y juerga a lo grande.
— Una perspectiva muy grata pero deja fuera a las mujeres. No estoy de humor y no tengo ganas de veros a los demás poniéndoos en ridículo.
— Oh, por supuesto. — Jack se sonrojó ligeramente y Fort se percató de que, por lo que su amigo pensaba, él seguía aún sumido en su extraña apatía hacia las mujeres.
Aquello había que enmendarlo también.
Fort cogió el dado y lo hizo rodar.
— Cuando esté recuperado del todo, organizaremos una magnífica orgía para celebrar la ocasión.
Jack puso una mueca de alivio.

— ¡Ese ánimo es el que me gusta! La orgía más sonada desde la jarana de Heatherington en Rood House.

Al día siguiente, martes, poco después del desayuno, llegó un rollo de escritura, un bonito objeto en papel rosa atado con una cinta plateada y decorado con un adorno de diminutas rosas de seda. Antes de desenrollarlo, quedó claro que se trataba de poesía, probablemente escrita de propio puño y decorada hábilmente con capullos y pájaros voladores.

A un ramillete de flores en el pecho de lord Walgrave
«¿Entonces sólo vosotras, felices fiores,
vosotras hijas efímeras de lluvias primaverales,
sólo vosotras debéis aún tener la suerte
de reposar gozosas en el pecho de Walgrave?
iOh, escuchen los dioses al menos esta plegaria, cambien mi forma y me coloquen ahí!
Entonces no sería tan definitiva mi rápida muerte.
No permanecería inactiva, aquí yaciente;
sino que me pasearía arriba y abajo,
desde voluminosa verga a frente cada vez más pálida,
disfrutaría de miles de millares de dichas,
e imprimiría a cada una diez mil caricias.»

Con una risa, Fort reconoció un poema retocado de Jenyns, aunque el original había sido escrito a una dama a la que se refería como Pancharilla. ¡Y en el original, el caprichoso paseo quedaba restringido a los voluminosos pechos de ella!
Lo leyó de nuevo y su «verga» se dilató ante aquellas palabras. Si fuera suficientemente débil, con sólo unas pocas palabras podría convertir en realidad sus fantasías. Podría tener a Lisette/Elf en su pecho, rociando varias partes agradecidas con diez mil caricias. ..
Hizo una bola con el papel y lo arrojó con fuerza al otro lado de la habitación.
Vespa, y tanto que sí.
¡La condenada mujer era imposible! Como todos los Malloren, pensaba que sus deseos eran ley.

Cuando pasó el miércoles sin la intrusión de otro regalo, Fort se consideró a salvo. Reconoció sentirse extrañamente decepcionado en cierto modo pero sin duda era debido al aburrimiento.
Se acomodó en la cama para pasar la noche cuando comenzaron los cantlcos.
Maldiciento, cogió la muleta y se aproximó renqueante a la ventana para asomarse desde detrás de las cortinas y ver al grupo que se iluminaba con antorchas. Siguiendo el estilo veneciano, los músicos situados debajo de la ventana iban todos vestidos y enmascarados de un modo ideado, sin duda, para que él recordara Vauxhall y a Lisette.
Pensó incluso que el cantante, cuya voz era verdaderamente exquisita, era el castrato Gioletto, por entonces la estrella adorada de la Opera House. Dos guitarristas y un flautista le acompañaban. Ninguna de las figuras se parecía a Elf.
Maldición, pero la música le conmovió el alma, aunque la canción era una tontería sobre un amante rechazado que languidecía en su desdicha, marchitándose por no poder ver a su ser amado. ..
Recuperó la sensatez y volvió tambaleante a la cama. Desde allí, llamó al timbre y ordenó que interrumpieran los maullidos.
El jueves llegó una cajita que contenía un delicado anillo de topacio con una avispa tallada para que pareciera atrapada dentro de la joya. Se ajustaba a su dedo con exactitud.
Había conservado el poema arrugado y las rosas, aunque estas últimas empezaban a marchitarse. Detestó rechazar este ofrecimiento pero siguiendo el espíritu del juego, volvió a colocar la joya en su caja y pidió papel y pluma.
Su nota fue breve.
Lamentándolo mucho, Lord Walgrave considera que no sería correcto aceptar un regalo tan valioso.
Lo selló y envió la caja y la nota a lady Elfled Malloren en la residencia Malloren.
Pocos momentos después de que hubiera salido el lacayo, supo que había cometido un error táctico. Había reconocido su existencia. El plan de Elf estaba funcionando también en el sentido de que él ahora estaba obsesionado con sus regalos, lo cual intensificaba su obsesión por ella.
Era el hecho de estar tirado en esta habitación lo que había atrapado su mente en el disparate. Por lo tanto, apretando los

dientes, cogió su bastón, se levantó con un esfuerzo de la maldita silla y empezó a moverse de un lado a otro.
Recientemente su médico le había instado a hacer ejercicio aunque había dado instrucciones de que hubiera un lacayo a mano en caso de que la pierna cediera. ¡Ni caso! Fort desafió el dolor y se las arregló para salir al pasillo, camino de los peldaños que le llevarían al mundo exterior.
A la libertad.
Alcanzó lo alto de las escaleras y se detuvo para agarrarse al saliente en el poste tallado. Para entonces ya estaba empapado en sudor. De todos modos, lo único que necesitaba en aquellos momentos era el mundo exterior.
Pediría su silla para que le llevaran a uno de sus clubes. Tal vez incluso se acercaría al Parlamento. Una debate aburrido, pedante, sobre el comercio de esclavos le impediría al menos pensar en Elf, preguntarse cuál sería el próximo regalo. ..
¿ Cómo iba a bajar, de todos modos, las escaleras ?
¿ Debería colocar primero su pierna herida para que tuviera que cargar con su peso o primero la pierna buena para que la herida tuviera que cargar con su peso ? Debería haber normas para esto.
Desplazó su peso a la pierna herida e inmediatamente desistió con un silbido de dolor.
Alguien llamó a la puerta, lo cual le dio una excusa excelente para posponer la prueba hasta el día siguiente. Definitivamente sería un golpe a su dignidad que le atraparan intentando descender las escaleras cojeando al estilo cangrejo.
Se dio media vuelta para volver a su habitación y luego se detuvo. Tal vez la llamada a la puerta anunciaba el regreso del anillo a él. Era sólo un mensajero con librea que traía unos documentos relacionados con asuntos parlamentarios. Fort se escabulló lo más rápido que pudo para llegar a su habitación; su pierna, demasiado esforzada, le dolía como hojas cortantes. No quería que el lacayo le encontrara así.
Entró tambaleante en su habitación y se desplomó en la silla. Estudiaría los documentos a fondo, de todos modos. Sería una distracción. Es más, estaba decidido a recuperar el honor de su familia, aunque pocas personas sabían cuánto lo había empañado su padre.

Era una tarea solitaria. Chastity tenía su propia vida y pronto se habría ido. Verity ya estaba en el extranjero con su marido militar. Victor se encontraba en Italia.

Tenía amigos pero no podía involucrarlos en asuntos familiares o políticos. Sus amigos eran los amigos de su alocada juventud.

Por extraño que pareciera, lo más similar que tenía a un nuevo amigo, un amigo de su nueva persona, era cierta dama de escarlata. Si al menos hubiera sido de verdad una mujerzuela llamada Lisette, a la búsqueda de un rico protector. Le pagaría generosamente por ser su querida, y la trataría también como a una esposa. ..

Cásate con Elf Malloren, decía una voz incitadora, entonces lo tendrás todo.

— Nunca — dijo en voz alta— . Nunca.

El paquete del viernes llegó con el correo ordinario. Al abrirlo encontró una estrecha caja y una pulcra nota de tamaño pequeño.

Vespa lamenta sobrepasar los límites de la corrección y únicamente puede ofrecer como excusa la fuerza de sus sentimientos. Ruega que lord Walgrave acepte esta bagatela en lugar del anillo.

La larga y estrecha caja contenía un abanico plata y negro. Lo cogió mientras sacudía la cabeza. A algunos caballeretes les había dado por usar abanicos, pero no era su caso. De todos modos, sería un regalo excepcional de un pretendiente a una dama. Y ella había tenido en cuenta su costumbre de vestir de luto.

No podía saber que había renunciado al luto y que volvía a vestir de color.

Abrió perezosamente el abanico con un movimiento de la mano, y entonces se rió en voz alta. Estaba decorado con una serie de retratos de una dama vestida a rayas escarlatas que se levantaba lentamente la falda para atarse la liga, sonriendo en todo momento al observador con actitud sumamente provocativa.

Se volvió para mirar el otro lado y descubrió que era una imagen intachable de los jardines de Vauxhall. Intachable, cierto, si Vauxhall no le trajera tantos recuerdos.

Maldición, volvía a la carga otra vez, invadido por recuerdos de Lisette y la forma en que se habían entregado al amor en esta habitación. Del mejor sexo que jamás había disfrutado.

Luego vio un papel en la caja y lo desplegó, encontrando otro poema. Esta vez no reconoció la fuente.

Cuando recuerdo a dónde han conducido nuestros caminos,

del parque al cautiverio, al voluptuoso lecho,
soy incapaz de detener mi mente
ante apetitos de la variedad más escandalosa.
Oscuro monje asaltando delicadamente mi más delicada piel
para atraerme por el camino del pecado.
Imploro, milord, que cuando esté recuperado,
llame una vez más a su madame de escarlata.

— ¡Pero, bueno, es que nada cohibía a Elf Malloren! ¿ De verdad se ofrecía a volver a ser su juguete ?
Pero, de todos modos, ¿quién había estado jugando con quién?
No podía decidir si estaba complacido o le disgustaba este comportamiento tan atrevido, pero sin duda le ponía nervioso. ¿ Qué sería lo siguiente que haría? ¡Evidentemente, esta mujer era capaz de cualquier cosa!
Cuando Jack apareció estaba contemplando la dama de escarlata en el abanico.
— ¡Estamos todos listos para esta noche, Fort! Por supuesto, estamos encantados de montar nuestra juerga aquí arriba, pero ¿ no te sentirías más cómodo en la planta baja donde tengas un poco más de movilidad?
Fort cerró rápidamente el abanico.
— Una idea excelente. De hecho, haré que me pongan una cama en el estudio de forma temporal. ¿ Qué sentido tiene estar aquí arriba ?
— ¡Ése ánimo es el que me gusta!
— Y esta habitación tiene recuerdos muy inquietantes.
— Tu padre, ¿eh? — Jack echó un vistazo alrededor— . ¿Por qué no redecorarla? Ponerla al día. Este roble pesado y el terciopelo no es lo que en realidad se lleva. ¿ Es eso un abanico ?
Como respuesta, Fort lo extendió, con el lado de Vauxhall hacia fuera.
— ¡Oh, oh! Comprando regalos para las damas ¿eh? Aún queda vida en el viejo perro. — Se acercó al lado de la mesa en la que había vasos y jarras dispuestos— . ¿Seguro que no quieres que te traigamos unas cuantas muchachas guapas y cachondas para disfrutar un poco ?
— En absoluto. — Fort tomó una brusca decisión— . De hecho, supongo que pronto podría estar casado.
Jack se volvió con una copa a medio llenar en la mano.

— ¿Casado? No habías contado nada...
— He tenido tiempo para pensar en ello. Lady Lydia North haría un papel admirable.
Jack se quedó mirándole fijamente.
— ¿Lady Lydia? ¿Esa chiquita sonriente de grandes ojos? No sabía que te interesara.
— Su padre ha estado rondándome con cierta asiduidad. Aunque sin mucha imaginación, debo confesar. ..
— ¿Qué?
— No hagas caso de mis extravagancias. Digamos sólo que de repente se ha despertado en mí cierto interés por lady Lydia.
Jack se volvió para llenarle la copa pero, al cabo de un momento, dijo:
— Para ser honesto, Fort, creo que te hará llorar de aburrimiento en el plazo de una semana.
— Uno nunca sabe qué acecha tras una imagen de recato virginal. Pero al menos será un escudo contra otras damas.
Jack se acercó para dejar una copa de vino en manos de Fort. No te precipites, viejo amigo. Confía en mí. Espera hasta que estés en pie y en forma otra vez. Esta habitación te está haciendo perder la cabeza.
— Seguro que lady Lydia es exactamente el tipo de novia que esperan que elija.
— Sí, bien, ¿por qué ahora te da por hacer lo que esperan de ti? — Jack se sentó y sacudió la cabeza— . ¿ Has oído alguna vez la historia del hombre que se pegó un tiro por miedo a contraer la peste ?
Fort saboreó el vino.
— Ah, pero no comprendes el incentivo de escoger tu propia forma de fenecimiento?

Cyn entró tranquilamente en el salón de la residencia Malloren con un trozo de papel en la mano.
— Tengo aquí una extraña invitación.
Elf y Chastity levantaron la vista de su costura e interrumpieron su charla.
— ¿Por qué extraña?
— Es para acudir a la mansión Walgrave para una velada de cartas.
— Entonces es que ya está mejor — dijo Elf con ojos brillantes.
— Al menos debe haber hecho progresos. Pero, ¿por qué me invita a mí?

— ¿Vas a ir? — Preguntó Chastity.
— Por supuesto que no, seguramente le estrangularía.
Elf hizo una pausa en su labor.
— Si al menos fuéramos gemelos idénticos...
Cyn captó el sentido de inmediato.
— No seas disparatada. Y es dífícil que un hombre y una mujer sean idénticos, ¿ no es así?
Elf le hizo una mueca.
— Me refiero a parecerse mucho.
— Bueno, os parecéis — dijo Chastity— . Pero no lo bastante como para que alguien os confunda, no importa cómo vayáis vestidos.
.— Y las mujeres no pueden vestirse como hombres. Nunca es convincente.
— Bien. ..— dijo Chastity, con un guiño malicioso a su marido.
— Te vi venir en cosa de instantes, cariño.
— Eso antes de que me recomendaras que me metiera un poco de relleno en los pantalones. Eso engañó a aquellos rufianes en Maidenhead.
Ahora era Cyn quien le hacía una mueca.
— ¿Tengo que indicarte que estás dando ideas a la cabeza atolondrada de mi hermana?
Chastity se quedó mirando a Elf.
— ¡No serías capaz!
— No creo que fuera capaz... — Elf les tuvo esperando a ambos un momento, luego se rió— . Pero sólo porque me pillarían. — Miró a uno y otro y se puso seria— . Es... un fastidio tener que estar sin verle tanto tIempo.
Chastity se inclinó para apretarle la mano.
— Entiendo. Pero si organiza un acto social, es que ya no le resulta tan difícil moverse. Pronto le veremos de nuevo en sociedad.
— Y luego se retirara a Walgrave Towers.
— Si lo hace tendrás que tener paciencia. Aunque tengas que esperar meses para veros, entretanto no va a suceder nada importante.
— ¡He descubierto que no tengo un carácter paciente!
Elf habría invadido el acto social de Fort si creyera por un momento que podía salir adelante con su engaño, pero no tenía intención de hacer el ridículo.
Una vez más.

En su lugar, le envió un llamativo pañuelo de seda roja ribeteado con encaje oro y negro.

Lord Coalport claramente estaba encantado de que le invitaran a la mansión Walgrave, y de enterarse de que lord Walgrave pedía la mano de su hija. Para irritación de Fort, no se la concedió de inmediato.
Recibió a Coalport en la biblioteca, en la planta baja, donde tenía instalada una pequeña cama detrás de un biombo. Fort estaba acomodado en una silla, con la pierna descansando sobre un banco acolchado. Suponía una mejora significativa pero se sentía bajo todos los conceptos como una víctima de gota.
Coalport no era un candidato probable a esta enfermedad. Su constitución era esbelta y saludable, sus movimientos briosos, y Fort dudó que alguna vez cometiera algún exceso. Su esposa no se podría quejar.
— Mire, milord — dijo Coalport, cruzando una pierna— . He prometido a mi mujer que nuestra pequeña Lydia podría opinar en el asunto. Pero, bien, estoy seguro de que será cuestión de un poco de cortejeo por su parte, pues usted es un hombre agradable, apuesto, sobre todo ahora que ya se ha quitado el luto. Pero no puedo concretar detalles con usted antes de que ella exprese su interés.
— Pero estoy pegado a una silla la mayor parte del tiempo, Coalport.
— Sí, bien, no hay prisa. — Coalport se inclinó hacia delante y dio unas palmaditas a Fort en la mano— . Se lo aseguro, Walgrave, no se entregará a otro sin que usted tenga una oportunidad. Hay otros pretendientes interesados, no lo niego. Sin duda no hace falta que se lo recuerde pero podría decirse que es la dama más guapa de la década en esta ciudad. Pero usted cuenta con mi aprecio, y tendrá una oportunidad.
Fort sintió ganas de maldecir a aquel padre alelado. No estaba en condiciones de ir tras otra mujer que accediera más deprisa que ésta, es más, ya no estaba en forma para cortejar a nadie.
— Confieso que siento cierta urgencia — dijo Walgrave, con la esperanza de parecer un tonto enamorado— . Pronto todo el mundo dejará Londres para pasar el verano. Sus fincas están muy alejadas de las mías.

Coalport asintió, muy impresionado por aquello.
— Cierto, milord. Muy cierto. Mi esposa ya está hablando de marcharnos dentro de dos semanas. — Se rascó debajo de su pulcra peluca gris— . Podría invitarle a mi casa, pues allí podría estar sentado igual que aquí, pero ya le digo, Walgrave, resultaría demasiado insólito que su primera salida fuera para visitar a Lydia. No quiero presionarla.
— Entonces tal vez sea mejor que haga algunas apariciones sociales generales — dijo Fort, forzando una sonrisa— . Me encuentro mucho mejor. No es que pueda bailar, eso está claro, pero como bien dice, puedo estar sentado tanto en compañía como a solas.
— ¡Eso es, milord! y si me dice a dónde planea ir, ya me ocuparé de que Lydia asista, si a ella le parece bien.
— Gracias, milord. Creo que pronto las cosas irán a nuestro gusto. Coalport le dio la mano.
— Eso mismo pienso yo, Walgrave. Y tanto que sí. Y no hay ninguna muchacha en el mundo que iguale a Lydia.
De modo que aquella noche, pese a que detestaba la idea de aparecer en público con aquella traza, Fort pidió su silla de mano e hizo que le llevaran a la sala de juego de White's, donde se fue cojeando hasta una silla.
Inmediatamente le rodearon amigos y simples curiosos, y Walgrave explicó la historia aceptada de un loco que había disparado contra la multitud en el muelle alcanzándole, por desgracia, a él. De hecho, enseguida estuvo disfrutando de lo lindo y culpó en silencio a Elf Malloren por mantenerlo atrapado en su casa durante dos semanas. Hasta que Rothgar apareció.
Fort le miró, cauteloso y frío a la vez. Al fin y al cabo, era la primera vez que coincidían desde su encuentro en casa de Safo.
Las cejas del marqués se alzaron levemente, luego se acercó tranquilamente hasta Fort.
— Me complace verle otra vez por aquí, Walgrave.
— Para mí también es un alivio — dijo Fort— . Siento que controlo más mi vida.
— Me congratulo.
— De hecho — dijo Fort, decidido de pronto a zanjar el asunto— , estoy pensando en casarme.
— Vaya. — Rothgar abrió con una sola mano una cajita dorada de rapé y la ofreció.

Fort cogió un pequeño pellizco.
— Aún no hay nada convenido, por supuesto — — explicó e inhaló, dejando que el polvo creara su propio momento de bienestar— , pero el padre de la joven dama me da motivos de esperanza.
Sin hacer ninguna pausa, Rothgar usó el rapé y se tomó tiempo para limpiarse los dedos en su pañuelo de seda. Luego sonrió con aprobación.
— Acepte mis felicitaciones anticipadas por el feliz acontecimiento.
Con aquello hizo una inclinación y se apartó dejando a Fort presa de repentinas dudas. Debería haberse percatado de que Rothgar no quería otra alianza entre sus familias, aunque Fort y Elf hubieran disfrutado de los privilegios del estado conyugal.
Al escapar de Elf, posiblemente Fort estaba haciendo justo lo que Rothgar quería.
Por un momento, le invadió el antiguo impulso, el deseo apremiante de hacer cualquier cosa que complicara la vida a Rothgar. Dejó la cuestión a un lado y se concentró en las cartas. Había dejado de juzgar cada uno de sus actos según el efecto que ejercían sobre los Malloren.

A la mañana siguiente, Elf estaba enfrascada en informes financieros cuando Rothgar entró en su estudio. En vez de transformar su tocador en un lugar de trabajo había ocupado una habitación libre para convertirla en oficina, que ahora se había convertido en uno de sus lugares favoritos.
— Mucho trabajo y poca diversión. ..— comentó su hermano— es tan malo para los hombres como para las mujeres, creo yo.
Elf le sonrió.
— Tal vez sea diversión.
— Te pareces de forma preocupante a Bryght, ¿no tengo razón?
— Supongo que todos somos una mezcla de los mismos ingredientes. ¿Sabías que si compramos...?
— No — dijo, levantando una mano— . No me interesa. Explícaselo a Bryght. Creo que tendrías que relacionarte con más gente.
— Es tan pueril. La gente no habla nunca de cosas interesantes.
— Como negocios y rendimiento — dijo secamente— . Walgrave vuelve a respirar aire fresco.
Elf bajó la pluma y prestó atención.
— Me lo encontré anoche en White's.

— Me costaría describir eso como aire fresco.
— Supongo que atravesó las calles para llegar ahí.
— ¿Iba andando?
— Con un bastón, y con cierta dificultad. Dejó que sus silleteros le llevaran casi hasta la mesa.
De pronto, Elf sintió movimiento en el estómago. No eran mariposas, eran avispas, zumbando ahí y parecía que fueran a picarla. Había llegado el momento de actuar.
Pero podía verle.
Al fin, podía verle.
— ¿Qué aspecto tenía? — se interesó.
— Bien, en conjunto. Menos deprimido.
— Eso está bien. Me pregunto... — Se preguntaba dónde más podría aparecer pero no quiso decirlo. Aunque era sabido que no le quedaba orgullo ante su familia en lo referente a este tema. Todos conocían su desesperada necesidad. Aún así, no quería expresarlo en voz alta.
— Creo que tal vez asista al picnic de lord Coalport en su villa de Chelsea.
— ¿ Un picnic? Lo de White's me lo puedo creer, pero una comida al aire libre a la que sobre todo asisten señoras ? ¿ Puede una bala de pistola en la pierna cambiar tanto a un hombre ?
— Tal vez simplemente necesita el aire libre. — — con eso, Rothgar se marchó y Elf se quedó sentada mordisqueándose el labio inferior.
Pensó que su hermano había venido específicamente a contarle lo del picnic, sin duda había hecho indagaciones y pensaba que Fort estaría allí. Eso no significaba necesariamente que Rothgar pensara que ella tuviera que asIstIr.
¿Y ella?
Se quedó mirando las pulcras columnas de cifras que explicaban el estado de ingresos y gastos en cierto almacén de tejidos para tapicerías. La vida también podía verse como pulcras columnas. Si no intentaba ver a Fort, tal vez tendría que admitir que le faltaba el coraje para perseguir su objetivo.
Tendría que dejarle en paz.
Era tentador, pues eso era precisamente lo que se suponía que tenía que hacer, lo que le habían enseñado a hacer. Tendría que sentarse en casa recatadamente esperando tranquila a que él la galanteara.

Los derechos de una dama se limitaban exclusivamente a la aceptación o rechazo de una oferta.
De cualquier modo, no pensaba que Fort fuera a festejarla. Aunque él la deseara.
Él tenía que quererla. Seguro que se sentía atraído por ella igual que ella por él. Los problemas entre ambos eran culpa suya, por manejar con tal torpeza su intimidad. Por lo tanto, debía enmendarlo.
Supo de inmediato que había tomado la decisión acertada, la única. Como estaba demostrando a todos en los últimos tiempos, era una Malloren por entero. No podía evitar intentar tomar el timón del barco del destino.
Levantó la atención del escritorio y se puso en pie, luego frunció el ceño al ver una mancha de tinta en su dedo. Caray. Tal vez el zumo de limón fuera bien.

Resultó que Chastity también estaba al corriente de la intención de su hermano de asistir al picnic.
— No es tan extraño — dijo Chastity— . Antes asistía a ese tipo de actos cuando se celebraban en casa. ..
— Antes de que matara a su padre.
Elf se había quedado asombrada al descubrir que toda la familia sabía que Fort había disparado a su padre, y todo el mundo daba por supuesto que ella también lo sabía. No obstante, había estado ocupada con la princesa Augusta y se había perdido algunos momentos importantes.
Después de la muerte, Chastity y su hermana, Verity, habían pasado mucho tiempo con Fort. Habían hecho todo lo posible para convencerle de que su intervención había sido necesaria para proteger a un inocente. No un pecado infame.
No habían tenido éxito pero Chastity siempre había creído que con el tiempo lo vería claro.
Elf sabía — o esperaba, al menos— que su desastrosa charla en aquella oscura bodega había ayudado a quebrar la coraza que le envolvía ya iniciar la curación. Si así era, había merecido la pena, aunque le hubiera costado la oportunidad de amar.
Más que poseerlo, le quería libre de él mismo.
— Y bien — instió Chastity, sacando a Elf de sus pensamientos— . ¿Quieres asistir al picnic?

— Con toda desesperación. Pero, ¿crees que es sensato?
— Sinceramente, no lo sé. No habla de ti pero conserva algunos poemas, un abanico, un juguete y un pañuelo terriblemente chillón. Y hasta apenas unos días no dejó que una doncella tirara los restos de algunas rosas.
Elf no pudo reprimir una sonrisa. Sonaba esperanzador.
— Entonces vayamos, por supuesto. Como mínimo le veré.
Elf se apresuró a volver a su habitación, contenta de haberse tomado la molestia de haber encargado algunos vestidos de acuerdo con sus nuevos gustos. Seguía aún bastante dudosa a este respecto, pero al menos ni la modista ni Chantal habían palidecido con sus últimas ideas.
Por el momento ya habían llegado dos vestidos y el ámbar podía ser ideal. El tafetán rayado le había llamado la atención y tuvo la seguridad de que podría combinarse en armonía con su difícil cabello, sin herir la vista de nadie. Con un ribete marrón rojizo y soberbio encaje crema, pensaba que el efecto era fuerte pero agradable.
Y Chantal no protestó cuando encargó que lo confeccionaran.
No obstante, al recordar la forma en que Fort había mirado su atuendo escarlata y oro y había dicho «horrendo», cualquiera podría haberla persuadido fácilmente para que volviera a la seguridad de los colores pálidos.
Mientras esperaba a que Chantal trajera el vestido, recorrió la habitación con inquietud. La mitad de ella quería cancelar sus planes, anular esta cita y posponer el encuentro para otro día. Pero su necesidad de estar con él otra vez, incluso entre la multitud, superaba incluso el terror a que él la mirara con frialdad o incluso le diera la espalda.
Había conservado sus regalos.
Se aferró a esa idea mientras Chantal volvía con la ropa y le ayudaba a ponérsela.
Recordó cuando, hace ya tanto tiempo, le dijo a Chastity que los hombres necesitaban un puente para cruzar los abismos que ellos mismos creaban. Entonces hablaba de Cyn y de Rothgar, y sus diferencias en torno a la cuestión de si Cyn debería ser autorizado a unirse al ejército. También podría aplicarse a Fort, ¿o no?

Elf no se miró en el espejo hasta que el vestido estuvo completamente abrochado, luego se volvió para mirarse. Soltó un aliento contenido y sonrió:
— No queda mal, Chantal, ¿verdad que no?
La seda ámbar y marrón creaba un espléndido efecto que podía haber sido un poco fuerte para su pálida piel a no ser por el encaje crema en cuello y mangas.
— De hecho — dijo Elf, volviéndose a un lado y otro para comprobar la caída del vestido sobre los amplios aros— ,¡mi pelo es ámbar pálido! Eso suena mucho mejor que color arena.
— Sí, milady, el conjunto queda bien. Es. ..interesante.
— ¿Interesante? — repitió Elf con una sonrisa irónica— . ¿No es eso lo que dicen de las señoras de cierta edad? — pero con repentina seguridad, supo que quedaba bien.
Al volverse a mirar en el espejo comprobó que el vestido cumplía el efecto buscado. Expresaba a Elf Malloren. Reflejaba la forma en que se sentía estos días: una mujer segura y que iba más allá de las limitadas expectativas de la sociedad. Una persona excitada ante la nueva perspectiva de cosas interesantes que hacer en su vida.
— ¿Qué sombrero desea ponerse, milady?
— Oh, creo que el gran sombrero de paja toscana para protegerme el rostro.
Mientras Elf esperaba a que Chantal encontrara el sombrero, siguió mirándose en el espejo. No era vanidad, sólo la satisfacción de un trabajo bien hecho.
Una entre muchas.
La parcela incendiada cerca del puerto había sido adquirida por la familia y ella ya se había reunido con el arquitecto que iba a construir hospicios allí. Dibby Cutlow y otros como ella tendrían un lugar decente donde acabar sus vidas pero no tendrían que dejar la zona en la que se sentían a gusto.
En el futuro, otros lugares similares serían construidos por Londres. Con demasiada frecuencia, la gente se olvidaba de los mayores.
Aún estaba pensando en algún sistema para divulgar información entre mujeres acerca de los medios para posponer tener hijos hasta el momento adecuado.
Llevó sus manos a su plano abdomen. Al menos, la perspectiva de una maternidad inconveniente había dejado de preocuparla. Ya

había pasado. No estaba embarazada. Su parte sensata se había regocijado pero un diminuto rincón rebelde de su mente había llorado. No podía estar segura de ganar a Fort algún día, y un niño suyo habría representado algo de él que poder estimar.
Le habría atado a ti, dijo una sinceridad rotunda.
— Sí, también eso — susurró Elf a la mujer en el espejo.
Luego Chantal regresó con el sombrero, atando diestramente una cinta de gorgorán ámbar a la parte superior. Retocó los rizos de Elf, añadió un delicioso gorro de encaje y luego colocó el sombrero en lo alto, haciendo un gran lazo debajo de la mandíbula.
— ¡Encantadora, milady! — declaró Chantal con lo que parecía sincera aprobación.
Elf salió de la habitación confiando en que la doncella tuviera razón.

CAPITULO 19

Elf y Chastity cogieron el barco para ir río arriba hasta Chelsea. Elf no tardó en percatarse de que la idea no había sido muy buena, ya que esta embarcación le traía demasiados recuerdos para un día así. Fort se había molestado al enterarse de que Bryght había pasado por debajo del puente y la había expuesto al peligro.
Fue desde este barco desde donde ella le vio caer y supo que estaba herido.
Fue desde aquí desde donde ordenó la ejecución de un hombre.
Pese a estos pensamientos, consiguió mantener una leve conversación a lo largo del viaje.
El barco les transportó a la caseta de barcos de lord Coalport: una casita miniatura, encumbrada por una techumbre de paja. Desde allí ascendieron los escalones que conducían al bonito jardín en pleno florecimiento. Elf se dijo a sí misma que no era lo mismo que llegar a Vauxhall para un baile de disfraces de solsticio de verano.

Para empezar era de día, y el día era ideal para un picnic. Disfrutaban de un cielo sin nubes pero también de una ligera brisa que aliviaba el calor. Había mesas con comida y bebida instaladas bajo árboles umbrosos y los invitados se paseaban charlando por los caminos y prados. A un lado, una pequeña orquesta tocaba música reposada y relajante.

U n perfecto día de verano inglés.

Mientras iban en busca de su anfitrión y su anfitriona, Chastity movió violentamente una mano.

— Avispas. Ese es siempre el problema en los picnics.

Elf suspiró, tomándoselo como un mal presagio.

Llevaba joyas color ámbar con su atuendo, y el gran medallón alrededor del cuello contenía un insecto con alas atrapado ahí durante siglos. Era similar al efecto creado por la avispa grabada en el topacio.

¿ Estaban ella y Fort atrapados en una situación de la que ninguno podía disfrutar ni escapar plenamente?

Su alma Malloren decía que siempre había una escapatoria para los valientes. Pero ¿acaso el valor era garantía de una victoria?

Se encaminaron hacia la casa y Elf vio a lord Coalport de pie allí junto a la silla de su esposa, cerca de los peldaños de la terraza.

De pronto se quedó petrificada. Chastity se dio la vuelta.

— ¿Qué sucede? — siguió los ojos de Elf— . Oh, allí está Fort. ¿Qué te ha impresionado tanto? Esperabas encontrártelo aquí. ¿Es porque viste de color otra vez ? Debo de haber olvidado mencionarlo.

Con toda certeza era una pequeña sorpresa ver a Fort vestido de seda azul, pero eso no era lo que había dejado a Elf inmóvil allí mismo. ¿No se daba cuenta Chastity ? Sentado junto a él estaba la chica más adorada en Londres en los últimos tiempos: la hija de lord Coalport, Lydia.

La muchacha había llegado a la ciudad en primavera y había causado sensación. En las casas de impresión habían aparecido retratos de ella: no retratos escandalosos, sino imágenes idealizadas de belleza angelical. Pronto, cada una de sus apariciones y los detalles de sus vestidos se encontraban en los periódicos. Se llegó al punto en que los Guardias Montados del Mall fueron llamados para intervenir y controlar a la muchedumbre de gente que quería avistarla.

Elf no había prestado mucha atención a la muchacha ya que veía ir y venir continuamente bellezas de este tipo. Pero eso no negaba el hecho de que lady Lydia poseía una belleza extraordinaria. Satinados rizos oscuros, un rostro con forma de corazón perfecto, enormes ojos casi de color violeta. ..

Incluso este catálogo de perfecciones no le hacía justicia ya que todo ello estaba armonizado a la perfección y acompañado de gracia y recato juvenil lleno de encanto.

Lady Lydia, con un exquisito vestido azul y lila y un sombrero que parecía componerse enteramente de encaje y flores, estaba sentada al lado de Fort sonriéndole como si fuera un Dios que había cobrado vida. Él le sonreía a su vez como si fuera la persona más fascinante que había visto jamás.

Aunque era encantadora, la muchacha apenas podía combinar dos frases coherentes, de modo que, ¿ qué era lo que le tenía tan absorto ?

Como si no fuera obvio. Elf sintió ganas de salir huyendo hasta el barco e irse a casa.

Una retirada así era impensable, no obstante, así que recurrió a sus años de formación social y sonrió y charló como si continuara avanzando en dirección a su anfitrión. Lord Coalport las saludó con gran afabilidad y, por consiguiente, Elf supuso que decía y hacía las cosas adecuadas.

Le costaba ser consciente de lo que hacía cuando estaba tan azorada por el miedo y la indignación.

Tendría que acercarse y hablar con Fort. ¿Qué locura le había movido a venir aquí con su hermana? De otro modo podría haber pasado por alto su existencia.

Por supuesto, nunca había sido su intención pasar por alto su existencia. Había venido aquí para cortejarle, maldito ser insensible.

A menos que la chica se moviera — ¡seguro que sería todo un acontecimiento!— tendría que hablar con lady Lydia. Sería una conversación notablemente desequilibrada, pensó con mordacidad.

No veía sentido en posponer el encuentro. En cuanto pudo dejar a los Coalport, Elf hizo acopio de cada fragmento de espíritu Malloren que encontró y siguió adelante para sonreír y charlar con Fort y su encantadora compañía.

— Me complace ver que se ha recuperado, Walgrave.

Tal vez, y sólo tal vez, tenía un leve problema para sostenerle la mirada.
— Gracias, lady Elf. ¿Conoce a lady Lydia?
Elf sonrió a la muchacha.
— Un poco. Qué propiedad tan preciosa tiene su familia.
La muchacha se ruborizó como si le hubieran hecho un cumplido excesivo.
— Sí, lo es, ¿verdad que sí?
— Especialmente ahora que cada vez hace más calor y hay más polvo en la ciudad.
— Oh, sí, lo hace, ¿verdad que sí?
Elf no pudo contenerse. Lanzó a Fort una mirada de incredulidad. Él le respondió con una mirada suya, desafiante.
Luego ella entendió.
Aquello era una maniobra directa para contraatacar su persistente asedio en los últimos tiempos. Dios bendito, ¿tal vez había vuelto a empujarle otra vez a una vida de peligros ?
Respirando a fondo, se sentó en el banco al lado de Lydia, dejando que Chastity hablara con Fort. Él le dirigió una mirada atenta, como si se preguntara sobre sus intenciones, pero luego se volvió para hablar con su hermana.
Elf sonrió a su rival.
— Ha sido su primera visita a Londres, ¿cierto, lady Lydia?
— Sí, milady.
— ¿ Y ha disfrutado ?
La muchacha miró alrededor.
— Todo el mundo ha sido de lo más amable.
Los instintos competitivos de Elf se volvieron protectores de forma abrupta. Por Dios, si la criatura aún tendría que estar en un aula escolar.
— ¿Tal vez un poco abrumador? — sugirió con delicadeza..
Lydia se dio la vuelta, una chispa de alivio en sus enormes ojos los hacía aún más grandes e impresionantes.
— ¡Oh, sí! Abrumador lo expresa a la perfección. Todo el mundo ha sido de lo más amable, tanta atención halagadora, pero — el rubor invadió sus mejillas— , me alegrará volver a casa.
Elf extendió el brazo y apretó la mano de Lydia. No podía imaginarse cómo sería tener sólo diecisiete años y provocar tal conmoción entre la gente al andar por la calle.

— La próxima vez que venga a la ciudad, estará más tranquila, lo prometo.
— Supongo. — Pero Lydia bajó la vista y manoseó el ribeteado de su encantador vestido.
— ¿No quieres regresar?
La muchacha alzó la mirada como si considerara si sería sensato responder con franqueza. No era en absoluto estúpida, cayó en la cuenta Elf, sólo era muy joven y convenientemente tímida.
— Supongo que será muy diferente si regreso a Londres como señora casada.
La boca de Elf se secó.
— ¿Es eso probable?
Lydia se sonrojó.
— Unos cuantos caballeros han expresado su admiración. — Pero se le escapó una mirada que traicionó a Fort.
El dolor que embargó el corazón de Elf dificultó su respiración. Había esperado encontrar en Lydia una guapa cabeza de chorlito poco digna de Fort pero era encantadora, inocente y sincera. Demasiado joven, de todos modos. Sin duda demasiado joven. ¿ En qué pensaban sus padres?
Cada vez que hablaba, sólo sentía un deseo sincero de ayudarla.
— No puede haber ninguna prisa, desde luego. Si yo fuera tú, disfrutaría de la soltería un poco más. Te lo aseguro, no te faltarán ofertas dentro de un año o dos.
Y Lydia se rió, con el mismo encanto que hacía todo lo demás.
— Eso es lo que dice mi madre. Pero después de lo que supliqué que me trajeran a Londres. ..Y. ..— Lydia volvió a echar una mirada a Fort, que parecía dedicar toda su atención a Chastity y a un caballero que acababa de unirse a ellos.
Estaba claro que había que hablarlo sin tapujos.
— Lord Walgrave es un hombre apuesto — dijo Elf.
— Sí, lo es. — Pero Lydia no hablaba como una muchacha enamorada. Era simplemente la constatación de un hecho.
— Y uno de los mejores partidos por aquí.
— Desde luego.
— Puede ser una compañía muy agradable.
— Oh, sí. Me toma el pelo y me hacer reír.
Elf quería echarse a llorar. Sólo brevemente en la bodega él le había tomado el pelo y, cuando pidieron ayuda a gritos acabaron riéndose,

pero bromear era una faceta de Fort que en realidad nunca había conocido.
No obstante parecía que con Lydia le salía deforma natural.
Sabía que tenía que sacar la bandera blanca, tenía que capitular y abandonar el campo de batalla. Esto era lo que quería para él, ¿no?, ¿alguien que pudiera hacerle disfrutar de las alegrías? Pero en su opinión, Lydia aún era demasiado joven para casarse, demasiado joven para saber lo que quería.
Sonrió a la muchacha que podría robarle al hombre que amaba y habló con toda la sinceridad que pudo.
— Permíteme darte un consejo, querida mía, aunque no me lo hayas pedido. Eres muy joven. No te lances precipitadamente al matrimonio por un motivo que no sea la devoción más profunda. Pero si tienes la impresión de que sientes devoción por lord Walgrave, acéptalo ahora. Dudo que el año que viene siga disponible.
Lydia la analizó, luego dijo:
— Gracias, lady Elf. Creo que es un consejo muy juicioso.
Elf tuvo la horrible sensación de que la muchacha entendía la situación demasiado bien. No, no era estúpida. Un tesoro, de hecho, y si Fort podía ganarla, ella debería desearle éxito.
Elf había hecho cuanto podía, y con la mejor de las intenciones, y por lo tanto se disculpó y se levantó para mezclarse con otros invitados, charlar con este grupo y con el otro. Todos ellos eran viejos amigos y conocidos y no le provocaban ninguna tensión.
La tensión provenía enteramente del hombre sentado a la sombra con un tesoro al alcance de su mano, listo para ser reclamado. Pero, la verdad, pensó, pese a sus intenciones caritativas, ¿podía él querer en serio compartir el lecho conyugal con una niña deliciosa?

¿Por qué, pensó Fort, había creído que podía casarse con alguien que no era más que una niña?
Oh, era hermosa hasta lo indecible, y lo llevaba con sumo encanto. Pero si se casaba con ella, no se creía capaz de tocarla durante años. E incluso aunque dejara pasar el tiempo, no podría imaginar disfrutar alguna vez con Lydia del tipo de pasión desenfrenada que había explorado con Elf Malloren.
Elf tenía buen aspecto. Tal vez estaba un poco menos animada de lo normal pero parecía más una cuestión de calma que un estado

alicaído. Él intentaba resistirse pero no podía evitar dirigirle miradas furtivas mientras caminaba charlando con tal persona u otra.
Llevaba un vestido de un estilo diferente, observó. No, no el estilo, el color. Un color más fuerte pero que le sentaba bien.
Luego tuvo que contener una risa.
Colores de avispa.
¡Pardiez!, Elf iba a acabar con él, si no tenía cuidado.
La había visto nada más entrar en el jardín, como movido por un sexto sentido. Se había vuelto rápidamente a Lydia y se concentró en ella como si fuera su única esperanza de salvación.
Y tal vez lo fuera.
Con qué naturalidad se desenvolvía en este mundo. ..Maldición, otra vez estaba mirando a Elf.
A diferencia de Lydia, quien parecía temerosa de apartarse de su lado.
Pero eso era injusto. Lydia estaba siendo amable con un inválido. Elf le llevaba ocho años y había sido educada por Rothgar para cumplir el papel de su anfitriona. Sabía desenvolverse en cualquier cosa. Lydia podría llegar a lo mismo con el tiempo.
¿O no ? Centró de nuevo su atención en la muchacha, quien hablaba con una joven amiga.
De pronto algo les hizo reír y se llevaron las manos a sus preciosas bocas.
Una niña.
Pero los niños crecen.
Elf había sido una niña también en su momento. Un diablillo, había oído. Tenía un hermano gemelo, al fin y al cabo, y por comentarios que había oído a Chastity, parecía que hermano y hermana habían compartido aventuras desde que nacieron.
Con ocho años, Cyn y Elf habían bajado por la hiedra del muro norte de Rothgar Abbey y habían recibido un castigo de Rothgar por aquella trastada. Estaba seguro de que Lydia nunca habría considerado un acto tan intrépido, y estaba igual de seguro de que sus alelados padres nunca habrían tenido que recurrir a una disciplina estricta.
Esto debería ser algo a su favor.
Recordó a «Lisette» contando cómo había usado su pistola. Sí, estaba convencido de que Elf Malloren sabía cargar y disparar una

pistola. Con la misma certeza, sabía que Lydia se horrorizaría ante la simple idea. Esto no tenía por qué ser importante. A su esposa nunca le haría falta defenderse ella sola.
No obstante, los contrastes entre ambas mujeres le inquietaban. Elf parecía una buena espada: acero flexible, lista para la acción, y potencialmente letal.
Lydia le hacía pensar en un cojín de seda: bonito, cómodo y listo para satisfacer toda necesidad.
Cualquier hombre en sus cabales preferiría el cojín a la espada.
— ¿No le gusta lady Elfled, milord? — La voz de Lydia requirió su atención.
La volvió a mirar.
— ¿Gustar? ¿Por qué pregunta?
— La estaba mirando con el ceño fruncido.
Walgrave forzó una sonrisa.
— Tal vez el sol me daba en los ojos. Lady Elf es hermana del marido de mi hermana. Somos familiares en cierto sentido.
Estaba claro que Lydia vio una evasiva en esta respuesta — le complacía descubrir que no era una estúpida— pero no insistió.
— Hemos mantenido una conversación encantadora.
— La conversación es una de las principales habilidades de lady Elf.
— Ojalá fuera una de las mías — dijo Lydia con una sonrisa desconsolada que cortaba la respiración.
Pardiez, era asombrosamente hermosa. No habría otra como ella en una década. ¿Por qué albergaba cualquier duda? Maduraría y podría enseñarle a ser más fuerte, enseñarle a ser más sarcástica, enseñarle a disfrutar haciendo el amor en todas sus formas...
— Usted es una compañía muy grata. — La tranquilizó y le cogió la mano para depositar un beso galante— . Una mujer parlanchina empuja a un hombre enseguida a la bebida.
Pensó en besarle los labios. La preciosa boca amplia, delicada, de Lydia debería de ser una tentación para él. Sin embargo, sólo podía pensar en que se escandalizaría, vacilaría y se estremecería, y que sería un fastidio terrible tener que persuadirla para que se relajara. Deseó tener suficiente movilidad como para llevar a la chica a un lugar apartado y poner a prueba su teoría.
¿Y qué si resultaba ser la clase de mujer que quería las luces apagadas, que sentía aversión a los experimentos íntimos ?
Se buscaría una querida. Era una solución aceptada.

Otra vez estaba mirando a Elf, recodando a Lisette. Maldición, deseaba que Lisette hubiera sido real. Incluso podría perdonarla por haberle arrancado las lágrimas, si al menos pudiera tenerla como amante. El problema sería que entonces no querría alejarse de ella para pasar el tiempo requerido con su encantadora y temblorosa esposa. ..

— Tengo la impresión de que le aburro.

Fort volvió su atención de nuevo a Lydia, temeroso de haberse ruborizado por su sentimiento de culpa.

— En absoluto.

No parecía herida, simplemente sincera.

— No sería ninguna sorpresa. Todavía soy muy joven, y lo que a mí me interesa, a usted no le importa.

— Que pareja tan encantadora.

Elf sonrió a la señora Dettingford, aunque pensaba que el movimiento de sus labios con toda seguridad parecería más bien un rictus.

— ¿Lord Walgrave y lady Lydia? — preguntó, pues ya había renunciado a intentar preguntar «¿quién?».

— Después de su tragedia — dijo la rolliza mujer de escasa edad— , sería muy conveniente que se llevara el premio del año.

— ¿Se refiere a la muerte de su padre?

— Por supuesto. Tan repentina. Qué pérdida para la nación.

— Ciertamente fue repentina.

— Y qué conmovedor que el hijo llevara luto riguroso durante tanto tiempo. Pero ahora vuelve a surgir de la sombra del dolor para reclamar su premIo.

Elf consideró la satisfacción que le produciría sufrir un arranque de cólera y volcar una gran fuente de fruta hecha puré sobre la cabeza de la señora Dettingford, pero la tonta mujer sólo era la más efusiva del grupo. En el fondo, todo el mundo se deleitaba con aquel romance: la principal belleza de Londres, ganada por el mejor y más joven partido. Quien además había sido herido convenientemente en algún acto misterioso pero sin duda heroico.

¿ Ninguno de ellos se daba cuenta de que Lydia no estaba lista para el matrimonio ? ¿ A nadie le despertaba dudas un «romance» repentino entre dos personas a las que antes ni siquiera se las había visto hablar juntas ?

Elf sabía, no obstante, que estaba siendo injusta. Sabía que Fort no tenía costumbre de asistir a este tipo de actos en los que podía conocer jóvenes tan tiernas. Sin duda no resultaba tan obvio para los demás. Los demás no habían estado obsesionados con aquel hombre durante meses.

Se escapó de la señora Dettingford y se unió a otro grupo, pero descubrió que también cotilleaban sobre el probable emparejamiento.

Finalmente decidió que ya había pasado bastante tiempo en la reunión al aire libre y que podía marcharse sin provocar comentarios. Recogió a Chastity, entretenida en una animada conversación con amigos, amigos que no parecían albergar dudas sobre el antiguo escándalo de Chastity, gracias a Dios.

— Oh, ahora he sido completamente restituida por el noble acto de Cyn — dijo Chastity mientras se acercaban hasta sus invitados para despedirse.

— Pero si nadie lo sabe.

— Elf, no te pega ser ingenua. A Cyn el monarca le concede un título de forma impetuosa. Fort ha sido herido. Se están inventando cientos de historias para explicarlo, a cada cual más aparatosa. Los dos son héroes. ¡Lo único que quiere Cyn es zarpar y escapar!

Elf soltó una risita.

— Cielos, he estado tan absorta en otros asuntos, que no estoy al día. Y, por supuesto, hoy todo el mundo quería hablar de la romántica cita del héroe.

Chastity puso una mueca.

.Aunque no sirva de nada, le he dicho a mi hermano que estaba haciendo el tonto por completo. — Luego recuperó la compostura con una sonrisa para dar las gracias a lord Coalport por su amable hospitalidad.

— Sí, bien, ha estado muy bien, lady Raymore, no voy a negarlo — miró a Fort y a Lydia rebosante de alegría— . Todo como cabía esperar.

Elf estaba hablando con lady Coalport, que entornó la vista levemente.

— Nuestra querida Lydia es la niña de sus ojos. Nuestra única hija, ya sabe.

— Es muy hermosa, y encantadora.

— Sí, la pobre niña ha recibido todos los dones divinos.

Elf no pudo contener una risita al oír aquel tono irónico. Ahora sabía de dónde venía el ingenio e inteligencia de Lydia. Con una madre así, estaba claro que no se le permitiría hacer algo precipitado.
Eso, no obstante, no significaba que no se llegara a un compromiso matrimonial, siempre y cuando se conviniera al menos un año o dos de espera.
Que así fuera.
Pero aún le quedaba una última cosa que hacer.
Aquella noche.

Fort disfrutó de la charla de Lydia una vez ella dejó de estar cohibida, pero cada vez se sentía menos inclinado a casarse con ella. Oh, tal vez dentro de un año o dos, pero si tenía que languidecer sin conversación durante años, sin duda haría alguna tontería.
Como si no estuviera haciendo tonterías en estos momentos.
Por el rabillo del ojo, vio a Elf reírse de algo que había dicho lady Coalport. ¿Cuándo se había reído ella por él? De repente, vio una imagen de ella en la cama, riéndose con él por algún juego extravagante.
Se excitó tanto que tuvo que bajar la vista para comprobar que su largo chaleco le cubriera con decencia.
Observó a Elf y Chastity mientras caminaban hasta la embarcación. Una vez se fueron, la tarde de pronto pareció mucho menos interesante.
Tonterías. Se concentró otra vez en Lydia, preguntándose por qué no podía sentir ninguna pasión por una criatura tan bella.
— ¿Sucede algo, milord?
Fingió un respingo.
— Empieza a dolerme un poco la pierna. Creo que debería llamar a mi carruaje y volver tranquilamente a casa.
Lydia se levantó en el acto.
— ¡Oh, por supuesto! Mandaré a un criado.
En cuestión de momentos regresó acompañada por sus padres y un lacayo. Walgrave se despidió y luego se dispuso a renquear por los jardines aguantando el tipo lo mejor posible hasta la carretera. Aunque el lacayo le acompañaba, Lydia también iba.
Eso levantaría comentarios. ¿ Estaban intentando forzar la petición de mano?

Para cuando consiguió llegar a la calzada donde estaban los carruajes, la pierna le dolía de verdad y deseó estar en casa en la cama.
¿ Qué loco impulso le había llevado a salir de casa tan pronto ?
Luego recordó su objetivo, y miró a Lydia North.
Le estaba mirando con preocupación sincera.
— Su coche todavía no ha llegado, milord, pero estoy segura de que no debería esperar de pie. Thomas, vaya a traer una silla para lord Walgrave.
El lacayo se fue a toda prisa y, por un breve momento, se quedaron a solas.
¿ Había preparado ella de forma deliberada este momento, con la esperanza de una declaración? A él tanto le daba organizar todos los detalles con el padre.
¿Qué quería?
¿ Qué debería querer ?
Su charla, y la noción de inteligencia y amabilidad que había encontrado en ella, le permitían plantear la pregunta.

Aquella noche, Elf había ido a la ópera y luego a una cena ofrecida por la duquesa de Derby.
Regresó a casa después de media noche y este era el motivo de que hubiera pedido a Hunot que estuviera en los establos de la residencia Malloren a la una en punto. Se reunió con él vestida con algunas prendas que había cogido furtivamente de la habitación de Cyn. Los pantalones le iban bastante ajustados en la cadera y flojos en la cintura, pero por lo demás se adaptaban bastante bien. Era unos centímetros más baja que su hermano gemelo pero aquello sólo quería decir que las mangas de la casaca colgarían un poco más sobre sus manos.
Hunot casi era invisible con su piel oscura en las sombras de los establos pero Elf alcanzó a ver que sacudía la cabeza.
— No engañará a nadie con buena luz, milady.
— No lo pretendo. Pero pensé que sería más seguro que me vistiera de hombre.
— Conmigo, podría andar por las calles en camisón y nadie la tocaría. Les gustan los juegos a ustedes los Malloren.
Elf le dedicó una mueca.

— Pues tal vez tengas razón. — Abrió la marcha hacia la calle más próxima— . No está lejos. Sólo pensé en ser prudente y llevar escolta.
— Prudente — — comentó él— , ajá.
Elf se rió entre dientes disfrutando del paseo por las oscuras calles, a salvo de caballeros envalentonados y rateros al acecho buscando una víctima.
Estaba completamente segura ya que además llevaba la pistola de Fort en el bolsillo. Un puñal enfundado abultaba el pantalón junto a la pistola, y otro estaba escondido en la bota derecha. Y tenía a Hunot, que podría ocuparse de un pequeño ejército con sus cuchillos y sus manos letales.
Aun así, no estaba del todo satisfecha, ya que le asustaba lo que estaba a punto de hacer.
Iba a liberar a Fort.
Tal vez ni siquiera le tenía atrapado pero, por si acaso, iba a darle la libertad.
Podría haberle visitado durante el día con Chastity como acompañante, pero él era capaz de volver a negarse a verla. Y, de cualquier modo, no podía imaginarse una charla sincera con él durante el día. No, la noche era su momento y ella tenía su pistola, una especie de excusa para una visita clandestina.
En Abingdon Street, evitaron la parte delantera de la residencia Walgrave y se dirigieron a la parte de atrás, buscando la entrada que Elf recordaba. Continuaba abierta, de modo que se introdujeron silenciosamente y cruzaron el jardín.
Como había esperado, la casa estaba en silencio. Fort, aún imposibilitado, se acostaría temprano, y los sirvientes aprovecharían la ocasión para poder descansar un poco. No obstante, no podía estar segura de que todos se hubieran metido en la cama, lo cual añadía un poco de emoción al momento.
Elf hizo una pausa para aspirar los aromas fragantes del jardín y para admitir que estaba disfrutando con esta última aventura. Era cierto, disfrutaba con la aventura. La excitación era como el vino: embriagador y liberador.
Sí, se parecía mucho a Cyn.
Hunot la estaba mirando, veía lo suficiente como para saber además que su protector estaba sonriendo.
— Dios ayude al hombre que se case con usted.

— Tal vez le ahorre ese problema. Quédese aquí, lo peor que puede suceder ahora es que me pongan de patitas en la calle. ¡Prepárese para recoger a una Malloren volando por los aires!

Hunot se rió mientras ella avanzaba sigilosamente hacia la casa.

Hacía una noche cálida, por ello confiaba en que hubiera algunas ventanas abiertas. Había esperado tener que trepar al tejado de los fregaderos pero allí mismo descubrió una pequeña ventana que habían dejado entreabierta.

Sus sirvientes necesitaban más disciplina, pensó, luego hizo una mueca en la dirección que le indicaba su mente.

La ventana se abrió un poco más sin crujidos y entró tranquilamente a través del fregadero de piedra. Pronto se encontró en la cocina ya conocida por ella.

La gran estancia estaba en silencio aunque, también esta vez, unas pocas figuras dormían enrolladas en mantas en el suelo. Con toda seguridad todos los demás criados estarían en la cama. Un suave maullido le hizo mirar hacia abajo, donde encontró al conocido gato oscuro. Se agachó para acariciarlo detrás de las orejas.

No se atrevió a hablar pero esperó que entendiera su disculpa por haberle utilizado para escapar, y su agradecimiento.

Al menos, cuando se levantó para cruzar la cocina, el minino no la siguió. Ni provocó nada más para evitar que ella se abriera camino entre los alojamientos de los criados y subiera las escaleras hasta el primer piso.

Desde ahí era fácil. Conocía el camino al dormitorio de Fort.

Con cautela, y con el corazón empezando a acelerarse, abrió suavemente la puerta a una habitación oscura como boca de lobo. Debía de estar durmiendo. Con cuidado recorrió el camino hasta la cama y tocó la superficie. Sus dedos se movieron sobre el lecho encontrando tan sólo una superficie lisa. ¡No estaba allí!

Irritada, descorrió las pesadas cortinas de la ventana para dejar entrar un destello de luz de luna. No sólo no estaba allí sino que no usaba esta habitación. No había agua preparada en el lavamanos, ni toallas colgadas del toallero.

Durante un horrible momento pensó que tal vez estuviera muerto, pero enseguida recuperó la calma. Ésta no era la casa de alguien que acababa de fallecer.

Pero entonces, ¿dónde diablos estaba? ¿Con una mujer?

Los celos ofrecieron esa sugerencia pero la razón la canceló de inmediato. Seguro que su estado no le permitía disfrutar de una mujer o recorrer la ciudad en busca de una.
De modo que se habría trasladado a otra habitación.
Elf se vio por casualidad en el espejo y se sorprendió de lo mucho que se parecía a su hermano con las ropas de él. Luego recordó otras imágenes en aquel espejo y se preguntó si Fort habría escapado de los recuerdos que encerraba esta habitación.
¿Escapar a dónde? Si hubiera previsto este problema, habría consultado a Chastity.
Pasó silenciosamente a la habitación contigua, pero tampoco estaba utilizada.
La planta baja.
Sacudió la cabeza y se rió de sí misma. Por supuesto, un hombre con una pierna herida no usaría las escaleras si podía evitarlo.
En cuestión de momentos se encontraba en el piso inferior, intentando recordar las exploraciones de la vez anterior, y escogió una habitación probable. Tomó una decisión y entró con determinación en el estudio.
Fort estaba echado en la cama, leyendo a la luz de la vela.

Se sobresaltó y medio se incorporó pero luego se relajó otra vez entre sus almohadones.
— ¿ Intenta matarme del susto ? Pensaba que era Cyn.
El corazón de Elf latía tan rápido que temió desfallecer.
— No parece sorprendido de verme.
Cerró el libro y lo dejó a un lado.
— Estoy sorprendido, pero con usted he acabado por esperar lo inesperado. ¿A qué debo el honor de esta visita?
Estaba comedidamente vestido con un camisón blanco y metido pulcramente en la estrecha cama. Pero llevaba suelto su pelo castaño y la luz reflejada por el candelero próximo a su cabeza le proporcionaba un aura dorada. Una oleada de amor y deseo invadió a Elf, amenazando con poner en peligro su misión.
Entonces advirtió la estructura que sostenía la ropa de cama apartada de su pierna y quiso ofrecerle sus cuidados.
— ¿Aún le duele la pierna?
— Con frecuencia. Pensaba que Chastity pasaba informes regulares.
— Regulares pero no detallados. Siento mucho que le dispararan.

— No creo que fuera responsable. ¿Lo fue?
— ¡Por supuesto que no!
— Con un Malloren, cualquier cosa es posible. — Lanzó aquel dicho familiar como un cuchillo. Como en los viejos tiempos. Disputando una vez más.
Elf sacó con cuidado la pistola y la dejó sobre el escritorio.
— Gracias. De todos modos, podría haberla enviado como envió otros objetos.
— Quería hablar con usted.
— Hoy hemos hablado.
— En privado.
Con un suspiro, hizo un gesto de impotencia con las manos.
— Aquí estoy, y tendría que aguijonearme fieramente para convencerme de que me moviera. De todos modos, diga lo que tenga que decir.
Elf se sentó en una silla, obligándose a no mostrar cuánto le dolían aquellas palabras. Había esperado esto, ¿no era cierto? Estaba claro que él no sentía la misma atracción irresistible por ella. Para él, simplemente era insistente. Sin duda, planeaba casarse con lady Lydia, y consideraba el hecho de que fuera una dulce inocente como un punto a favor más que un inconveniente.
Pues muy bien.
— Primero — — dijo— . Quiero disculparme por cualquier cosa que haya podido hacer para herirle.
— Aceptado.
— Segundo. — y entonces miró a los escritos, el abanico y el juguete en la mesita junto a la cama— . No le molestaré con más regalos.
Él también echó una ojeada a sus ofrendas.
— Ah. Han aliviado el tedio de la convalecencia. ¿ Por qué dejarlo ahora?
— Para que no tenga que ofrecerse a Lydia North como desquite.
Entonces volvió a mirarla a ella.
— ¿Piensa que soy un tipo frívolo, no es eso?
— ¡No!
— ¿No? ¿ Cree que malograría la vida de una muchacha encantadora para resarcirme de usted?
Elf sacudió la cabeza intentando desesperadamente comprender.
— No, no la malograría. Sería un esposo maravilloso para ella.
— ¿Has concebido un hijo?

La pregunta la cogió por sorpresa, aunque tenía planeado decírselo. Sabía que estaba sonrojada cuando contestó.
— No.
Él se recostó, mirándola desde debajo de unos párpados tan cerrados que impedían con eficacia toda interpretación.
— Tuvo suerte, entonces.
— Sí, mucha.
Si él lo quería así, ella también podía jugar. Cruzó las piernas como haría su hermano.
— De modo que, ¿ no tiene intención de casarse con Lydia ?
— No, en el futuro más próximo. — Se encogió de hombros— . El año que viene o el año próximo, ¿quién sabe? Es una joven deliciosa.
— Pero joven.
— ¡Desista! — Con un tono completamente diferente, añadió— : Hoy la he besado.
Elf contuvo la desesperación.
— ¿ Y escapó sin comprometerse? ¡Qué milagro!
— Estoy seguro de que a usted la han besado muchas veces y aún así ha escapado al cautiverio.
— Pero, claro, a pesar de la ropa, no soy un hombre.
— Y esos asuntos son mucho más arriesgados para nosotros. Injusto, de verdad, ¿no le parece?
Intercambiaron una sonrisa que Elf no pudo interpretar pero que apreció. Habían pasado a hablar como amigos, o incluso como ella podría hablar con Cyn, algo que nunca antes había experimentado con Fort.
— Nos dejaron a solas por unos momentos y quise besarla. Ya había descubierto anteriormente que algunas damas muy dignas pueden ser una sorpresa en estas cuestiones.
Elf tragó saliva pues sabía que se estaba sonrojando.
— Y resultó que también estaba ansiosa por experimentar. Empecé con gran suavidad, por supuesto, pero ante su insistencia, me atreví un poco más. No puso reparos pero enseguida retrocedió.
— ¿No le gustó?
— Su asombro es halagador. No quedó claro pero sí dijo que pensaba que esperaría antes de permitir a otros hombres esas libertades.

— Un día, será una esposa verdaderamente notable para algún hombre. — Elf no pretendía que ese «un día» sonara interrogante, pero así fue.
Él la miró sin ningún artificio.
— Elf, no sé. No sé nada. Me siento tan inmaduro como un bebé.
Aquello resultaba de una insatisfacción atroz, pero era sincero, de modo que ella se levantó, alisándose la casaca de hombre.
— Y yo le aguijoneo cuando está indefenso sin poder vengarse. — Había venido a liberarlo y ahora debía hacerlo— . ¿ Le ha contado Chastity que me he hecho cargo de parte de los negocios familiares?
— ¿ Una finca? — alzó las cejas con sorpresa.
— No, parte de nuestros intereses industriales.
— No sabía que los Malloren tuvieran otros intereses aparte de hacer que mi vida fuera una miseria.
Elf le miró fijamente.
— Qué extraño. Pero no hacemos propaganda, supongo. Sí, estamos muy involucrados en muchos asuntos relacionados con la industria y el comercio. Yo me ocupo de tejidos de todo tipo. He empezado por la seda...
U n poco después se detuvo.
— Oh, vaya, i ya estoy charlando como una simplona!
Los labios de él esbozaron una sonrisa.
— Como una Elf. Me alegro de que disfrute con todo este trabajo.
— Bien, la verdad es que sí. — Algo en la actitud de él hizo que Elf se ruborizara y empezara a manosear el puño de la casaca. Se obligó a relajarse y le explicó todo el asunto.
— Veo con cierta claridad que mi interés por los negocios me convierte en una dama aún menos perfecta. Igual que mi habilidad lanzando puñales. — Sacó el que llevaba en la bota— . Sostenga uno de mis poemas contra la pared.
Después de una mínima vacilación, cogió el rollo de papel rosa y lo extendió con su brazo estirado.
— Tenga en cuenta que ya tengo un miembro herido.
— Al menos no sugiere que puedo matarle por error a esta distancia.
— Estaba loca de remate, pensó Elf, pero entonces no podía retroceder. Sería como renunciar a un objetivo. Lanzó el puñal, rogando para que su mano estuviera firme, y se quedó clavado en la pared atravesando el papel.
— ¡Gracias a Dios! — — exclamó ella.

Fort soltó el papel.
— Si hubiera sabido que dudaba tanto de su destreza. ..
E intercambiaron una sonrisa. No una sonrisa de amantes, algo más.
— ¿ Amigos ? — — :dijo.
Ella asintió, conteniendo las lágrimas. Saboreó este precioso momento pero sabía que tal vez fuera el final de otras cosas. Casi le preguntó si los amigos podrían disfrutar alguna vez de una relación física, tal vez sólo como diversión, pero se detuvo. Para ella nunca podría ser sólo diversión, le rompería el corazón.
Y probablemente dentro de un año o dos se casaría con lady Lydia.
Se acercó y retiró el puñal de la pared, volviendo a introducirlo en la bota.
— Parece que hemos vuelto al punto de partida — dijo él.
— Excepto que ahora yo llevo los pantalones y usted la túnica.
— ¿ Tal vez entonces estemos a medio camino y quede algo por delante?
Elf le miró.
— Yo tampoco sé.
Yeso fue una extraña aceptación. Había estado tan convencida de que le deseaba, que se pertenecían el uno al otro.
Entonces se sintió convencida también de que podía dejarle ir.
Ahora ya no estaba segura de nada.
Él le tendió una mano.
— Bésame, Elf. El conde de Walgrave nunca ha sido besado por lady Elfled Malloren.
Ella se sentó en el borde de la estrecha cama.
— Y tampoco ahora. Aún llevo una especie de disfraz.
— ¿Qué es real, qué es disfraz?
Elf le miró mientras se reclinaba en sus almohadas inmaculadas con un anticuado camisón blanco, el pelo ondulado suelto sobre los hombros.
Soltó una risita.
— ¿De qué se trata ahora? — le preguntó con resignación pero con humor en los ojos.
— Sólo que, conmigo aquí con atuendo masculino, estoy segura de que esto parece una de esas imágenes escandalosas del pretendiente amoroso a punto de cautivar a la doncella temblorosa.
Él pestañeó.

— Estoy a punto de gritar, señor, pero tal vez permita un beso.
— Si grita, probablemente me obliguen a casarme con usted.
Era cierto. Nunca se habían besado de esta forma, con sinceridad y sin premura. Apoyándose en un brazo, le pasó la otra mano por el pelo, explorando la textura sedosa, rizada, mientras disfrutaba de la suave firmeza de sus labios y el sabor familiar de su boca.
La mano de él le acarició el cuello, atrayéndola con delicadeza mientras profundizaba, mientras su lengua acogía la de ella para jugar.
Elf casi se desploma encima de él pero se obligó a detenerse. Aunque hubiera querido, aunque él hubiera estado en condiciones, éste no era el momento. Retrocedió, se enderezó y se puso en pie para dedicarle una reclinación formal.
— Au revoir, monsieur le compte.
Con aquello, Elf se volvió y se fue antes de que la debilidad la obligara a quedarse.

CAPITULO 20

La caja llegó justo antes de Navidad.

Elf se encontraba en medio de los preparativos de última hora para la gran fiesta de disfraces de Navidad que siempre celebraban en Rothgar Abbey a mediados de diciembre. Criados y familia habían pasado el día al aire libre recogiendo follaje tradicional navideño. Ahora estaban transformando la gran casa con todo aquello, creando un bosque interior: un bosque entretejido con cintas escarlata y oro y ramas de muérdago colgantes.

Los criados empezaron a cantar espontáneamente villancicos tradicionales y vio que algunos de los más jóvenes se llevaban frutos secos y naranjas. En un día así les estaba permitido.

Elf dejó la caja a un lado por un momento y dio instrucciones a las doncellas que colgaban las nueces doradas entre el muérdago colocado sobre la escalinata.

Un chillido la alertó, y se volvió para ver a Portia, con su hijo de cinco años apoyado en la cadera. La pelirroja Portia era delgada y menuda, y su hijo estaba creciendo tan saludable que parecía casi excesivo que ella cargara con él. Pese al hecho de que Elf sabía que Portia era mucho más fuerte de lo que parecía, ofreció sus brazos para coger al niño. Recibió una brillante sonrisa tanto de la madre como del pequeño Francis. Llevó por el vestíbulo al niño encandilado, indicándole los ornamentos dorados y las cintas escarlatas.

— Elf — dijo Portia— , este paquete es de Fort.

Elf se volvió lentamente. Había aprendido a alejarlo de su mente, pensó.

Pero entonces, de inmediato, su corazón se aceleró.

Poco tiempo después de su último encuentro, él se había retirado a Walgrave Towers, en Dorset. Al mismo tiempo, Cyn y Chastity finalmente habían partido hacia Portsmouth y, poco después, habían zarpado. Ya llevaban meses en Nueva Escocia. Su primera carta había sido muy entusiasta, pese a que Cyn estaba molesto por haberse enterado a mitad de trayecto de que su esposa esperaba un hijo y se lo había ocultado.

El dolor reavivado que le provocaba la despedida de Cyn había sido mitigado por el tiempo pasado en Candleford y el nacimiento del hijo de Portia y Bryght.

En cierto momento, no obstante, empezó a comprender que echaba de menos a Fort más de lo que echaba de menos a Cyn.

Era una señal nefasta de que Fort no había hecho ningún esfuerzo por entrar en contacto con ella.

Una vez Chastity se hubo marchado, a Elf le llegaban pocas noticias del conde de Walgrave. Ya había abandonado su residencia campestre con rumbo a Italia cuando ella se enteró del viaje.

No debería haber importado que se encontrara a cien kilómetros o a quinientos, pero así era. Le había resultado difícil mantener su actitud alegre pero, puesto que quería que su familia estuviera segura de que era por completo feliz, lo había conseguido.

Y era feliz, más o menos.

Sus días estaban llenos de actividades de las que disfrutaba, incluida una cierta vida social con amigos y familiares. Era una tía devota y preocupada. El primero de los talleres de seda en Spitalfields se había establecido en Norwich, y el negocio prosperaba allí.

Justo la semana pasada había viajado a Londres para celebrar una de las primeras fiestas navideñas en el hospicio Príncipe Jorge, cerca del muelle de Harrison. Dibby Cutlow se encargaba de los otros siete huéspedes ancianos, considerando el lugar virtualmente como su propio establecimiento.

El rey les había permitido amablemente bautizar el centro de beneficencia con el nombre de su hijo recién nacido. En aquellos días, aceptaba con alegría todo lo relacionado con los Malloren. Le había encantado enterarse de que el hijo de Portia y Bryght había nacido el mismo día que el suyo. Ya hablaba de que los dos serían compañeros dentro de unos años: una insinuación que no atraía lo más mínimo a Portia y a Bryght.

A Bryght incluso se le había oído murmurar que la mano de Rothgar estaba detrás de aquello.

Rothgar simplemente había comentado que si no les gustaba la situación, deberían haber planeado con mayor previsión.

Fuera accidente o previsión, Bute y Grenville competían abiertamente por el poder y por las simpatías del rey. Esto hacía que Jorge fuera cada vez más devoto del poco exigente marqués de

Rothgar. De hecho, el rey se encontraba aquí en Rothgar Abbey, junto con su esposa, hijo y séquito, esperando con ilusión el baile de disfraces.
Aún quedaba mucho por hacer pero Elf fue a devolver a Francis a su madre para poder mirar la caja.
Sintió una extraña actitud reacia a abrirla. Había encontrado una especie de equilibrio y no estaba segura de que pudiera permitirse alguna alteración del mismo. Pero pidió un par de tijeras a una doncella y cortó el cordel. Al retirar la tapa, encontró colores escarlata y oro.
— Oh, es un disfraz — dijo Portia— . Llamativo, por no decir algo peor.
— Y poco apropiado. Ya sabes que esta noche tenemos que estar a la altura de las circunstancias.
— Puedes vestirte de prostituta de Covent Garden.
Elf se sonrojó y tapó aquello, preguntándose cómo le podía haber parecido atractivo en algún momento. Aún más importante, ¿por qué se lo había enviado ? Elf había dado por sentado que había acabado en la basura.
— Supongo que esto quiere decir que Fort ha regresado — dijo Portia, provocando de nuevo que el corazón de Elf se acelerara. No había pensado en eso— . ¿Le habéis mandado una invitación?
— Estoy segura de que así habrá sido, de hecho... — Entonces el corazón de Elf vaciló al borde del pánico. Sin duda él no vendría.
¿Por qué no?
Tal vez quisiera venir.
Oh, no. Dejó la idea a un lado. Esperanzas y sueños disparatados y demasiado dolorosos.
— Si viene, viene — dijo con viveza, pues sabía que si esta noche aparecía un monje vestido de oscuro, lo más probable es que ella se desmayara.
Elf subió la caja a sus habitaciones y llamó a Chantal. Cuando llegó la doncella, Elf le entregó el paquete y disfrutó bastante con el grito de horror que soltó al abrirlo.
— ¡Milady. ..no, por favor!
— Definitivamente, no. Pero no lo tires, Chantal. Me trae recuerdos.
Luego, Elf se volvió a mirar el traje que había preparado para aquella noche. Capas de seda casi translúcida creaban remolinos marrones y amarillos, formando un vestido suelto que podía

llevarse sin aros ni corsé y con cierto atrevimiento. Una especie de arnés sobre sus hombros iba incluido en el traje para sostener las alas diáfanas.
Su máscara también era amarilla y marrón, e incluía delicadas antenas doradas.

La noche del baile de disfraces no se celebraba una cena formal, sin embargo Elf y los demás Malloren que residían en la abadía —Portia, Bryght, Brand y Rothgar— estaban invitados a cenar previamente con el rey y la reina y los asistentes de más alto rango. El inoportuno honor exigía un especial grande toilette para la ocasión. Elf asistió con inmensos aros que sostenían seda azul oscuro y un montón de bordados y encajes de plata.
Era un alivio que esta noche no tuviera que charlar para superar momentos difíciles ya que su mente casi estaba aturdida por el pánico. De todos modos, el rey y la reina, que por naturaleza normalmente no eran locuaces, querían hablar de niños. A Portia y Bryght les apetecía seguir la conversación. Incluso lograron hacerlo sin dar a entender que su hijo era incluso más guapo y listo que el príncipe Jorge.
Elf estaba sentada, entre lord Hardwicke y lady Charlotte Finch, relativamente cómoda pese a que apenas fue capaz de digerir un solo bocado de comida. ¿ Vendría?
¿Qué se pondría?
¿Era un mensaje el vestido? ¿Debería ponérselo?
No. Fuera cual fuera su intención, no se lo pondría. Eso pertenecía a otra vida.
Pero ¿era Lisette el único aspecto de Elf Malloren que de verdad le interesaba?
En cuanto acabó el acto, se apresuró a ponerse el disfraz de avispa. Parte de la premura era práctica ya que debía estar disponible para ocuparse de cualquier problema de última hora. Sobre todo, sentía que cuanto antes se vistiera, antes empezaría la fiesta y antes conocería su destino.
Vestido, corsé, aro y tocado desaparecieron rápidamente. Elf miró en el espejo su forma sin disfraz cubierta únicamente por la camisa de seda blanca y experimentó una repentina visión deslumbrante de otro espejo.

Cuando Chantal apareció vestida de oscuro detrás de ella, Elf casi da un grito del susto.
— ¡Milady! ¿Qué le pasa?
Elf se llevó una mano a su pecho inestable.
— Sólo excitación. No preguntes por qué pero tengo los nervios de punta. Venga, vamos a ocuparnos de que quede lista para aguijonear.
Descartó la camisa blanca y se puso una de seda color carne. El arnés de alas era lo siguiente, y quedó afianzado sobre sus hombros. Luego la delicada seda se deslizó por encima. La habían teñido siguiendo sus órdenes, no precisamente en anillos amarillos y marrones sino en un diseño remolineante. La falda flotaba en un extremo irregular sobre sus pantorrillas desnudas, y como calzado, vestía sencillas sandalias de diseño griego.
Se había probado antes el vestido pero, ahora, con Fort en mente, le pareció que era demasiado atrevido. Ninguna dama exponía en público su figura, en un estado tan próximo al natural. Incluso la fulana más desvergonzada lleva corsé y aros.
Se pasó las manos con indecisión por la cintura y las caderas. Sus pechos eran tan impúdicamente redondos. Podía apreciarse la forma de los pezones.
— ¿Qué te parece, Chantal?
Los ojos de la doncella se abrieron llenos de sorpresa.
— Pero, milady, ¡es mágico! Todo el mundo estará cautivado.
— ¿No te parece... atrevido?
La doncella le obligó a darse la vuelta y dejar de mirarse en el espejo.
— En absoluto. Habrá otros ahí con trajes de estilo clásico o disfrazados de personajes ficticios. Venga, siéntese, y le pondré las alas y el tocado.
Al recordar a la dama de Vauxhall, la que iba vestida de Titania y tenía problemas con las alas, Elf había consultado a gente del teatro de Frury Lane para su diseño. Deseaba estar cómoda. Chantal sujetó al arnés las formas centelleantes de gasa finísima y alambres. Elf no notó ningún peso adicional y, cuando se levantó, apenas fue consciente de las alas. Ni siquiera unos pasos de baile las hicieron fluctuar o soltarse.
— ¡Excelente! — declaró y se arriesgó a echar otra mirada al espejo. Eran de verdad unas alas excelentes: perceptibles, bonitas pero no

tan grandes como para resultar un inconveniente. Se negó a estudiar más cosas del traje.
— ¡Siéntese, milady! — ordenó Chantal— . Tenemos que centrarnos en la cabeza ahora.
Una vez más, la máscara cubrió la mitad del rostro de Elf, aunque en esta ocasión iba sujeta a un tocado dorado de filigrana que incluía las antenas. Cuando volvió a mirarse al espejo, sonrió. Era un disfraz verdaderamente maravilloso. La máscara, que también había sido confeccionada en el teatro, tenía unos grandes ojos oscuros, como los de un insecto. Con las antenas y las alas, el efecto del conjunto — aunque prodigiosamente ilusorio— insinuaba sin duda una avispa.
Y, de pronto, se puso rígida. Esto, incluida la manera en que revelaba su cuerpo, era una parte importante de Elfled Malloren, una parte que no quería negar.
— C'est bien — dijo quedamente.
— Bien súr, milady — dijo Chantal.

Por supuesto, todo estaba perfectamente listo.
Elf fue paseando con desasosiego por la sucesión de recibidores y antesalas desiertas y entró en el gran salón de baile del que colgaban cintas y follaje. Se había reducido el número de velas en los candelabros para conferir cierto misterio al lugar, pero había un rincón que estaba perfectamente iluminado. El rincón en el que se encontraba el nuevo autómata.
Muy diferente del catastrófico mecanismo anterior, éste era un árbol plateado con brillantes hojas esmaltadas. En cada una de las ramas había diminutos pájaros plumados. En la base, apoyado en el tronco, un pastor y una pastora estaban sentados con las mejillas pegadas.
Elf encontró el contacto y lo puso en movimiento, llenando el aire de cantos de pájaros. Todos los pájaros se movían, algunos sólo para volver la cabeza, pero otros pocos para extender y agitar las alas. Luego el pastor y la pastora cobraron vida. La mano de él se levantó para apoyarla en el hombro de su acompañante y ambas cabezas se volvieron tocándose los labios suavemente.
Luego volvieron lentamente a su posición original y todo el mecanismo volvió a quedarse en silencio.

— ¿ Cree que alguna vez maldecirán al creador que les concedió una vida tan corta?
Elf se dio media vuelta y encontró a Fort detrás de ella. Por un momento le pareció casi distante, pero luego esbozó una sonrisa que se amplió hasta que estuvo controlada. Después bajó los párpados con disimulo.
Elf le estudió ansiosamente, con el corazón acelerado. Esta noche no era un monje. ¿Querría esto decir algo ? Pero sí iba de negro, el negro elegante y suntuoso de un caballero del Renacimiento, con bombachos de satén y adornado de colgantes de azabache.
¿ Cómo debería interpretarlo ?
— Un asesino. — Hizo la prueba, aunque quería decir mucho más, pero sin estar segura de por dónde empezar.
— En absoluto. — Rebuscó en sus pantalones y sacó una pequeña calavera.
— El siniestro danés. — Sus ojos centellearon con una malicia maravillosa y ella se mordió el labio risueña, con una alegría en la que todavía no podía confiar.
— Espero que no vea a Rothgar como su perverso tío.
— Mejor que el quisquilloso Laertes o el sentencioso Polonio. — La mirada de él la estudió de forma breve pero evaluadora— . Me encanta comprobar que no se ha metido en un convento, Vespa.
— Sólo para las buenas obras.
Sintiendo la necesidad de moverse, Elf se alejó del autómata y por un momento avistó a Portia — vestida de bondadosa reina Bess (4)— asomándose ansiosa por detrás de la puerta. Portia desapareció apresuradamente y Elf oyó una risa masculina. Sin duda, Bryght tomaba el pelo a su mujer por preocuparse.
¿ Estaban todos ahí fuera, todos sus protectores, asegurándose de que Fort no la asesinara?
Elf le cogió de la mano y, con mirada de complicidad le llevó detrás de una pantalla de ramas de pino. Ocultaba una puerta lateral. Le llevó a él a través de ella y por un pasillo.
Mientras los atareados sirvientes se hacían a un lado para dejarles pasar, él dijo:
— ¿Puedo hacer alguna pregunta?
— Sólo una.
Se habían detenido a los pies de una estrecha escalera de servicio.
— ¿Eres feliz?

4. Isabel I. (N. de la t.)

Elf se volvió. ¿Qué respuesta debería dar? Si decía que sí, podría suponer que no quería cambiar su situación, que no le quería. Pero a estas altura, sólo podía ser sincera.
— Sí. En general, lo soy.
Luego tiró de él escaleras arriba.
Una vez arriba, Elf abrió la puerta que daba al pasillo que llevaba a sus habitaciones.
— ¿ A dónde vamos ?
— Una sola pregunta, ¿ recuerdas ?
— Es que me he dejado el espadín en casa y estoy en la guarida de los Malloren.
— Al menos Cyn está a un océano de distancia. — Abrió la puerta de su dormitorio.
— Lo cual agradezco sinceramente. — Él cerró la puerta pero se quedó allí apoyado— . No he venido aquí a seducirte, Elf.
Dolió, de modo que ella devolvió el golpe.
— No espero eso de ti. Ya tuvimos suficiente sordidez en los muelles, ¿no es así?
Él cerró los ojos.
— Ya veo que aún tengo mucho que enmendar.
¡Oh, Dios, su lengua irrefrenable! Le cogió la mano:
— ¡No! Sólo es que me encuentro un poco alterada por los nervios. No me prestes atención.
Fort sonrió.
— Imposible. No es posible no hacer caso a este disfraz. Nunca antes pensé que los insectos fueran tan eróticos.
Contenta de que la máscara le ocultara sus ardientes mejillas, Elf le miro a su vez.
— Tu traje permite disfrutar de una buena visión de tus piernas... jCaray!
Finalmente se fijó en la bragadura al uso de la época. Con un discreto encaje negro, la luz mortecina del salón de baile no la había destacado de sus pantalones de terciopelo. Ahora, el alargado bulto con forma de cuerno atrapo su atencion.
— Nuestros antecesores eran una pandilla de presumidos, ¿no? — comentó, y su pequeña máscara sí que reveló entonces un rubor en

sus mejillas— . De hecho, es bastante útil. Por ejemplo, disimula la grande y dura erección que me provoca sólo mirarte. Los pantalones de satén a veces pueden ser muy comprometidos.
— Pero reveladores. — Le miró resueltamente— . Te he echado de menos. Lo que pasa es que... que no estoy segura de quién ha vuelto.
Fort le cogió la mano y la besó.
— Un hombre mejor, creo. Pero sí, lo tienes que descubrir por ti misma. ¿Excluye eso algún que otro beso?
Ella sacudió la cabeza.
— Eso se puede permitir a cualquier caballero.
— ¿ De veras ? Pienso que es muy desprendida en sus favores, milady. — Pero no hablaba en serio, y silenció cualquier posible réplica con sus labios.
Elf se relajó en aquel abrazo, deleitándose con un beso como el último que se habían dado — cariñoso y amistoso— pero experimentando de nuevo aquel acceso de deseo que se apoderaba de ella cada vez que estaba con este hombre.
Las manos de él juguetearon inquietas sobre el vestido de seda.
— Es una mala pasada aguijonear a un hombre de esta forma, Vespa. Especialmente a uno que ha sido célibe demasiado tiempo... — Deslizó sus manos por las costillas de Elf y ambos pulgares tocaron ligeramente sus pezones cubiertos tan sólo por delgadas capas de delicado tejido.
Elf se puso rígida por la fuerte sacudida de deseo y le tendió los brazos. Pero él se detuvo y la estrechó con dulzura.
— No. Sabemos que podemos volvernos locos de deseo con nuestros cuerpos. Tenemos que hablar de otras cosas.
Sonaba ominoso. ¿ Había venido sólo para atar cabos sueltos antes de dedicarse a Lydia ?
Antes de tener oportunidad de hablar, él añadió:
— Con toda honestidad. Como nosotros. Quienesquiera que seamos.
Entonces ella le entendió.
— ¿ Quieres que nos veamos sin disfraces ?
— Sí. Pese a lo hermosa que estás como Vespa, lo excitante que eres como Lisette, y lo encantadora que eres como hombre, cuando hablemos de cosas serias, quiero que seamos nosotros.
— ¿Desnudos en una bodega? — Estaba dispuesta si él lo quería así. Desde luego, sus palabras daban pie a la esperanza.
Fort se rió sacudiendo la cabeza.

— Nunca he decidido si eso era la verdad definitiva o sólo otra ilusión. No, presumiblemente vamos a vivir nuestras vidas como lord y lady, como Elf y Fort.
— Nunca nos hemos encontrado así, ¿no es cierto? Éramos Malloren y Ware.
Dejó a un lado su delirio para considerar todo aquello. Él tenía razón. Había más en la vida que juegos y lujuria. Necesitaban hablar.
— ¿ Cuándo ?
— ¿Qué mejor que al amanecer?
— ¿A veinte pasos?
El humor arrugó sus ojos.
— Tendremos que gritar. Puedes escoger armas, de todos modos, siempre que no sean cuchillos.
— Cierto.
Fort asintió.
— ¿ y el lugar ?
— Aquí, por supuesto.
— Formidable, desde luego. Depende de ti defenderme de cualquier Malloren alborotado. Y acudir en segundos.
Salió sigilosamente de la habitación y Elf se sentó pesadamente. Había vuelto y, pensó, estaba curado. Era capaz de reírse y disfrutar de las alegrías.
Pero, ¿sería con ella?

El baile de disfraces fue un gran éxito. El rey y la reina, presumiblemente adrede, iban vestidos Como el pastor y la pastora situados bajo el árbol mecánico. Cuando se lo ofrecieron formalmente a Jorge como regalo de Navidad, aplaudió con deleite, luego mantuvo ocupados toda la noche a los muchachos encargados de darle cuerda.
Fort aparentemente se había marchado, algo por lo que Elf dio las gracias. Le habría encantado bailar con él pero tenía bastantes problemas para mantener su mente atenta a cuestiones más prácticas. Sólo quería que se acabara el acto y llegara el amanecer. Si hubiera podido dar cuerda a la tierra y el sol en su girar, como si fueran juguetes mecánicos, para que fueran más rápido, lo habría hecho.

Estaba contenta de que Amanda estuviera allí junto a Stephen, ya que Amanda y Portia eran las únicas dos personas que en su opinión podían empezar a entender sus sentimientos. No obstante, ni siquiera Amanda ni Portia podían imaginar qué tenía Fort en mente.

A media noche, las máscaras se retiraron y los disfraces fueron admirados con atención por unos cuantos invitados. Las alas de Elf fueron muy comentadas. Deseó poder usarlas para atravesar el tiempo volando.

A las dos de la mañana, cuando la gente empezaba a marcharse o buscaba sus camas, lord Ferron le pidió su mano. Al menos, esta vez no llevaba puesta la toga sino un disfraz de Arlequín que le tapaba un poco más. Elf le rechazó con amabilidad, preguntándose si luego lo lamentaría.

Si Fort pretendía acabar con sus esperanzas, tal vez con el tiempo quisiera un substituto inferior. Había descubierto que deseaba con ansia un marido y niños...

Pero no. No sería justo casarse si su corazón estaba con otro. Tal vez con el tiempo se olvidara y fuera capaz de entregar todo su corazón a otro hombre.

Elf se enfrascó en la tarea de poner orden una vez finalizado el acto.

Comprobó que hubiera coches para los invitados que vivían en las cercanías, y que todos dispusieran de ladrillos calientes para no pasar frío. Encontró capas, abrigos y bastones descuidados y un collar de perlas roto. Se topó con unos pocos caballeros por rincones, quienes habían bebido más de la cuenta, y se encargó de que se recuperaran. Detectó bebidas derramadas y otros daños que precisaban una rápida atención e hizo que los sirvientes se ocuparan de todo.

Pese a que tendría que estar cada vez más cansada pensaba que aquella noche no podría dormir.

Se encontró en algunas ocasiones con Rothgar atareado con actividades similares, asegurándose de que el acto concluía con armonía, igual que había empezado. Finalmente, cuando la fatiga se hizo notar y el lugar quedó en paz, la llevó hasta su estudio —una de las pocas habitaciones que habían mantenido cerradas durante el baile— y sirvió vino para los dos.

Levantó su copa.

— Magnífico como siempre, Elf. Ella se sumó al brindis.
— Un auténtico esfuerzo Malloren. Y el rey parecía muy complacido con el regalo.
— Tanto que ha ordenado que lo suban a su habitación, parece ser. ¿Conseguirá dormir algo esta noche la pobre reina?
— Probablemente no — dijo con una mueca— . Oí decir a su majestad que esta noche tenía intención de ir más allá que el pastor.
— Una lección para los muchachos encargados de la cuerda, eso seguro.
— ¡Bey! ¡No digas barbaridades!
— Los monarcas son criaturas extrañas — pero sonreía— . No te preocupes. Mandé a los muchachos a dormir hace horas y dejé a un par de mozos de mediana edad, de las caballerizas, en su lugar. Aunque Jorge quiera reclamar sus derechos maritales con el sonido de pájaros cantarines, no escandalizará a esas dos pobres criaturas.
Parecía que el marqués no iba a mencionarlo, de modo que lo hizo ella:
— Fort anda por aquí.
— Eso he oído.
— Parece que ha mejorado.
— Estoy encantado.
— Voy a reunirme con él al amanecer.
Rothgar hizo una pausa para dar un sorbo al vino.
— Preferiría no tener otro conde de Walgrave muerto aquí durante un baile de disfraces.
— ¡No vamos a batirnos en duelo! — dijo Elf con una risa— . O al menos, no con armas.
— Casi cualquier cosa puede ser un arma, querida mía. Intenta no abrir viejas heridas.
Elf dio media vuelta para dejar sobre la mesa una copa medio llena.
— Bey, no sé qué quiere. Su ambigüedad fue exasperante.
— ¿ Sabes lo que tú quieres ?
Se volvió para mirarle de frente:
— Oh, sí. Le quiero, con desesperación. Con todo el significado de la palabra. Pero sólo si soy capaz de hacerle feliz. — Se frotó las manos sobre la seda de avispa con cierto nerviosismo— . Supongo que debería quitarme este disfraz para que Chantal pueda irse a dormir. Quiere que nos encontremos con ropa normal.
— Me sorprende su sensatez. Bon chance, querida mía.

Elf se detuvo en la puerta y se volvió para mirar a su hermano:
— Bey, ¿por una vez serás franco en algo? ¿Qué piensas de esto?
— ¿Yo? Reconozco que los asuntos del corazón son un terreno que no puedo controlar. Pero si Walgrave quiere casarse contigo, y ambos podéis ser felices en ese estado, me sentiré complacido. Le hicimos daño, y sería justo hacerle algún bien.
— Creo que se adaptará a los Malloren muy bien.
— Oh, sí. Eso es lo que le hacía tan peligroso.
Mientras Elf abría la puerta, su hermano añadió:
— Si va a convertirse en parte de la familia, intenta que se ocupe de la división del vino y los licores.
Elf aún se reía cuando corrió escaleras arriba a su habitación.

CAPITULO 21

Elf condujo hasta el desconcierto a una fatigada Chantal, mientras intentaban escoger la clase de atuendo más acertada para su crucial encuentro. ¿Qué representaba la verdadera lady Elfled Malloren?
Sintió la tentación de volver a ponerse los vestidos seguros que le quedaban, los pálidos y pasteles con bonitos estampados de pequeño tamaño. Al menos eran seguros, y tal vez así la consideraba Fort. Al fin y al cabo, aparte de aquel encuentro en la villa de lord Coalport, nunca la había visto con su nuevo vestuario.
Sus nuevas ropas, no obstante, iban más acordes con su personalidad. Pero no podía ponerse un vestido fastuoso. Eso no sería apropiado y aparte resultaría innecesariamente incómodo durante las horas de espera.
— ¡Milady! ¿Por qué no se quiere poner su ropa de dormir?
— No me preguntes, Chantal, tengo mis motivos.
El ámbar otra vez, no. No quería parecer insistente.
¿El crema con el diseño negro y oro?
¿ El estampado rojo oscuro ?
¿ El azul claro con el simple ribete de flores bordadas ?

Al final se decidió por las rayas verdes y cremas. Tenía un corte bastante sencillo con un corpiño cerrado pero con falda abierta sobre unas enaguas con hojas verdes cosidas que hacían el papel de aros. Era el tipo de cosa que se pondría para un día normal, y el verde, decían, era el color de la esperanza.

Una vez puesto, envió a Chantal a la cama y se sentó en una meridiana en frente de la ventana, rogando para que no tardara en hacerse de día.

Pero no se puede dar prisas a la tierra y el sol, y a fines de diciembre, el sol no sale antes de las ocho, ni siquiera aunque lo mande un Malloren.

Al final, se quedó dormida hasta que el destello del sol en sus ojos la despertó.

Pestañeó con sus párpados arenosos y entonces vio a Fort acomodado en el asiento acolchado de la ventana, delante de ella. Iba vestido de forma informal con pantalones de ante, un largo chaleco color cervato y casaca marrón oscura: lo que llevaría para un día normal en una de sus fincas.

— Hacía tiempo que no observaba el amanecer — dijo volviendo la cabeza para contemplar el cielo dorado— . Una experiencia humillante.

Elf se incorporó, frotándose los ojos.

— Pensaba que eras de los que buscan la cama con la mañana.

— Sólo en mis días desenfrenados de juventud. — Se volvió de nuevo, con rostro indescifrable— . ¿Quieres que pospongamos eso?

De nuevo sonaba ominoso.

— No, pero voy a beber un poco de agua. ¿Quieres un poco?

— No, gracias. — Mientras ella se acercaba hasta la garrafa y el vaso, añadió— : He hecho trampa, de hecho, ya he desayunado.

Cuando ella regresó, agregó:

— Con Rothgar.

Elf se sento.

— Pensaba que no iba a interferir.

— Tal vez no pueda resistirlo. Tal vez no interfirió.

Elf no se lo creyó ni por un momento.

— ¿ De qué hablasteis ?

Fort se lo pensó:

— Sobre la situación en Portugal y en las Antillas. Sobre las compras de arte del rey en Italia, y algunas mías. Oh, y discutimos sobre

alguna ubicación adecuada para los valiosos senadores romanos que hay en el vestíbulo de la residencia Walgrave. A menos, por supuesto, que tengas algún apego hacia ellos.
Elf estaba sorprendida por el cambio de dirección, luego se sintió cautamente esperanzada.
— No, ningún apego. — Le estudió como si fuera un asunto difícil.
— ¿Te preguntó algo sobre vino y licores?
Ahora era él el desconcertado.
— No. Aunque creo entender que tenéis intereses en unos viñedos en Portugal.
— Probablemente. No lo sé. Tengo bastante con la seda.
— Explicó otras cosas sobre los intereses comerciales de vuestra familia. Es una idea sugerente. Haré que Victor piense en ello.
Elf no pudo soportar más esta charla inconsecuente.
— ¿Qué hay de lady Lydia?
— No creo que a ella le interese el comercio.
— ¡Sabes a qué me refiero!
La miró por un momento y ella contuvo el aliento.
— Es demasiado joven — contestó— y no soy propenso a esperar.
Elf necesitaba más que eso.
— Seguro que esperarías si pensaras que es la mujer adecuada para ti.
— Supongo que sí. Dime, ¿qué es lo más importante par ti en estos días?
— ¿Qué?
Tú, pensó.
— Elf, apenas nos conocemos. — Su arrollador sentido del humor apareció en su mirada— . ¿ y si descubro que te gustan los grupos corales y las cancioncitas sentimentales ?
— ¿A ti no te gustan?
— No los soporto.
— Renunciaré a ellos por ti.
— Ah — replicó él, fingiendo melancolía— . Pero entonces tendría que aguantar la carga de haberte privado de las cosas que tanto aprecias.
— No las aprecio tanto.
— Entonces explícame qué es lo que te apasiona.
Tú, pensó otra vez, pero vio que tendría que contestar a aquella pregunta explícita.

— Mi familia, por supuesto. — Sabía que esto podía representar un problema. Estaba acostumbrado a ser un hombre convencional— . Mi implicación en los negocios de la familia es muy importante para mí. Es excitante y estimulante.
No se desmayó de horror, de modo que continuó:
— Sigo con mis entrenamientos con pistolas y puñales, y generalmente voy armada. Me gusta la sensación de no depender de otras personas para mi seguridad.
Aún no daba muestras de consternación.
— Quiero publicar un panfleto sobre los sistemas para evitar embarazos no deseados. Se distribuirá prudentemente. El problema es que hay muchas mujeres que no saben leer, de modo que lo haremos con ilustraciones pero...
— Lo siguiente son escuelas, supongo — dijo él— . ¿ Cuenta todo esto con la aprobación de Rothgar?
— ¿Te preocupa?
— No especialmente. Es sólo curiosidad.
— Sí, lo aprueba. Aunque si no fuera así, continuaría haciéndolo. De hecho, Safo se está encargando del panfleto.
— Entonces Rothgar debe de estar de acuerdo, supongo.
— No puedes pensar seriamente que sea así.
— No. — Su sonrisa era apesadumbrada— . Empecé a ir por allá sólo para molestar a mi padre. ¡Hacía tantas cosas sólo para fastidiarle! Luego, empecé a buscar la manera de hacer daño a Rothgar. Creo que ella se daba cuenta. Nunca intentó poner fin a mis visitas, pero jamás coincidí con tu hermano allí. Con el tiempo, casi de forma accidental, aprendí a disfrutar de la buena música y la poesía y a apreciar a las mujeres inteligentes. Tengo la extraña sensación de que me educaron sin yo darme cuenta. ..
Elf no sabía qué decir ya que estaba casi en lo cierto.
— Hogares para gente necesitada — dijo él— . Visité a la señora Cutlow.
— Oh, sí. Si vamos a avivar viejas llamas. ..— Bebió su olvidado vaso de agua— . Cuando decidiste pagarle una corona a la semana, ¿ fue un simple gesto amable o una reacción contra mí?
Fort pensó en ello, observando el jardín cada vez más iluminado.
— Me cuesta entender mis procesos mentales en aquel entonces. Probablemente un poco de ambas cosas. — Volvió a mirarla— . Te habías olvidado de ella.

— Lo admito. Y bien — dijo devolviéndole el desafío— — , ¿qué es lo importante para ti en estos días ?
Fort se movió para mirarla directamente de frente, con un reflejo dorado del sol en su pelo recogido hacia atrás.
— Mi familia. Chastity y Verity parecen estar bien establecidas, de modo que sólo queda Victor de todos los hermanos. No parece estar tan marcado por la infancia familiar como el resto de nosotros y deberían de irle bien las cosas. De todas formas, hay unas cuantas personas dependientes de la familia.
— Todo el mundo las tiene.
— Cierto, pero cuidar de ellas requiere dinero, igual que ponerse al día con el trabajo de todas las fincas desatendidas por mi padre. Las cantidades gastadas sólo en regalos reales son suficientes para que me salgan canas. — Miró a Elf— . Una esposa ahorradora con intereses mercantiles no me iría mal.
El corazón de Elf palpitó a velocidad de pánico.
— ¿Ahorradora? Soy una Malloren. — Luego se mordió el labio, preguntándose si se había adelantado mucho.
Él no arremetió.
— Supongo que tu parte es lo bastante importante como para financiar tus extravagancias. ¿Quieres decir que no vas a hacerme rico ?
Elf no podía soportarlo—
— ¿ Estás diciendo que quieres casarte conmigo ?
Silencio. ¿ Iba a decir que no ?
Luego él sonrió pero con ironía.
— A ningún hombre le gusta lanzarse al desastre, y a mí menos que a nadie. Lo confieso, aún sigo asustado. ..— Pero se bajó del asiento de la ventana para apoyarse en una rodilla— . Mi querida Elf, después de largas y meticulosas consideraciones, he acabado por ver que eres la única mujer que puede colmar mi vida. ¿Aceptarías mi mano en matrimonio?
Elf colocó su mano sobre la de él, menos temblorosa ahora que habían llegado al punto crucial, pero frunció el ceño.
— Casi suenas reacio.
— ¿Crees? Lo siento. — Le besó la mano, aunque ligeramente, y le miró a los ojos— . Estoy nervioso. Incluso asustado. Al fin y al cabo, eres una Malloren y he aprendido a esperar aguijones. Pero eres todo lo que quiero en la vida. Lo supe cuando me descubrí a mí

mismo buscando la forma de convertir a Lydia en ti. Pero supe que tenía que aclararme antes de tomar una decisión racional. Si no te casas conmigo, dudo que me case con ninguna otra mujer.
— ¡No es un arma muy justa!
— Esperaba que no hicieran falta armas.
Ruborizada por la vergüenza, bajó al suelo, a los brazos de él.
— Tienes razón. Creo que estoy nerviosa yo también. Hemos estado riñendo más de lo que hemos estado hablando racionalmente. Aún sigo esperando una respuesta incisiva. Cuándo pensaste por primera vez. ..
Y allí sentados ante el día que despertaba, revivieron sus encuentros, los amargos y los dulces.
— ¿ Sabes ? — dijo él al final, rodeándola cómodamente con el brazo, las espaldas apoyadas en la meridiana— , aún no has contestado a mi proposición.
Elf metió la mano en el bolsillo.
— Dame tu mano izquierda.
Fue lo que hizo él, con las cejas alzadas, y ella le puso el anillo de la avispa en el dedo corazón.
— Ahora es mío, monsieur le comte.
Con una risa, Fort le cogió la mano izquierda, sacó un anillo del bolsillo y lo deslizó en el dedo de ella.
— ¿ Vas a convertir todo en una competición?
— Oh, probablemente. — Elf contempló entre lágrimas una hermosa esmeralda— . Sabía que era una buena idea vestir de verde. Por la esperanza. — Entonces le miró a él— . Te quiero desesperadamente, Fort, pero es algo que me asusta. Soy una Malloren y ha acabado por gustarme controlar mi propia vida.
— Tomo debida nota de la advertencia. No te azotaré por insubordinacion.
— No, no lo harás.
Se rió y le beso en los labios.
— Elf, la guerra ha acabado. Te quiero, te quiero a ti fuerte, atrevida, activa e incluso parlanchina. Encontraremos la manera.
Luego se besaron como nunca antes, con vacilación curiosa y familiaridad conocedora. Y, como el resplandor del sol, con el sabor añadido de no tener prisa, de toda una vida, de confianza.

Finalmente, con el sol en lo alto, se separaron. Elf quería más y estaba segura de que él también. También estaba segura de que esperarían.
— ¿Puede ser pronto? — preguntó ella.
— Hoy sería perfecto.
Se apoyó en su pecho riéndose.
— Nos hará falta una licencia especial.
— Tengo una.
Elf le miró.
— ¿ Exceso de confianza, quizás ?
— Simplemente venía preparado. y me dije que no podía sentir esto por alguien con tal intensidad sin que fuera recíproco.
— Me he sentido así durante seis meses.
Había una queja en aquello y Fort le contestó.
— Si no me hubiera marchado al extranjero, habría vuelto antes a ti. Mucho antes. Has sido un vacío en mi corazón.
Incapaces de resistirse, se fundieron otra vez en besos.
— Hoy sería perfecto — murmuró ella, medio encima de él, jugueteando con su corbatín suelto entre los dedos, pues sentía deseos de unir sus pieles.
Fort la movió y se puso en pie, levantándola con él.
— Entonces, ¿por qué no? Con los Malloren y los Ware, está claro que es posible. Aún quedan invitados. Incluso reales. Podemos hacerlo de la forma más fastuosa posible o escabullirnos a la iglesia del pueblo para que sea muy íntimo. ¿Cuál es su deseo, mi señora?
Ojos afectuosos, azules, risueños. Labios sonrientes.
Tú.
— La intimidad es una tentación — contestó— . Especialmente como sería ahora. Pero soy una Malloren. Por supuesto, que sea fastuosa.

Y fue fastuosa.
El rey y la reina, que habían sido testigos en la boda de Cyn el año anterior y que asistieron a la boda de Bryght no mucho después, estuvieron encantados de participar ahora en una nueva y apresurada ceremonia Malloren. Los invitados que se habían quedado en Rothgar Abbey estuvieron encantados de demorarse unas pocas horas para presenciar los votos y participar en la gran comida elaborada con platos bastante inusuales. Básicamente se componía de las sobras de la cena de la noche anterior.

Rothgar, con aspecto benigno, murmuró algo acerca de fúnebres carnes recalentadas para suministrar el banquete nupcial.
Fort y Elf estaban de pie cogidos de la mano, intentando fingir que no les consumía el deseo. ¿ Estaban tan impacientes todas las parejas nupciales ? , se preguntaba ella.
— ¿Lo ves? — dijo Fort— , sabía que la historia era Hamlet.
— Amanda pensaba que era Romeo y Julieta. — Elf dio las gracias a una matrona rolliza por sus deseos afectuosos y ligeramente escabrosos.
— Una historia disparatada.
Estaban casados. El acto casi había concluido. Los invitados habían sido obsequiados y finalmente se marchaban. ¿ Qué otra cosa se podía hacer aparte de charlar ?
— Luego dijo que era como Benedick y Beatrice.
— Más acertado, pero la trama es demasiado embrollada. — Ambos hablaron brevemente con una pareja que se marchaba.
— ¿ Entonces qué obra escogiste ?
— ¿Por qué no crear una obra propia? y feliz Navidad, sir Charles. Sí, una boda impulsiva evita mucha agitación. Bon voyage. — Fort volvió a Elf— . Un comedia ligera, creo, con escenas serias en los puntos apropiados, e incluso elementos de farsa. Pero, siempre, siempre, con un final feliz.
— ¿Recitado en verso? — Elf pensó por un momento— He aquí al valiente Fort con la vivaz y parlanchina Elf/ Despidiendo invitados para poder disfrutar a solas después.
— No es que la métrica ni la gramática sean muy correctas.
— jPues hazlo tú mejor! — Elf tuvo que apartarse para dar un beso de despedida a la tía Kate.
— Aquellas veladas en casa de Safo deben haberme enseñado algo — murmuró— . Pronunciados todos los votos, consumidas las carnes recalentadas/ la novia y el novio sólo quieren meterse entre sábanas.
Elf tuvo que contener la risa.
— Tal vez rime un poco mejor, pero le falta cierta elegancia. Gracias, lady Garstang. Feliz Navidad, también. Los votos pronunciados, la novia y el novio por fin casados/no paran de decir tonterías, impacientes por estar acostados.
— Tal vez no te hayas dado cuenta, pero acaban de dar las doce del mediodía.

— Sí me he dado cuenta. Pues te conocí en la oscuridad nocturna/ y ahora he de descubrirte bajo la intensidad de la luz diurna.
— Y te he desnudado a la luz de la vela/ Y. ..— Hizo una mueca y se rió— . y ahora no se me ocurre cómo arreglar esto.
— ¿ Para esto es para lo que sirve el matrimonio, para arreglar este tipo de cosas ? Creo que todos los invitados importantes se han marchado.
Se miraron el uno al otro, con el rostro de pronto grave, pero de la manera más feliz posible
— Entonces escapémonos — sugirió ella— antes de que alguien se crea que nos apetece entablar una amable conversación o jugar a cartas.
Como niños culpables, se escabulleron y corrieron de la mano escaleras arriba hasta su habitación. Elf había dado órdenes para que estuviera bien caldeada con un vivo fuego y, pese a lo temprano que era, su cama preparada era toda una provocación.
— Nunca te he preguntado si querías un viaje nupcial. — Él se recostó contra la puerta igual que había hecho la noche anterior— . Debo advertirle, delicada dama, que he venido aquí a seducirla.
— Lo sé. Llevas pantalones de satén.
Se rió, resplandeciente y ruborizado a causa de la risa. O tal vez azorado por el deseo.
Pese a su impaciencia, llevó tiempo retirar todas las capas del atuendo formal de Elf. Costó menos despojarle a él de las suyas. Se quedaron desnudos a la luz del sol invernal y Elf estiró la mano para tirar de la cinta del pelo de Fort y soltarle la cabellera.
— Así. Así es como me gusta verte. Aunque la seda negra también es muy sugestiva.
— Me encanta agradarte. — Le cogió la mano y le dio vueltas como si bailaran.
— ¿Te das cuenta de que nunca antes había visto tu cuerpo desnudo? Es perfecto.
— Le ciega el amor, señor.
— Muy cierto. Pero es perfecto. Pelo dorado en lugares interesantes. El sol lo realza. ¿Bailarías al sol estival para mí, en medio del bosque donde habitan los duendes ?
Ahora era ella quien se sonrojaba ante la idea.
— Tal vez, si tú también bailas desnudo conmigo.

— «Conozco una orilla en la que el tomillo silvestre flota en el aire...» Quizá, desde el principio, la historia fue Sueño de una noche de verano.

Elf le arrastró hasta la cama que les esperaba.

— No, siempre fue algo atrevido. Enséñame. Enséñame algo más. Algún otro atrevimiento fascinante y delicioso...